

LEXI THURMAN

# ARLAN

EL AMOR PUEDE SER TAN PELIGROSO  
COMO LA OSCURIDAD QUE LO ENVUELVE



Cubierta: Amparo Tárrega

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

# Capítulo 1

## *Erin*

Es curioso cómo la vida cambia de un día para otro. De tenerlo todo puedes pasar a no tener nada en solo un instante. De ser todo lo feliz que crees que vas a poder ser a tener un agujero en el estómago que posiblemente nunca terminaría de desaparecer. Porque, de un día para otro, mi vida había sufrido un golpe que jamás creía que fuese a superar del todo.

Me bajé del coche de mi hermano. No había que entender de automóviles para ser consciente de que era uno lujoso. La carrocería pintada en un tono grisáceo capturaba la luz del sol. Porque, aunque ese día fuera triste para mí, el sol brillaba con fuerza, recordándome que la vida continuaba.

Cerré la puerta con más fuerza de la que pretendía, provocando que mi hermano frunciese el ceño. Aquel coche era para él su posesión más preciada.

Lo había comprado hacía menos de un mes y recordaba la discusión que tuvo tenido con mamá. Ella le reprochó haberse gastado una suma indecente de dinero en un vehículo en vez de ahorrarlo para el futuro. Pero mi hermano no estaba preocupado en el futuro, sino por el presente, y su presente en ese momento era ser el dueño de un coche de lujo que provocaba que las personas girasen la cabeza para mirarlo con envidia.

No había sido una discusión fuerte, pero, así todo, yo había intentado mediar entre ambos. Hasta ese momento, no había escuchado la marca Maserati, y seguía sin saber cuánto costaba uno, aunque tampoco podía importarme menos, pero no quería que mi madre se disgustase con Tyrone por algo tan trivial.

No estaba segura de si lo había conseguido, aunque aquello ahora mismo no importaba nada. Ninguna de mis preocupaciones pasadas lo hacían. El dolor que sentía lo opacaba todo.

Fijé mi mirada en la casa que tenía frente a mí. Había estado ciento de veces en ella. Desde que tenía ocho años se había convertido en mi lugar seguro, en el único sitio en el que sabía que jamás me sucedería nada malo, y seguía siendo así. Una oleada de nostalgia se apoderó de mí y me quedé petrificada. La casa continuaba exactamente igual por fuera que la última vez que había estado allí, pero su interior no sería el mismo. No cuando una de las personas más importantes en mi vida no se encontraría allí.

—¿Esto es todo? —La voz de mi hermano me devolvió a la realidad.

Miré las dos maletas grandes que se hallaban a su lado.

—Sí —respondí con la voz encogida.

Esas eran todas mis cosas, todas mis pertenencias, toda mi vida. Era un poco triste si lo veía desde esa perspectiva. No tenía demasiadas cosas. Nunca me había importado demasiado, ya que tenía todo lo que necesitaba. O, mejor dicho, lo había tenido; porque que ya jamás sería así. Nunca le había dado demasiada importancia a los bienes materiales, debido a que había aprendido desde mi más tierna infancia lo que era realmente importante, y eso era las personas que te amaban y cuidaban. Pero, desde hacía cuarenta y ocho horas, a mí me faltaba la persona más importante en mi vida, y no sabía si sería capaz de seguir adelante. ¿Cómo podía seguir viviendo cuando ella no lo hacía?

Era injusto seguir respirando cuando ella no volvería a hacerlo; incluso, en esos momentos, volver a reírme me parecía imposible, pero lo haría. Lo haría porque era lo que ella desearía, lo

que ella esperaba de mí. Y si para mí había sido importante no defraudarla en vida, no lo haría ahora que estaba muerta.

Encontraría las fuerzas de donde no las tenía para recuperar una felicidad que su muerte había hecho que perdiese. Por ella, volvería a sonreír.

Esbocé una pequeña sonrisa que provocó que mi hermano me mirase, enarcando una ceja rubia.

Me encogí de hombros a la vez que a mi rostro regresaba esa mueca de tristeza que amenazaba con hacerse perpetua.

Con la entereza que su recuerdo me daba, fui a dar un paso para recoger mis pertenencias, pero mi hermano me lo impidió.

—Yo me encargo —dijo con voz queda.

Tyrone, al igual que yo, estaba triste, pero él no lo demostraba. Como hermano mayor, se mostraba fuerte ante mí. Una parte de mí estaba agradecida que uno de los dos fuese capaz de mostrarse estoico, pero la otra deseaba poder consolarlo. Que, por una vez, él me permitiese ayudarlo. Quería que llorásemos juntos mientras la recordábamos. Aunque eso no sucedería, porque como mi hermano me había dicho muchas veces, las lágrimas en un hombre significaban debilidad, y él no era un hombre débil.

Era una tontería. Pero no merecía la pena discutir con Tyrone, ya que él era demasiado testarudo como para dar su brazo a torcer. Mi hermano era un hombre de firmes convicciones que, cuando tomaba una decisión, la llevaba hasta el final, y eso era algo que admiraba de él, porque la perseverancia era lo que le había llevado a ser el hombre que era hoy en día. Uno fuerte y respetado.

Tyrone comenzó a caminar por el camino empedrado hacia la entrada de la casa e imité sus acciones. Él no pronunció ni una sola palabra y yo tampoco lo hice. Apenas habíamos hablado durante todo el trayecto en coche. No había demasiado que pudiésemos decir. Por lo menos, nada que calmase el dolor que sentíamos. A veces, el silencio era el mejor compañero; sobre todo, cuando las palabras no podían darte consuelo.

A cada paso que daba apretaba con más fuerza la urna que sostenía entre mis manos. Sus cenizas eran lo único que me quedaba de ella y me aferraba a ellas como si fuesen mi último aliento. No estaba preparada para decirle adiós del todo, aunque pronto lo haría. Lo haría con la esperanza de que no fuese un adiós definitivo, sino un hasta pronto. Porque tenía la convicción de que ella nunca dejaría de estar a mi lado.

Tyrone saludó a uno de los guardias que se encontraba en medio de la entrada de la casa, sacándome de mi ensoñación y haciéndome ser consciente de que pronto entraría en el interior de la mansión.

El guardia no era mucho mayor que mis dieciocho años. A lo sumo, un par de años más, pero por su altura y su complexión, parecía más mayor. No era algo extraño, ya que la mayor parte de los hombres que se encargaban de la seguridad de la mansión dedicaban mucho de su tiempo a fortalecer su cuerpo. Al igual que mi hermano, que desde que era un adolescente iba al gimnasio a diario.

Los hombros del joven estaban relajados, su rostro con una sonrisa amable y sus manos descansaban a ambos lados de su cuerpo como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo. Si no lo supiera mejor, podría llegar hasta pensar que era un amigo de mi hermano que estaba esperándolo en la entrada, pero yo sabía bien que no era así. Que solo era una fachada, una que los hombres como él aprendían a interpretar desde que eran muy jóvenes. Podía pasar desapercibido para cualquiera de fuera de ese mundo, pero no para mí.

El joven levantó el brazo para rascarse la cabeza y pude ver la pistola que sobresalía de la cintura de su pantalón. No me pareció algo extraño; al contrario, lo esperaba. Estaba acostumbrada a ello. Acostumbrada a la presencia de guardias constantes y de armas cuando estaba en la mansión. Incluso cuando estaba fuera de ella, ya que mi hermano siempre llevaba una con él.

Pero la costumbre no era lo único que hacía que no me molestase porque cuando pasas por lo que yo he pasado en mi infancia; las armas, lejos de infundirte miedo, te tranquilizan. Te recuerdan que no estás indefenso ante el agresor, que puedes defenderte y eso es algo que a mí me daba paz.

Había querido aprender a disparar, pero era algo que mi madre se había negado. Tyrone como hermano mayor me había dado un par de clases a escondidas pero mi progenitora lo había parado en seco en cuanto se entero. Ella pensaban que estaba más segura sin ellas, alejada en un internado en el que siendo sincera conmigo misma había sido feliz. Pero ahora me arrepentía de no haber luchado por quedarme allí por permitir que me alejasen. Quizá si me hubiese quedado, si hubiese estado ese día con mi madre, ella seguiría viva.

Muchos quizá sin respuesta que tenía que dejar de hacerme. Porque a veces hay que dejar el pasado atrás y centrarse en el presente. Un presente que se presentaba ante mí en forma de una enorme interrogante.

El chico saludó a mi hermano con un levantamiento de barbilla y se hizo a un lado para dejarnos pasar. Cuando los ojos del chico se centraron en mí, pude ver la compasión brillando en ellos. La misma compasión que había visto en mis profesores cuando Tyrone fue al internado a buscarme.

—Siento mucho vuestra pérdida.

—Gracias, Niall —dije, recordando el nombre del chico, y tratando de que mi voz no se quebrara.

A diferencia de mi hermano, no me importaba mostrar mis emociones en público. No cuando las lágrimas significan que ella había significado todo para mí. Pero no podía llorar, porque si lo hacía, posiblemente, no podría dejar de hacerlo. Si dejaba que las lágrimas volviesen a salir, posiblemente, esta vez sería incapaz de pararlas.

Porque aunque había pensado que sabía lo que era el dolor, estaba equivocada. Nunca antes había sentido un dolor tan fuerte y abrasador que amenazaba con arrasar con todo.

—Todos queríamos mucho a tu madre. La vamos a echar mucho...

No pude escuchar a Niall terminar la frase, porque mi hermano agarró mi muñeca y tiró de mí hacia el interior de la vivienda. Atravesamos el *hall* y subimos las escaleras que conducían a la segunda planta. A pesar de que la vivienda contaba con un ascensor interior, mi hermano no parecía tener dificultad para subir mis maletas con una sola mano mientras con la otra seguía tirando de mí.

Tyrone caminaba a paso rápido por el pasillo. Yo tenía que luchar por seguirle el ritmo a la vez que sujetaba la urna para que no se cayese al suelo. No le pedía que se detuviese, porque yo también deseaba llegar cuanto antes a la privacidad de mi habitación. No sabía si podría aguantar sin explotar en llantos si algún empleado me daba el pésame.

Por fortuna, no nos encontramos con nadie y yo me evité momentáneamente ese trámite. Tendría que pasar pronto por ello, pero esperaba poder darme una ducha primero e, incluso, dormir un poco. No estaba cansada, aunque llevaba casi cuarenta y ocho horas sin apenas pegar ojo, pero antes o después necesitaba descansar.

Mi hermano se detuvo frente a una puerta de una habitación que reconocí al instante. Era la

misma habitación donde me llevaba quedando desde que tenía once años. Aquella habitación que, aunque no era mía, yo consideraba como tal. Porque aunque la mansión no era mi hogar, sí era el único que podía considerar como tal.

—Eso ha sido muy grosero, Ty —le recriminé en cuanto entramos en la habitación y él me soltó la mano—. Ni siquiera le has dejado terminar. Él estaba...

—Sintiendo puta lástima por nosotros —masculló mi hermano; sus palabras salieron tan estranguladas por la rabia que apenas pude entenderlas. Soltó las maletas y las dejó junto a la pared—. No somos un caso de caridad, joder.

Suspiré.

Mi hermano aborrecía la compasión. Lo había hecho antes y lo hacía ahora. Y, seguramente, llevaba días recibiendo las mismas palabras. Palabras vacías que no atenuaban el dolor que sentíamos, pero que era lo único que las personas podían ofrecernos.

—Están siendo amables, Ty —traté de que lo entendiera—. Mamá ha sido muy querida aquí. —Llevaba más de quince años trabajando en esa casa—. Ellos tan solo te están dando sus condolencias.

—¿Sus condolencias? —repitió, una risa carente de humor brotando por su garganta. Se giró para mirarme—. No quiero sus condolencias. Lo único que deseo es venganza. Ella no ha fallecido de un infarto, Erin. ¡Ha sido asesinada!

—¡¿Qué te crees, que no lo sé?! —Esta vez, fui yo la que elevé el tono, sin importarme que el sonido de mi voz se filtrase por las paredes y los empleados pudiesen escucharme—. Soy muy consciente de que han asesinado a nuestra madre, Tyrone. Cada hora, a cada maldito segundo de estos dos últimos dos días —espeté con rabia, mis ojos humedeciéndose, mientras apretaba la urna contra mi pecho.

Supe que algo no iba bien en el momento en el que vi a Tyrone aparecer en el internado en el que estudiaba dos días atrás después de haber terminado mi último examen sin previo aviso. Sin embargo, nunca pensé que mis peores pesadillas se hicieran realidad.

Tyrone me miró, y no sé lo que vio en mí, porque sus facciones se suavizaron.

—Lo siento, ratoncita —dijo, empleando el apodo cariñoso que usaba conmigo desde que era una niña pequeña. Era un apodo tonto. Él había empezado a llamarme así porque tenía un peluche en forma de ratón del que no me separaba nunca. Peluche que aún seguía teniendo. Aunque, por supuesto, no me había llevado al internado. Giré la cabeza hacia la cama de matrimonio que reinaba en la habitación. Sobre el edredón de flores se encontraba el peluche, tal y como yo lo había dejado.

Tyrone siguió mi mirada y esbozó una tenue sonrisa. Acto seguido, se acercó a mí para pasar su brazo alrededor de mis hombros y acarició mi cabello con ternura.

—No debí gritarte. Están siendo unos días complicados.

Él estaba pagando con el mundo entero toda la impotencia y rabia que sentía; incluso conmigo. Y podía entenderlo.

Me giré hacia él, enterrando mi cabeza en su pecho mientras continuaba sosteniendo la urna con más fuerza. Él rodeó mi espalda con sus brazos, acercándose más a él, reconfortándose. Dejé que las lágrimas que había estado conteniendo durante todo el día se derramaran por mis mejillas.

Por un instante, fue como si los tres estuviéramos abrazándonos de nuevo.

Me separé lentamente y Tyrone sostuvo mis hombros con suavidad, inclinándose hacia mí para estar a mi altura.

—Erin, escúchame. —Sus ojos se desviaron hacia la urna para después centrarlos en mí—.

Vamos a salir de esta. Hemos superado situaciones muy jodidas. También vamos a superar esta. Estamos juntos, tú y yo, tal y como a mamá le gustaría.

Tyrone tenía razón, habíamos pasado por mucho y lo habíamos superado. Pero nunca había sido tan difícil como en ese momento. Nunca me había sentido tan cerca de derrumbarme, de perderme a mí misma.

—Siempre salimos adelante —repetí las palabras que mi madre había pronunciado años atrás. Era una niña entonces, pero me acordaba como si fuera ese mismo día. Ella las había dicho con más convicción que yo lo hacía en ese momento, pero no por eso eran menos ciertas. Lo haríamos, porque se lo debíamos a ella. Se lo debíamos a la persona que había sacrificado todo por nosotros.

—Siempre lo hacemos —concordó mi hermano.

Tyrone me soltó lentamente y abrió la boca para decir algo más, pero yo se lo impedí, porque el terrorífico pensamiento que llevaba horas amartillándome la cabeza provocó que las palabras saliesen de mi boca casi sin darme cuenta.

—¿Crees que ha sido él?

Tyrone se congeló al escucharme. No necesitó que pronunciara su nombre para saber a quién me refería.

—Está muerto, Erin. Murió hace años. —A pesar de sus palabras, pude ver que mi hermano no estaba convencido del todo.

Ninguno de nosotros lo había estado.

—Nunca encontraron su cuerpo. ¿Y si él ha vuelto a por ella? ¿Y si ahora viene a por nosotros?

—Eso no va a pasar, Erin. Pienso vengar la muerte de nuestra madre. Encontraré a la persona o las personas que han terminado con su vida y pagarán por lo que le han hecho. Créeme que lo pagarán.

Sus palabras me dieron paz. Los culpables de mi madre encontrarían lo que se merecían.

Sin embargo, fue una paz fugaz, porque minutos después, cuando mi hermano se marchó y me quedé sola en la habitación, sentada en el borde de la cama, abrazada aún a la urna, me di cuenta de que no era venganza lo que deseaba. Porque lo único que quería era que me devolviesen a mi madre, y eso nunca lo tendría. La venganza no podría darme eso.

A pesar del cansancio y de la relajante ducha que me di, fui incapaz de conciliar el sueño. Mi cabeza iba a cien por hora y lo único que lograba cuando me tumbaba en la cama era que los recuerdos y el dolor se apoderasen de mí. Al final, terminé claudicando y me dediqué a colocar mi equipaje en el interior del armario.

Limpié el baño adherido en la habitación y ordené el maquillaje en los estantes. Incluso utilicé el secador para secar con más rapidez la toalla húmeda. Cuando salí del baño, mi mirada se centró en el retrato encima del pequeño escritorio de madera blanca. Observé la fotografía en la que estaba yo sentada en un banco del jardín de la mansión sonriendo a la cámara. La foto me la había sacado mi madre el verano pasado. Era una foto que me encantaba, pero ya no se sentía bien que fuese la que ocupase el marco de madera caoba.

Saqué de uno de los cajones del escritorio la impresora de color para móvil que mi hermano me había regalado en mi último cumpleaños y apenas había usado. Con una idea clara en mente, cogí el móvil que había dejado encima de la cama y no tardé en encontrar la foto que estaba buscando; una de las pocas actuales que tenía de los tres juntos. La instantánea era de hacía unos meses, de mis últimas vacaciones. La habíamos sacado en el Phoenix Park. A mi madre y a mí

nos había costado convencer a mi hermano que nos acompañase, pero, al final, este había claudicado con una mueca de fastidio y constantes murmullos que ignoramos. Pasamos una tarde maravillosa paseando por los senderos y visitando el zoológico que el parque alberga en su interior.

La foto nos la había sacado un turista español que primero nos había pedido que le hiciésemos una a él, a su mujer, y a sus dos pequeñas hijas. Observé la imagen con nostalgia. Mi madre se encontraba en medio de Ty y de mí, mordiendo su labio inferior para contener la risa mientras atisbaba por su periferia como yo estiraba mi mano derecha por detrás de la cabeza de mi hermano y alzaba los dedos para simular unos cuernos. No era nuestra mejor foto, ya que la imagen estaba descuadrada y nuestros pies cortados, pero eso era lo que menos me importaba. Porque esa fotografía siempre me recordaría a uno de los mejores días de mi vida.

Puse la foto en el marco y guardé la otra en el cajón. Inmediatamente, coloqué el marco encima del escritorio, junto al portátil.

Me senté encima de la cama, desde donde podía observar la imagen y me permití a mí misma dejar que el dolor saliese en toda su plenitud. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas. Lloré hasta que la garganta me dolió por el esfuerzo y el cuerpo me dejó de temblar. Lloré hasta que las lágrimas hincharon mis ojos y ensuciaron mi rostro. Y, a pesar de todo, cuando por fin me calmé, me sentí mejor.

El dolor seguía presente, pero ya no era tan abrasador. Ya no amenazaba con romperme a la mitad. Sentí un pequeño alivio en mi interior y el cansancio regresó de nuevo con más fuerza.

Me lavé la cara en el baño, y cuando regresé a la habitación, fui consistente de que el sol se había marchado y la oscuridad se había convertido en la reina absoluta. Encendí la luz y me dispuse a prepararme para dormir.

En una de las baldas de mi dormitorio había dejado la urna en la que se encontraban las cenizas de mi madre. Besé la urna y me dispuse a coger el pijama que se hallaba en la cómoda, pero no llegué a hacerlo porque escuché el sonido de unos nudillos golpeando la puerta con suavidad.

Posiblemente, sería mi hermano. Aunque me había dicho que regresaría de madrugada y que no le esperase despierta. Miré el despertador que descansaba encima de la mesita de noche. Tan solo eran las once de la noche. Tal vez, había vuelto por unos minutos para ver cómo me encontraba. No me extrañaba, ya que él siempre era atento y protector conmigo.

—¡Pasa! —grité.

Mi expresión cambió cuando la puerta se abrió y no era Tyrone el que estaba al otro lado.

—¿Arlan?

—Sé que es tarde, pero he visto la luz encendida a través de la puerta. ¿Puedo pasar? —preguntó. Él parecía dubitativo y eso fue algo que me sorprendió, porque si había algo que Arlan no hacía, era preguntar. Él tan solo ordenaba y esperaba que se cumplieran sus órdenes.

—Claro —respondí, esbozando una sonrisa.

Me pasé una mano por mi cabello, que llevaba recogido en una coleta desenfadada, peinando mis mechones con las manos. Traté de que mi tono de voz sonara indiferente, pero podía sentir mi corazón comenzar a latir con fuerza.

Arlan me ofreció una sonrisa y cerró la puerta detrás de él con cuidado. Se adentró en la habitación, quedando a unos pocos pasos de mí. La última vez que le había visto había sido meses atrás, en mi última visita a la mansión. Y seguía tan guapo como en aquel entonces.

Observé su cabello color cobrizo, que aunque tenía un aire desenfadado, sabía que había sido cuidadosamente buscado. Al igual que la barba de dos días que decoraba su barbilla. Con sus

ojos oscuros y sus rasgos endurecidos, Arlan no tenía un rostro de modelo de revista, pero él era mucho más atractivo a mis ojos que cualquiera de ellos; incluso que de esos actores de Hollywood que tanto volvían locas a mis compañeras de clase. Llevaba una camisa blanca, con los primeros botones desabrochados, dejando al descubierto parte de su piel blanquecina, un par de tonos más bronceada que la anterior vez que nos habíamos visto.

—Siento mucho lo que ha pasado, Erin. Maeve no se merecía lo que le ha sucedido.

Arlan me había llamado el día en el que me había enterado de que mi madre había sido asesinada. Él se había mostrado muy preocupado por mí y apenado por la muerte de mi madre. Como siempre, había sido amable conmigo.

Yo sabía que él me veía solo como la hermana pequeña de su mejor amigo, algo que había aprendido a apreciar. Porque aceptaría cualquier muestra de cariño que Arlan me diese; fuese por la razón que fuese.

Fui a estirar mis brazos para darle un abrazo, porque eso era algo que haría con cualquier persona cercana a mí en una situación como esa, pero no llegué a hacerlo, porque nunca sabía cómo comportarme alrededor de él o qué era adecuado o no.

Nunca sabía cuándo cruzaba una línea que no debía, porque cuando se trataba de Arlan, nunca estaba segura de hacer lo correcto. Siempre temía comportarme como una tonta delante de él.

Arlan resolvió mis dudas, estirando sus brazos y rodeando mi espalda con ellos, acercándose a él y dándome un abrazo. Arlan no era una persona muy dada al afecto, o eso me había parecido ver en sus interacciones con las demás personas. Sin poder evitarlo, apoyé mi cabeza en su pecho durante unos segundos, inhalando su aroma.

Me recordé a mí misma que aquello era algo normal. Me permití diez segundos de debilidad. Diez segundos hasta que me obligué a mí misma a separarme de él. Más lentamente de lo que tendría que haber hecho y tratando de disimular la expresión de pérdida en mi rostro. Porque si solo dependiese de mí, me hubiese quedado abrazada a él el resto de mi vida.

—Gracias, Arlan.

Él me ofreció una sonrisa suave. Esas que tan solo tenía reservadas para mí. Esas que nunca le había visto esbozar a otras personas. Esas con las que tantas veces había soñado, y las que tantas veces había tenido que recordar que para él no significaban nada, que para él solo era una muestra de afecto a la hermana pequeña de su mejor amigo. Aunque eso no había impedido que mi mente viajase a lugares que no debía; incluso, en una situación como aquella.

El silencio se instauró en la habitación. Quería decirle que estaba todo bien, pero entonces se marcharía y no quería que lo hiciese. No todavía. Arlan miró a su alrededor, inspeccionando la habitación.

—¿Está todo bien? ¿Hay algo qué necesites?

—Tengo todo lo que necesito, incluso más.

La habitación en la que llevaba quedándome durante años no era la que me correspondía. Los empleados ocupaban las habitaciones interiores, en la planta de abajo. No estaban mal, pero eran mucho más pequeñas y no tenían un baño propio. Ni tampoco una ventana con vistas a los jardines y un balcón.

Mi dormitorio estaba en el ático. Uno de los que la casa poseía. Al principio dormía en la habitación de mi madre cuando regresaba del internado por mis vacaciones, pero cuando tenía once años, en unas Navidades, ayudé a mi madre a limpiar el ático. No estaba preparado como una habitación, pero me enamoré de la estancia. Me colaba allí siempre que podía y pasaba horas admirando el inmenso jardín de la mansión desde el balcón. Cuando Arlan lo descubrió, mando

que la acondicionaran para mí, incluso se aseguró de que en mis siguientes vacaciones instalaran un baño para que no tuviese que bajar a la planta de abajo. Si ya me resultaba fascinante en aquel entonces, con ese gesto, se convirtió en mi héroe. Y eso para una niña de once años lo era todo.

—Aun así, cualquier cosa que necesites, pídelo —insistió.

—Gracias, Arlan, pero no es necesario. De todas maneras, no voy a quedarme durante mucho tiempo. Lo último que quiero es molestar. Mi hermano tiene un apartamento.

—No quiero que te marches, Erin. Tu hermano nunca está en su apartamento. Allí estarías sola. Además, estás en tu casa. Esta habitación te pertenece.

Sus palabras parecían tan genuinas y, por un instante, solo por uno, me hicieron sentir especial. Aunque en lo más hondo de mí sabía que solo eran palabras de afecto. Arlan estaba siendo amable conmigo porque era la hija de una de sus empleadas y la hermana de su mejor amigo. No podía dejar llevarme por fantasías irreales alimentadas por mi cerebro.

La mirada de Arlan se detuvo en la urna que se encontraba sobre la estantería colgada de la pared.

—Mamá no quería un funeral —hablé sin que él dijera nada. Arlan debería saberlo, pero tuve la necesidad de explicárselo—. Quería que sus cenizas fuesen tiradas en el río que cruza el pueblo de Inistioge. Ella nació en ese pueblo y pasó gran parte de su infancia allí —aclaré, aunque no sabía si Arlan conocía esa información—. Pero hasta que podamos cumplir su última voluntad, las cenizas se quedarán en mi habitación. —Pese a que Arlan no dijo nada, pude ver la pregunta en sus ojos—. Ty no quiere hacerlo hasta que no encuentre al culpable de su muerte. Él cree que si lo hacemos antes, ella no descansará en paz.

—¿Y tú qué crees? —preguntó, haciéndome la pregunta que me hubiese gustado que me hubiese hecho mi hermano.

—Yo creo que ella ya descansa en paz. —Arlan me observó con una mueca de incredulidad en su bello rostro—. Necesito creerlo para no derrumbarme —susurré, tan bajo que apenas pude escucharme a mí misma.

Arlan asintió, pero no dijo nada. En su lugar, metió una mano en uno de los bolsillos de sus pantalones chinos de cuadros grises y sacó un objeto. Estiró su mano y lo dejó en mi palma. Era una llave.

—Es la llave de la habitación de tu madre. He pensado que te gustaría tenerla. No he permitido que nadie entre a limpiar la habitación ni que nadie toque sus cosas. No mientras tú no des permiso.

Mi corazón se detuvo al escuchar sus palabras. Mis ojos se humedecieron y traté de aguantar las ganas de llorar, pero sentí cómo unas pocas lágrimas se derramaban por mis mejillas.

—No creo que pueda hacerlo. No aún —reconocí—. Pero te lo agradezco. —Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos—. No quiero que nadie toque nada. Quiero ser yo quien recoja sus enseres personales. Aún no sé qué voy a hacer con su ropa y con sus cosas. —Había evitado pasar la habitación de mi madre. Porque hacerlo supondría que se convertiría en real, y había una parte de mí que todavía albergaba la esperanza de que todo fuera una pesadilla de la que me iba a despertar. Todavía no estaba preparada para deshacerme de sus cosas.

—No tienes por qué hacerlo ahora, hazlo cuando te sientas preparada. —Arlan apretó su mano contra la mía, cerrándola alrededor de la llave.

—No le he preguntado a Ty... No sé si él... —comencé, pero Arlan me interrumpió.

—Estoy seguro de que él prefiere que te encargues tú.

Arlan tenía razón. Mi hermano estaba demasiado ocupado en encontrar a los culpables como para preocuparse de encargarse de recoger la habitación de nuestra madre.

—Gracias, Arlan. —Hice una pausa, tratando de regular mi voz—. Por todo. —Él estaba siendo muy considerado conmigo cuando no tenía por qué serlo. Siempre lo había sido. Él siempre me hacía sentirme especial. Y lo conseguía sin pretenderlo, algo por lo que siempre le estaría agradecida.

Arlan sonrió y soltó mi mano.

—Pareces exhausta —Él estiró su mano y limpió una de mis lágrimas con la yema de su dedo pulgar—. ¿Has dormido algo los últimos dos días?

—Apenas —admití a la vez que sentía su dedo en mi piel. Solo fue un pequeño roce, pero provocó sensaciones en mi interior que intentaba mantener dormidas.

—Debes descansar.

Asentí, pero mi estómago rugió en protesta.

El ceño de Arlan se frunció con preocupación.

—¿Has comido algo en las últimas horas?

Negué con la cabeza, dándome cuenta de que mi última comida de verdad había sido un plato de pasta que había comido en la cafetería del colegio junto con Adele antes de que Ty viniera a recogerme. Después, había masticado dos gominolas de una bolsa que mi hermano había sacado de una máquina expendedora, y le había dado un mordisco a un sándwich mixto que apenas había logrado que me pasase por la garganta.

—Deberías comer algo antes de acostarte. Puedo hablar con alguno de los empleados para que te prepare algo.

—No hace falta, Arlan. —Eran más de las once. Todos los empleados estarían acostados; por lo menos, los que no se encargaban de la seguridad. Al ver que no iba a cambiar de opinión, añadí: —Puedo prepararme algo yo misma o calentar alguna sobra. —Siempre sobraba comida.

—No tienes por qué hacerlo. Tengo empleados contratados para ello.

Era consciente de ello. Mi madre había sido uno de ellos. Aunque ella había criado a Arlan y él siempre la había tratado con más respeto que al resto.

—Lo sé. Pero... —Iba a añadir que no quería molestarlos a esas horas, pero por la determinación que se reflejaba en su mirada, sabía que no conseguiría hacerlo cambiar de idea. —. Aún no me he encontrado con ninguno y preferiría no tener que escuchar a estas horas sus condolencias, ni ver la lástima en sus rostros. No todavía —admití en un susurro.

La expresión de Arlan se suavizó, y por la forma en la que sus labios se curvaron en una mueca de entendimiento, supe que lo había convencido. Conocía a Arlan lo suficiente como para saber que él detestaba la compasión tanto como lo hacía mi hermano. Al contrario de lo que muchos podían creer por el lujo por el que estaba rodeado, Arlan tampoco había tenido una vida fácil.

—Venga, te acompaño.

Él hizo un gesto para que saliéramos de la habitación. Debería haberme negado a que me acompañara, pero no podía desaprovechar la oportunidad. No cuando sabía que Arlan estaba tan ocupado que, seguramente, no volvería a verlo en varios días. Salimos de mi dormitorio y bajamos las escaleras que conducían a la segunda planta. Estábamos por el pasillo cuando uno de los hombres encargados de la seguridad de la mansión nos interrumpió.

—Jefe —le llamó; parecía agitado—. Te estaba buscando.

—Aiden, ahora no. Estoy ocupado —gruñó Arlan.

—Es urgente, jefe —insistió. Él fue a decir algo más, pero cuando su mirada se centró en mí, se detuvo.

Arlan debió ver algo en el rostro del chico, o tal vez, fueron sus palabras, porque pude

percibir que su expresión de fastidio mudaba a una de cautela.

—Está bien, Arlan —hablé antes de que él pudiera hacerlo, forzándome a esbozar una sonrisa. Bastante había hecho por mí ya—. No te preocupes, sé dónde está la cocina —bromeé, en un intento por ocultar mi decepción.

Arlan pareció dubitativo, pero asintió.

—Lláname si necesitas algo.

—Y tú, ten cuidado —le dije, usando la frase que siempre les repetía a él y a mi hermano cuando tenían que marcharse para ocuparse de los negocios.

—Siempre lo tengo, Erin —me respondió con mueca de suficiencia que me hizo sonreír.

Sabía que Arlan era más que capaz de defenderse a sí mismo. Pero, aunque no sabía demasiado de sus negocios, no era tan tonta como para pensar que no corría riesgos. Y, aunque no debía, no podía evitar preocuparme.

Incluso cuando me encontré en la cocina calentando en el microondas un plato de lasaña, no pude dejar de pensar en que no podría vivir en un mundo en el que Arlan no existiese.

## Capítulo 2

### *Arlan*

Nunca una desgracia llega sola. Eso era algo que había aprendido desde mi más tierna infancia. Aun así, no podía evitar la mala ostia que me había entrado cuando uno de mis hombres me interrumpió con malas noticias.

Había pensado que, por una puta vez en mi vida, podía pasar una noche tranquila. Desde la muerte de mi padre hacía más de un año, era un lujo que no me podía permitir.

Estar con Erin me había hecho olvidar por unos segundos lo jodida que era mi vida. La hermana pequeña de mi mejor amigo era todo luz. Incluso, en un momento como aquel, en el que acababa de perder a su madre, ella lograba iluminar mi oscuridad. Siempre sentía paz cuando ella se encontraba cerca de mí.

Eso había sido así desde que ella era una niña pequeña. Desde el primer día en el que ella llegó a mi casa junto a su madre y a su hermano abrazada a su ratón de peluche. En aquellos momentos, yo estaba lleno de ira, pero una sola mirada a sus ojos azules provocó que parte de esa furia se desvaneciese.

Ella era la única persona con la que mantenía mis demonios a raya, la única con la que me permitía ser amable. Pero la amabilidad no era uno de mis rasgos predominantes, ni uno que yo quisiese alimentar, por eso siempre me había asegurado de mantener cierta distancia con Erin.

Por eso y porque no quería que ella viese al verdadero Arlan. No quería que ella vislumbrase al monstruo que vivía en mi interior. Un monstruo que mostraba orgulloso al mundo, pero que con ella había intentado mantener oculto.

Tan solo había ido a su habitación con la intención de pasar unos minutos con ella y poder comprobar con mis propios ojos que se encontraba bien. A pesar de estar destrozada por dentro, se había mostrado fuerte. Porque Erin era una luchadora; siempre lo había sido, y eso era algo que siempre me había gustado de ella.

Yo no me preocupaba por nadie, pero ella sacaba los resquicios de humanidad que cada día que pasaba se iban desvaneciendo más. Esa humanidad que había sido prácticamente erradicada de mi sistema cuando tan solo era un niño y me encontré a mi madre muerta en su habitación.

Olvidándome de Erin, me centré en los negocios, que era lo que me había llevado hasta la vieja fábrica abandonada a las afueras de Dublín que utilizábamos como almacén para guardar las mercancías ilegales que nos llegaban desde el puerto.

Bajé de mi coche y atravesé el aparcamiento oscuro. Era pasada la medianoche y el cielo estaba encapotado. No había iluminación en el exterior para evitar las miradas indiscretas, aunque mis hombres se encontraban en la puerta y por los alrededores vigilando, asegurándose de que a ningún yonqui se le ocurriese la magnífica idea de usar la fábrica como un lugar de reunión para consumir junto a sus compañeros de adicción.

A pesar de la falta de luz, llegué sin incidentes hasta la entrada. Había realizado ese camino a oscuras millones de veces antes. En realidad, era bueno moviéndome en la oscuridad. Había sido entrenado para ello. Al menos, mi padre había hecho algo bien. Como un buen depredador que me consideraba, era más que capaz de dar caza a un enemigo en una noche cerrada en un lugar desconocido para mí.

Tal vez era porque la oscuridad era parte de mí, parte de quién era y estaba orgulloso de ella.

—¿Qué cojones ha pasado?! —pregunté, abriendo la puerta y cerrándola tras de mí, provocando que el hombre que se encontraban en el interior se sobresaltase.

Una bombilla en el techo iluminaba la estancia con una tenue luz. No había más mobiliario que una mesa de acero y dos sillas metálicas. Sean estaba sentado en una de ellas, pero se levantó inmediatamente cuando me vio.

—Jefe —me saludó, acercándose unos pasos a mí—. Hemos tenido problemas.

—¿Eso ya lo sé, Sean! —Oisin, otro de mis hombres, me había dicho lo que había sucedido—. ¿Me puedes explicar por qué hemos perdido la mercancía? ¿Cómo has sido tan inútil?! ¿Tú eras el encargado de la operación, el encargado de asegurarte que todo salía a la perfección!

Sean me miraba como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar. Y él hacía bien. Había confiado en él, poniéndole al mando, pero aunque era complicado conseguir mi confianza, no lo era perderla, y cuando alguien perdía mi confianza, no vivía lo suficiente para ver el sol ponerse de nuevo.

—Habíamos quedado con los holandeses en el puerto para recoger los contenedores. Cuando estábamos llegando, he recibido una llamada de un número oculto. Me han avisado de que era una trampa y he ordenado a nuestros hombres que nos diésemos la vuelta. Cuando estábamos huyendo, he escuchado las sirenas de la policía. —La voz de Sean era firme, sin titubeos, pero podía percibir la cautela detrás de sus palabras.

—Una puta redada —mascullé.

Rara vez teníamos problemas con la policía, ya que los policías que teníamos bajo sueldo se encargaban de que nouviésemos ningún incidente en nuestras transacciones.

—Al principio pensé que había sido cosa de los holandeses. Ya sabes que nos quieren quitar de en medio —Sean se pasó una mano por su cabeza rapada—, pero no tiene sentido, ya que nadie les avisó a ellos.

—¿Cuántos de sus hombres han muerto?

—Dos en el tiroteo con la policía y otros dos están detenidos. Solo uno ha conseguido huir.

—¡Joder!

Di una patada a una de las sillas que se encontraba allí. El metal golpeando contra el suelo provocó un gran estruendo, pero Sean ni siquiera se inmutó. Permaneció inmóvil, sin pestañear.

—¿Crees que han sido ellos?

—No creo que Dirk —dije, nombrando al jefe de los holandeses—, sacrificase a cinco de sus hombres. Pero no descarto ninguna opción, ni siquiera que tú estés detrás de esto. —Durante mi existencia había aprendido a no dar nada por sentado y a no fiarme ni de mi propia sombra. En nuestro mundo, las traiciones eran el pan de cada día, y la lealtad era difícil de encontrar.

Sean no se alteró ante mis sospechas. Llevaba demasiado tiempo trabajando para mi familia como para conocer mis métodos de trabajo.

—Jefe, jamás haría algo así. —Aunque sus palabras eran tranquilas, pude entrever que estaba ofendido ante mi acusación. Pero, en ese momento, me importaba una mierda.

—¿Estás seguro? —repetí con voz cortante—. Porque yo me estoy preguntando por qué hiciste caso a una llamada anónima. Una que llamaba directamente a tu número.

Sean tragó saliva con fuerza y sus hombros temblaron levemente, pero logró controlarlo. No me lo tomé como un síntoma de culpabilidad. Mis hombres me temían, yo me había asegurado de ello, y Sean, pese a que lo disimulaba mejor que la mayoría, no era una excepción. Él sabía que no necesitaba demasiado para perder los estribos y no podía importarme menos matarlo a sangre fría allí mismo si descubría que me había traicionado.

—Me extrañó —reconoció—, pero pensé que lo mejor era prevenir. No quise poner en riesgo

la vida de ningún hombre.

Ni la suya propia, aunque eso no lo dijo en alto.

—Y supongo que no tienes la menor idea de quién te ha llamado.

Él negó con la cabeza.

Lo observé fijamente a los ojos durante unos minutos. Él tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para mantenerme la mirada. No vi ningún resquicio de culpabilidad en sus ojos y mi instinto me decía que era inocente.

Sean era uno de mis mejores soldados, pero lo mantendría vigilado.

—Quiero creer que eres lo suficientemente inteligente como para saber que es lo que les pasa a los que intentan jugárnosla. Lo has visto demasiadas veces. —En un movimiento controlado, Sean asintió lentamente como la cabeza como respuesta—. Habla con Saiorse para que rastree la llamada.

—Hecho, jefe.

Saiorse era una *hacker* que teníamos en nómina. Era de las mejores en los suyos, pero, aun así, sabía que, probablemente, no lograra nada. Quienquiera que estuviera detrás de esa emboscada se habría cubierto bien las espaldas. Aun así, teníamos que intentarlo.

Dando la conversación por terminada, me di la vuelta para marcharme cuando Sean me detuvo con sus palabras.

—Jefe —Sean hizo una pausa, como si estuviera pensando lo siguiente que iba a decirme o, tal vez, solamente estaba dándome tiempo para que procesara lo que iba a contarme. De cualquiera de las dos maneras, supe que no eran buenas noticias—, Donal...

Y efectivamente, al escuchar el nombre de mi tío salir de sus labios, comprobé que no me equivocaba. Lo que me faltaba ya esa noche era que me hablaran de ese imbécil.

—Yo me encargo de él, Sean —respondí con un gruñido—. Si te llama, no le respondas.

—Ya sabes cómo es, jefe. Él no va a tardar en...

—He dicho que yo me encargo de él —sentencié, dándome la vuelta para mirarlo. Aquello bastó para que Sean apretara los labios y asintiera.

Donal no iba a tardar en enterarse. Noticias como esa corrían por nuestros círculos como la pólvora, y había demasiados lameculos trabajando en nuestra familia, de los que no podía deshacerme, que ya le estarían yendo con el cuento.

Pero no pensaba hablar con él. No esa noche. Tenía cosas más importantes que solucionar antes; como, por ejemplo, asegurarme de que los hombres de Dirk, que estaban detenidos, no cantasen como un loro ante la policía.

Como esperaba, mi tío tardó menos de un día en pedirme explicaciones en una cacería disfrazada de comida familiar que no pude rechazar. Qué ganas tenía de mandar a tomar por culo a ese viejo gilipollas. Desgraciadamente, había ciertos límites que no podía pasar; ni siquiera yo.

—¿Quiere un poco más de vino? —me preguntó uno de los camareros. Era un chico joven y no debía llevar mucho tiempo trabajando allí, ya que era la primera vez que lo veía.

Lo que quería era largarme de allí cuando no llevaba ni veinte minutos, pero moví mi cabeza en un asentimiento. El camarero llenó mi copa, podía ver sus manos temblando ligeramente y, si no fuera por la situación en la que me encontraba, me hubiera parecido gracioso.

Siempre me había enorgullecido ver el miedo y respeto que infundía en todo aquel que me reconocía. Muchas personas creían que era algo que me venía por el apellido de mi familia, pero se equivocaban. Me lo había ganado con el paso de los años.

No como el cretino que se encontraba frente a mí.

—Chaval, sírreme un poco más a mí también —le pidió Donal, haciendo un gesto con su mano.

Aquel era uno de los muchos hoteles de lujo que mi familia poseía. Nos encontrábamos en la terraza cubierta. El cielo estaba despejado, algo extraño. A pesar de que hacía un día especialmente cálido para ser finales de mayo, una estufa de gas rodeaba cada mesa, por si alguno de los ricos clientes pasaba frío.

No tenía nada en contra de rodearse de lujo, ya que yo mismo disfrutaba de él. Lo que me molestaba eran los ricos que no sudaban cada euro que ganaban. Y, muchos de esos, eran los que frecuentaban nuestros hoteles.

—Es toda una suerte que haya podido organizar esta comida —habló Donal cuando el camarero se marchó—. Desde que murió Farrell ya no nos reunimos tanto como antes. —Donal alzó su copa para darle un largo trago, casi vaciándola—. Tendríamos que hacer esto más a menudo, ¿no creéis?

Sus palabras eran envenenadas. Conocía a mi tío lo suficiente para saber que sus palabras poco tenían que ver con el hecho de que extrañaba los momentos en familia. Desde que había muerto mi padre yo era el nuevo jefe de la familia, adquiriendo con mi nuevo puesto nuevas responsabilidades y poder con el que mi tío no estaba nada contento.

A mis veinticuatro años, para mi tío solo era un niño jugando a un juego de mayores. Estaba equivocado. Era muy consciente del puesto que ostentaba. Un puesto que podía haber heredado de mi padre, pero que me había ganado con creces a cada jodido segundo de mi vida. Un puesto que cientos de hombres deseaban; entre ellos, él. Pero ninguno era suficiente valiente como para decírmelo a la cara o como para luchar de frente para arrebátarmelo.

Era consciente de que tanto él como su hijo Rory, sentado a su lado, aprovecharían la mínima oportunidad para matarme y quedarse con mi posición en la familia. Cómo si eso fuese posible. No lograrían matarme antes de que me llevase a los dos por delante. En realidad, estaba deseando que lo intentasen, ya que no podía esperar a deshacerme de esos dos inútiles.

—Mi padre tiene razón —dijo Rory mientras pinchaba un trozo de su cordero—, es bueno que la familia se reúna, ¿verdad? —Miró a Cormac, nuestro primo, que estaba sentado a mi lado. Este, como de costumbre, no se molestó en responder.

—Estoy muy ocupado. —No era tan falso como para jugar a la familia feliz. Una que nunca habíamos sido y que nunca sería—. No soy un jefe que se queda detrás de su despacho esperando que sus hombres se encarguen de arreglar la mierda.

—Ya lo veo —fue mi tío quien habló—. Ayer tuve que llamarte cinco veces hasta que me cogiste el teléfono. Supongo que estabas sumergido en la mierda. —A pesar de que mantenía una sonrisa y su tono era calmado, no se me pasó desapercibido el retintín en sus palabras.

—Ah, eso —dije, partiendo un trozo de mi bacalao—. Lo de ayer era porque no te quería coger el teléfono.

Donal terminó de tomar el último sorbo de vino que quedaba en su copa y, después, soltó una gran carcajada.

—Tú siempre tan gracioso, sobrino. Veo que el negocio no te ha hecho perder el sentido del humor.

—Pues a mí no me ha parecido una broma —siseó Rory, quien había soltado el tenedor que sostenía en su mano, y me miraba con el ceño fruncido.

—Es que no lo era.

Si Donal escuchó mis palabras, las ignoró. Tal y como siempre hacía, se quedaba con lo que a él le venía bien. Mi relación con él nunca había sido buena. A pesar de que este siempre había

sido el hermano favorito de mi padre, yo nunca lo había soportado.

—Este cordero está buenísimo —murmuró Donal con la boca llena, cambiando de tema—. Deberíais pedíroslo la próxima vez. Sobre todo, tú, Cormac. —Señaló a mi primo con el tenedor—. Así dejarías esa manía tuya que te ha entrado de solo comer plantas.

Donal detestaba a Cormac. Este era el hijo único de Reilly, mi otro tío, y el hermano mellizo de Donal. Reilly había muerto dos años antes en un tiroteo, dejando toda su fortuna y parte de los negocios a Cormac, quien en ese entonces tan solo tenía veinte años. Que Cormac pasase a tener el mismo poder dentro de la familia que él no le había sentado bien a mi tío, quien había intentado aprovecharse de la situación, sin lograrlo.

Por alguna razón que desconocía, mi tío se había pensado que podría controlar a sus sobrinos. Como si Cormac o yo se lo fuésemos a permitir. Hasta dudaba que pudiese mantener a raya a su propio hijo, a pesar de que este siempre secundaba las decisiones de su padre.

—Manía —fue lo único que Cormac dijo mientras entornaba los ojos.

Cormac nunca había sido dado a hablar demasiado. Solía mantenerse al margen en todas las conversaciones, solamente participando cuando era necesario. A veces, me preguntaba si estaba prestándonos atención, algo que me ponía un poco nervioso.

—Arlan. —Mi tío se dirigió a mí—. ¿Cómo van las cosas con los holandeses? ¿Has podido hablar con Dirk?

Ya estaba tardando en llegar la preguntita de marras.

—No me ha cogido el teléfono. —Muy a mi pesar, había tenido que joderme y llamarle para intentar ofrecerle una explicación que no tenía, pero él no se había dignado a cogerme el teléfono.

—No te preocupes, yo he conseguido ponarme en contacto con él esta mañana. Me ha costado que me respondiera, porque está muy enfadado y desconcertado, pero ya sabes lo insistente que puedo ser cuando quiero. —Mi tío me ofreció una sonrisa de suficiencia que me dieron ganas de borrar de un puñetazo—. He logrado que se calme y nos dé un poco de tregua, pero él no entiende nada de lo que ha pasado y, honestamente, yo tampoco.

Apreté el tenedor que sostenía con tanta fuerza que sentí que mis nudillos se ponían blancos. Ya estaba mi tío extralimitándose y metiendo sus narices donde no le incumbía. Esas no eran sus funciones, y, aun así, lo había hecho. Para intentar dejarme mal y evidenciar que era un niño jugando en grandes ligas. Demasiado joven e inexperto para gobernar todo un imperio.

—Él tiene que hablar conmigo, no contigo. Yo soy el jefe —le recordé con la mandíbula apretada.

—Vamos, sobrino, solo intento aligerar el ambiente. Ya sabes que Dirk y yo tenemos una amistad desde hace años. —Donal había sido quien había conseguido que comenzáramos a trabajar juntos años atrás—. Dale unos días. He escuchado que ya has conseguido sacar a sus hombres de la cárcel, eso le tranquilizará.

Por supuesto que había usado toda mi influencia en sacarlos. No me fiaba una puta mierda de ellos. Por mí los hubiese matado para evitar cualquier problema futuro. Pero eso sería el fin de nuestra relación con los holandeses, y era algo que no me podía permitir. Al menos, no en el momento en el que me encontraba.

—Es normal que esté cabreado —intervino Rory—. Yo también lo estaría. Lo que ha pasado es, cuanto menos, sospechoso.

Donal asintió, dándole la razón a su hijo.

—¿Sospechoso? —repetí lenta y peligrosamente.

—Arlan —fue Donal quien me respondió en vez de Rory—, entiende que haya cierta

crispación. ¿Una redada en medio de unas de nuestras transacciones y que solo perjudica a los hombres de Dirk? Los nuestros ni siquiera aparecieron a la hora acordada.

—Sean recibió un chivatazo cuando estaba llegando. Por eso cambiaron de opinión hasta el último momento. —Hasta yo era consciente de lo sospechoso que resultaba eso.

Rory chasqueó la lengua y entornó los ojos.

—Sean, quien no ha contestado a ninguna de mis llamadas —musitó Donal. Me ahorré el decirle que yo le había ordenado que no lo hiciera; aunque, seguramente, Donal ya lo sabría—. Arlan, reconoce que todo es muy extraño. Además, Dirk ya estaba enfadado desde que Cian Maccarthy ha regresado a Dublín y se ha involucrado en algunos de nuestros negocios.

No me estaba gustando el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Qué tiene que ver Maccarthy en todo esto? —Él ni siquiera participaba en esa transacción.

—Es curioso que, justamente, después del regreso de Cian, Dirk sufra este percance. Maccarthy y Dirk no tienen una buena relación precisamente. —Era consciente de ello. En el camino para recuperar su imperio, Cian había hecho tratos con enemigos de Dirk—. Dirk lo ve como el enemigo. No me extrañaría que pensase que Maccarthy está detrás de todo. A fin de cuentas, podría querer quedarse con ese negocio también.

—¿Y si fuese así por qué se molestaría en que alguien avisase a los nuestros?

—Tiene sentido, sobrino. Ahora, él y tú sois familia.

—¡Ese malnacido y yo no somos familia! —exploté, soltando el tenedor que sostenía con fuerza. El cubierto rebotó sobre el mantel.

—¿No está casado con tu hermana pequeña? —me preguntó Rory con ironía.

—No tengo ninguna hermana —respondí con un tono que no daba lugar a discusiones.

Enya era hija de mi padre y su segunda mujer, pero ella nunca había significado nada para mí. La odiaba por ser hija de quién era. El fruto nunca caía demasiado lejos del árbol, algo que ella demostró cuando engatusó al idiota de Cian Maccarthy para que se casase con ella. Él siempre se había creído su papel de inocente, incluso cuando solo era una niña. Pero yo bien sabía que Enya era como su madre, manipuladora y cruel.

Al final, Cian había encontrado a su alma gemela. Pensándolo bien, eran tal para cual. Era justo lo que él se merecía.

—Está bien —cedió mi tío alzando sus manos en señal de paz—. Pero reconoce que es sospechoso que permitieses que él regresase a Dublín y se hiciese cargo de parte de nuestros negocios después de la boda con tu her... —se corrigió rápidamente, aunque conocía lo suficiente a mi tío como para saber que había sido una equivocación totalmente provocada—, con Enya.

Yo no había permitido nada y ellos lo sabían bien. No estaban de acuerdo con lo que había pasado, pero una vez Cian había demostrado que Zinov Andreyev había sido el que había traicionado a mi padre y no él, el resto de familias habían estado de acuerdo con el regreso de la familia Maccarthy, y a mí no me había quedado más remedio que permitirle participar en los negocios que su padre y el mío habían compartido.

No había sido mi decisión. Pero el haberme negado habría ocasionado que las demás familias se pusiesen en mi contra, y eso era algo que como un jefe nuevo no me podía permitir. Y mi tío lo sabía bien.

—Si no estás de acuerdo en cómo hago las cosas, siempre puedes intentar destituirme de mi puesto. —Pese a que mis palabras sonaron casuales, la amenaza estaba implícita en ellas.

Solo había una manera de quitarme de mi puesto: matándome. Y no iba a ponérselo fácil.

Además, aunque lo consiguiese, algo que era prácticamente imposible, ya que le rebanaría en cuello en cuanto él hiciese solo un pequeño movimiento, mis hombres no lo aceptarían con facilidad.

—Nunca haría algo así —dijo mi tío con fingida consternación. Entorné los ojos cuando se llevó su mano derecha al corazón—. Solo estoy intentando que entiendas la razón por la que Dirk está receloso. ¿Si fuese tú el damnificado no pensarías que, tal vez, se han juntado para jugártela?

—¿Y tú lo piensas, tío? ¿Piensas que se la estoy jugando a Dirk? —siseé con los dientes apretados.

—No, por supuesto que no. La familia necesita el trato con los holandeses. Nos reporta mucho dinero. Aunque, quizá, tú tienes tus razones que no has compartido conmigo.

Cerré los ojos como un método de contención. Cuando los volví a abrir, los tres me estaban mirando; incluso Cormac había dejado de comer para observarme. Ellos sabían que yo era como una bomba de relojería y mi tío me estaba llevando a mi límite adrede, ya que su especialidad siempre había sido tocar los cojones. Respiré hondo para no darle lo que deseaba.

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago ni de las decisiones que tomo. —Aunque el labio inferior de mi tío tembló ante mi declaración, mantuvo la sonrisa—. No soy tan imbécil como para estropear un trato que, como bien has dicho —pronuncié estas últimas palabras con sarcasmo—, nos reporta muchos beneficios.

—Lo sé, pero eres joven, y tal vez...

Él no pudo terminar la frase porque, a pesar de que sabía que estaba entrando en su juego, exploté:

—¿¡Estoy hasta los cojones de que dudes de mi capacidad para liderar la familia!? —grité, fuera de mí. Me levanté de la silla, el mueble cayendo hacia atrás y golpeando contra el suelo—. ¡Llevo toda mi puta vida preparándome para el puesto! He hecho más por la familia en los últimos meses que tú en toda tu puta vida!

Rory fue a decir algo en defensa de su padre, pero mi tío le puso una mano sobre el hombro, deteniéndolo.

—Nadie lo pone en duda, sobrino —dijo mi tío, suspirando—. No hace falta que te pongas así. Tan solo estábamos hablando...

—¿Por qué no te vas a la mierda, Donal?! —Él frunció el ceño, más por el hecho de que me dirigiera a él como Donal y no como tío, que porque le mandara a la mierda. Cogí mi chaqueta, que se había caído al suelo, y me di la vuelta para marcharme, sin tan siquiera molestarme en despedirme.

Había terminado de escuchar tonterías.

Caminé por la calle paralela del hotel a pesar de que había dejado el coche aparcado en el *parking*. Aunque no estaba muy lejos del centro de la ciudad, era una zona tranquila. Me adentré en un callejón.

Saqué del bolsillo derecho de mi cazadora un paquete de cigarrillos y un mechero. Guardé el paquete en el bolsillo de nuevo y encendí el cigarrillo. Era uno de los pocos vicios que me permitía, y no con mucha frecuencia. De hecho, era la primera vez que fumaba desde que había muerto mi padre. Pero, esa ocasión, lo merecía.

Le di una calada al cigarrillo y exhalé el humo, creando una pequeña espiral en el aire mientras escuchaba unos pasos acercándose a mí.

—Cuarenta minutos. Todo un récord —me dijo una voz que conocía bien.

—¿Cuarenta solo? —repetí—. Pensaba que llevaba cuatro horas.

Tyrone se rio. Se colocó frente a mí y apoyó su espalda en la asquerosa pared.

Mi segundo me había estado esperando fuera. Nunca venía a las reuniones familiares a pesar de que yo lo consideraba la única familia que tenía. Donal siempre había visto con malos ojos mi amistad con Tyrone, ya que él pertenecía a una clase social mucho más baja que nosotros. Alguien con la procedencia de Tyrone no podía ostentar un puesto tan alto como el que tenía. Sabía que mi padre y él habían discutido sobre eso en muchas ocasiones.

Donal era de los de la vieja escuela, de los que creía que los puestos se transmitían por sangre. Yo estaba de acuerdo, pero también pensaba que había que ganártelo. Y Tyrone lo había hecho.

—¿Qué tal ha ido?

—¿Tú qué crees? —Tyrone arqueó una ceja—. Me ha acusado de ser un inútil incapaz de hacer la o con un canuto.

—Nada nuevo —respondió Tyrone con tranquilidad, alzando sus hombros.

—No —concordé—, pero esta vez ha ido más lejos. Se ha atrevido a insinuar que estoy del lado de Maccarthy.

Tyrone bufó.

—¿Crees que quizá él o tus primos pueden estar detrás de lo que ha pasado?

No lo descartaba.

—Podría ser cualquiera. Donal cree que voy a llevar a la familia a la ruina. Rory me odia desde que se dio cuenta de que el puesto de segundo te lo iba a dar a ti. Y Comrac...

—Es raro de cojones —terminó Tyrone por mí—. A eso súmale que ninguno de ellos está contento con el reparto que hiciste con Maccarthy.

—¿Te crees que yo quería hacerlo? No tuve más remedio que hacerlo, joder —mascullé, dándole otra calada a mi cigarrillo. Muy a mi pesar, las pruebas eran irrefutables, ellos también deberían haberlo visto.

—Lo sé, pero era la excusa que ellos necesitaban para ir a por ti. Eres un jefe joven.

Suspiré.

Tyrone tenía razón.

Desde que mi padre enfermó de cáncer y empecé a adquirir más poder, no me lo habían puesto fácil. Tras su muerte, me encontré con la sorpresa de que él había dejado a su hija Enya, a la que había enviado a vivir con su abuelo a Australia después del asesinato de la madre de esta, una cantidad considerable de dinero para que ella pudiese eludir, si lo deseaba, un compromiso matrimonial beneficioso para la familia.

Lo eludió, pero no por el dinero, que nunca llegué a darle ni pensaba darle. Ella no se merecía nada.

—No nos vendría mal algo de apoyo. —Tyrone eligió sus palabras con cuidado, dejando que las asimilara. Habíamos hablado de ello hacía menos de un mes, después de una de las reuniones—. Además, no nos vendría mal tenerlo vigilado —añadió—. Él puede estar detrás de todo esto.

Odiaba tener que acudir a él. Lo aborrecía casi tanto como compartir los negocios con Maccarthy.

—Déjame pensar en ello. —Tyrone asintió, sabiendo que no le convenía presionar más—. Konan —dije, cambiando de tema. Él era uno de nuestros policías comprados; llevábamos trabajando con él desde hacía años— me ha dicho que los policías que estaban en la comisaria aquella noche recibieron un chivatazo desde un número de teléfono anónimo.

—¿Y por qué le hicieron caso? La policía recibe decenas de llamadas todos los días. Muchas

de ellas, son falsas.

Bufé. Yo mismo me había preguntado eso.

Le di una última calada al cigarrillo y lo lancé al suelo, apagándolo con mi zapato un segundo después.

—Konan está intentando localizar el lugar desde el que se hizo la llamada. Me ha costado miles de euros poder sacar a los hombres de Dirk. —Apenas había dormido una sola hora—. ¡Nada tiene sentido, joder! —Puede que Konan estuviera jugando un doble juego. Tal vez era él quien había dado el chivatazo, pero lo dudaba, ya que Konan no sabía nada de nuestros negocios; por lo menos, nada con lo que pudiese putearnos.

Tyrone dio un par de pasos hacia mí y apoyó su mano en mi hombro.

—Vamos a encontrar al culpable y le haremos pagar con sangre. —Sus ojos azules reflejaban que no mentía—. Voy a darme una vuelta por el barrio de Gardiner para averiguar si encuentro algo de información.

—Puede encargarse Sean. Ya sabes que puedes...

Tyrone no me dejó terminar la frase.

—Voy a hacerlo yo. —Apartó la mano de mi hombro. Pude ver que mi ofrecimiento le había molestado. Tyrone detestaba la compasión, pero no era eso lo que le estaba ofreciendo. Su madre había muerto asesinada hacía dos días y él no había parado ni un solo instante. Necesitaba descansar para poner sus ideas en orden. Agotado, no conseguiría nada, y tampoco sería útil para la familia.

Pero no discutí ni le obligué a descansar. Si algo se había ganado Tyrone, era que tuviese manga ancha con él. Además, le entendía. La ira y la venganza podían ser tu principal aliado, tu gasolina. Aunque ese era un juego peligroso y yo bien lo sabía.

—¿Sabes algo nuevo? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Ni una sola jodida pista —masculló.

Maeve, a su madre le había disparado mortalmente en un barrio de clase obrera cerca del centro de Dublin, robándole el bolso. Podía haber sido un robo que había terminado mal, pero sinceramente lo dudaba. No creía en las coincidencias. Y sobre todo lo que más me extrañaba era que el culpable había desaparecido de la faz de la tierra. La mayor hipótesis que barajábamos en ese momento era que alguien hubiese pagado a un tercero para que la matase.

La pregunta era: ¿quién?

Maeve era mi empleada, pero no era alguien importante dentro de la mafia ni de mi familia. No tenía sentido que hubiera sido un ataque hacia mí para debilitarme.

—Erin me ha preguntado si creo que puede ser Colin.

Hacía años que no escuchaba ese nombre. De hecho, tan solo lo había oído en contadas ocasiones. Sin embargo, nunca se me olvidaría. No era una historia de la que a Tyrone le gustara hablar.

—Nunca encontraron el cuerpo —dije, leyendo sus pensamientos. Su padre era un fantasma del pasado del que nunca se desharían. Sabía más de fantasmas del pasado de lo que me gustaba. —. ¿Crees que ha podido ser él?

—Le he dicho que no. —Tyrone hizo una pausa y se pasó una mano por él.

—Pero no estás seguro —deducí.

Tyrone asintió.

Si viendo los cuerpos yo no había logrado descansar de mis propios demonios, ellos, sin verlo, no serían capaces de hacerlo. Avancé un paso hacia él y agarré su hombro.

—Si ha sido él, lo encontraremos y volveremos a devolverlo a los muertos de la manera que se merece. —No pensaba dejar que nadie hiciera daño a Erin—. Vengaremos la muerte de tu madre, Tyrone.

Él se merecía obtener su venganza, y yo me aseguraría de lo que lo hiciese.

## Capítulo 3

### *Erin*

A mamá siempre le había gustado cocinar. Era una pasión que había heredado de su madre y que se había ido transmitiendo de generación en generación. Decía que le ayudaba a desconectar, a despejar la mente y a olvidar los problemas. Afirmaba que cocinar le relajaba.

«Los Vaughan tenemos un don innato para cocinar». Eso era lo que ella siempre decía.

Un don que había sido transmitido a Tyrone, pero que no había llegado a mí.

No era buena calculando la cantidad de ingredientes que debía usar, ni siquiera utilizando la báscula. Tampoco era buena con el tiempo ni mezclando ingredientes. Los platos más sencillos me resultaban complicados, y me parecía tedioso tirarme horas en la cocina para preparar un plato.

Cocinar no me ayudaba a relajarme; al contrario, me ponía más nerviosa. Sin embargo, con el paso de los años, había llegado a ser una cocinera bastante decente —o, al menos, eso quería pensar—. Y me había ayudado a desarrollar mi paciencia.

Y ahora, ahí estaba, preparando un *crumble* de ruibarbo. Que debía reconocer que tenía una pinta succulenta.

Porque los únicos recuerdos que tenía de mi madre siendo feliz en nuestra antigua casa eran cuando estaba en la cocina. Aunque tenía que reconocer que había otra razón. Una más poderosa por la que había aprendido a realizar esa receta.

—Huele delicioso. —Una voz masculina que conocía bien provocó que me diera la vuelta, lanzando por los aires el guante de cocina que sostenía la mano, sobresaltada. Este aterrizó en el hombro derecho de Arlan, cayendo al suelo. Sentí que mi rostro comenzaba a enrojecerse.

—Lo siento... Yo no... —balbuceé, avergonzada.

Arlan se rio, despreocupado. Él no parecía enfadado por mi ataque.

—Créeme, se necesita más que un guante de cocina para poder conmigo.

En ese momento, en el que acababa de perder a mi madre, saber que él no mentía me tranquilizó. Porque, desde que llegamos a la casa de los Wolf, la idea perder a alguien importante para mí no había pasado por mi cabeza, pero ahora no podía parar de pensar que haría si otra persona que me importaba fallecía. Porque, a mis dieciocho años, había descubierto de la más cruel de las maneras que la vida era frágil y corta y que nunca se podía dar nada por sentado.

Arlan se agachó para recoger el guante y me lo lanzó. Lo atrapé y lo dejé sobre la encimera de granito.

Aunque la cocina era el lugar de la mansión de Arlan que menos me gustaba, tenía que reconocer que era una estancia bonita, con sus paredes naranjas brillantes, rematadas cerca del techo por cenefas de papel con dibujos de cacerolas y sartenes, y las cortinas blancas recogidas en lazos adornando las ventanas. Nunca había comprendido la razón por la que no me sentía cómoda en esa estancia, pero al ver a Arlan, observando la cocina como si fuese la primera vez que estaba allí, comprendí la razón.

No tenía ningún recuerdo con él allí. Es más, estaba bastante segura de que nunca le había visto entrar.

—Creo que es la primera vez que te veo aquí.

Arlan miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

—Hacía años que no entraba. Te estaba buscando —dijo, tras unos segundos, rompiendo el silencio con unas palabras que calentaron mi corazón.

—Aquí estoy. —Era algo tonto por decir, pero no se me ocurrió otra cosa.

Arlan esbozó una tierna sonrisa a la vez queladeaba la cabeza.

—*Crumble* de ruibarbo —murmuró mientras observaba la tarta que acababa de preparar y que se encontraba encima de la isla.

Ese era su postre favorito. Siempre le pedía a mi madre que se lo cocinara. Él era un adolescente en aquel entonces, y yo tan solo una niña. Pero no había visto a Arlan tan relajado como cuando se llevaba un trozo de tarta de pastel a la boca. Desde entonces, no paré hasta que mi madre me enseñó a prepararlo.

Y, a partir de ese momento, se había convertido una costumbre para mí hacer un *crumble* de ruibarbo cada vez que estaba de visita.

—Es para agradecerte lo bien que te has portado siempre con nosotros y lo bien que te sigues portando conmigo.

Arlan hizo un gesto con su mano y me dio una sonrisa suave.

—No hace falta que me des las gracias, Erin. Ya te lo he dicho muchas veces.

Pero lo hacía. Estaba eternamente agradecida a su padre por haberle dado un lugar en el que refugiarse a mi madre cuando más lo necesitaba. Le había dado protección. Y cuando él falleció, Arlan continuó haciéndolo. También le había dado trabajo a mi hermano, un empleo de alto cargo y responsabilidades. Uno que a mi hermano le hacía feliz.

Aunque había algo más que agradecimiento detrás de aquel postre. Quería verle disfrutar con algo que yo había preparado.

Arlan atravesó la cocina y rodeó la isla para abrir uno de los armarios en busca de un plato. No lo encontró a la primera, pero, tras abrir tres armarios, dio con los platos de postre.

—¿Ahora? —pregunté tontamente—. Pensaba que ya has comido —dije a la vez que me acercaba a uno de los cajones para coger los cubiertos.

Antes de que pudiese hacerlo, Arlan se me adelantó, sosteniendo dos tenedores y un cuchillo.

—Y lo he hecho, pero no he podido tomarme el postre. Además, siempre hay espacio para un trozo de *crumble* de ruibarbo, y más, si lo has hecho tú. Eres una gran repostera.

Eso no era cierto, el *crumble* era el único postre que sabía hacer decentemente, pero acepté el cumplido, aunque no pude evitar que mis mejillas enrojecieran.

—Si quieres puedes llevarte el postre contigo, no es necesario que te lo comas aquí —propuse a la vez que él dejaba los platos y los cubiertos encima de la mesa de madera que se encontraba en medio de la estancia.

Sabía que Arlan era un hombre muy ocupado que estaba al cargo de negocios importantes. O eso me había dicho mi hermano en cantidad de ocasiones, ya que nunca había sabido exactamente cuáles eran los negocios de los que se hacía cargo, pese a que era consciente de que no todos eran legales.

—Prefiero comerlo aquí contigo —dijo mientras se sentaba en una de las sillas que rodeaban la isla.

Una sonrisa bobalicona que no pude evitarse dibujó en mis labios. Él tan solo estaba siendo amable, pero aquel gesto significó mucho para mí.

—Claro —respondí a la vez que ocupaba la silla que se encontraba frente a él.

Arlan fue a coger el cuchillo para partir el *crumble*, pero se lo quité.

—Yo hago los honores.

Partí un trozo de tarta con cuidado. Ni siquiera le tuve qué preguntar cuánto quería, porque

había hecho esto demasiadas veces como para saber cuál era su porción perfecta.

—¿Tú no quieres? —me preguntó cuando dejé el cuchillo sobre la isla.

—No tengo mucha hambre. Además, acabo de comer.

—Mejor, más para mí. —Arlan me guiñó un ojo y yo no pude evitar sonrojarme. Él partió un trozo de tarta y se la llevó a la boca—. Está buenísimo, como siempre.

No pude evitar hincharme de orgullo al escuchar aquellas palabras. De la misma manera que llevaba haciendo desde que era una cría y le había preparado por primera vez aquella misma tarta. Aunque, en ese instante, mi participación se había limitado a pasarle la harina a mi madre.

La aceptación de Arlan siempre hacía que me derritiera por dentro.

—Me alegro de que te guste —traté que mi voz no sonara tan entusiasmada como me sentía, pero la sonrisa bobalicona en mi rostro me delató—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien, como siempre —contestó Arlan mientras se llevaba otro trozo a la boca.

A pesar de que sus palabras habían sido suaves, sabía que me estaba mintiendo. Lo había notado en el mismo momento en el que lo había visto. Y podía percibirlo con más fuerza en ese instante. Algo le estaba molestando. Años observándolo a escondidas habían hecho que pudiera leer a Arlan con facilidad.

Me pregunté si aquello tenía que ver con mi madre y si habían descubierto alguna nueva pista.

—¿Ty está bien? —inquirí cuando el pensamiento de que le había podido pasar algo asoló mi mente.

—Tyrone está bien, Erin —me tranquilizó Arlan—. Tu hermano sabe lo que hace, no debes temer por él.

El aire que no sabía que había estado conteniendo se escapó de mis labios. Siempre había tenido un sentimiento de intranquilidad que me había acompañado desde que habíamos abandonado nuestra casa, pero desde que mi madre había sido asesinada, se había incrementado, atormentándome. No temía por mí; lo hacía por mi hermano. No podía perderlo; él era lo único que me quedaba.

Aunque deseaba hacerle más preguntas a Arlan, ni siquiera lo intenté. Porque también lo conocía lo suficiente como para saber que no lograría nada.

—¿Quieres un poco? —me preguntó, cambiando de tema. Señaló la tarta con el tenedor.

—No, gracias. Además, es tu trozo, no sería justo.

—Vamos, deberías probar un poco —insistió—. Puedo compartirlo contigo. Puedo ser generoso cuando quiero. —Arlan me guiñó un ojo.

Pese a que sabía que tan solo estaba bromeando, aquel último comentario hizo que mis mejillas ardieran en sangre. No solía sonrojarme con facilidad; al menos, no con cualquier persona que no fuera Arlan. Era una broma inocente sin ningún tipo de doble sentido y yo me estaba poniendo roja como una adolescente enamorada. Aunque, para qué engañarme a mí misma, ¿no era eso lo que era?

Arlan partió un trozo y estiró su tenedor hacia mí. Me sorprendió que no lo soltara o que utilizara el otro que estaba intacto a un lado de la isla, pero me incliné hacia delante y me llevé la porción a la boca, saboreándola.

—Mmm... está muy buena —dije, cerrando los ojos. A pesar de no ser muy amante de las tartas, no mentía.

La mirada de Arlan estaba fija en mi boca. Por inercia, pasé mi lengua por la comisura de mis labios, dándome cuenta de que tenía un rastro de pastel. Los ojos de Arlan siguieron mis movimientos y me pareció ver que sus pupilas se oscurecían.

Durante unos instantes el silencio reinó en la cocina, solamente roto por el sonido de los demás empleados en las otras habitaciones de la casa. Sentía cómo mi pulso comenzaba a acelerarse y mi corazón latía desbocado en mi pecho, aun sin entender la razón. Tragué saliva, sintiendo una sequedad en mi garganta. Me iba a levantar para llenarme un vaso de agua cuando Arlan habló.

—Fiona —su voz era más ronca de lo habitual y él debió de darse cuenta, porque hizo una pausa para aclararse la garganta—, se ha encargado de la limpieza de la sala de música, puedes ir cuando quieras.

Fiona era una de las muchas empleadas del hogar que tenían los Wolf. Ella había sido compañera de mi madre y, hasta donde sabía, mantenían una relación cercana. No eran amigas, pero se tenían un gran cariño. De hecho, la misma Fiona me había contado lo que Arlan me estaba diciendo esa misma mañana. Lo que me sorprendía era que Arlan lo supiese. Él no solía preocuparse por ese tipo de trivialidades. Él no se ocupaba personalmente de mandar a los empleados que limpiasen ninguna estancia, y menos la habitación que había sido bautizada como sala de música y que solo usaba yo.

Esa sala era una amplia habitación que se encontraba en la planta baja y que había sido acondicionada exclusivamente para mí con un piano Yamaha C3 negro reinando la estancia.

Arlan no tocaba el piano y, hasta donde yo sabía, nunca había tenido interés en ese instrumento musical ni en ningún otro. Tampoco lo había tenido Farrell, su padre.

El piano siempre había llamado mi atención desde que tenía uso de razón. Ni siquiera recordaba la edad que tenía la primera vez que lo había visto en un anuncio en la televisión. Era un instrumento tan grande, tan sofisticado, y la melodía era tan elegante... Con los años, había conseguido sintonizar un canal que emitía orquestas y había conseguido que Tyrone me los grabara cuando estaba en el colegio.

El primer día que llegué a la casa de los Wolf tenía ocho años. Conseguí sintonizar la cadena en la enorme pantalla que tenían en la sala. Cuando Arlan entró, pensaba que estaba furioso conmigo por haber usado su televisión; él tenía cara de estar enfadado con el mundo. Iba a pedirle perdón y devolverle el mando cuando me preguntó si me gustaría tocar uno de esos. Le dije que sí y él se marchó. Al día siguiente, tenía una sala acondicionada para mí con un piano y una profesora de piano. Así de fácil.

Desde entonces, no había dejado de tocar.

—Lo sé. —Meforcé por esbozar una sonrisa que sabía que no se veía auténtica. Aunque, quizá, Arlan no se diera cuenta o, seguramente, no me prestaba tanta atención como para ser consciente de ello—. Pero creo que desde la audición tengo las manos tan agotadas que necesito un descanso. —Levanté las manos, enfatizando mis palabras.

Era una excusa. Lo cierto era que no había tenido fuerzas para tocar desde que había llegado a la casa. Tocar el piano y componer melodías se había convertido en mi pasión con el paso de los años, mi momento feliz. Y, en ese instante, me sentía demasiado deprimida como para sentarme siquiera delante del instrumento.

Arlan me miró fijamente unos segundos, con sus ojos levemente entrecerrados, como si estuviese decidiendo si dejaba pasar el tema o no. Por supuesto, él no se había creído mi excusa, algo que no me sorprendía, ya que era una pésima mentirosa; sobre todo, cuando se trataba de mentirle a él.

—No permitas que el dolor te impida hacer aquello que más te gusta, Erin.

—¿Y cómo lo logro? ¿Cómo consigo que este dolor abrasador que me está quemando por dentro no me paralice? ¿Cómo sigo viviendo sin ella? —Las palabras salieron atragantadas de mi

boca. Palabras que no había sido capaz de pronunciar hasta ese momento. Palabras que no me había atrevido a decir en voz alta porque, en el fondo de mi ser, sentía que si no las verbalizaba, podía fingir que podía seguir adelante. Pero, la realidad era que no sabía si sería capaz.

Arlan estiró su mano para colocarla encima de la mía como un gesto silencioso de apoyo.

—Simplemente lo haces, Erin.

—¿Cómo lo has logrado tú? —Él frunció el ceño con confusión—. Superar la muerte de tu madre y la de tu padre.

La madre de Arlan había fallecido cuando solo era un niño. Nunca llegué a conocerla, como tampoco a su madrastra, ya que cuando yo llegue a la mansión, ambas habían fallecido.

Arlan soltó su mano de la mía y me di cuenta de que había metido la pata. Vi cómo su rostro se transformaba de una máscara de amabilidad a una de seriedad.

—Lo siento, no quería extralimitarte. No te enfades conmigo.

Arlan negó con la cabeza a la vez que una sonrisa pequeña se dibujaba en sus labios.

—No hay nada que puedas hacer que logre que me enfade contigo, Erin. —Fui a abrir la boca, pero él me lo impidió con sus palabras—. Vive tu vida y sé feliz, eso es lo que querría tu madre.

Estuve a punto de preguntarle si es lo que su madre también querría para él, pero no lo hice. Arlan siempre parecía seguro de sí mismo, con el control del mundo. Aunque si observabas bien, si veías detrás de esa máscara que siempre llevaba puesta, podías ver la tristeza en sus ojos. Una tristeza que él siempre escondía delante de todos con éxito, pero que no le resultaba tan sencillo a mi lado. Porque yo siempre podía ver en su interior más que él resto.

—Tienes razón —dije, rompiendo el silencio que se había instaurado en la cocina—. Ella querría que siguiese adelante y que no me rindiera. —Traté que mi voz no se quebrara—. Más tarde iré a la sala para tocar el piano. He estado componiendo una melodía nueva estas últimas semanas, ¿quieres escucharla?

Arlan nunca había acudido a mis recitales en el colegio, ni había estado presente en mis clases de piano, ni tampoco en mis ensayos. Pero en las vacaciones de verano solía reunir un día a mi hermano y a mi madre en la sala de música y les ofrecía un recital privado. Él había acudido un par de años.

—Tengo negocios que atender.

Su negativa, aunque esperada, provocó que mi estómago se encogiera. La música lo significaba todo para mí. Cuando tocaba era el único momento en el que podía ser yo misma, en el que podía ser capaz de cualquier cosa que me propusiese. Porque la música no era solo una sucesión de sonidos, era un lenguaje que me permitía comunicar mis anhelos más profundos.

—Entiendo —musité, tratando de esconder mi decepción—. Solo que he pensado que me resultaría más fácil volver a tocar en el salón donde tantas horas mi madre pasó conmigo escuchándome si no lo hacía sola.

No era una mentira. Sabía que en cuanto pusiese un pie en la sala de música, un torrente de recuerdos se abalanzaría contra mí. Mi madre siempre había estado a mi lado, apoyándome en cada paso del camino.

El piano no era un instrumento sencillo, y pese a que amaba tocarlo, más de una vez había estado a punto de tirar la toalla, pero ella nunca me lo había permitido, porque sabía que me arrepentiría.

—Puedo retrasarme diez minutos.

Arlan bajó su mirada hasta su reloj plateado y, después, volvió a centrar su mirada en mí. Mi admisión pareció hacerle cambiar de opinión y, aunque lo último que deseaba era infundir

lástima en él, en esa ocasión, me aferraría a las posibilidades que me acababa de dar esa carta.

—Dame un minuto para que meta los platos al lavavajillas y guarde la tarta en la nevera —le dije a la vez que me levantaba de la silla.

Arlan arrugó el ceño.

—Tengo servicio para eso, Erin.

—Lo sé, mi madre era parte del servicio —pronuncié aquellas palabras con orgullo. Porque que mi madre hubiera trabajado durante tanto tiempo para los Wolf era todo un honor para mí—. Aun así...

—Tú eres mi invitada —respondió Arlan con vehemencia—. No tienes que limpiar, ni cocinar, ni ninguna otra cosa que crees que debes hacer para estar aquí.

—Lo sé, pero, así todo, quiero ayudar —insistí—. Mi madre nos enseñó a Ty y a mí a limpiar lo que ensuciamos. Quizá mi hermano haya olvidado esas enseñanzas —dije, recordando cómo mi hermano tenía contratada a una chica para que limpiase su apartamento—, pero yo no.

—Tu hermano limpia lo que ensucia —replicó Arlan con un brillo de diversión en sus ojos oscuros y una sonrisa ladeada. Me dio la sensación de que era una broma privada que no entendí—. Venga, vamos a la sala de música.

A regañadientes, acepté, porque como él me había dicho, estaba ocupado, y no quería hacerle perder más tiempo del necesario.

Salimos de la cocina y cruzamos el comedor para llegar a un largo pasillo. La sala de música se encontraba frente al despacho de Farrell, que ahora era el de Arlan. Giré el pomo y me quedé inmóvil durante unos segundos en el umbral.

Todo estaba tal y como lo recordaba.

El piano en el centro, destacando como el protagonista silencioso que era. El brillo pulido de la madera oscura se veía resaltado por la luz tenue que se colaba entre las cortinas blancas. Las paredes adornadas con estanterías contenían libros de música y partituras que me habían ido regalando durante los años.

Pegadas a la pared, había dos sillas tapizadas y un sillón de dos plazas de cuero blanco. Inspiré una bocanada de aire y me adentré con pequeños pasos que golpeaban la madera del suelo hasta llegar al banco acolchado.

Me senté en él y observé el piano frente a mí. Ese piano que me había acompañado en tantos momentos de mi vida. Por supuesto que tocaba el piano en el internado, aunque aquel instrumento no solo lo utilizaba yo, sino también dos compañeras más que compartían mi pasión. Pero no era eso por lo que aquel instrumento no había logrado robarme el corazón como lo hacía el piano que tenía frente a mí.

Porque este piano era con el que había empezado y aprendido a tocar. Y porque había sido un regalo de Arlan.

Arlan. Me había olvidado completamente que se encontraba allí. Él se había sentado en el sofá y esperaba en silencio a que comenzase a tocar.

Me quité los zapatos. Una de las manías que tenía. Me gustaba tocar descalza siempre y cuando no estuviese en público.

Nadie se había sentado allí aparte de mí, tal y como evidenciaba que el banco estuviese a la altura perfecta. La altura que me permitía que cada pulsación de tecla transmitiera la emoción deseada sin restricciones físicas, porque la música se trataba de eso: de transmitir emociones. No importaba si era tristeza o alegría, lo importante era lograr que los que te escuchaban sintiesen algo.

Coloqué mis manos en las teclas, y como siempre, fue como si el mundo desapareciera y solo

quedase la música que comenzó a fluir a través de mí.

Mi intención había sido tocar la melodía que había creado hacía meses para mi graduación, pero como si mis dedos tuviesen vida propia, comenzaron a tocar una melodía que había creado años atrás. Una que nunca había tocado en público. Una con notas suaves y melódicas que expresaban la ternura y el amor que sentía por el hombre sentado en el sillón, mientras acordes más apasionados revelaban la intensidad de mis emociones por él.

Me dejé llevar durante ocho minutos en los que puse mi alma. Al final de la pieza, me sentía tan vulnerable por haber mostrado todo lo que guardaba en mi interior, que apenas fui capaz de levantar la cabeza. La música era mi única manera de expresarme con claridad y, en ese momento, había expuesto mi corazón al hombre que se encontraba detrás de mí. Lo había expuesto sin palabras y sin que él fuese capaz de percibir el mensaje codificado entre las notas musicales.

No fue hasta que escuché unos aplausos que giré la cabeza para mirarle. Él me observaba con una intensidad que nunca había visto en él. ¿Era consciente de la verdadera naturaleza de mi interpretación?

Sin embargo, mis ilusiones se rompieron cuando él habló unos segundos más tarde.

—Has mejorado mucho desde la última vez —dijo, demostrándome que no había entendido el mensaje oculto. Un suspiro de alivio brotó de mi garganta—. Siempre has sido una magnífica pianista, pero ahora eres espectacular. Vas a llegar todo lo lejos que desees.

Sentí que mis mejillas enrojecían ante su cumplido.

—Gracias, no hubiese sido posible sin ti. —A pesar de que era Farrell quien había puesto el dinero para comprarme el piano y pagarme las clases en un comienzo y estaba inmensamente agradecida con él por ello, sabía que había sido por insistencia de Arlan. Sin él, Farrell no lo hubiera hecho—. Aunque no sé si todos piensan como tú. No estoy segura de haber dejado muy impresionados a los profesores de la escuela de Ohio que vinieron al internado a realizarme la audición.

—Si has tocado como hoy, seguro que lo están.

—Eso dice Rachel —dije, nombrando a mi profesora de piano—. Ella cree que lo lograré, pero hasta que no reciba la carta de admisión, no puedo estar segura.

Esperaba una sonrisa orgullosa por parte de Arlan o unas palabras de ánimo, pero tan solo obtuve una mueca extraña que ni siquiera se acercaba a una sonrisa.

—Si no te admiten, ellos se lo pierden, Erin. No debes preocuparte por eso. Puedes quedarte en la mansión y acudir a cualquier escuela de música de Dublín.

La indiferencia con la que pronunció aquellas palabras, como si estuviera hablando de conseguir un *ticket* para la sesión de cine de esa tarde y no de lograr una plaza por la que llevaba preparándome durante años, no me gustó. Porque él lo sabía, él sabía todo el esfuerzo que había puesto en ello. No obstante, traté de no darle importancia y me esforcé por esbozar una sonrisa suave y ocultar mi ceño fruncido.

Tal vez eran percepciones mías. O, tal vez, tenía que dejar de analizar hasta la más mínima de las reacciones que Arlan tenía alrededor de mí.

—Lo sé, y lo agradezco. Pero es lo que me has dicho, no puedo detenerme ahora. Llevo años queriendo entrar en esa escuela. —La escuela de música en Ohio otorgaba becas completas a estudiantes. Era la oportunidad de entrar en una de las escuelas más exclusivas del mundo por mis propios méritos y dejar de depender del dinero de Arlan. Era él quien pagaba mis clases de piano y el internado. Mi familia no se lo podría haber permitido.

Aunque le había dicho a Arlan que esa escuela era mi sueño, no era del todo cierto, ya que la

idea de irme a Estados Unidos y separarme de mi madre y de mi hermano siempre me había resultado deprimente. Pero necesitaba demostrarles que podía hacer las cosas por mí misma, que era capaz de lograr aquello que me propusiese y que ya no tenía que depender de nadie.

Incluso en los últimos meses me había planteado la opción de buscar una escuela de música en Dublín que me diese una beca, aunque fuese parcial, y buscar un trabajo para pagar una habitación en un piso compartido, pero ahora, recorriendo aquellas paredes que tanto me recordaban a mi madre, había una parte de mí que se había dado cuenta de que era lo mejor que podía hacer. Y no solo por su recuerdo, sino por el hombre que se había levantado del sillón y lucía con el aspecto de un dios griego. Un hombre al que amaba, pero nunca podría tener. Poner distancia entre los dos era lo mejor para mi corazón.

Arlan sonrió, ajeno a mis pensamientos.

—Siempre vas a tener todo lo que te propongamos, Erin. Si alguien puede conseguirlo, esa eres tú.

—Hay cosas que son imposibles.

Arlan se levantó del sofá y dio varios pasos hasta quedarse frente a mí.

—No para ti.

Arlan se equivocaba. Porque había una cosa que siempre había anhelado con toda mi alma y que nunca podría tener. Que, por mucho que luchara por ello, por mucho que deseara que las cosas pudieran ser diferentes, jamás obtendría.

Y ese era él.

—Tengo que volver al trabajo. Cualquier cosa que necesites, avísame. —Él se inclinó para darme un beso en la cabeza. Uno que un hermano daría a su hermana pequeña. Un beso muy diferente al que yo anhelaba que me diese.

—Que tengas buena tarde, Arlan —me despedí de él mientras Arlan cruzaba la habitación. Él me dio una última sonrisa y cerró la puerta detrás de él, dejándome sola en la estancia.

Cualquier duda que tuviera respecto a Ohio acababa de despejarse en ese momento.

Porque quizá Arlan no lo había entendido, pero acababa de declararme a él. Y, posiblemente, no era consciente de su rechazo en forma de beso fraternal. Sin embargo, yo lo había escuchado alto y claro.

Ya era hora que dejase atrás ese enamoramiento adolescente y empezase a comportarme como una adulta. En los años anteriores la distancia no me había ayudado a olvidarme de él, pero esperaba que un nuevo comienzo lo consiguiera.

El móvil vibró en el bolsillo de mi sudadera azul celeste, interrumpiendo mis pensamientos. Sostuve mi teléfono, convencida de que sería un mensaje de Adele, mi mejor amiga. Durante los últimos días ella había estado llamándome, preocupándose por mí y tratando de que hiciéramos planes juntas. Planes que había rechazado.

Sin embargo, cuando desbloqué la pantalla y fui hacia la aplicación de mensajería para leer el mensaje, me di cuenta de que no era de Adele. Y no pude evitar sorprenderme al ver quién me lo había enviado.

## Capítulo 4

### *Erin*

—Mi té de frutos rojos y tu 7 Up.

Enya dejó las bebidas sobre la mesa y se sentó en la silla frente a la que yo ocupaba.

Tenía que reconocer que cuando me escribió el día anterior para vernos, me había sorprendido. A pesar de que era la hermana de Arlan, tan solo nos habíamos visto en dos ocasiones durante el año pasado cuando yo estaba de vacaciones y ella pasó unos días en la mansión.

La cafetería en la que me había citado estaba en el centro de Dublín, pero escondida entre una de las callejuelas. Quizá por esa razón estábamos solas en el establecimiento. Era un local pequeño, pero muy bonito y acogedor. Apenas había cuatro mesas redondas de mármol blanco con unas sillas de terciopelo de color rosa. Unas rosas blancas decoraban las paredes de color blanco.

—¿Te gusta? —me preguntó Enya cuando se dio cuenta de que mi mirada estaba recorriendo el lugar.

—Es un lugar muy bonito.

Nunca había estado antes. Aunque tampoco era algo extraño, ya que aparte de los lugares turísticos, no conocía demasiado el centro de Dublín. Me había criado en las afueras, y después, había pasado mi vida en el internado.

—La descubrí una semana después de mudarme a la ciudad. —Enya se sirvió un poco de té en su taza—. Acababa de llegar y quería verlo todo. Ya sabes, la típica turista. —Enya se rio de su propia broma—. Me enamoré del sitio y, desde entonces, vengo habitualmente.

Recordé que Enya había vivido la mayor parte de su vida en Melbourne.

—De Melbourne a Dublín —dije mientras jugaba con la pajita de mi refresco—, ha tenido que ser un cambio brusco para ti. Especialmente por el tiempo tan diferente de una ciudad a otra. ¿Qué tal la vida en Irlanda?

En realidad, esa no era la pregunta que quería formular. Había otra que me moría por hacerle, pero no me atrevía.

—No lo ha sido tanto. Me adapto rápidamente y la vida en Dublín me gusta, aunque suelo escabullirme a las afueras los fines de semana, ya que disfruto mucho de la tranquilidad del campo.

Enya cogió la tetera y se sirvió un poco de té en su taza. Pese a que Arlan y ella tan solo eran hermanos por parte de padre, ya que Enya era la hija de la segunda esposa de Farrell, podía ver el parecido entre ambos. Enya tenía el cabello de color rojo, del mismo tono que el de Arlan. Los ojos de Enya eran verdes y sus rasgos suaves y dulces, pero los dos tenían unas cuantas pequeñas manchas redondeadas de tono marrón claro que decoraban sus mejillas, aunque las de Arlan eran más imperceptibles que las de Enya.

—La última vez que te vi estabas vestida de novia. Estabas tan guapa con tu vestido. — Aunque uno de los recuerdos que florecía en mi mente de ese día era Arlan vestido en esmoquin —. Un día, tienes que enseñarme fotos del banquete.

—Claro, me encantaría. —A pesar de sus palabras, la sonrisa de Enya tembló ligeramente y me di cuenta de que no era una idea de que le entusiasmara. Quizá la ceremonia no había salido

tan bien como ella pensaba. Muchas chicas idealizaban el día de su boda como la de sus sueños, ya que llevaban planeándola desde que eran niñas, y después, cuando no salía como la que tenían en su cabeza, se disgustaban. Yo había fantaseado miles de veces cómo sería mi boda; sobre todo, cuando descubrí que lo que sentía por Arlan era más que cariño y agradecimiento. Pero ya hacía varios años que había dejado atrás esas fantasías infantiles. Una boda con Arlan nunca sucedería. Y no me planteaba casarme con nadie más.

—¿Cómo se llamaba tu marido? Perdón, soy un desastre con los nombres y no me acuerdo. —Era una mentira, pero no quería decirle que nadie me había dicho su nombre. Mi madre había esquivado mis preguntas sobre el marido de Enya, de la misma manera que lo habían hecho los demás empleados. Acostumbrada al secretismo con todo lo referente a la vida privada de la familia Wolf, no me había sorprendido demasiado.

Los días que Enya había estado en la mansión de los Wolf, apenas había coincidido con ella, pese a que me hubiera gustado conocerla más.

Enya me miró durante unos segundos y se llevó la taza a la boca, dándole un sorbo a su té y tardando en responder. Podía ver la duda reflejada en sus ojos, pero no entendí la razón.

—Cian —respondió finalmente, pronunciando el nombre con lentitud.

—Cian —repetí, memorizándolo—. Es un nombre bonito.

Ella me miró, como si estuviese buscando algo en mi rostro.

—Lo es —concordó con una sonrisa—. Oye, ¿nadie sabe que estás aquí, verdad? ¿No le has dicho nada a Arlan, no? —A pesar de que trató de que sus palabras sonaran casuales, pude ver por su nerviosismo que no lo eran.

Enya me había pedido que mantuviera nuestra visita en secreto y me había nombrado específicamente a Arlan. Me pareció extraño que no quisiera que su hermano lo supiera. De hecho, había pensado que ella había obtenido mi número de Arlan.

De haberse tratado de cualquier otra persona, no hubiera aceptado. Era demasiado desconfiada. Pero sabía que Enya no tenía ninguna intención oculta más allá de darle el pésame. Ella era la hermana pequeña de Arlan.

No había sabido de su existencia hasta el año pasado, cuando mi madre me había contado que se encontraba en la casa. Solo había logrado sacarle un poco de información. Que Enya se había marchado a vivir con su abuelo a Melbourne tras el fallecimiento de su madre, justo meses antes de que yo me mudara a la casa de los Wolf, donde ella llevaba viviendo casi toda su vida, y que había regresado a Dublín para casarse con su prometido.

No había escuchado nunca a Farrell hablar de ella, aunque eso no era algo tan extraño, ya que Farrell nunca estaba en la casa y tan solo había coincidido con él durante dos ocasiones. Sin embargo, Arlan tampoco la había mencionado antes, ni tampoco ninguno de los empleados de la casa.

—No, no se lo he dicho a nadie —le confirmé y Enya suspiró de alivio—. ¿Puedo preguntarte por qué eso parece suponer un problema? Al fin y al cabo, Arlan es tu hermano.

—Nuestra relación es... —ella mordió su labio inferior, dubitativa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para describirla—, un poco complicada.

—¿Por qué?

—Hay muchas razones. —Enya agarró la taza y se la llevó a los labios, soplando suavemente antes de darle un sorbo a su té—. Algunas, ni siquiera yo las entiendo.—Dejó la taza sobre el platillo—. Me odia. —Aunque aquellas últimas palabras las pronunció tan bajito que casi fueron ininteligibles, las escuché.

—¿Odiar? —repetí, sorprendida. Arlan tenía enemigos, al igual que mi hermano o cualquiera

de su mundo. ¿Por qué Arlan iba a odiar a su hermana pequeña? Puede que no se hubiesen criado juntos, pero estaba segura de que él la apreciaba. Si hasta fue su padrino de boda y se quedó en la casa de él hasta el día del enlace—. Todos los hermanos tenemos problemas. Tyrone y yo también discutimos a veces. Es normal —traté de tranquilizarla, pensando que se trataba de algún tipo de discusión tonta entre ellos y por eso ella no había querido que le avisara que íbamos a vernos—. Pero estoy segura de que él no te odia.

Enya exhaló un suspiro.

—Ojalá fuera así. Es mi único hermano. —Enya hizo una pequeña pausa para darle otro sorbo a su té, pero tuve la sensación de que fue un gesto de autocontención, como si estuviera pensando las siguientes palabras que iba a decirme. Durante toda la conversación estaba teniendo la impresión de que temía contarme más de la cuenta—. Aunque apenas nos conocemos, me gustaría mantener una relación cordial con él. Ya sabes, pasar las Navidades juntos, llamarnos por nuestros cumpleaños... Quizá es de ser un poco ingenua después de todo lo que ha pasado, pero, al fin y al cabo, es la única familia de sangre que me queda.

—Y estoy segura de que lo acabaréis consiguiendo —la animé con una sonrisa. Desconocía lo que había pasado entre ellos, pero seguro que no era nada que se pudiera arreglar—. Arlan puede ser un poco testarudo y tiene un carácter un poco fuerte, pero él tiene un buen fondo y es capaz de hacer cualquier cosa por las personas que aprecia.

Pese a que Enya esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza, pude ver en su expresión que no estaba convencida de mis palabras.

—Puedes venir a la mansión a visitarme un día que él esté en casa —le ofrecí, creyendo que sería una buena idea.

Sin embargo, Enya no estaba de acuerdo conmigo.

—Eso no terminaría bien. Además, no creo que Cian... —Ella no finalizó la frase, apretando los labios, como si acabara de hablar de más.

—¿Por qué no?

Enya se removió incómoda en la silla en la que estaba sentada.

—Si no te importa, me gustaría no seguir hablando de ello.

—Claro, lo entiendo.

—No es que no quiera contártelo, Erin. Es que hay cosas que ni siquiera yo entiendo, y otras que no me corresponden contar a mí.

—No te preocupes, lo entiendo. No quieres hablar de ello. —Le di un trago a mi bebida—. Es un tema demasiado personal, no debería haber insistido —me disculpé, dándome cuenta de que había cruzado una línea. Yo no era así, respetaba la intimidad de las personas, pero cuando se trataba de la vida de Arlan, no podía evitar traspasar ciertos límites. Había sido un error presionar a Enya.

—No pasa nada, yo también tendría curiosidad. —Enya esbozó una sonrisa dulce, dándome a entender que no estaba molesta conmigo—. Sé que no debería haberme puesto en contacto contigo, pero me enteré de lo de tu madre y quería verte. —Ella se disculpó con la mirada—. Lo último que deseo es causarte problemas con Arlan.

—¿Con Arlan? —repetí, sorprendida—. No te preocupes, Enya. A Arlan no le molestaría. De hecho, estoy segura de que te agradecería el gesto. —Pude ver el desacuerdo con mis palabras en el rostro de Enya, pero ella no rebatió—. De todas maneras, no le voy a decir nada. Ni a él, ni a nadie.

No me gustaba ocultarle cosas a Arlan después de lo bien que se había comportado conmigo, pero le había dado mi palabra a Enya. Además, tampoco era algo que tuviera la mayor

importancia. A él, a diferencia de lo que ella pensaba, le daría exactamente igual. Es más, estaba segura de que, en su fuero interno, se lo agradecería.

—Ten cuidado, Erin.

Le miré, extrañada, sin entender sus palabras. ¿Cuidado de qué?

—Aquí está tu pedido, Enya. —Una mujer de mediana edad se acercó a nosotros, interrumpiendo nuestra conversación. Llevaba en un plato pequeño unas galletas que dejó sobre la mesa.

—Gracias, Amy. —La mueca tensa que se dibujaba en los labios de Enya se convirtió en una amplia sonrisa—. Amy, ella es Erin, una amiga. Y Erin, ella es Amy, la dueña de la cafetería.

—Es un placer conocerte, Erin. Espero volver a verte.

Amy esbozó una sonrisa amable y, después, se dio la vuelta para regresar de nuevo al mostrador.

—No te podías ir sin probar sus galletas de mantequilla, limón y coco —me dijo Enya mientras cogía una galleta—. Son su especialidad.

Cogí una galleta y le di un mordisco.

—Está buenísima —reconocí, aunque el dulce no era lo mío. Me incorporé en la silla cuando sentí que mi pie chocaba con algo, dándome cuenta de que era una esterilla. Me fijé en el atuendo de Enya. Ella llevaba una sudadera azul que combinaban con sus deportivas y unos *leggings* negros. Iba vestida como si fuera a hacer deporte—. ¿He interrumpido tus clases? —le pregunté.

—¿Mis clases? —Enya pareció desconcertada, hasta que siguió mi mirada debajo de la mesa hasta la esterilla y se dio cuenta del motivo de mi pregunta—. No, tenía clase de yoga, pero he decidido saltármela —me explicó con una risa nerviosa—. Solo hoy.

—No quería interrumpirte... Si estás ocupada...

—No, no. Si he sido yo la que he propuesto esta hora para quedar. —Enya le dio la vuelta a su teléfono, que había dejado boca abajo sobre la mesa, comprobando la hora. Después, miró a través del cristal del establecimiento, como si estuviera buscando algo fuera—. Sé que es una pregunta absurda, Erin, pero ¿qué tal estás?

Hundí mis hombros y apoyé mi espalda sobre el respaldo de la silla.

—Asimilándolo —respondí con honestidad. Todavía no era capaz de creer que todo lo que había pasado era real, que mi madre ya no estaba entre nosotros, y que nunca volvería a verla.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. —Enya estiró su mano a través de la mesa y la apoyó encima de la mía, en un intento por reconfortarme—. Apenas conocí a tu madre. Ella me contó que había sido mi niñera durante un tiempo cuando era pequeña antes de irme a Melbourne. Yo no me acordaba de ella, tan solo tenía seis años cuando fui a Melbourne y apenas tengo recuerdos de aquella época. —Enya tragó saliva y sus ojos brillaron con emoción, como si acabara de revivir un recuerdo doloroso—. Vas a creer que estoy loca, pero un día más tarde de enterarme de la muerte de tu madre, me acordé de algo, ¿sabes? —Me incliné hacia delante, deseando seguir escuchando su historia—. No me acuerdo de mucho, pero recuerdo que era un día lluvioso y yo estaba triste porque mis padres se habían ido de viaje. No me acuerdo adónde, pero sí que no volverían hasta dentro de tres días. Maeve me preparó unas galletas y, después, me contó un cuento hasta quedarme dormida, tal y como hacía mi madre. Me hubiese gustado tener ese recuerdo mientras ella estaba viva para poder agradecerérselo.

—Ella era así. Era muy generosa —dije, a la vez que tragaba en nudo que se había formado en mi garganta.

Enya me miró con una dulce sonrisa dibujada en sus labios.

—Ella te quería, Erin. —Enya apretó mi mano—. Te quería más que a nada y estaba dispuesta a dar su vida por ti. Nunca lo olvides.

Lo sabía. Ella me amaba con todo su corazón.

Mis ojos se humedecieron. Las lágrimas amenazaban con escaparse de ellos, una vez más. No entendía cómo no me había quedado sin lágrimas. Detestaba llorar y, sobre todo, detestaba hacerlo delante de otra persona.

«Eres una llorica igual de inútil que tu madre».

Los recuerdos se agolparon en mi cabeza. Había intentado enterrarlos, olvidarlos. Pero había recuerdos que por mucho que quisiera no podía hacer desaparecer de mi mente. Podía mantenerlos atrapados entre muros de recuerdos bonitos durante un tiempo, pero siempre terminaban saliendo a la superficie.

—Lo sé. Sus hijos éramos su vida —dije mientras sacudía la cabeza para intentar olvidar cualquier recuerdo sobre mi padre. Aunque la palabra padre le quedaba grande a un ser miserable como él.

«Está muerto, Erin. Está muerto».

Me repetí el mantra que me había repetido una y otra vez en los últimos años. No podía permitirme pensar en otra opción.

Enya estiró su mano y la puso encima de la mía a modo de consuelo.

—¿Se sabe quién ha sido?

—No. Mi hermano y Arlan están en ello. —Si le pareció extraño que no mencionase a la policía, no me lo hizo saber. Aunque siendo una Wolf, por mucho que se criase fuera, posiblemente sabía cómo se hacían las cosas en su mundo. Quizá hasta mejor que yo, que conocía solo la superficie y no estaba segura de si quería conocer mucho más—. Lo único que me ha dicho mi hermano es que quien le disparó quería matarla. No fue un robo que salió mal.

Qué era la versión que se había dado a la prensa. La que mi hermano y Arlan se habían encargado que trascendiera. Se suponía que era la que yo debía decir si me preguntaban, pero Enya era la hermana de Arlan, era su familia. No había razón para mentirle.

—Lo sé. No me había creído la información que salió en los periódicos —confesó—. Así que le pregunte a mi marido —dijo Enya, mirándome fijamente—. Él al igual que Arlan, es el líder de su familia —añadió, bajando la voz y omitiendo la palabra *mafia*.

No sé si lo hizo porque no estaba segura de cuanta información podía darme, o por miedo a que le escuchasen. Podía estar tranquila, hacía mucho que sabía que los Wolf era una familia de la mafia irlandesa. Pero para mí no era algo malo, nunca lo había sido. Gracias a quienes eran y a lo que se dedicaban, mi hermano, mi madre y yo seguíamos con vida. Todo lo que teníamos hoy, se lo debíamos a Farrell y a Arlan, y estaría eternamente agradecida a ellos por ello.

Algunas personas relacionaban la mafia con horror y muerte. Antes de conocer a los Wolf, yo también lo habría hecho. Sin embargo, ahora no podía decir lo mismo. Farrell salvó la vida de mi madre. Si no fuera por él, mi padre la hubiera matado. Y, eventualmente, también nos habría matado a mi hermano y a mí.

Entonces, una idea me vino a la cabeza. Si su marido era un jefe de la mafia, tal vez tenía información; incluso más que la que tenía mi hermano.

—¿Tu marido tiene alguna idea de quién quería hacer daño a mi madre? ¿Él te ha dicho algo? Enya negó con la cabeza repetidamente.

—No, él no lo sabe... —Su respuesta fue débil y yo arrugué el ceño, poco convencida de que me estuviera diciendo la verdad—. Erin, créeme, si supiera a ciencia cierta quién está detrás del asesinato de tu madre, te lo contaría. Jamás te negaría una información que te pertenece saber. —

La convicción en sus palabras me despejó cualquier duda que pudiera tener relacionada con la veracidad de ellas.

Fui a responder a Enya, pero el chirrido de la puerta del establecimiento abriéndose abruptamente provocó que Enya ladease su cabeza hacia el sonido. Cuando vi que su expresión cambió, seguí su mirada.

—Tyrone. —El nombre completo de mi hermano se escapó de mis labios al reconocer al hombre que se encontraba en el umbral de la cafetería. ¿Qué estaba haciendo él allí?

Mi hermano se dirigió hacia nosotras, deteniéndose cuando estuvo frente a nuestra mesa.

—¿Te acuerdas de Enya? —le pregunté cuando no respondió, señalando a la hermana de Arlan, aunque Ty no apartó la mirada de mí. Observé su ceño profundamente arrugado y sus labios apretados. Él parecía enfadado.

—Yo sí me acuerdo de él —dijo Enya, rompiendo el silencio—. Encantada de volver a verte.

Mi hermano ni siquiera se molestó en responderla, tampoco se giró para mirarla.

—¿Quieres sentarte? —le ofrecí a Tyrone, señalando una de las sillas que se encontraban en otras mesas para que la cogiera y nos acompañara. No sabía cómo actuar. Desconocía cómo él había averiguado que me encontraba allí y tampoco quería que Enya pensase que la había mentado, porque no había sido así.

—Levántate y vámonos. —De todas las respuestas que me había podido dar mi hermano, esa era la última que me esperaba.

Antes de que pudiese pronunciar una palabra para reconducir la situación, Enya habló:

—Yo también me voy. Estaba a punto de irme de todas maneras —dijo, a pesar de que su té estaba a medio terminar. Se levantó de la silla—. Ha sido un placer poder hablar contigo un rato, Erin. —Ella cogió su mochila y su esterilla. Miró hacia afuera del establecimiento, como si estuviera esperando a alguien más—. Adiós.

Apenas llegué a despedirme de Enya con un gesto con la mano. En el instante en el que ella abandonó la cafetería, mi hermano se dirigió hacia la puerta. Aun sin entender qué estaba pasando, me levanté y le seguí. Ambos atravesamos el callejón que conducía a una de las calles principales en silencio. Él rodeó mis hombros con su brazo y me atrajo hacia él a la vez que caminaba tan rápido que me costaba seguirle el ritmo. Mi hermano miraba hacia todos los lados, como si estuviese buscando a alguien, casi de manera paranoica. Aunque no había rastro de nadie; ni siquiera de Enya.

Tyrone no me soltó hasta que llegamos a su coche, que estaba aparcado de malas maneras encima de un bordillo. Me sorprendía que no le hubieran puesto una multa.

—Monta.

Obedecí a pesar de que no me estaba gustando la manera en la que me estaba hablando. Él parecía enfadado y no entendía la razón.

Mi hermano era muy temperamental, siempre lo había sido. Aunque yo no había visto demasiado de esa faceta de él. Mi madre y él solían discutir con frecuencia y yo siempre intentaba mediar entre los dos.

—Ty —le llamé cuando arrancó el coche—, ¿se puede saber qué pasa?

Durante unos segundos, él no respondió. Se limitó a conducir en silencio por las calles del centro de Dublín. Él apretaba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Cómo narices se te ocurre?! —explotó cuando detuvo el coche frente a un semáforo en rojo—. ¿Escaparte para quedar a escondidas con Enya?! ¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es?!

—Punto número uno, no me grites —espeté, pasándome una mano por el cabello—. Punto

número dos, no me he escapado. Y punto número tres, es la hermana de Arlan. Y tú consideras a Arlan un hermano —él me lo había dicho en repetidas ocasiones—, por lo tanto, ¿no es ella una hermana para ti?

Tyrone emitió un bufido ante mi pregunta.

—¿Y si no tenías nada que esconder por qué no has cogido mis llamadas? ¡Te he llamado como diez veces!

—¿Me has llamado? —Busqué mi móvil en mi bolso, dándome cuenta de que, efectivamente, tenía más de una decena de llamadas y mensajes de mi hermano—. Lo siento, tenía el móvil en silencio. ¿Cómo sabías dónde estaba?

El semáforo se puso en verde y mi hermano aceleró.

—Al no verte por la casa y que ninguno de los empleados te hubiera visto salir, te llamé por teléfono. Como no te contacté, logré dar con el taxista que te llevó hasta la cafetería.

—¿Qué hiciste qué? ¿Cómo lo conseguiste? —Él no había tardado ni una hora en hacer todo eso.

—Tengo mis contactos —respondió alzando los hombros, como si fuera algo normal—. Además, siempre hablan.

Aquellas palabras sonaron escalofriantes, como una amenaza. Estaba acostumbrada a que mi hermano fuera sobreprotector conmigo y con mi madre. Era algo que agradecía y que me hacía sentir segura por todo lo que habíamos pasado. Sin embargo, en ese instante, la sonrisa que se formó en sus labios no me gustó. Era excesivo e innecesario.

—¿No le habrás hecho nada al taxista, verdad? —indagué, aunque estaba segura de que no había sido así. Mi hermano era noble, jamás haría daño a alguien inocente, no sabía por qué siquiera se me pasaba por la cabeza.

—¿Por qué te has escapado? —Tyrone no respondió a mi pregunta.

—No me he escapado. —Era una verdad a medias, ya que había aprovechado un descuido de los guardaespaldas para escabullirme por la entrada trasera. No había sido nada fácil. Me sentí mal por no contarle la verdad a Tyrone; él era mi hermano, nunca le mentía, pero, en esos instantes, creí que sería lo mejor omitir la petición de Enya—. Enya contactó conmigo para darme el pésame y me invitó a tomar algo. No creí que hubiera nada de malo.

—¿Cómo ha conseguido tu número de teléfono? —Tyrone dejó de mirar la carretera durante un instante para fijar su mirada en mí. Me encogí de hombros, porque yo tampoco lo sabía—. ¿Por qué no me lo has contado?

—No creí que tuviera la mayor importancia. Además, ella me contactó ayer, y desde que llegué tan solo te he visto una sola vez. —Me tragué la culpabilidad que me invadía—. Mira, Ty, creo que estás exagerando. —Podía entender que después de lo que acabábamos de pasar, él estuviera intranquilo, pero se estaba comportando de una forma exagerada—. ¿O acaso crees que la persona que mató a mamá puede venir a por mí? —Aquella posibilidad no había pasado por mi cabeza hasta ese momento. ¿Era esa la razón por la que estaba actuando de esa manera tan irracional?

La expresión de Tyrone se suavizó al escuchar mi pregunta. Él inspiró una bocanada de aire por la nariz, relajándose, y estiró su mano para colocarla sobre mi rodilla.

—No tenemos ninguna razón para pensar eso, Erin. —Su voz era menos dura y más cálida—. Pero no debes tener miedo, no voy a permitir que te pase nada. —Sus dedos se apretaron de forma protectora alrededor de mi rodilla, secundando su promesa.

—No tengo miedo. —Al menos, no lo había tenido hasta ese momento—. No entiendo por qué te has comportado así en la cafetería y estaba intentando encontrar una explicación.

Sentí que el coche se detenía y me di cuenta de que estábamos frente a la casa de Arlan. Mi hermano se quitó el cinturón de seguridad y yo imité sus acciones. Él no hizo ademán de salir, ni de abrir los seguros. Se quedó mirando hacia el frente, sin emitir ningún sonido.

Esperé en silencio. A veces, Tyrone hacía eso ante una de mis preguntas. Se tomaba su tiempo en responder y yo había aprendido a respetarlo.

—No puedo enfadarme contigo —confesó al cabo de unos minutos—. A pesar de todo lo que has pasado, sigues sin ver la maldad. No te das cuenta del peligro que has corrido hoy.

—Veo la maldad, Ty. —¿Cómo no iba a verla después de todo lo que habíamos pasado con nuestro padre?—. Sé que hay gente malvada capaz de cometer los actos más horribles. Y te aseguro que Enya no es una de esas personas.

—¿Y eso cómo sabes? —cuestionó. Fui a responder, pero él no me lo permitió—. ¿Crees que por qué ha sido amable contigo ya es una buena persona? ¿Acaso te has preguntado si te estaba manipulando y es ella quien está detrás de la muerte de nuestra madre?

Abrí los ojos, horrorizada ante las especulaciones de mi hermano.

—¿Pero qué estás diciendo? —¿Cómo iba a estar Enya detrás del asesinato de nuestra madre? A Tyrone se le estaba yendo la cabeza—. Enya es la hermana de Arlan, Ty. Tan solo quería darme el pésame y hablar conmigo.

—Esa —dijo, de forma despectiva—, no es nada de Arlan. Ella ahora es el enemigo, Erin. No quiero que vuelvas a hablar con ella y ni siquiera que compartas un mensaje. Quiero que bloques su número ahora mismo.

—¿Qué? Ty, yo...

—He dicho que bloques su número —me interrumpió de malas maneras—. ¿Es qué no hemos aprendido lo suficiente ya para no fiarnos de nadie? —Aquellas palabras dolieron, porque sentí que estaba utilizando nuestra desgracia como un arma contra mí—. No quiero que vuelvas a irte de la casa sin avisarme primero. Quiero saber dónde estás en cada momento.

—No sabía que estaba encarcelada.

—Y no lo estás. Pero visto que no verías el peligro aunque te mordiese en la cara, a partir de ahora seré yo quien juzgue si estás en peligro o no.

Apreté mis labios con tanta fuerza que sentí que me estaba haciendo sangre. Me estaba haciendo sentir como si fuera la culpable, como si me hubiera puesto en peligro innecesario. Quería mandarlo a la mierda, pero sabía que no conseguiría nada. Además, había una parte de mí que se sentía culpable por haberle mentado. ¿Y si Tyrone tenía razón y Enya tenía razones ocultas para haber quedado conmigo?

Había comportamientos de Enya que no había llegado a entender, como tampoco sus palabras en cuanto a la muerte de mi madre.

—¿He sido claro? —repitió mi hermano.

—Más claro que el agua —respondí entre dientes, porque sabía que no iba a poder razonar con él—. ¿Me abres? —pregunté cuando tiré de la manija y la puerta no se abrió.

Con un suspiro de exasperación, Tyrone dio a un botón y las puertas se desbloquearon.

Pensé que mi hermano no diría nada más, pero no había puesto el segundo pie en el suelo cuando descubrí lo equivocada que estaba.

—No quiero ponerte seguridad cuando sales de la mansión. Sé que eso no te gustaría. —No, no lo haría. No me gustaba sentirme vigilada, no cuando esa había sido una de las tácticas de mi padre para mantener a mi madre atemorizada—. Pero si vuelves a hacer algo tan estúpido como lo de hoy, lo haré. Prefiero que estés incómoda y enfadada conmigo que muerta.

Apreté mis labios en una fina línea para no enfrentarme a él. A fin de cuentas, solo se estaba

preocupando por mí. De una manera exagerada y paranoica, pero con buena intención. Nuestra madre acababa de morir asesinada y Tyrone no podía evitar.

Entendía su frustración y su miedo a que algo me sucediese a mí. Pero, en esos momentos, estaba demasiado cansada y confundida como para seguir hablando con él.

Bajé del coche y fui a cerrar la puerta cuando Tyrone habló de nuevo.

—¿No le digas nada a Arlan, vale? —Aquella petición me sorprendió. No pensaba hacerlo, pero mi hermano parecía preocupado de que lo compartiese con él. Se pasó una mano por su pelo rubio y soltó un suspiro—. Ya veré cómo lo arreglo. Arlan no puede saber que te has reunido con Enya. —Aquellas palabras parecía decírselas a sí mismo más que a mí.

No había creído a Enya cuando me había dicho que Arlan la odiaba y tampoco lo hacía ahora. Pero parecía que entre ellos había mucho más que un problema de comunicación o falta de entendimiento. Estaba claro que había algo que se me escapaba de lo que mi hermano estaba al tanto y yo no.

Pero él no me lo iba a decir, igual que no lo había hecho Enya, así que no me molesté en insistir.

—Prométeme que cenarás algo y descansarás. Pareces exhausto.

No importaba que a veces se comportase conmigo de una manera autoritaria y me hiciese enfadar. Era mi hermano y siempre me preocuparía por él.

—Te lo prometo.

No estaba muy segura de que lo dijese de verdad, pero, de momento, me conformaría con eso.

Cerré la puerta de su vehículo y me di la vuelta para dirigirme hacia el interior de la vivienda cuando sentí que el motor del coche rugía. Tyrone abandonó la vivienda.

No fue hasta que llegué a mi habitación y me tumbé en la cama que pude asimilar todo lo que había pasado. Estaba enfadada y confusa.

No creía que Enya pudiese estar detrás del asesinato de nuestra madre. Pensarlo era una completa locura. Quizá por esa razón saqué mi móvil y le envié un mensaje a pesar de las órdenes de mi hermano.

«Para mí también ha sido un placer hablar contigo. Gracias por haberte puesto en contacto conmigo».

No tardé ni dos minutos en recibir su respuesta.

«¿Estás bien?».

«Sí. Disculpa a mi hermano, a veces puede ser un poco rudo, pero él nunca me haría daño ni te lo haría a ti».

«Ha sido mi culpa, Erin. No debería haberme puesto en contacto contigo. He sido demasiado egoísta. Siento haberte ocasionado problemas. Lo mejor es que no volvamos a hablar».

Traté de responder, pero Enya había bloqueado mi número.

¿Qué estaba pasando?

## Capítulo 5

### *Erin*

Debería estar feliz, exultante de alegría. Aquel debería ser uno de los días más felices de mi vida, pero, en cambio, era uno de los más tristes. Porque la persona que más orgullosa estaría de mí no estaba conmigo.

Así todo, me permití a mí misma esbozar una sonrisa cuando la directora dijo mi nombre y subí al estrado para coger mi diploma.

Lo había conseguido, me había graduado. Había logrado uno de mis objetivos. Había tardado un año más de lo normal, pero teniendo en cuenta mis primeros años de vida, no podía quejarme. El último año antes de que la pesadilla de nuestra vida terminase apenas fui al colegio, y el poco tiempo que iba estaba demasiado distraída como para poder concentrarme. Pero, al final, lo había logrado, porque si algo me definía, era la perseverancia con aquellas cosas que deseaba. Aunque no siempre era algo bueno, ya que, a veces, me costaba saber cuándo debía darme por vencida.

Tras darle la mano a la directora y al vicedirector, bajé por las escaleras sosteniendo en mis manos el diploma que me abriría las puertas de un futuro prometedor. Porque mi padre se equivocaba, yo no era una inútil que no servía para nada.

Aun sabiéndolo, no podía evitar que las palabras que él me repetía continuamente cuando era una niña martilleasen mi cerebro. Porque hay fantasmas que siempre te acompañan por mucho que luches por deshacerte de ellos. Por mucho que lo deseara, mi padre nunca desaparecería por completo de mi vida. De la misma manera que no lo haría de la de mi hermano, ni tampoco lo hizo de la de mi madre.

—Enhorabuena. —Dirigí la mirada hacia una voz muy conocida para mí—. No podía tener una hermana más guapa.

Tyrone se encontraba frente a mí, vestido con un traje negro. Incluso llevaba una corbata del mismo color. Un atuendo que él detestaba y solía evitar a toda costa, ya que prefería llevar ropa informal, como sudaderas y pantalones de chándal. Él había hecho el esfuerzo por mí.

—Pensaba que ya no venías.

Me había llevado una desilusión cuando el chofer me había venido a buscar esa mañana. A pesar de que nuestra última conversación fue tensa y aún estaba un poco enfadada con él por su comportamiento irracional, había dado por hecho que Tyrone estaría conmigo en una ocasión tan importante.

Sin embargo, él no había aparecido. Durante las dos horas y media que duraba el viaje hasta el internado había pasado de la incredulidad hasta la tristeza y la ira. No podía creerme que mi hermano se perdiera mi graduación. En mi mente había tratado de justificarlo, de pensar que tenía que haber una razón importante. No podía no acudir simplemente por un enfado estúpido, ¿no?

—Claro que he venido, Erin. Eres mi hermana —dijo, como si aquellas palabras lo explicaran todo. Y realmente, lo hacían. Tyrone me envolvió entre sus brazos y tiró de mí hacia él. Me fundí en su abrazo, apoyando mi mejilla en su pecho—. ¿Pensabas que no iba a venir? —preguntó con el ceño fruncido unos instantes más tarde cuando me solté de su agarre.

—Hoy a la mañana no te he visto y... —exhalé un suspiro—, no sé, como la última vez que nos vimos hace dos días estabas tan enfadado...

Tyrone negó con la cabeza.

—Nunca he estado enfadado, solo preocupado. Y nunca podría estar lo suficientemente enfadado como para perderme tu graduación.

—Sí, lo sé.

Tyrone era mi hermano. Siempre había estado a mi lado, siempre lo había dado todo por mí. Jamás me dejaría tirada; mucho menos en un momento como ese, en el que solo nos teníamos el uno al otro.

Tyrone fue abrió la boca para decirme algo más, pero en el último momento debió de cambiar de opinión cuando miró a nuestro alrededor. Mis compañeras estaban celebrando su graduación con sus familiares entre risas y bromas. Pese a que nadie parecía estar prestándonos atención, mi hermano agarró mi muñeca y tiró de mí hacia la salida de la sala. Nos detuvimos en uno de los pasillos del colegio. A pesar de que podía seguir escuchando los murmullos de las personas, era un lugar mucho más tranquilo.

—Erin —comenzó, rompiendo el silencio entre nosotros—, no debería haberte hablado así el otro día. Siento haberme puesto de esa manera. A veces soy demasiado impulsivo y sé que no tienes la culpa de nada.

Si había algo que caracterizaba a mi hermano era que nunca pedía perdón y, mucho menos, reconocía sus errores. Que lo hiciera con palabras era un paso hacia delante que no había esperado de él.

—No te preocupes, está olvidado. —Había muchas cosas más que quería decirle y preguntas que rondaban en mi cabeza, pero sabía que no conseguiría ninguna respuesta. No en ese momento.

—Solo intentaba protegerte.

—Lo sé.

—Mamá estaría muy orgullosa de ti.

Me llevé una mano a mi corazón, sintiendo el frío acero de la llave que colgaba por mi cuello contra mi piel. La misma llave que Arlan me había entregado el día que había regresado a la casa y que pertenecía a la habitación de mi madre.

No podía borrarle de la cabeza la conversación con Enya. Le había dado una y mil vueltas a todas las palabras que ella me había dicho y, a pesar de que me había prometido que si sabía algo me lo diría, tenía la sensación de que me ocultaba información. No tenía manera de comunicarme con ella, ya que me había bloqueado, y estaba bastante segura de que si le llamaba desde otro número, me colgaría en cuanto escuchase mi voz. Había pensado en ir a su casa y pillarla de improviso, pero no era como si pudiese preguntar por su dirección a nadie sin que mi hermano se enterase. Así que, la única opción que me quedaba, era ir a la habitación de mi madre, buscar su agenda y esperar que una de las direcciones que tenía apuntadas allí fuese la de Enya.

Esa misma noche, sosteniendo la llave con fuerza en mi palma y con paso apresurado, me había dirigido hasta la puerta de madera. Camino que había hecho seis veces más durante las últimas cuarenta y ocho horas. Y en todas, mi mano no había respondido cuando había intentado meter la llave en la cerradura, como si tuviese vida propia. Era como si mi subconsciente me estuviese avisando de que no estaba preparada ni para entrar en la habitación, ni para saber la verdad.

Así que, al final, había desistido. Me había intentado convencer a mí misma de que Enya no sabía nada y, después, había cogido una vieja cadena de plata de mi joyero para introducir la llave y colocármela en el cuello. Como un recordatorio de que podía entrar en la habitación de mi madre en cuanto mi mente estuviese preparada.

Los ojos de mi hermano siguieron mis movimientos. Él podía ver el principio de la cadena plateada, pero no la llave escondida debajo de la tela del mono azul marino que llevaba puesto. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta.

—¿Y tú? —Los ojos de mi hermano pasaron de mi mano a los míos—. ¿Tú estás orgulloso de mí?

—Por supuesto que estoy orgulloso de ti, Erin. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

Mis hombros se relajaron y un soplido de aire se escapó de mis labios al escuchar sus palabras. Sabía que no debía buscar la aceptación de los demás, que era yo quien debía estar orgullosa de mí misma. No obstante, no podía evitar que esos resquicios de inseguridad que habían sido infundados cuando eran una niña siguieran en mí con el paso de los años. Esa era una victoria que mi padre se había llevado a la tumba. Una contra la que luchaba todos los días de mi vida.

Tyrone estiró su mano y la pasó por mi cabeza.

—¿Quieres que hagamos algo? Podemos tomarnos un batido y luego una hamburguesa. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Adele, mi mejor amiga, me había propuesto ir a la fiesta que organizaba una de nuestras compañeras de clase. Un plan al que me había negado a ir.

—Me encantaría, pero no puedo. Tengo negocios que atender. ¿Otro día?

—Claro, lo entiendo —dije, forzándome para mantener una sonrisa y no mostrar la decepción que me invadió con su rechazo.

Sabía que mi hermano estaba muy ocupado con los negocios de la familia Wolf. Especialmente, desde que el padre de Arlan había fallecido. Su alta posición en la familia hacía que siempre estuviera ocupado, y eso era algo que me enorgullecía. Sin embargo, desde que había llegado a la casa, y ahora que había terminado el colegio, apenas veía a Tyrone. Y no podía evitar echarlo de menos.

Lo necesitaba. Necesitaba a mi hermano. Él era lo único que me quedaba.

¿Era egoísta por eso? ¿Era egoísta por querer que mi hermano me priorizara a mí antes que a su trabajo?

Ni yo misma era capaz de responderme a esas preguntas.

## Capítulo 6

### *Arlan*

El negocio tenía una parte sucia y oscura que se escondía entre capas de lujos y fiestas en sociedad. Esa que se encontraba en almacenes y barrios de mala muerte como en el que me hallaba. La parte menos *glamourosa*, y en la que había encontrado una especial fascinación; en la que me movía como pez en el agua. Esa parte de la que nunca renegaba porque me hacía sentir vivo.

Porque yo no era como mi padre ni como mi tío Donal. Disfrutaba de las reuniones en un rascacielos y de las comidas en restaurantes de lujo, pero nunca evitaba la parte de los negocios más sucia. De esa parte en la que tenía que ensuciarme las manos de sangre. Esa era una de mis partes preferidas, cuando demostraba a mis enemigos que no debían haberse metido con mi familia. Porque si alguien nos traicionaba, yo me encargaba de que no viese la luz del día siguiente. Y lo peor para ellos, era que lo disfrutaba. Vivía para esos momentos.

—No sabes lo que desearía haber sido huérfano —farfullé mientras observaba el largo y oscuro túnel que se encontraba frente a mí. Había aparcado mi coche a unos cuantos metros, en una de las calles.

—Pensaba que no era de tu familia.

—Y no lo es. Sabes muy bien a lo que me refiero. No seas gilipollas.

Tyrone lanzó una carcajada que retumbó en las paredes. No una sin humor, sino de verdad. La primera que soltaba desde que su madre había sido asesinada. Parecía que su estado de ánimo era un poco mejor esa noche, y solo por eso, lo dejé pasar.

Sabía cuál era la razón. La misma por la que había llegado vistiendo un traje de tres piezas negro a pesar de que él nunca llevaba traje: la graduación de Erin. Él estaba orgulloso por todo lo que ella había conseguido, y yo también lo estaba.

Tyrone tiró de su corbata, aparentemente incómodo. Terminó quitándosela y guardándola en el bolsillo. Lo mismo que había hecho en la no boda de la desgraciada de Enya. Esta, a pesar de que sí que compartía la mitad de mi ADN, tampoco era nada mío.

Mi mejor amigo echó a andar, y yo, a regañadientes, le seguí. A medida que avanzábamos en el túnel, la luz del otro lado de la calle fue desapareciendo hasta que nos envolvió la oscuridad más absoluta. No había ni un solo ruido, aunque estaba completamente convencido de que estábamos siendo vigilados. Ese era el propósito de este camino a la noche: desconcertar y pillar desprevenido. No había nada más terrorífico que no ver y caminar a ciegas. Podríamos haber utilizado una de las linternas del móvil, pero ninguno de los dos lo hizo. Sabía que no iba a pasarnos nada; no le convenía meterse en problemas con nosotros. Aunque tuve la mano en la pistola durante todo el camino.

Una vez traspasamos el túnel, largas y estrechas calles aparecieron ante nuestros ojos. La zona olvidada de la ciudad, aquella a la que muy pocas personas tenían los cojones suficientes para entrar. Era curioso lo cerca que estaba de una de las avenidas más exclusivas donde se encontraban las tiendas de lujo y los restaurantes con estrellas Michelin.

La única farola que iluminaba la calle tintineaba y las paredes estaban desgastadas y manchadas por la humedad. El ambiente apestaba; el hedor a la basura que se acumulaba en las esquinas, mezclado con el olor a orina que impregnaba el aire.

—Creo que no ha sido el mejor día para estrenar esos zapatos —le dije a Tyrone mientras este pisaba un charco de vómito.

—Como si eso me hubiera importado alguna vez —replicó él.

A medida que avanzamos, el silencio fue sustituido por voces y música electrónica. Observé más de una decena de bares y locales con luces fluorescentes, uno al lado de otro.

—¿Estás seguro de que está por aquí? —me preguntó Tyrone mientras miraba a su alrededor.

—Él nunca sale de aquí.

Aun habiendo tenido la oportunidad de hacerlo. Eran sus calles, su mundo. El rey del inframundo, así se hacía llamar. Vaya estupidez.

Los locales parecían la copia exacta el uno del otro. Bares de *striptease*, prostíbulos y clubs de mala muerte donde podías encontrar todo aquello que quisieras.

—Guapo. —Ladeé mi cabeza hacia una chica morena. No sabía si se dirigía a mí o hacia Tyrone. Seguramente, a cualquiera de los dos. Tendría unos treinta años, con una melena tan larga como sus pestañas. Ambas eran falsas, al igual que la sonrisa que me dedicó—. ¿Por qué no entras al paraíso? —Se acercó a mí con un movimiento de cadera ensayado que pretendía ser seductor. Estiró su dedo índice hacia mi barbilla, pero una sola mirada bastó para que se congelara a mitad de camino. Su postura se volvió rígida, como si pudiera sentir el peligro, pero no se echó atrás. En su lugar, señaló el pequeño local frente al que ella se encontraba—. Te aseguro que te voy a hacer sentir como si estuvieras en el cielo.

Pasé mi mirada por sus largas piernas cubiertas por unas botas negras de charol y unas medias de rejillas.

Ella no podía ayudarme. Sin mediar una sola palabra, seguí caminando. Y ella no insistió. Chica lista. Aunque tuve que detenerme cuando un chico cayó frente a mí de bruces al suelo.

—¡Fuera de aquí! —gritó otro hombre al que no había visto y quien había sido quien había lanzado a ese chico al suelo. Este se encontraba al lado de la puerta medio abierta de otro local.

—Yo... —balbuceó el chico intentando levantarse, sin éxito. Cuando alzó la cabeza pude ver que tenía la cara cubierta de sangre y los ojos rojos.

—¡Vete a esnifarte una raya a otro lado! No se permiten drogas en el local. Si vuelvo a verte por aquí, que te parta las piernas va a ser el menor de tus problemas.

El chico hizo otro intento por levantarse del suelo. Apenas podía moverse.

No era más que un chaval; con suerte, llegaba a la mayoría de edad. Uno que había tomado malas decisiones, y que, ahora, era tratado como una escoria. Así funcionaba este mundo.

Otro más de los cientos de chicos que morían en las calles por sobredosis. Cuando nacías en un mundo como en el mío, ese tipo de escenas se volvían el pan de cada día. Te volvías insensible. Rodeé al chico y me acerqué al hombre que estaba a punto de cerrar la puerta y volver adentro. Supuse que era uno de los trabajadores.

Lo observé durante unos instantes. De mediana edad, con el cabello rapado, y una cabeza más bajo que yo. Llevaba una camiseta negra de manga corta una talla más pequeña de la que le correspondía, con el objetivo de evidenciar aún más las horas que se tiraba en el gimnasio, y unos pantalones vaqueros rasgados.

El hombre me dedicó una mala mirada por interrumpirlo, pero me importó una mierda.

—¿Dónde puedo encontrar a Glenn?

—¿Glenn? —repitió el nombre despacio, demasiado despacio—. No conozco a ningún Glenn.

Bufé, armándome de paciencia. No me podía creer que tuviese que pasar por eso. El hombre fue a cerrar la puerta, pero de nuevo, le detuve.

—El Caníbal —dije entre dientes, sintiendo cómo el apodo salía en forma de gruñido de mis labios—. Dile que Arlan Wolf le está buscando —añadí, aunque estaba completamente convencido de que, a esas alturas, él sabría que me encontraba allí. Nadie cruzaba ese túnel sin que Glenn lo supiese.

El hombre, quien era uno de los trabajadores de Glenn, me miró de arriba abajo, como si estuviese debatiéndose entre dejarme pasar o no, como si no hubiera recibido órdenes ya de lo que tenía que hacer.

Me estaba cansando de esa puta mierda y solo acababa de empezar.

Intercambié una mirada con Tyrone. Este arqueó una ceja rubia y la advertencia brilló en sus ojos. No me podía permitir cagarla, por mucho que estuviese deseando hacerlo.

El hombre me hizo un gesto con su barbilla señalando el interior y, después, se dio la vuelta para entrar dentro del local. Una invitación para que lo siguiera. Abrí la puerta de mala gana y escuché los pasos de Tyrone detrás de mí. No sabía si entraba para asegurarse de que no había ninguna amenaza o para asegurarse de que no mandaba todo a la mierda. Quizá, ambas.

El local era un espacio redondo y pequeño, sin ningún tipo de mueble, iluminado por una luz tenue. Tanto las paredes como el suelo estaban hechos de piedra y no había ningún tipo de ventana ni de puerta. Me recordaba al interior de un pozo. Demasiado sofocante, demasiado frío.

El hombre nos hizo un gesto con sus manos para que esperáramos allí y se dio la vuelta, dándonos la espalda. Podía ver que estaba tecleando algo en su teléfono.

Un solo vistazo a mi alrededor y pude atisbar una cámara enfocándonos. Demasiado visible, como si quisieran que los visitantes supieran que estaban siendo vigilados. Algo extraño en un barrio como aquel, en que todos los que lo visitaban lo que menos querían era que los vieran.

—¿Por qué le llaman el Caníbal? —me susurró Tyrone.

—Por una vieja historia —respondí, soltando un bufido—. Intentaron asesinarlo y salió mal —resumí—. Lo hirieron de gravedad, pero, así todo, fue a por ellos. Al primero que atrapó, le arrancó la oreja con los dientes y se la comió. Después, le partió el cuello con sus manos desnudas. Ya sabes, por eso lo de caníbal. —Hice una mueca mientras entornaba los ojos—. Muy original.

—¿Y eso es verdad? —Tyrone sonaba incrédulo y no le culpaba, gran parte de las historias que corrían por nuestros círculos no eran ciertas. No era el caso de esa.

—Sí —respondí con convicción—. Lo vi con mis propios ojos.

Yo había estado esa noche junto con mi padre. Y eso no fue lo peor que hizo, pero no era el momento para explayarme en el relato.

—Pensaba que había sido un invento. Con ese nombre, no puedo culparlo.

Solté una carcajada.

El hombre se dio la vuelta y nos miró de malas maneras. Después, hizo un gesto. Guardó su móvil y alargó una de sus manos para tocar una pared. No me sorprendió que se abriera segundos más tarde, revelando unas escaleras de piedra que dirigían hacia un camino que no podíamos ver. Cuando el hombre bajó por ellas, Tyrone y yo le seguimos.

Compartí una mirada con Tyrone al observar las paredes cubiertas de calaveras. Me pregunté si serían reales o tan solo era un atrezo, parte del espectáculo macabro de Glenn. Las escaleras conducían hasta un pasillo estrecho, cubierto de polvo. El único ruido que escuchaba eran nuestras pisadas.

Aquello podía ser una trampa, pero no creía que Glenn fuera tan gilipollas. Las consecuencias de mi muerte podían ser fatales para él. No le convenía empezar una guerra con mi familia. Aun así, estaba alerta. Siempre lo estaba. Era algo que había aprendido desde que

tenía uso de razón. Venía con mi apellido, con ser un Wolf. Siempre había alguien que quería asesinarme. Primero, por ser el heredero, y ahora, por ser el jefe.

A medida que avanzamos por el pasillo me di cuenta de que a cada lado había decenas de vitrinas blancas que daban a diferentes salas. Algunas estaban iluminadas; otras, en cambio, no. No tardé ni un minuto en darme cuenta qué era exactamente ese lugar.

Cuando dejé de escuchar las pisadas de Tyrone detrás de míladeé la cabeza hacia él. Tan solo fue un segundo, casi nadie se daría cuenta, pero yo lo hice. Tyrone tenía su mirada fija en una de las vitrinas. Una mujer completamente desnuda con los ojos entrecerrados estaba estampada contra el cristal. Pero no era a ella a quien Tyrone estaba mirando, sino al hombre que estaba detrás de ella.

A diferencia de ella, él estaba completamente vestido. Tan solo se había bajado los pantalones y la ropa interior lo suficiente para poder embestirla por detrás. Pero no era un acto sexual al uso. No buscaba placer, no había deseo sexual. El acto era carnal y violento. Hombres como nosotros conocíamos bien ese sentimiento. Era desahogo, una forma de canalizar su violencia. Una manera de controlar los demonios que le dominaban.

Ese hombre era peligroso. Era como yo.

Un tatuaje en su antebrazo derecho llamó mi atención. No podía verlo con toda la claridad que me gustaría, pero parecía una bala atravesada por una espada.

Sus ojos se detuvieron en los míos y me pregunté si él podía verme a mí o tan solo podía ver su propio reflejo. ¿Era ese el fetiche, no saber quién podía estar observándote del otro lado? Me parecía poco probable. Demasiado arriesgado, demasiado fuera de su control como para aceptar algo así.

El hombre agarró las caderas de la chica para embestirla con fuerza. No necesité la sonrisa de suficiencia que se formó en la comisura de sus labios para notar la diferencia y despejar mis dudas. Él estaba dándonos un espectáculo ahora.

Me pregunté quién sería. No pertenecía a la mafia o le hubiese reconocido. Tal vez, era un sicario. No era raro que frecuentasen los bajos fondos.

—Por aquí. —La voz del hombre me hizo mirar de nuevo hacia delante. Habíamos llegado al final del pasillo y estábamos bajando más escaleras de nuevo.

El hombre abrió una puerta. Tyrone y yo entramos en una amplia estancia y, sin decir ni una sola palabra, la cerró sin entrar, dejándonos solos.

Una amplia mesa de escritorio de caoba reinaba la habitación. Observé la silla de cuero que había detrás de ella. Aquella habitación debía de ser el despacho de Glenn. Normalmente, las oficinas se encontraban en las plantas superiores, no me sorprendía que Glenn hubiera utilizado la planta más baja. Aquello hacía honor a su título, el que él mismo se había otorgado: el rey del inframundo.

—¿Qué mierda?

La voz de Tyrone logró que echara un vistazo a mi alrededor. La mayor parte de las personas utilizaban cuadros o plantas para decorar un despacho. Por supuesto que Glenn no pertenecería a ese grupo. Alrededor de la habitación se cernía un mueble alargado. Sobre él, diferentes tarros transparentes cubiertos de agua. Dentro de ellos, había partes del cuerpo humano: una oreja, un ojo y una mano.

—¿Crees que son de verdad? —me preguntó Tyrone.

Me acerqué hasta uno de ellos.

—Si es atrezo, es muy realista.

Tyrone hizo una mueca de asco.

—¿Quién está tan mal de la cabeza para guardar partes humanas en su despacho?

—Que no te sorprenda que no veamos el cadáver de Pierce expuesto en cualquier momento como si se tratase de un museo y fuese la obra más importante que exponen.

—Pierce se merece un privilegio mayor que mi despacho. Él está expuesto en mi habitación, donde solo puedan verlo las visitas más allegadas, donde pueda ser venerado.

Tyrone y yo nos giramos al escuchar esa voz. Glenn se encontraba detrás de nosotros y no había forma posible de que hubiera entrado por la puerta. Ni siquiera me molesté en preguntarle cuánto tiempo llevaba allí o si lo que acababa de decir era cierto. Podía formar parte de su show o no. Estaba lo suficientemente chalado para hacer algo así.

—Una pena que no tenga ese privilegio —dije con sarcasmo.

Pierce era mi tío, el hermano de mi madre. Mi familia materna también había pertenecido a la mafia irlandesa. No era una familia tan rica ni poderosa como los Wolf, pero estaban muy bien posicionados. La unión entre ambas familias era algo que, tanto los padres de mi padre como a los de mi madre les había interesado. Era un ganar-ganar. O eso creían ellos.

Sin embargo, mi tío Pierce se había opuesto completamente al enlace. Él no estaba dispuesto a relacionarse con los Wolf. Repudiaba a la familia de mi padre y se había desvinculado completamente. Algo que mi padre creyó que le beneficiaba, ya que al ser Pierce el único varón y estar mis abuelos maternos enfadados con él, pensó que podía llevarse más parte del pastel del que le correspondía.

Pero mi abuelo materno jamás desheredó a Pierce. Algo que nos sorprendió a todos.

Ni siquiera lo hizo cuando Pierce comenzó a llevar consigo a un pobre diablo al que había encontrado tirado en una de las callejuelas. Nadie sabía cuál era la procedencia de Glenn, ni quienes eran sus verdaderos padres. Pero Pierce lo adoptó como su hijo; incluso le dejó todo cuando murió de un infarto cinco años atrás. Al haberse negado a contraer matrimonio ni al haber tenido nunca descendencia, Glenn se quedó con todo.

Una fortuna para alguien con quien no compartíamos sangre. Todo un imperio para un chico de los bajos fondos.

No había nada que ninguno de nosotros pudiéramos hacer. Y tampoco me importaba. Tenía suficiente poder al ser el líder de la familia Wolf. Poseía negocios que me reportaban gran cantidad de dinero, y tenía el respeto de mis hombres, al igual que el miedo de mis enemigos. No necesitaba las migajas que me hubiesen quedado por parte materna.

—¿Qué te trae por aquí? —me preguntó directamente. Glenn no era una persona que se anduviera con rodeos y esa era la única cosa de él que me gustaba.

—Quería tener una conversación contigo. Tengo algo que te puede interesar.

Podía ver la curiosidad en sus ojos color ámbar.

A él le sorprendía que estuviera allí. Había despertado su interés y eso era algo que tenía que utilizar a mi favor.

—¿Tú crees, *primo*?

Él utilizó esa palabra con retintín. No compartíamos sangre y tampoco es como si hubiésemos tenido algún tipo de relación en algún momento de nuestra vida. Aunque él tan solo era un año mayor que yo, todas nuestras interacciones habían sido muy limitadas y por temas de negocios cuando Pierce estaba vivo.

Después, él se desvinculó de cualquier lazo con el resto de familias de la mafia. A pesar de haber heredado casi toda la fortuna de mi familia materna y tener acceso a una silla en lugares a los que alguien como Glenn jamás podría haber accedido, él nunca lo utilizó. Algo que nos sorprendió a todos; incluso a mí. ¿No era eso lo que Glenn deseaba, ascender en la escala social?

¿Lo que cualquier hombre que estuviese en nuestro mundo anhelaba?

Glenn nunca renunció a las acciones que tenía en las empresas que compartíamos, pero él continuó desarrollando su imperio en los bajos fondos, en la peor zona de la ciudad, en aquella en la que era considerado un rey.

Nunca salía de ahí. Era fácil de encontrar, pero difícil de acceder a él. Nadie lo lograba si él no lo quería así.

Pero yo no era cualquiera y él lo sabía. A pesar de que su rostro era una máscara de indiferencia, sabía que estaba intrigado por la razón que me había llevado hasta allí.

Glenn cruzó la estancia y se apoyó sobre el respaldo de su mesa de despacho. Alzó su mano derecha y se llevó el vaso de cristal que sostenía a los labios. Me fijé en la cicatriz que cruzaba desde su mentón hasta su mejilla derecha. Una cicatriz que tenía antes de que mi tío lo encontrara cuando Glenn tenía diez años. Una cicatriz que evidenciaba una infancia difícil.

—¿No vas a ofrecernos una copa? —preguntó Tyrone, señalando el minibar colocado en una esquina del despacho. Era fácil de ver porque era lo único moderno y elegante que había en la estancia. Las puertas de cristal mostraban una selección cuidadosamente dispuesta de botellas de licores finos y alguna que otra botella de vino.

Glenn ladeó la cabeza hacia Tyrone, mirándolo como si acaba de ser consciente de que se encontraba allí. Puede que no conociera demasiado a Glenn, pero sí lo suficiente como para saber que él era plenamente consciente de quién era Tyrone desde el instante en el que cruzamos el puente.

—No era mi intención.

—Suele ser una norma de educación ofrecer una copa a tus invitados —dije con un evidente sarcasmo. Si a alguien le podía importar menos la educación o los protocolos, ese era yo. Ni siquiera quería una puta copa.

Glenn arqueó una ceja mientras se terminaba el contenido del vaso de un trago. Dejó el vaso vacío sobre el escritorio sin apartar la mirada de mí. Aunque pude ver la advertencia en sus ojos y el desafío en la sonrisa que se curvó en sus labios, no me achanté ni me moví un solo milímetro. Puede que me encontrara en su territorio y que no estuviéramos en igualdad de condiciones, pero no le tenía el menor miedo. Y eso era algo que esperaba que tuviese claro.

—No recuerdo haberte invitado, *primo*. —Otra vez esa maldita palabra que sabía que él detestaba tanto como yo. Él estaba buscando una reacción en mí o, quizá, tan solo estaba poniéndome a prueba. Puede que estuviera disimulándolo, pero él tenía curiosidad del motivo de mi visita. De otra manera, no nos hubiera dejado entrar.

—La familia no necesita ser invitada. —Utilicé la misma frase que mi tío Donal empleaba cada vez que se presentaba sin avisar.

Glenn soltó una carcajada carente de humor. Se dio la vuelta y se dirigió al minibar.

—¿Alguna petición especial?

—Algo fuerte —pidió Tyrone.

Glenn nos entregó dos vasos con un líquido color ámbar que identifiqué como whisky. A pesar de sus palabras anteriores y de que la única silla que tenía su despacho era la de su escritorio, era evidente que Glenn recibía visitas más a menudo de lo que quería hacer ver. ¿Por qué si no tendría una botella de whisky cuando a él no le gustaba? Recordé que Pierce se lo echó en cara una vez en una de las reuniones a las que asistimos juntos.

A pesar de sostener el vaso, ni siquiera probé el whisky.

—No es mi estilo envenenar a mis enemigos —me dijo Glenn, mirándome fijamente.

—¿Enemigos? —pregunté, arqueando una ceja—. Creía que estábamos en buenos términos.

—Tu padre y Pierce lo estaban. —Entrecerré los ojos al notar el sarcasmo en sus palabras. La enemistad entre mi progenitor y mi tío materno siempre había sido evidente. Especialmente, por parte de mi tío. Apenas podía soportar estar en la misma habitación que mi padre. Y ciertamente, no podía culparlo. Porque joder, él tenía sus motivos—. Aunque nunca recibí el pésame de su parte.

—Tampoco yo recibí el tuyo —respondí, viendo por el rabillo del ojo como Tyrone se terminaba la bebida de un trago. Llevaba demasiados años trabajando para mí como para creer que Tyrone sería tan gilipollas como para emborracharse en el territorio de Glenn, pero, así todo, lo mantendría vigilado. Desde el asesinato de su madre, su temperamento pendía de un hilo.

—Es que no me parecía adecuado darte el pésame. Más bien, debería haberte dado la enhorabuena, ¿no crees?

Apreté el vaso con tanta fuerza que casi lo rompí al escucharle. Pude sentir la mirada de advertencia de Tyrone sobre mí. Estuve a punto de lanzar el vaso de cristal sobre Glenn y mandarlo todo a la mierda.

—No he venido para hablar de gilipollecés —gruñí, perdiendo la paciencia.

—¿Y para qué has venido? —preguntó, rodeando su escritorio y sentándose de forma despreocupada en su silla.

—Para ofrecerte una propuesta.

—¿A mí? —Glenn se rio—. Eso sí que es una sorpresa.

—Alguien quiere derrocarlo. —En los últimos días, habíamos perdido varios cargamentos de drogas. Dos de mis hombres habían sido tiroteados en medio de la calle sin ninguna razón aparente, algo que era peligroso, ya que ese tipo de acciones llamaban la atención de la prensa. No tenía pistas de quién estaba detrás, ya que el culpable del tiroteo había aparecido muerto en un callejón, posiblemente asesinado por la persona que le había contratado. Sospechaba de mi propia familia y del resto de familias, pero fuese quien fuese, me iba ganando la partida—. Están contratando a pobres diablos para conseguirlo. Pero los matan antes de que yo les dé caza y pueda interrogarlos. Para contratar a esos hombres, el culpable tiene que moverse por tu mundo.

—¿Crees que tengo algo que ver? —preguntó casualmente.

No, no lo creía. Si Glenn quería quitarme algo, lo haría él mismo y de frente.

—No estaríamos teniendo esta conversación si lo pensase. Pero estoy seguro de que no necesitarías mucho esfuerzo para descubrir quién me la quiere jugar.

—Nada se mueve en el submundo sin que yo lo sepa o sin que pueda averiguarlo —dijo Glenn con soberbia, guardándose las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Lo que me pregunto es —canturreó, con la burla brillando en sus ojos—, ¿por qué iba a ayudarte? ¿Qué gano a cambio? No tienes nada que quiera.

Sonreí con suficiencia y di un paso hacia delante para dejar el vaso que Glenn me había ofrecido sobre la mesa de su escritorio.

—En realidad, sí que lo tengo.

—¿Ah, sí?

—Sé quién mató a tu madre, y tengo pruebas de ello.

Tyrone farfulló una maldición. No le había contado mi as en la manga porque, a pesar de que había sido su idea ir allí, me hubiese impedido meterme en la boca del lobo. Había posibilidades de que no saliesemos vivos de allí si Glenn decidía matarnos. Pero el hijo de puta me acompañaría al infierno.

El silencio se instauró en la habitación. La ira se adueñó del rostro de Glenn. Sus manos agarraban el borde del escritorio con tanta fuerza que sus nudillos emblanquecieron. Me preparé

para un estallido de furia. Coloqué mi mano en mi pistola escondida debajo de la camisa y vi cómo Tyrone hacía lo mismo.

—Si estás mintiendo, me va a importar una jodida mierda quién eres y el poder que ostentas. Pienso arrancarte cada parte de tu cuerpo y hacerme un caldo con tus huesos —siseó, levantándose. Apoyó sus manos sobre el escritorio y se inclinó hacia mí.

No tenía ninguna duda de que cumpliría su promesa, pero yo no era un hombre que se dejase amenazar.

—Yo no miento, soy un hombre de honor. Pero si deseo jugártela, no te va a resultar fácil matarme. No soy uno de esos desechos que se pasean por tus dominios. Y no me gustan las amenazas.

—Dime su nombre —exigió.

Me había hecho con esa información tras la muerte de mi padre. La madre de Glenn había sido una drogadicta que ofrecía servicios sexuales a cambios de dinero. Ella había aparecido estrangulada en un callejón cuando Glenn tenía cuatro o cinco años. Yo no lo sabía, pero como había descubierto en uno de los muchos documentos que mi padre había dejado en su caja fuerte, Glenn llevaba toda la vida buscando al culpable, que no era otro que el actual ministro de Justicia de Irlanda. Algo, a todas luces, paradójico. Y la razón por la que él no había podido vengarse, ya que Glenn buscaba a un pobre diablo, no a un hombre poderoso y adinerado.

—Tú me ayudas y yo te doy el nombre y las pruebas.

Glenn soltó un gruñido como única respuesta. Ya no se reía el muy capullo.

—¿Tenemos un trato? —pregunté, estirando mi mano por encima del escritorio.

Asintió, aunque no estrechó mi mano.

Tras la reunión con Glenn regresé a mi casa. Tyrone no había vuelto en el coche conmigo, sino que se había ido andando. Yo no le pregunté adónde y él no me lo dijo. Podía darle eso.

Tyrone estaba lidiando con sus propios demonios desde el asesinato de su madre. Demonios con los que yo había lidiado. Y por eso sabía que era mejor dejarlo solo.

—Señor Wolf —Emer, una de mis empleadas del hogar, me llamó cuando llegué. Me sorprendía que estuviera despierta, ya que eran cerca de las dos de la madrugada—. ¿Quiere que le prepare algo?

—Gracias, Emer, pero no va a ser necesario.

Lo único que necesitaba en esos momentos era una buena botella de whisky.

—Si cambia de opinión, avíseme. También tiene sobras en la nevera. —Iba a dirigirme hacia mi despacho para terminar de enviar unos *e-mails*, pero Emer no se movió. Parecía que estaba dudando sobre algo. En ese momento, me di cuenta de que me había estado esperando—. Yo... Esta tarde ha llegado una carta a nombre de Erin. Iba a dejársela en su cuarto, pero, por motivos de seguridad, tal vez sea más correcto dársela a usted. —Emer sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta y me lo entregó.

—Has hecho bien, emer, —Agarré el sobre que ella me tendía.

—Que tenga una buena noche, señor Wolf —se despidió de mí.

El miedo se había transmitido entre todos los empleados que trabajaban para mí. Emer había sido una de las compañeras de Maeve. Ella llevaba dos años trabajando para mi familia. De hecho, había sido Maeve quien la había contratado.

Podía entender su preocupación.

Observé el sobre con cuidado, reconociendo el nombre que sobresalía en medio. Era la

escuela a la que Erin había aplicado. Sabía que Erin estaba esperando la carta de la audición que había hecho semanas atrás. Ella misma me lo había dicho.

Podía ser una trampa y contener un contenido diferente. Quizá quien hubiera estado detrás de Maeve había falsificado la carta. También podía haber hablado con la profesora de piano de Erin para cerciorarme de su veracidad o haberle entregado el sobre a Tyrone y que hubiese sido él quien lo hubiese comprobado.

Tenía tantas opciones y no opté por ninguna de ellas.

Por motivos de seguridad.

Eso fue lo que me dije a mí mismo mientras abría el sobre.

## Capítulo 7

### *Erin*

—Espero que estés contenta por haberte salido con la tuya.

—¿Yo? —Adele se señaló a sí misma para después darle un pequeño sorbo a su cóctel—. En todo caso, eres tú quien se ha salido con la suya.

—Si me hubiera salido con la mía, estaría en mi casa viendo la última temporada de *You* y no aquí.

Adele hizo una mueca.

—Esa serie es escalofriante. Ni todo mi amor a Dan Humphrey puede hacer que la vea.

—¿Sabes que es un personaje ficticio, verdad?

—Por supuesto que lo sé, y no te hagas la *listilla* conmigo. —Adele me señaló con la pajita de su *daiquiri*, provocando que varias gotas de su bebida cayeran sobre mis piernas desnudas—. Además, se llama negociar. Tú no querías ir a la fiesta que Elizabeth organizaba y yo quería salir a alguna parte. Así que, se puede decir que hemos llegado a un acuerdo.

Adele me ofreció una sonrisa falsamente angelical y yo negué con la cabeza.

Como siempre, se había salido con la suya. Aunque lo supe en el momento en el que había aceptado su plan. Pese a que me hubiera dicho de forma casual que tan solo nos tomaríamos una cerveza en un *pub* del centro, supe que eso se alargaría en cuanto me hizo acompañarla a su casa para cambiarse y me hizo ponerme un vestido fiesta de color negro.

Me sorprendía que Adele tuviese ropa de ese color. Ella prefería utilizar colores más vivos; como el rosa, el blanco o el naranja. Observé a mi amiga, que como siempre, estaba guapísima. Llevaba un top de palabra de honor metalizado que conjuntaba con sus zapatos y una falda plisada rosa pastel que contrastaba con su piel morena. Su melena larga oscura le caía en cascada por los hombros haciendo las delicias de cualquier hombre que se encontrase a su paso.

Adele era una belleza de raíces africanas, y ella era consciente de ello y sabía sacarse partido. Aunque no era engreída ni vanidosa.

—¿De verdad querías ir a esa fiesta o solamente era una estratagema para obligarme a salir contigo?

Elizabeth, una de nuestras compañeras del internado, organizaba una fiesta de fin de curso en el reservado de Night Fantasy. La discoteca de moda de Dublín, según decían. Colas de espera de horas. La razón por la que había podido acceder era porque sus padres tenían contactos con el dueño de la discoteca.

Como todas mis compañeras de colegio, sus padres eran inmensamente ricos. Empresarios, políticos e hijos de actores o personalidades conocidas. Todos, menos yo.

Esa era la razón por la que había sufrido acoso cuando había llegado al internado. Era la pobre, la única que no tenía conexiones importantes. Afortunadamente, aquellos insultos se detuvieron durante las primeras semanas y nunca nadie cruzó ninguna línea. A partir de ese momento, mis compañeras se dedicaron a ignorarme, algo que yo agradecí inmensamente. Todas, menos Adele, a quien no le importó mi procedencia.

Ella era mi mejor amiga. La única que merecía la pena.

—Si hubieras accedido a ir, hubiera ido contigo.

—Sabes tan bien como yo que antes me saco los ojos de las cuencas que ir a esa fiesta.

—No hace falta ser tan específica. —Adele curvó sus labios en una fingida mueca de horror—. Como te he dicho, hemos llegado a un acuerdo. Se llama negociar —apostilló, dedicándome una sonrisa orgullosa.

La miré con resignación, sin poder evitar sonreír.

—Definitivamente, vas a ser una buena empresaria.

Los ojos de mi amiga brillaron ante esa mención.

—Va a ser nuestra última fiesta juntas antes de que te vayas. —Estiró su mano para agarrar la mía a la vez que hacía un mohín—. A saber cuándo te volveré a ver.

—No seas dramática. Todavía ni siquiera me han dado la beca.

Si todo salía bien, nuestros caminos se separarían. Yo me iría a Ohio mientras que Adele iba a estudiar Empresariales en una universidad privada en Dublín. La misma universidad en la que su padre había estudiado.

Adele soñaba con seguir los pasos de su padre y, en un futuro, heredar sus empresas. Su padre no la había presionado, aunque, por supuesto, estaba orgulloso de las decisiones que su hija había tomado en sus diecisiete años de vida. Bueno, en las referentes a los estudios, que hubiese falsificado un carnet para colarse en el *pub* en el que nos encontrábamos no creía que la aplaudiese. Aunque, en honor a la verdad, apenas le quedaban un par de semanas para cumplir los dieciocho años.

—Y ahora, deja esa cerveza, que debe estar aguada.

Adele me quitó la jarra que estaba sosteniendo de las manos y la dejó sobre la mesita baja que se encontraba frente a nosotras. Llamó a uno de los camareros que pasaba por allí y le pidió dos cócteles que no reconocí y dos chupitos de tequila.

—¡Vamos a celebrar! —Adele alzó uno de los chupitos.

No me gustaba el alcohol. Mi padre había sido un alcohólico. Y a pesar de que no era una excusa para lo que nos había hecho, desde luego, había influido. No soportaba el olor, ya que me traía recuerdos dolorosos. Aunque no tenía nada que celebrar, sí que estaba harta de que los recuerdos de mi padre me impidiesen tener una vida normal, como la de cualquier chica de mi edad. La vida que mi madre quería para mí y que tanto había luchado para darme.

Así que, por una vez en mi vida, me olvidé de todo. Agarré el chupito y lo choqué contra el vaso de Adele, dándole un trago un instante después. El alcohol corrió por mi garganta.

—¡Puaj! —me quejé con una mueca de asco, dejando el vaso vacío sobre la mesita—. ¡Por el amor de Dios, está malísimo!

Adele soltó una risita.

—Toma esto, te ayudará con el sabor.

Adele me pasó uno de los cócteles que había pedido y, desesperada por aliviar la picazón en mi garganta, le di un pequeño sorbo. Sorprendentemente, estaba bueno.

—Está bueno —dije—. Sabe a melón. ¿Lleva alcohol?

Adele ladeó su cabeza de un lado a otro.

—Solo un poco. —Hizo un gesto con sus dedos y, después, cogió el otro cóctel para darle un trago.

Durante horas, Adele y yo continuamos hablando. Incluso, en aquel lugar en el que la música era alta y, a veces, era difícil entenderse, Adele y yo conseguimos mantener una conversación agradable para las dos. Porque éramos así desde que nos conocimos cuando las dos éramos aún unas niñas; no había nada que no pudiésemos hablar ni nada que no nos contásemos. O, al menos, casi nada. Le había contado a Adele todo sobre mi infancia, mi infierno con el monstruo con el que desgraciadamente compartía ADN, pero jamás le había hablado sobre mis

sentimientos por Arlan. No porque no confiase en su silencio, que lo hacía, sino porque no había nada que contar. Y es que, sabía que, antes o después, tenía que superarlo. Hacía tiempo que había decidido que era un secreto que me guardaría para mí misma. Aunque, mientras el alcohol iba penetrando en mi sangre, se me pasó por la cabeza contárselo a Adele. Fantaseé con organizar junto a ella un plan de acción para enamorarle. Tal y como habíamos hecho con los chicos que le habían gustado a ella en el pasado. Pero, al final, no lo hice, porque ni siquiera con el cerebro nublado por el alcohol era tan tonta como para pensar que funcionaría.

Arlan no era como el resto de chicos que ella o yo habíamos conocido. No podía engatusarlo con sonrisas y movimientos de cejas o fingiendo que me entusiasmaban las mismas cosas que a él, tal y como aconsejaban en los artículos de las revistas que a Adele tanto le gustaba leer. No, con Arlan ninguno de esos trucos funcionaría.

Porque él era diferente a todos.

—¿Cada vez hay más gente o soy yo que veo doble? —me preguntó Adele, entrecerrando los ojos.

—Es posible que veas doble, pero hay más gente —le respondí con una sonrisa tonta inducida por el alcohol.

La verdad era que apenas entraba un alfiler en el *pub*, pero, por suerte, Adele y yo estábamos sentadas en uno de los sofás colocados en una esquina y teníamos cierta intimidad.

—Me da pereza, pero debería intentar ir al baño —dijo, arrastrando las palabras. Apoyó sus manos sobre el sofá y se levantó torpe pero sorprendentemente estable.

—Te acompaño. —Fui a imitar sus movimientos cuando Adele me hizo un gesto con la mano, impidiéndomelo.

—No te muevas. No quiero que nos quiten el sitio. —Señaló con una falta fragante de educación, pero que a mí me pareció graciosa, a unas chicas que miraban hacia nosotras y se habían movido un par de pasos al ver a Adele levantarse.

—Está bien.

No necesitaba ir al baño y así me evitaba la larga cola que, sin duda, nos tocaría esperar. Estaba segura de que se habían escrito novelas de 800 páginas en una de esas colas. Ese pensamiento provocó que una risa saliese por mi boca.

Me encontraba más relajada y feliz de lo que había estado en las últimas semanas. Sabía que era un alivio momentáneo, ya que al día siguiente toda la tristeza regresaría a mí. Pero me merecía ese descanso. Sobre todo, en un día importante como ese.

Me quede allí sentada, disfrutando de la luz tenue que resaltaba los detalles de la decoración del *pub* en los que no me había fijado hasta ese momento debido a que había estado demasiado ocupada en mostrar mi rechazo a Adele por haberme convencido para salir.

Mi idea era ir a la mansión para encerrarme en mi habitación. Aunque, al final, no había resultado tan malo seguir los consejos de mi mejor amiga. Muchas veces, ella sabía lo que yo necesitaba incluso antes de que yo fuese consciente. Otras, se equivocaba completamente, pero siempre tenía la mejor de las intenciones, que era lo que contaba.

Porque el que tiene un amigo tiene un tesoro, o eso pensaba hasta que la vi regresar unos minutos después junto a un chico. Deduje que era unos años mayor que nosotras; tal vez, estaba a mitad de sus veinte. Llevaba su cabello castaño peinado cuidadosamente hacia atrás y se movía con confianza mientras Adele se reía de algo que él le había dicho.

—Erin, te presento a mi nuevo amigo. Él es Alexei.

La sonrisa bobalicona con la que Adele miró a Alexei me dijo todo lo que necesitaba saber. Mordí mi labio inferior y ahogué el suspiro de resignación que amenazaba con brotar de mi

garganta.

«Ahí vamos otra vez...»

—Un placer conocerte —dije con una sonrisa, levantándome para darle dos besos. Aunque yo no fui tan ágil como Adele y necesité dos intentos para ponerme de pie.

—Y él es... —Adele hizo una pausa para mirar a otro chico al que no había visto hasta ese momento. Se encontraba unos pasos detrás de Alexei.

—Vadim —fue Alexei quien presentó a su amigo y, menos mal, porque con la mala memoria que tenía Adele para los nombres, podíamos tirarnos allí toda la noche.

Vadim alzó una de sus manos a modo de saludo y esbozó sus labios en una sonrisa amable. Agitó su cabeza para quitarse unos mechones rubios que había caído sobre sus ojos azules. Era alto y musculado, aunque no demasiado, y tenía unas facciones bonitas, como un modelo de revista.

—¿Nos podemos sentar? —preguntó Alexei.

¿Se estaba autoinvitando?

Antes de que yo pudiera pensar una excusa, Adele habló:

—Por supuesto —respondió con un entusiasmo que evidenciaba su interés hacia su *nuevo amigo*.

«Menos mal que era una celebración entre amigas...»

Alexei se sentó al lado de Adele mientras que Vadim ocupó el lugar libre que había a mi lado. Me removí en el asiento, un poco incómoda, mirando hacia todos los lados del pub.

—Espero no haber estropeado vuestra noche de chicas.

Ladeé mi cabeza hacia el chico. Él me miraba con una sonrisa suave.

—Oh, claro que no —mentí descaradamente, ya que lo último que quería era ser desagradable con él. Además, Adele parecía encantada con la interrupción, por la forma en la que le daba palmaditas en el hombro a Alexei y compartían sonrisas cómplices.

—Voy a hacer como que me lo creo.

A pesar de que hablaba un inglés bastante decente, me di cuenta de que tenía un acento marcado.

—¿Eres de Dublín?

—¿Tú que crees? —preguntó, de una manera juguetona, guiñándome un ojo.

—Que no. Tu acento te delata.

—¿Y mi nombre no?

—Sí, muy irlandés no parece.

—Somos rusos.

—¿Estáis de vacaciones?

Sentí que Vadim se tensaba levemente ante mi pregunta. Me dio una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Algo así —respondió, dirigiendo una mirada fugaz a Alexei—. Pero van a ser unas vacaciones largas. —Exhaló un suspiro—. Demasiado largas.

—Lo dices como si no te apeteciese estar en Dublín.

—A ratos —confesó—. A veces me apetece más. Otras veces, menos. Ahora mismo —él se inclinó hacia mí como si fuera a confesarme un secreto—, me apetece bastante.

Estaba coqueteando conmigo. Hasta para una novata como yo era evidente. Pero no lo hacía de una manera invasiva, como me había pasado con otros chicos las escasas veces que Adele y yo habíamos salido de fiesta. Era más bien cordial. Como si coquetear conmigo fuese algo que tenía que hacer más que como un intento para iniciar algo conmigo.

Me imaginé que, posiblemente, yo no era su tipo de chica, pero como su amigo estaba tonteando con Adele, no le había quedado más remedio que pasar el tiempo conmigo. Lo mismo que me pasaba a mí.

A pesar de todo, era un chico simpático, que durante la siguiente hora en la que estuvimos hablando, me demostró que era capaz de mantener cualquier tema de conversación. Incluso parecía interesado cuando le hablé sobre mis clases de piano. También me di cuenta de que Vadim era reacio a hablar sobre sí mismo; como si tuviera miedo de contarme demasiado o, tal vez, era reservado con su vida privada.

—¿Crees que podrías enseñarme a tocar el piano?

—No sé si enseñar a tocar el piano es lo mío —respondí, haciendo una mueca—. Aunque puedo recomendarte a una buena profesora.

—¿No crees que soy demasiado mayor para aprender?

—Por supuesto que no. Nunca es tarde para aprender, Vadim.

—Así que podría convertirme en un pianista famoso. —Estiró sus brazos y comenzó a mover sus dedos, como si estuviera tocando un piano imaginario—. Creo que tienes razón, se me daría bien.

Me reí.

—Claro, Frédéric Chopin comenzó a tocar a los veinticinco, y fíjate lo lejos que llegó.

Vadim detuvo sus movimientos y ladeó su cabeza para mirarme.

—¿En serio?

Intenté poner cara seria, pero fallé estrepitosamente.

—En absoluto. Comenzó a tocar a los cuatro años y a los siete ya estaba dando conciertos públicos.

—Eres mala, me lo había creído —dijo entre carcajadas, golpeando mi brazo con suavidad.

Fui a responderle, pero Alexei, que había regresado de bailar junto a Adele, nos miraba con el ceño fruncido. Él parecía enfadado. Vadim le miró y su sonrisa se congeló. Abrió la boca para decir algo, pero Alexei se le adelantó.

—Vadim, acompáñame a por unos tragos. —Su tono era duro y creí que, tal vez, había discutido con Adele. No obstante, cuando giró la cara para observar a mi amiga, su expresión se suavizó—. ¿Queréis que os traiga algo? Yo invito.

Adele le miraba con una sonrisa tonta que él le devolvió. No estaban enfadados, por lo que, quizá, habían sido imaginaciones mías.

—Dos chupitos de tequila —respondió Adele, interrumpiendo mis pensamientos.

—Vais fuerte, me gusta —dijo Alexei, guiñándole un ojo a Adele—. Mejor que sean cuatro.

—Adele —le recriminé a mi amiga—, creo que ya hemos bebido suficiente por hoy. —Ni ella ni yo estábamos acostumbradas a beber.

Y aunque a mí se me había pasado cualquier efecto que el alcohol que había bebido me hubiese provocado, Adele parecía achispada.

—Solo es por esta noche, Erin. —Adele me puso carita de cachorro—. ¿O me vas a decir que no te estás divirtiendo?

Asentí a la vez que veía cómo Alexei y Vadim se dirigían a la barra, alejándose de nosotros.

—¿Es Vadim el que hace que tus ojos brillen? —me preguntó a la vez que se sentaba a mi lado.

—Por supuesto que no. Es por el ambiente cargado. —Y, posiblemente, por el alcohol.

—Claro, claro. Ahora me vas a decir que no te gusta ni un poquito.

—Pues no —dije con honestidad—. He comenzado a hablar con él para que tú puedas tontear

con Alexei. —Y no era una mentira, aunque después, Vadim había resultado ser un chico interesante.

—Como otras veces —comentó Adele, recordando las veces que le había ayudado de la misma manera—. Pero hoy no estabas mirando la puerta o el reloj a cada segundo. Parecía que te divertías.

—Lo hacía.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Cómo que nada? —Adele puso sus manos en mis hombros y me sacudió levemente, como si así pudiese hacerme cambiar de opinión—. Te diviertes con él y es guapísimo. ¿A qué esperas para besarlo?

Suspiré. Eso era más que lo que había tenido con otros chicos con los que me había besado. Me daría cuatro besos y, luego, dejaríamos de hablar, porque no había ningún tipo de *feeling* entre nosotros. Estaba cansada de intentarlo y de fallar una y otra vez. Y eso era lo que pasaría si decidía tomar la iniciativa con Vadim.

Además, puede que él hubiera ligado conmigo, pero no tenía ningún interés sexual en mí. Si ya lo había pensado desde el primer instante en el que nos habíamos conocido, durante el tiempo que habíamos estado hablando antes, lo había comprobado.

—No esta mal, pero no es mi tipo.

—Oh, ya estamos con eso otra vez. —Adele me soltó y apoyó su espalda en el sofá en el que estábamos sentadas—. ¿Y quién es tu tipo? ¿Qué tiene Vadim que no tenga tu hombre ideal?

Para empezar, el pelo rubio en vez de pelirrojo. Y ese solo era el iceberg de una lista kilométrica. Lista que decidí guardarme para mí misma. Abrí la boca para contestar con una excusa que aún no tenía pensada cuando Alexei y Vadim regresaron.

Salvada por la campana.

Adele comenzó a hablar con Alexei y Vadim y se olvidó de su interrogatorio. Iba a unirme a la conversación cuando sentí la vibración de mi móvil. Pensando que sería Tyrone para preguntarme qué tal estaba, abrí mi bolso y saqué el teléfono. Sin embargo, no era un mensaje de mi hermano, sino de Arlan.

«Enhorabuena».

Un mensaje escueto pero que provocó que mi corazón explotase con emoción. En mi fuero interno había estado triste porque él no hubiese ido a mi graduación, especialmente cuando había visto a los novios de algunas de mis compañeras allí. Aunque, en realidad, no era algo que esperase. Arlan nunca había ido al internado a verme ni a ninguna de las fiestas en las que los familiares estaban invitados.

Él se aseguraba que tuviese todo aquello que necesitaba; incluso aquello que anhelaba. Y aquello había sido mucho más que suficiente para mí. Pero ahora que acababa de recibir su felicitación, fui consciente de que ya no lo era. Ahora ansiaba más de él. Lo quería todo. Y eso era peligroso, porque nunca lo tendría.

Arlan nunca sería mío. Y yo debería comenzar a abrir mi corazón a otros chicos. Chicos que fuesen capaces de amarme. O, por lo menos, chicos que se sintiese atraídos por mí. Chicos a los que pudiese tener de alguna manera.

—Si no quieres, no tienes...

No dejé terminar la frase a Vadim. Porque guardé el teléfono en el bolso y cogí uno de los chupitos de tequila que sujetaba en su mano y me lo bebí. El ardor en mi garganta no evitó que le quitase el otro chupito antes de que él pudiese beberse.

Estaba claro que con mi cerebro en pleno rendimiento no podía olvidar a Arlan, así que decidí apagarlo. Pero no sirvió para nada porque, incluso con la neblina provocada por el alcohol, él siguió en mis pensamientos.

## Capítulo 8

### *Arlan*

*«Tenemos el placer de comunicarle que ha sido una de las beneficiarias de nuestro programa».*

Había leído tantas veces aquellas palabras de la carta que Emer me había entregado que había perdido la cuenta.

Erin había sido admitida. Ella había entrado en un programa de becas de una de las escuelas de música más prestigiosas del mundo. Una en la que era muy complicado entrar.

Ella había logrado esa plaza por su talento. Uno que nunca había dudado que tenía.

Era tan solo era una niña cuando le vi mirando con ese anhelo en sus ojos el piano en la pantalla de televisión. En ese instante, supe que esa niña conseguiría cualquier cosa que se propusiese. Supe que no me equivoqué la primera vez que mis ojos se habían encontrado con los suyos: Erin era especial.

Estaba feliz por ella. Feliz porque lograrse hacer realidad sus sueños. Sin embargo, había algo que me impedía obtener la felicidad plena. Como un mosquito que zumbaba alrededor de mi oído una y otra vez. Era molesto y tedioso.

El ruido de unos tacones seguido de unos murmullos hicieron que guardara el sobre dentro de la carta. Como un niño que había sido pillado comiendo una galleta de chocolate cuando no debía de hacerlo. Aunque ese no era mi caso, ya que no estaba haciendo nada malo. Tan solo había abierto la carta por motivos de seguridad, para asegurarme que no era una trampa y alguien pretendía hacerla daño. Sin embargo, a pesar de mi convicción, prefería que nadie me viera leyéndola. Porque, en el fondo, sabía que había otra razón que me había llevado a abrir esa carta, una razón menos noble. Pero no estaba preparado para profundizar en ella.

Guardé la carta en el bolsillo trasero de mis vaqueros. La cazadora que aún no me había quitado tapaba la parte del sobre que sobresalía. Salí de la cocina, dirigiéndome hacia la procedencia del ruido; parecían provenir del exterior de la casa. Abrí la puerta principal, pero no vi a nadie, ya que estaba completamente a oscuras.

Las farolas se encendían con el movimiento, pero quien estuviese fuera no se encontraba en el camino de entrada. Miré hacia los jardines donde se encontraba la fuente. La fuente que mi padre había mandado construir y tan orgulloso le había hecho sentir. Una fuente de piedra con una pequeña estatua en forma de lobo que coronaba la parte de arriba.

Me había planteado destruirla. La idea había pasado por mi cabeza una y otra vez durante tantos años... Sin embargo, al final, decidí conservarla. No por él, porque yo no movería ni un solo dedo de mi mano por ese hijo de puta. Lo hice por la misma razón por la que había sido un cáncer de pulmón lo que había terminado con su vida y no yo, a pesar de desearlo durante tantos años: por la familia. Porque, me gustara o no, esa fuente era un recordatorio para quien la viese de quiénes éramos los Wolf. Era un símbolo de poder y fidelidad que no podía destruir.

Pese a la falta de luz, a pocos pasos de la fuente, distinguí la silueta de Niall, uno de mis hombres.

Él tenía su mirada fija en el suelo, en la hierba exactamente, aunque me daba la espalda y no podía verlo, lo intuí por la manera en la que su cabeza se inclinaba hacia abajo.

Me acerqué a él para ver qué estaba sucediendo, provocando que las farolas se encendiesen a

mi paso, iluminando el camino y emitiendo una luz tenue en los jardines.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —preguntó Niall. Él sonaba preocupado, aunque había cierta inseguridad en su voz, como si no supiese cómo actuar.

¿Estaba hablando solo?

No fue hasta que no estuve a unos milímetros de distancia que fui consciente de lo que estaba sucediendo. Una figura femenina se extendía sobre el jardín, tumbada sobre la hierba. ¿Había metido a una chica en mi casa?

Eso iba contra las reglas. Ni siquiera Tyrone podía hacerlo. Para eso tenía su propio apartamento en el centro de Dublín. Tampoco yo metía chicas en la casa. No hasta que me casase, algo en lo que no tenía ninguna prisa. Era consciente de que necesitaba un heredero y lo tendría. No sería yo quien defraudase al apellido Wolf, pero aún no había llegado ese día. Todavía no había encontrado a la mujer idónea. Una cuya familia aportase beneficios a la mía y una que tuviese claro cuál era la verdadera función de nuestro matrimonio.

Mi madre no lo tuvo claro y terminó quitándose la vida.

Yo no cometería los mismos errores. Aunque yo no era como mi padre.

Me aseguraría que mi esposa tuviese todo lo que necesitase; de la misma manera que lo haría con mis hijos. Pero no me enamoraría, y esperaba que ella tampoco lo hiciera de mí. El amor era una mierda, el amor solo complicaba las cosas.

—Estoy bien, Niall. Puedes irte.

Esa voz. Yo conocía esa voz. Podría reconocerla en cualquier lugar. La voz de la única chica por la que me había preocupado alguna vez.

—¿Erin? —Me coloqué a lado de Niall para comprobarlo con mis propios ojos.

Erin se encontraba tumbada, bocarriba. Su cabello rubio se extendía sobre la hierba, brillando bajo la luz tenue. A su lado derecho, podía ver su bolso negro tirado sobre la hierba y, encima de este, unas botas de tacón.

Ella ladeó su cabeza para mirarme. La sorpresa brilló en sus ojos y una sonrisa somnolienta se extendió en sus labios.

—¡Arlaaan! —El excesivo entusiasmo en su voz y la manera en la que alargaba las sílabas me dio la comprobación de aquello que ya había intuido: estaba borracha. Erin borracha. Esas eran dos palabras que pensé que nunca se encontrarían en la misma frase y que, aunque no debía parecerme algo extraño, no sabía cómo sentirme al respecto.

—¿Estás bien?

Ella se rio como respuesta, demostrando que se había bebido hasta el agua de los floreros.

Negué con la cabeza.

—¿De dónde vienes? —inquirí, intentando mostrar indiferencia, pero bullendo de ira en mi interior porque el camarero o camarera que la había atendido le hubiese seguido dándole alcohol cuando era evidente que hacía varias copas que debía haber parado.

Era un enfado irracional, pero uno que era capaz de controlar. Respiré hondo para calmarme. Erin era mayor de edad y esa tarde se había graduado. Era normal que saliese a divertirse y se le fuese de las manos. Nada que una chica de su edad no haría. Joder, pero era peligroso. ¿Y si le pasaba algo?

—De celebrar —respondió con una sonrisa, enseñando sus dientes blancos y alineados—. ¿Me he graduado, lo sabías?

—Lo sé —dije, sin poder evitar sonreír cuando Erin estiró los brazos hacia los lados y comenzó a realizar ángeles de nieve imaginarios en el césped—, te he felicitado y tú no has respondido al mensaje. —Hasta el momento en el que lo pronuncié en alto no fui consciente de

que me había molestado que no lo hiciese.

Erin dejó de mover los brazos y se encogió de hombros.

—No pensé que esperabas una respuesta. Ni que la necesitases.

Si era sincero conmigo mismo, Erin tenía razón en sus dos apreciaciones. Pero, así todo, me hubiese gustado que me hubiese contestado. ¿Por qué? Ni yo mismo lo sabía.

Erin dejó de prestarme atención para centrar su mirada en el cielo. Alzó una de sus manos al aire y señaló a un punto imaginario mientras comenzaba a susurrar palabras ininteligibles; de hecho, ni siquiera parecía que estuviésemos hablando el mismo idioma.

—Erin —la llamé, agachándome para estar a su altura—, ¿estás bien?

Ella ladeó su cabeza hacia mí y volvió a darme esa sonrisa somnolienta.

—Claro —contestó, pareciendo sorprendida ante mi pregunta—, solo estaba practicando. En el taxi de camino a casa, a Adele y a mí se nos ha ocurrido que podríamos inventarnos nuestro propio idioma. ¿Una idea genial, verdad? Así solo nosotras mismas podemos entender lo que estamos hablando.

La evalué en silencio durante unos segundos, sin molestarme en responder. A pesar de las tonterías que soltaba por su boca, no parecía estar desorientada. Al igual que parecía encontrarse bien; algo que me relajó.

Dejé que Erin continuase practicando su idioma imaginario y me levanté para darme la vuelta hacia Niall, quien observaba la escena en silencio.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí tumbada?

Cuando mi mirada se centró en él, palideció y tragó saliva. Me temía y hacía bien. Era un jefe justo, pero no uno misericordioso.

—Me la he encontrado aquí, tumbada. Me he preocupado de que le pudiera pasar algo. Pero se negaba a levantarse y yo no he querido obligarla. —Las palabras de Niall salieron atropelladas, como si le preocupara que la situación se pudiera malinterpretar, como si yo pudiese pensar que él iba a intentar aprovecharse de ella. Ni siquiera se me había ocurrido esa idea. No hasta que él había sentido la necesidad de explicarse.

Una ira conocida se apoderó de mí y la única razón por la que no le agarré del cuello fue porque Erin se encontraba allí y no quería que ella me viese de esa manera.

—¿La has tocado? —siseé, bajando lo suficiente la voz para que Erin no pudiese escucharme. Aunque dudaba que nos estuviera siquiera prestando atención, ya que ella estaba en su propio planeta.

—No... —respondió rápidamente, horrorizado y sorprendido ante mi acusación—, claro que no. Solo me estaba asegurando de que se encontraba bien.

Observé a Niall durante unos instantes, buscando alguna evidencia de que mentía en su rostro. No la encontré, él parecía sincero.

Niall llevaba trabajando para mi familia desde que tenía diecisiete años y confiaba lo suficiente en él como para dejarlo a cargo de la seguridad de mi casa. Sin embargo, desde mi más tierna infancia había aprendido que no podía fiarme ni de mi propia sombra.

—Márchate —le ordené—. Puedes volver a tu puesto de trabajo.

—Claro, jefe —contestó Niall, marchándose a toda velocidad.

Me giré de nuevo para observar a Erin. Tenía su mejilla apoyada sobre la hierba, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Exhalé un suspiro de resignación mientras me ponía de cuclillas para tocarle el hombro con suavidad. No quería despertarla, pero no me quedaba otra opción.

—Venga, vamos, es hora de irse a la cama.

Erin balbuceó unas palabras inconexas. Volví a darle un toquecito. Esta vez, en la mejilla, provocado que abriese los ojos. Ella parecía completamente despierta.

—No quiero irme a la cama —se quejó—. Quiero quedarme aquí, observando las estrellas.

No me lo podía creer. Podía alardear de muchas cosas, pero de tener una gran paciencia no era una de ellas. Si se tratase de cualquier otra persona, ya la hubiera mandado a la mierda, pero no con Erin. Nunca a Erin.

—Otro día sigues viéndolas —dije, tratando de dialogar con ella. Aunque, ¿desde cuándo tratar de dialogar con alguien ebrio era una buena idea?—. Hoy ya es tarde. Estás borracha y cansada.

—Eres un aguafiestas. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Casi me reí ante sus palabras y el mohín que formó en sus labios brillantes cubiertos de rojo. Lo que me hizo pensar que el labial color carmín le favorecía. Normalmente, Erin no solía utilizar maquillaje y, menos aún, pintalabios de colores tan fuertes. Ese color hacía que sus labios se vieran más apetecibles.

Apetecibles.

No, esa no era una palabra que debería haber utilizado. Y, sin embargo, no pude evitar pensar que era la correcta.

No para mí. Sencillamente, apetecibles.

—Venga, no me hagas repetírtelo. —Me incorporé y extendí mis brazos para que agarrara mis manos y ayudarla a levantarse.

—No todavía —insistió—. Todavía no he visto una estrella fugaz.

—Y aunque pasase una, no la verías. El cielo está nublado.

Ella frunció el ceño.

—Así todo, la veré.

No conocía esa parte tozuda de Erin. Siempre la había visto obedecer a su madre y a su hermano sin rechistar. Y no pude negar que me gustaba.

No me agradaba dejarla allí sola, pero, la realidad era que no iba a sucederle nada. En la mansión estaba segura. Además, ella parecía más lucida a cada instante que pasaba. Y yo tenía papeleo pendiente que me estaba esperando en mi despacho.

—Está bien —le concedí—, pero solo unos minutos. Luego vuelves a tu habitación. —No quería que durmiera afuera y, en esos momentos, veía totalmente la posibilidad de que se quedara completamente dormida hasta el amanecer. A principios de julio, las noches comenzaban a ser más cálidas, pero aún hacía un poco de frío.

Para asegurarme, le pediría a Emer que viniese a buscarla.

Fui a darle la vuelta para regresar dentro cuando Erin me detuvo con sus palabras.

—¿Te vas? ¿Ya? —Ella parecía desilusionada ante esa idea—. Quédate un poco más.

Erin nunca me pedía nada. Y sabía que era el alcohol lo que le había dado esa valentía para hacerlo.

Erin estiró su mano y agarró mi muñeca, tirando de ella. Su intento era suave y torpe, no había posibilidad de que consiguiera moverme ni un solo milímetro. Quizá fue la forma en la que me lo pidió o que no podía negárselo cuando me miraba de esa manera suplicante, pero me encontré a mí mismo sentándome a su lado, sobre la hierba, ignorando las señales de alarma que comenzaron a sonar en mi cerebro, advirtiéndome que lo que estaba haciendo era una mala idea.

Los dedos de Erin estaban fríos, contrastando con la calidez de mi piel, creando una sensación agradable. Me gustaba su cercanía; siempre lo había hecho. Los ojos de Erin estaban fijos en el mismo punto que el mío: en sus dedos sosteniendo mi mano. Sin embargo, aunque

pude ver la vulnerabilidad y duda en ellos, no los apartó. Fui yo quien lo hice con suavidad. Más porque sentía que debía hacerlo que porque quisiera.

—Unos minutos y nos vamos —cedí.

La desilusión en el rostro de Erin al haber apartado su mano fue sustituida por una gran sonrisa triunfal. Una genuina que no había visto en ella desde que regresó a la mansión. Y joder, solo por esa sonrisa merecía la pena tumbarme sobre la hierba, a su lado.

Esa chica me tenía alrededor de su dedo meñique y ella ni siquiera era consciente de ello.

—¿No te he despertado, verdad?

—No, estaba despierto. No he llegado hace mucho.

No pude evitar recordar la carta que había estado leyendo. Su carta de admisión. El sobre comenzó a quemar en el bolsillo de mis pantalones. No me pertenecía a mí, sino a ella. Pero ¿era ese un buen momento para dárselo?

—¿Estabas con mi hermano?

—Sí.

—¿Él no está en casa, verdad?

—No.

Erin movió su cabeza en un asentimiento, asimilando la información que le había dado. Sin embargo, ella no hizo ninguna pregunta más. Tampoco intentó averiguar qué estábamos haciendo o dónde estaba su hermano. Nunca lo hacía.

—Veo que has tenido una buena fiesta de graduación. ¿Te lo has pasado bien?

Erin bufó.

—Adele ha insistido en llevarme a un *pub* después de la entrega de diplomas. Ha utilizado una de sus estrategias para convencerme. Típico de Adele. Aunque —Erin hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de algo—, tú no sabes quién es Adele. —Alzó una de sus manos para palmear su frente, en un gesto exagerado que me hizo sonreír—. Adele es mi mejor amiga, vamos al colegio juntas.

Adele Azikiwe. Conocía bien a su padre. Y también sabía que Erin y ella eran cercanas. De la misma manera que conocía a todas las personas que rodeaban a Erin.

En cambio, hice un gesto con mi barbilla, asintiendo a sus palabras.

—¿Y lo de beber también ha sido culpa de Adele?

—Al principio, sí —hizo una pausa y se pasó la lengua por sus labios, un movimiento inocente que mis ojos siguieron con demasiado interés—, pero luego me ha parecido buena idea —reconoció mientras sus mejillas enrojecían. Erin solía sonrojarse a menudo cuando estaba a mi alrededor, algo que siempre me había parecido adorable—. Pero se me ha ido de las manos, sobre todo cuando esos chicos han empezado a traer chupitos....

—¿Chicos? —repetí, interrumpiéndola—. ¿Qué chicos? —Todo el rastro de humor había desaparecido de mi voz y la situación ya no me parecía tan graciosa como antes.

—Sí, unos chicos. Adele ha empezado a hablar con uno de ellos. —Erin hizo un gesto con sus manos, como si no tuvieran la menor importancia. Ella continuó hablando de la noche y siguió quejándose de cómo Adele le había llevado hasta esa situación.

Sin embargo, yo dejé de escucharla. Porque, en ese mismo instante, me di cuenta de algo que no había hecho hasta ese momento. Tanto Erin como Adele eran unas chicas jóvenes. Conocía lo suficientemente al padre de Adele como para saber que vivía en un entorno protegido, pero era normal que los chicos se acercasen a ellas. No tenía nada de raro que Erin bailase con un chico o que se besase con uno de ellos. Y hasta que se lo follase.

Erin no había hecho eso. ¿Ella lo había hecho?

Ninguno de esos adolescentes hormonales tenía derecho a tocarla. Nadie tenía derecho a hacerlo. Ninguno era digno de ella.

—También me ha obligado a ponerme este vestido. —La voz de Erin interrumpió mis pensamientos—. Ni siquiera tenemos la misma talla y, casualmente, este vestido me sienta como un guante. Además, a Adele no le gusta el color negro. Yo creo que lo ha comprado para mí. No es la primera vez que lo hace, pero la verdad que, esta vez, el vestido es precioso.

Mi mirada bajó hasta su vestido. Ella no mentía. El material negro se amoldaba a la perfección a sus curvas. Mis ojos vagaron por su cuerpo, desde su pecho hasta sus piernas expuestas.

No era ciego y siempre había sabido que Erin era guapa. Con su cabello rubio, sus ojos azules y sus bonitos rasgos, parecía un ángel. Pero nunca la había visto como nada más que eso. Ella era demasiado joven y, prácticamente, la había visto crecer. Me había acostumbrado a su presencia; incluso, me gustaba.

No podía negar que me resultaba divertido su constante atención en mí. La forma en la que ella me miraba y observaba todos mis movimientos. Había a una parte de mí a la que le gustaba, que hasta se sentía halagado. La forma en la que se sonrojaba o me miraba como si fuera su mundo. Tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para saber que Erin tenía un pequeño-gran enamoramiento hacia mí.

No era tan extraño. Ella me veía como una especie de salvador. Nuestra familia le había dado un refugio a su madre cuando más lo necesitaba. Era un hombre más mayor que ella y muy atractivo. No estaba siendo creído, simplemente era un hecho.

No me sorprendía que una chica más joven como Erin se hubiera fijado en mí.

—¿No es preciosa? —La voz de Erin dijo lo que yo en mis pensamientos no me atrevía a decir

—Lo es —confirmé, con mi mirada vagando por su cuerpo.

—¿Nunca te has parado a pensar lo pequeños que somos en comparación con el universo? —No fue hasta que escuché su siguiente pregunta y vi que sus ojos estaban fijos en el cielo, que supe que ella se estaba refiriendo a la luna que acababa de hacerse un hueco entre las nubes.

—No es algo que suela pensar. —Ni que me importase.

Erin se rio.

—Lo suponía. Siempre me ha gustado tumbarme y contemplar las estrellas —confesó, pese a que yo ya lo sabía. Esa era la razón por la que había hecho que instalaran su habitación en el ático, una terraza desde la que ella pudiese ver las estrellas.—. ¿Puedo contarte un secreto? —preguntó y yo moví mi cabeza en un asentimiento, porque no había nada que ella debiese esconder de mí—. En el internado solía escabullirme a la azotea y solía tirarme horas mirando las estrellas, no pensando en nada. Porque, en ese momento, te das cuenta de que, eres tan insignificante que tus problemas son insignificantes también.

Observé a Erin con intensidad, reflexionando en sus palabras. Ella seguía con su mirada fija en el cielo, perdida en sus pensamientos. Erin no había tenido una vida fácil y sabía por experiencia que sus problemas nunca llegarían a desaparecer del todo. Pero quería que ella fuese feliz; todo lo feliz que las personas con pasados como los nuestros podíamos ser.

—¿Por qué Ohio?

Mi pregunta sobresaltó a Erin. Ella ladeó su cabeza hacia mí, tardando unos instantes en darse cuenta a qué me refería. Sus ojos desconcertados por fin se encontraron con los míos y me di cuenta de lo mucho que me gustaba que me mirara.

—Es una de las escuelas de música más prestigiosas. Además, concede becas completas.

No pude evitar pensar con recelo que también había escuelas de música prestigiosas sin tener la necesidad de irse a la otra punta del mundo. Puede que el programa de esa escuela fuera completo y sin ningún coste para ella, pero yo podría hacerme cargo del coste de cualquier escuela de música privada.

—¿Solo eso?

—¿Esas razones no son suficientes?

—No necesitas ninguna razón. —No mentía. Ella podía ir adonde deseara sin darme ninguna explicación.

Y ese era el momento perfecto para sacar la carta que escondía en el bolsillo trasero de mis pantalones. Esa era mi oportunidad de entregarle el sobre.

Sin embargo, no me moví.

Cuando miré de nuevo a Erin, me di cuenta de que había cerrado los ojos y se estaba quedando dormida.

Me incorporé y toqué suavemente su hombro, despertándola.

—Vamos a la cama.

—Ey, no —su queja débil y somnolienta mientras alzaba una mano en protesta—. Quiero dormir aquí.

—En unas horas refrescará más. Dormirás más cómoda en tu cama.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos de nuevo.

Al ver que no iba a ser capaz de que me hiciera caso por las buenas, y sin pensar demasiado en lo que hacía, alcé a Erin por los aires. Por inercia, ella rodeó mi cuello con sus manos. Durante unos instantes, me observó desconcertada, sin entender muy bien lo que pasaba, pero algo más llamó su atención.

—¡Una estrella fugaz! —gritó, golpeando mi pecho—. Corre, pide un deseo.

Pero yo no estaba mirando el cielo, porque mis ojos estaban fijos en sus labios y en la poca distancia que les separaba de los míos.

Erin centró su atención en mí, dándose cuenta de que estaba sosteniéndola en brazos. Parpadeó, dándome una mirada confundida, y aquella fue la señal que necesité para dejarla con cuidado en el suelo.

—¿Has pedido un deseo? —me preguntó.

—Si te lo digo, no se cumple —respondí, con la voz más ronca de lo normal, pero Erin no pareció darse cuenta.

—Eso no funciona así —dijo, arrugando la nariz—. Lo que no puedes decirme es qué has pedido, pero sí puedes contarme si has pedido un deseo o no.

—A la cama —ordené sin responder. Me agaché para recoger sus botas desperdigadas en el suelo y el bolso.

Ella cogió a regañadientes las pertenencias que le entregué.

—Buenas noches, Arlan —se despidió de mí mientras se dirigía hacia el interior de la vivienda.

En vez de ir detrás de ella, eché mi cabeza hacia atrás para mirar el cielo.

No había pedido ningún deseo, pero sí había tomado una decisión: había decidido mantener a Erin cerca de mí.

## Capítulo 9

### *Erin*

*«Lamentamos comunicarle que su solicitud ha sido denegada».*

Sujeté con fuerza la carta entre mis manos.

No había sido admitida en la escuela de música de Ohio. Mi solicitud había sido denegada. Por lo visto, no era suficiente buena para ellos. Mi audición no les había convencido.

Debería haber sentido que mi mundo se resquebrajaba, que todo a mi alrededor se rompía en mil pedazos. Todo aquello por lo que había luchado durante todos esos años, todo el esfuerzo... Todo mi futuro había sido lanzado por la borda.

Era mi sueño. Mi futuro. Lo era todo.

Y, sin embargo, no sentí nada. Ni tristeza, ni desilusión, ni dolor. Nada.

Solo un enorme vacío.

¿Quizá estaba tan rota por dentro después de la muerte de mi madre que no podía sentir nada más? ¿Quizá ya no me quedaban más lágrimas para derramar, más dolor por sentir?

Dejé la carta sobre el sobre blanco que se encontraba encima de mi escritorio. Emer, una de las empleadas, me había entregado el sobre esa mañana diciéndome que acababa de llegar una carta a mi nombre. Mi corazón se había acelerado al leer el remitente.

Una parte de mí había creído que entraría. Rachel, mi profesora de piano, había estado tan convencida de que tenía grandes oportunidades, que me había dejado contagiar por ese entusiasmo. Había sido demasiado crédula. Era una de las pocas escuelas prestigiosas que ofrecía una beca tan completa. Era lógico que se presentasen miles de chicas y chicos con igual o más talento que yo. No era de extrañar que no hubiera sido elegida. Tenía que haberlo previsto. Pero no lo había hecho y, ahora, estaba devastada.

¿Lo estaba?

La pregunta salió de lo más profundo de mi mente. ¿De verdad era mi sueño o solo una manera de alejarme de Arlan? Del hombre que tenía mi corazón, del hombre que dos días antes se había tumbado conmigo a contemplar el cielo nublado. Había estado borracha, pero no tanto como para no recordar nuestra interacción. Él se había portado amablemente conmigo a pesar de mi estado, tal y como hacía siempre. Pero había percibido algo más, algo diferente a las otras veces. Aunque ni siquiera era capaz de explicarlo, lo había sentido. La tensión en el aire y la manera en la que había mirado mis labios, como si quisiera saborearlos.

¿A quién quería engañar? Posiblemente, nada de eso había ocurrido y todo había sido fruto de la bebida, que me hacía ver cosas que no existían.

Una parte de mí quería quedarse en Dublín para comprobar si ese brillo que había visto en sus ojos tenía que ver conmigo o no. Y la otra estaba esperando a que me aceptasen en la escuela de música para alejarme y no tener que sufrir una decepción cuando descubriese lo equivocada que estaba.

Pero ya no tenía esa opción. Ahora tendría que quedarme en Dublín.

Me levanté de la silla frente al pequeño escritorio de madera en la que me había sentado, dejando la carta sobre la madera. Observé mi habitación y, como siempre, una sensación de hogar me invadió. Nunca me había sentido como una invitada en la mansión de los Wolf pese a que eso era lo que era. Una invitada que iba a quedarse más tiempo del que debería.

¿Qué iba a hacer ahora? No tenía un plan B.

En realidad, sí que tenía más opciones. Opciones que yo me había planteado, pero que no estaba segura si serían correctas. Si *ella* las vería correctas.

Me dirigí hacia la cómoda colocada en una de las paredes encima de la cual se encontraba la urna con las cenizas de mi madre. Al principio había creído que era un poco escalofriante dejarla en mi habitación hasta que pudiésemos cumplir su última voluntad, pero cuando había ido a guardarla en otro lugar, me había dado cuenta de que me aportaba cierta paz, de que la necesitaba allí.

Me agaché y besé la urna

—Lo siento, mamá —susurré—. Espero no haberte decepcionado —dije con la voz entrecortada, sabiendo lo mucho que ella deseaba que fuese aceptada en esa escuela.

Por supuesto que no obtuve ninguna respuesta, pero la ventana que había dejado entreabierta se abrió de golpe. El aire fresco golpeó mi cara y sentí como si algo más que el viento hubiese entrado en mi habitación. Sentí el aroma familiar a rosas del perfume que mi madre solía usar. Levanté la mano como si así pudiese tocar la esencia de mi madre que flotaba en el aire.

Aquel olor fue un recordatorio de que ella nunca se iría del todo y de que nunca podría decepcionarla.

Ese pensamiento me dio la paz que necesitaba. Tal vez no era suficiente para los estirados profesores de la escuela de Ohio, pero sí lo era para mi madre, y con eso era más que suficiente.

—No sabía que hoy tocaba sesión de cine. —Una voz masculina conocida para mí provocó que pegase un pequeño brinco.

Arlan se encontraba a unos centímetros de mí. Sus manos estaban apoyadas en el respaldo del sofá donde estaba tumbada. Había estado tan concentrada en la película que ni siquiera le había escuchado entrar.

Los primeros botones desabrochados de la camisa blanca de franela que llevaba puesta dejaban al descubierto parte de la piel de su pecho ligeramente bronceada y no pude evitar que mi mirada se detuviera unos segundos más de lo debido en ella. Arlan había estado aprovechando los primeros días de sol de verano.

La casa de los Wolf poseía un amplio jardín con una piscina y unas tumbonas para disfrutar de los días soleados, pero nunca había visto a Arlan allí. ¿Él acudía a un club privado o quizá nunca habíamos coincidido?

—No quería adueñarme del salón —me disculpé, volviendo a la tierra al encontrarme con la mirada de Arlan—. Prometo limpiar todo este desastre.

Me incorporé, girándome para sentarme en el sofá y dejé el bote de helado que descansaba sobre mi estómago en la mesa de cristal que se encontraba frente a mí. Cogí el mando y pausé la película. Limpié disimuladamente los rastros de palomitas que se me habían caído sobre el sofá.

Sin embargo, Arlan no parecía molesto. Él, más bien, me miraba divertido.

—Quizá construir una sala de cine no era una mala idea.

—¿Una sala de cine en la casa?

—Sí —dijo como si no fuera gran cosa—. Lo pensé, en la sala recreativa, pero al final no lo hice. Quizá en un futuro cercano.

—¿Hay una sala recreativa en la casa? —pregunté, sorprendida.

Puede que viviera en ella, pero la casa de los Wolf era tan grande que había veces que seguía perdiéndome. También había ciertos espacios de la vivienda que desconocía. No había pasado el suficiente tiempo allí para explorarla cuando era niña. Y de adulta, me parecía una falta de educación hacerlo.

Aunque había estancias que me moría por conocer: como la habitación de Arlan. Por una razón puramente científica. Mi única intención era saciar la curiosidad de cómo era la habitación de un hombre como él. Evidentemente, ni yo misma me creía esa mentira.

—Sí, en el sótano. —Arlan arqueó una ceja, como si le extrañara que no lo supiera—. Hay un billar —añadió—. Tendrías que ver cómo se pone tu hermano cuando pierde. Y siempre pierde. —Negué con la cabeza, porque eso sonaba a Tyrone. Él nunca había tenido buen perder—. Un día deberías pasarte —propuso mientras apartaba las manos del respaldo. Arlan rodeó el sofá, sentándose a mi lado.

No pude evitar tensarme ligeramente cuando él ocupó un lugar a mi lado. No esperaba que se quedara, él nunca lo hacía. De hecho, la razón por la que me había animado a adueñarme del salón había sido que Arlan apenas pasaba tiempo en casa. O si lo hacía, era en espacios en los que no coincidíamos. Él casi no utilizaba los espacios comunes.

No nos habíamos vuelto a encontrar desde nuestra interacción en el jardín dos días antes. Y aunque tenía buenos recuerdos de ese momento, ahora que estaba junto a él no podía evitar que la vergüenza se apoderase de mí. Me había comportado como una tonta. Por lo menos, no le había confesado mi amor por él. Algo que había estado a punto de hacer esa noche cuando había visto cómo me miraba. Por suerte, no lo había hecho, ya que si había tenido alguna duda de que hubiese hecho el ridículo, acababa de disiparla.

En esos momentos, él me miraba como siempre. Como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Con aprecio y cariño, pero nada más.

Posiblemente, el alcohol había hecho que viese algo que no estaba allí. No debí haber bebido tantos chupitos. El alcohol nunca trae nada bueno.

Imágenes de mí pidiéndole que se quedase conmigo, inundaron mi cabeza. Él había accedido a mis peticiones y yo, con la neblina del alcohol dominándome, lo había visto como una buena señal; incluso, durante estos dos últimos días, seguía viéndolo así. Pero ahora era evidente que solo había sido amable. Y, posiblemente, le había hecho sentirse incómodo.

¿Podía ser más patética?

—Perdona por mi actitud del otro día. Me comporté como una tonta.

Los ojos de Arlan se posaron sobre mí y pude ver una sonrisa divertida asomar en sus labios.

—Tienes dieciocho años, estás en la edad de comportarte como una tonta.

—Casi diecinueve —sentí la necesidad de corregirle, a pesar de que todavía me quedaban más de cinco meses.

Él se encogió de hombros.

—Sigues siendo muy joven.

Fruncí el ceño, no gustándome cómo esas palabras sonaban en los labios de Arlan. No era muy joven, y, desde luego, no era muy joven para él.

—Tú tienes veinticuatro, no es como si fueses un viejo.

—Casi veinticinco —replicó, guiñándome un ojo.

—Solo seis años más mayor que yo, no es mucho. Y sigues siendo joven.

Cualquier rasgo de humor se desvaneció del rostro de Arlan.

—No es mi edad lo que hace que no sea joven, sino mis responsabilidades. —Su tono de voz era serio y cualquier rasgo de humor se había desvanecido de su rostro—. No puedo permitirme el lujo de salir de fiesta y emborracharme sin control. Tú que puedes, disfrútalo.

No conocía demasiado del mundo de Arlan. Sabía que la familia Wolf pertenecía a la mafia y que el padre de Arlan era el líder de la organización, siendo Arlan quien ocupó el puesto cuando este falleció.

Era consciente de Arlan no era un buen hombre en el significado estricto de la palabra, pero él era un buen hombre para mí.

—Siento que no puedas tener una juventud normal —dije, colocando una mano en su hombro como apoyo.

Él suavizó sus facciones.

—No lo sientas, yo no lo hago. Estoy orgulloso de quién soy.

Arlan era un hombre seguro de sí mismo y esa era una de las cosas que admiraba de él. Mi mirada se desvió de él hacia la televisión, viendo a Olivia Newton-John en la pantalla y recordando la razón por la que había decidido ahogar mis penas en el salón de la casa de los Wolf.

—¿Todo va bien? —me preguntó Arlan.

Me obligué a mí misma a esbozar una sonrisa forzada y ladeé mi cabeza hacia él.

—Sí.

Arlan no replicó mi respuesta con palabras, pero arqueó una ceja, dándome a entender que no me creía. Podía ver «¿seguro?» escrito en su mirada.

Suspiré pesadamente a la vez que apoyaba mi espalda sobre el respaldo y me tapaba con la manta, a pesar de que a principios de julio la temperatura comenzaba a ser más cálida.

No había pensado tener que contarle a Arlan mi rechazo en la escuela de música, porque, de alguna manera, era como un fracaso para mí. Algo que me daba vergüenza compartir con él. Especialmente con Arlan. Él había confiado en mí, regalándome un piano y pagándome mis clases durante todos estos años —en realidad, había sido Farrell, pero sabía que lo había hecho en nombre de Arlan—. No quería que él sintiese que había lanzado su dinero a la basura conmigo. Arlan era un hombre exitoso y yo era una fracasada. No obstante, sabía que no podía ocultárselo eternamente. Él acabaría enterándose de una manera u otra.

—Me han denegado la solicitud en la escuela de música de Ohio —confesé después de unos minutos.

Esperé que la vergüenza llegara a mí. Sin embargo, lo único que sentí fue como si me quitara un peso de encima. Se sentía bien poder compartirlo con alguien. Arlan era la primera persona a la que se lo contaba.

Arlan me observó en silencio con una expresión en su rostro que no fui capaz de leer. Sus ojos desprendían la misma calidez que cada vez que estaba a mi alrededor, pero había algo en el borde de ellos que nunca había visto.

—He recibido la carta esta mañana —continué cuando él no dijo nada. No era capaz de soportar el silencio.

—¿Y eso te preocupa?

Aquella era la última frase que esperé que Arlan me dijera.

—¿Si me preocupa? —repetí, desconcertada. Arlan movió su cabeza en un asentimiento con una expresión que no pude interpretar. Lo pensé durante unos instantes. ¿Lo hacía?—. Era mi plan. Llevo años preparándome para ello. —Dos largos años en los que me había enfocado en prepararme esa audición—. No sé qué voy a hacer ahora —reconocí.

—¿No quieres seguir dedicándote a tocar el piano?

—Por supuesto que quiero —respondí. Quería dedicarme profesionalmente a la música. No soñaba con ser famosa, pero sí poder vivir de ello. No necesitaba mucho para ser feliz.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Arlan se encogió de hombros.

—Me han denegado la solicitud de la beca en la escuela de música, Arlan —repetí con irritación, en un tono más brusco del que me hubiera gustado emplear con Arlan. Pero si él lo

notó, no pareció molestarle.

—¿Y? Que te hayan denegado la solicitud en la escuela de música de Ohio no te impide seguir formándote en la música. —Fui a replicar, pero él alzó la mano, silenciándome—. Te han cerrado una puerta, pero eso no significa que no tengas otras que poder abrir. Si es tu sueño, lucha por conseguirlo. Te conozco lo suficiente para saber que nunca te rindes a la primera. Nunca lo has hecho y no lo harás ahora.

Arlan estaba en lo cierto. No todo estaba perdido. Había tirado la toalla demasiado rápido.

—Además, te he escuchado tocar el piano. Tienes talento para ello, Erin. Eres la mejor pianista que conozco.

—¿Y cuántos además de yo conoces?

—¿Eso importa?

Solté una carcajada.

—Ni siquiera entiendes de música.

—Puede que no entienda de música, pero conozco el talento cuando lo veo. —La intensidad en la mirada de Arlan y la convicción en sus palabras hizo que me lo creyera. Él creía en mí y yo debía creer en mí misma.

Antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, en un acto impulsivo, me incliné hacia Arlan y rodeé su cuello con mis brazos, abrazándolo. Pude sentir la rigidez en su cuerpo en un movimiento que esperaba tan poco como yo misma, pero pronto sentí cómo se relajaba y apoyaba una mano en la parte de debajo de mi espalda, sosteniéndome.

Tal y como había hecho la última vez que nos habíamos abrazado, conté mentalmente hasta diez y después, fui a separarme lentamente de él. Sentí que la mano que estaba apoyada en mi espalda continuaba haciendo presión hacia él, reteniéndome. Alcé la mirada hacia el rostro de Arlan. Él tenía los ojos ligeramente entrecerrados y apretaba la mandíbula en una expresión que nunca había visto en él y que había sentido tantas veces en mí misma cada vez que me fundía en sus brazos. Porque, por un instante, me pareció ver el anhelo en sus ojos y la lucha interna que se formaba dentro de mí cada vez que me acercaba a él. Como si no quisiera que me separara de él, como si no quisiera dejarme ir.

¿Así era cómo se sentía Arlan?

Sin embargo, antes de que pudiera responder a mi propia pregunta, la presión en mi espalda baja desapareció. Me incorporé separándome de Arlan e intentando buscar una evidencia de mis propios pensamientos en su rostro, pero solo vi una sonrisa suave.

Lo había imaginado.

—Gracias —dije, aclarando mi garganta.

—Además, hay escuelas de música en Dublín que son tan prestigiosas o más que la de Ohio. Él no se equivocaba. Sin embargo, tenían un problema: que no concedían becas.

—No que pueda pagar.

Arlan me miró como si no entendiera mi respuesta.

—El dinero no es un problema, Erin.

Suspiré. Arlan tenía el suficientemente dinero como para nunca tener que preocuparse por eso, pero no era mi caso.

—No puedo hacerle eso a Ty. —A pesar de que no sabía los detalles, era consciente de que la situación económica para mi hermano había cambiado desde que trabajaba para Arlan. Pero entre el coche, el apartamento en el centro y algún otro capricho que se había dado, dudaba que tuviese mucho ahorrado. Y además, era su dinero, no quería que se lo gastase en mí. Él trabajaba duro para poder permitirse tener una vida acomodada.

—No estaba hablando de Tyrone, Erin. ¿Por qué no echas un vistazo a las solicitudes?

¿Él se estaba ofreciendo a pagarme la escuela? Por supuesto que lo estaba haciendo. Era Arlan, él siempre era muy generoso conmigo.

—Los plazos de solicitud ya habrán terminado.

—Estoy seguro de que pueden hacer una excepción.

No era tonta. Sabía que la excepción de la que hablaba se trataba de un cheque en blanco a la escuela de música pertinente para que hiciesen la vista gorda con el retraso en mi solicitud. No podía aceptarlo.

—Arlan, te agradezco la ayuda, pero bastante has ayudado a mi familia. Durante todos estos años te has encargado de mi educación. —Gracias a la familia Wolf había podido estudiar en un colegio que una chica como yo no hubiera podido ni soñar, como también había estado dando clases de piano con una de las mejores profesoras de piano del país—. Y estoy eternamente agradecida, pero ya soy mayor de edad, y por esa razón tengo que empezar a valerme por mí misma. —No podía seguir beneficiándome del dinero de Arlan.

Las facciones de Arlan se endurecieron y, durante un instante, vi una expresión que nunca había visto en su rostro. Apretó los dientes con fuerza y fue a decir algo, pero luego debió de cambiar de opinión, porque sus facciones se relajaron y me ofreció la misma sonrisa de siempre.

—Está bien, tienes tiempo para pensártelo. Todavía es pronto para tomar una decisión.

Moví mi cabeza en un asentimiento, decidiendo que lo mejor era dejar el tema.

—¿Cómo has sabido que algo iba mal?

Arlan me observó durante unos segundos antes de responder, como si estuviese buscando una intención oculta en mi pregunta o como si no la entendiese.

—Solo comes dulce cuando hay una mala noticia. —Arlan señaló la tarrina de helado de *brownie* que descansaba sobre la mesa—. Si eso no era suficiente, la película de *Grease* me ha dado la pista definitiva. —Se encogió de hombros, como si fuera algo evidente.

Arlan y yo nos conocíamos desde hacía años. Yo tan solo era una niña cuando llegué por primera vez a su casa. Y, sin embargo, me sorprendió que me hubiera prestado la atención suficiente como para saber eso.

Y odié saberlo. Porque aquello avivó una chispa de esperanza en mi interior que no debió haberse avivado. Porque no significaba nada.

—No hay nada que *Grease* no arregle —dije, tratando de parecer indiferente.

*Grease* era la única película que, pese a haberla visto tantas veces que me sabía los diálogos de memoria, conseguía mantenerme concentrada en la pantalla y me hacía evadirme absolutamente de cualquier pensamiento que pudiese tener.

Arlan hizo una mueca, evidenciando su desacuerdo.

—Es patético. ¿Gente de treinta años haciendo de adolescentes de diecisiete? ¿Es que no había actores más jóvenes?

—Eso no es verdad... Ellos... —Tuve que quedarme callada al darme cuenta de que Arlan estaba en lo cierto.

Arlan me sonrió con suficiencia.

—Eso no importa. *Grease* sigue siendo la mejor película de la historia.

—Aunque lo dudo mucho, vamos a comprobarlo. Nunca la he visto entera.

—¿Te quedas? —pregunté, sorprendida—. ¿No tienes que trabajar?

—Siempre tengo trabajo —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero puedo hacer una excepción para demostrarle a la hermana de mi mejor amigo, que es tan tozuda como él, de que tengo razón. —Arlan me guiñó un ojo. Después, se inclinó hacia delante y cogió el bol de

palomitas saladas. Se llevó un puñado a la boca mientras me miraba, esperando que pusiera la película.

Allí estaban las palabras que tanto se repetían en mi cabeza y que tanto odiaba porque confirmaban aquello que ya sabía.

Eso era lo que yo era para Arlan: la hermana pequeña de Tyrone. No podía enfadarme con él porque no sintiese lo mismo que yo. ¿Cómo podría hacerlo? El corazón no se podía controlar. Y por esa razón yo tenía que alejarme de él.

Ya era una mujer adulta y tenía que empezar a comportarme como tal. No podía vivir suspirando eternamente por un hombre que nunca podría tener. Porque Arlan tenía el poder de hacerme la mujer más feliz del mundo, pero también tenía la capacidad de arruinarme con una sola mirada.

Y si algo me había enseñado la vida, era a protegerme.

—Mejor otro día —dije, obligándome a que las palabras saliesen de mi boca, ya que mi corazón me gritaba que aceptase, el muy masoca—. Me he dado cuenta de que es más tarde de lo que creía y le he prometido a Adele que iría con ella de compras.

Arlan me observó con intensidad durante unos largos segundos y con los labios fruncidos.

—Pásalo bien. —Sus palabras contrastaban con el borde gélido que había detrás de ellas.

¿Él se había dado cuenta de mi mentira? ¿Importaba de todos modos? Le estaba haciendo un favor librándole de ver una película por obligación.

—Gracias —le respondí con una sonrisa forzada mientras me levantaba para empezar a recoger todo el desastre que había montado.

No fue hasta que Arlan se marchó del salón y escuché sus pasos dirigiéndose hacia la planta superior que no volví a sentarme en el sofá. Apoyé mi espalda en el respaldo y cogí una de las chocolatinas que había depositado encima de la mesa baja de madera. Tiré el envoltorio, que cayó al suelo.

Emití un pequeño suspiro a la vez que daba al *play* en el mando para continuar con mi fiesta de autocompasión. Pero ahora se había unido un nuevo invitado no deseado: la certeza de que mi amor jamás sería correspondido.

## Capítulo 10

### *Arlan*

Un buen hombre habría confesado en que cuanto hubiese visto a Erin triste por no haber conseguido entrar en la escuela de música. Uno bueno se hubiera disculpado por sus terribles acciones. Aunque para empezar uno bueno nunca hubiese falsificado la carta de admisión.

No me había gustado verla de aquella manera, autocompadeciéndose de su mala suerte. No había podido evitar sentir una punzada de arrepentimiento por mis acciones, pero no lo suficiente como para echarme atrás.

No era un buen momento para que Erin se fuera a Estados Unidos. Podría ser peligroso. Aún no habíamos encontrado a quien había asesinado a Maeve y podría ir también tras ella. Dublín era su hogar, donde había pasado toda su vida y donde tenía a su hermano. Además, estaba convencido de que en Irlanda había escuelas de música tan buenas como a la que Erin había intentado acceder y ella no necesitaba ninguna beca porque yo me encargaría de todos los gastos.

En el fondo, le estaba haciendo un favor. Había tomado la mejor decisión para ella.

Mi teléfono sonó, sacándome de mis ensoñaciones. Lo había dejado en la mesa del despacho que había pertenecido a mi padre y ahora me pertenecía a mí. Me alejé del ventanal frente al que me encontraba observando el jardín y fui a coger el móvil.

Lancé un resoplido cuando vi el nombre de la persona que me estaba llamando en la pantalla iluminada de mi teléfono. De todos los contactos que tenía en mi agenda él era el último que esperaba que se pusiera en contacto conmigo.

—Lo que me faltaba ya, que me llame este gilipollas —murmuré entre dientes mientras deslizaba el botón de coger la llamada en la pantalla. Sin embargo, en vez de responder, me limité a quedarme en silencio. Sin ninguna otra razón que tocarle los huevos. Ahora compartíamos negocios, por lo que no podía ignorarlo, pero eso no significaba que fuese a contestar con una sonrisa.

—¿Wolf? —La voz de Cian sonó tan carente de emoción como siempre. Él esperó unos segundos a que respondiera, y cuando no lo hice, escuché una inspiración profunda. No había nada que irritara más a Cian Wolf que lo ignorasen. Él era demasiado bueno fingiendo, pero yo era mejor interpretándolo—. Deja las gilipolleces y empieza a madurar, Wolf.

—¿Qué cojones quieres, Maccarthy? —le pregunté en un tono hostil—. Estaba teniendo un buen día hasta que no me ha quedado más remedio que escuchar tu voz.

Cian Maccarthy había sido mi mejor amigo durante años. Nuestras familias habían compartido negocios, y teniendo ambos la misma edad, prácticamente nos habíamos criado juntos. Éramos inseparables, lo habíamos sido durante toda nuestra infancia. Pero eso fue hace demasiados años, antes de que todo cambiara.

—Tenemos un problema, uno grave, y debemos actuar de inmediato.

Me quedé en silencio. Esta vez, esperando a que Cian terminase de contarme lo que fuera que le perturbaba.

Por una vez y sin que sirviese de precedente, estaba de acuerdo con él: teníamos que hacer algo inmediatamente.

—Es un placer para mí teneros en mi humilde morada, caballeros. —Howard O'Donell estiró su mano, ofreciéndomela.

—Ahorrémonos los saludos, Howard —espeté sin estrechar su mano.

Sin tan siquiera molestarse ante mi rechazo, Howard miró a Cian. Al ver que este tampoco hacía ningún amago por saludarle, dijo: —Así que veo que venís directos al grano. —Él no parecía enfadado por nuestro comportamiento; más bien, divertido. Así de jodido estaba Howard O'Donell—. Tomad asiento entonces. —Señaló una mesa redonda en la que había seis sillas de cuero negro. Howard era más previsor de lo que parecía.

—Yo sí te saludo, Howard. —Sullivan, el segundo de Cian, se acercó a Howard para apretar su mano con entusiasmo.

—No esperaba menos de ti. ¿Sullivan, verdad? —le escuché decir a Howard mientras me dirigía hacia la mesa y me sentaba en una de las sillas. Apenas había visto a Sullivan en escasas ocasiones, pero lo detestaba casi tanto como a Howard O'Donell.

Tyrone ocupó un asiento a mi lado. Sentí que Cian se sentaba a mi otro lado.

Nos encontrábamos en la sala privada de uno de los muchos casinos que pertenecían a los O'Donell. Como todo lo que rodeaba a Howard, estaba llena de lujos. Al jefe de los O'Donell le gustaba aparentar, aunque a diferencia de otros él podía permitírselo. Había ganado mucho dinero; sobre todo, en los últimos años. Su falta de escrúpulos le había otorgado eso.

Observé las paredes adornadas con cuadros minimalistas. No necesitaba ser un entendido en arte para saber que costaban un ojo de la cara. Howard era un amante del arte y no era raro encontrárselo en galerías de arte y casas de subastas. En una de las últimas era donde posiblemente había comprado el jarrón de porcelana chino tan antiguo como valioso que adornaba la vitrina iluminada pegada a la pared.

A pesar de ser una vitrina con cuatro estantes, solo el jarrón la ocupaba. Me fijé en el exquisito diseño. Delicadas flores y pájaros pintados a mano en tonos vibrantes de azul y blanco.

—Puedo hablar con mi tratante de arte si estás interesado en adquirir un jarrón —me dijo Howard alegremente, ocupando un asiento frente a mí. A su lado se sentó Callum O'Donell, su sobrino y heredero.

—Eres muy amable —le respondí con una sonrisa falsa—, pero no necesito alardear del dinero que tengo.

Howard, lejos de sentirse ofendido, tal y como era mi intención, esbozó una sonrisa.

—Supongo que me gustan los objetos caros y bonitos, será que me hago mayor —me respondió con tranquilidad—. Y cambiando de tema... ¿Qué tal va todo, Arlan? —redirigió la conversación, apoyando sus codos sobre la mesa—. He escuchado que has tenido problemas últimamente.

Mi mano se movió inconscientemente hacia mi arma. No nos habían requisado, pero al igual que nosotros íbamos armados, tanto Howard como Callum llevaban sus pistolas encima. Howard no daba puntada sin hilo y aquella pregunta tenía doble intención: la primera, dejar claro que estaba al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad y, la segunda, era una provocación. Como todo lo que él hacía.

—Está todo perfectamente, Howard. Te agradezco tu preocupación, pero te la puedes meter por donde...

—¿Por qué no hablamos de negocios? —Cian, con una expresión de indiferencia, impidió que pudiese terminar la frase. Aunque lo conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba tan cabreado como yo. Él detestaba tanto a Howard como yo. Una de las pocas cosas que tenía en común con ese miserable.

—Por supuesto —respondió Howard con una sonrisa. La puerta se abrió y entró un camarero con una bandeja—. Me he tomado la libertad de pedir unas bebidas —dijo Howard mientras el camarero dejaba las bebidas delante de nosotros y se marchaba a toda prisa.

—Entonces —Howard se acomodó en su silla mientras cogía el vaso y le daba un trago—, ¿de qué querías hablar? —preguntó, como si no supiera la razón por la que estábamos allí.

—He escuchado que estáis haciendo negocios con el hijo de Zinov Andreyev.

Cian había asesinado a Zinov Andreyev meses atrás. Yo mismo había estado allí. Pero no nos habíamos librado de él, ya que todos los negocios habían pasado a manos de Mikhail Andreyev, su hijo. Un hijo que yo no había tenido la menor idea de que tenía. Un hijo que podía encontrarse en Irlanda en busca de venganza, algo que a Howard parecía importarle una mierda.

—Sí —respondió Howard con tranquilidad—. ¿Cuál es vuestra inquietud al respecto?

—Zinov Andreyev fue un traidor, una rata —fue Cian el que respondió. Sus palabras lentas—. Él hizo creer a Farrell Wolf que mi padre asesinó a su mujer y engañó a todas las familias de la mafia irlandesa. Su intención era quedarse con nuestros negocios. ¿Qué razón tenéis para continuar teniendo negocios con su hijo?

—Conocemos la historia de Zinov, Cian —dijo Callum con sarcasmo mientras le daba un sorbo a su whisky.

Callum no le había perdonado a Cian que le robara a su prometida el día de su boda. No porque estuviera enamorado, que no lo estaba, porque apenas la conocía, sino por una cuestión de ego.

De la misma manera que tampoco me lo había perdonado a mí. Los O'Donnell seguían culpándome de un incidente que no tenía nada que ver conmigo. Si por mí fuera, Callum estaría felizmente casado, o por lo menos, casado.

—Tú mismo lo has dicho, Zinov —señaló Howard ajustándose sus gafas de montura transparente—. No mantenemos negocios con él, sino con su hijo, Mikhail. Él acudió a nosotros queriendo construir su propio camino, totalmente ajeno al de su padre. Algo que aclaró desde el primer momento. No considero que sea justo juzgarle a él por lo que hizo su padre, de la misma manera que otras familias han hecho. Y me gusta ser justo, eso es algo que no se ve muy a menudo en nuestro mundo. Zinov está muerto y su hijo no debe pagar por sus errores.

—Claro, lo único que buscas es ser justo. Nada tiene que ver con que te llevas un gran porcentaje por cada club nocturno que está abriendo —apostillé con sarcasmo.

Ni Howard ni Callum se molestaron en negarlo. Esa era una de larga lista de hipocresías de los O'Donnell: siendo una de las familias irlandesas más tradicionalistas y católicas, tenían gran parte de su fortuna invertida en club nocturnos, club de *striptease* y salones de juego.

—No disfruto con los conflictos. Soy de la opinión de que todos podemos ser amigos. Incluso con la mafia rusa. Hay negocios para todos.

—Es curioso eso de alguien que mató a su hermano. —Sullivan habló lo suficientemente alto como para que todos pudiéramos escucharlo. Callum fue a responder con la mandíbula apretada, pero Howard le hizo un gesto con su mano, deteniéndole.

—Como decía —continuó Howard, ignorando por completo las palabras de Sullivan—, no soy una persona bélica. Pero, por supuesto, me he asegurado de que Mikhail tampoco lo es. Él no tenía una buena relación con su padre, apenas lo ha visto en toda su vida. No tiene ninguna razón para buscar venganza, si eso es lo que os preocupa. —Pese a que Howard habló en plural, su mirada se dirigió a Cian.

—No me preocupa que trate de matarme —respondí antes de que Cian pudiese hacerlo—. Es más, estaría encantado de que lo intente —añadí con una sonrisa maliciosa—. Lo que me

preocupa es si tu avaricia va a ponernos en peligro a todos.

—Cuidado, Wolf —me advirtió Callum.

—No importa, sobrino. —Howard hizo un gesto con su mano—. Es normal que Arlan desconfíe de nosotros. A fin de cuentas, no somos familia. —Estiró sus labios en una sonrisa que nada tenía de inocente, mostrándome una hilera de dientes blancos.

El comentario de Howard estaba lejos de ser conciliador. Él estaba recordándome durante una vez más que había roto el acuerdo que nuestras familias tenían. Mi hermana Enya y Callum estaban comprometidos desde que ambos eran pequeños. Ellos iban a casarse; una unión que a mí me interesaba y que había hecho todo lo posible por cumplir.

¿Qué culpa tenía yo de que Enya se hubiese escapado con Cian el día de su boda y hubiese dejado a Callum plantado en el altar? También había sido una humillación para mí.

—Pensaba que todas las familias de la mafia en Dublín éramos familia —respondió Cian con sarcasmo, pasando su dedo pulgar por su vaso de whisky intacto.

—Y lo somos —coincidió Howard—. Por eso, como muestra de ello, os invito a que esta noche vayáis a la inauguración de la discoteca que Mikhail ha abierto en Dublín. Callum y yo íbamos a acudir, pero es un placer para mí cederos la invitación para que podáis tener una pequeña charla con Mikhail. Estoy seguro de que él estará encantado de conoceros.

Compartí una breve mirada con Tyrone, quien se había mantenido al margen durante toda la reunión, antes de dirigirme a Howard.

—No estoy tan seguro. Si hubiese querido conocernos se habría puesto en contacto con nosotros.

—Supongo que esas preguntas podrás hacérselas en persona esta noche. —Howard le dio un último sorbo a su whisky para terminárselo y dejó el vaso vacío sobre la mesa—. Ha sido un placer hablar con vosotros, caballeros. Si no necesitáis nada más... —dejó la frase incompleta mientras se levantaba de la silla.

La reunión había llegado a su fin.

—Nosotros no jugamos a dos bandas —dijo Callum, a pesar de la mirada que le lanzó su tío—. Tenemos principios y honor. Jamás haríamos algo en contra de nuestros juramentos. Sabemos el daño que Zinov Andreyev hizo a vuestras familias y por eso os apoyamos cuando le distéis caza. Para nosotros los negocios no están por encima del honor. Nos hemos asegurado de que Mikhail es de fiar. Entiendo vuestra desconfianza, pero debéis saber que, sin importar el dinero que nos cueste, si hace algo en contra de alguna familia de la mafia en Dublín, yo mismo me aseguraré de vengarme en nombre de todos. —A pesar de su tono de voz calmado, en sus palabras se escondía una clara advertencia.

Howard apoyó una mano en el hombro de Callum. No estaba seguro de si para darle apoyo o para pedirle que se callase. Con ese hijo de puta nunca se sabía. Callum era un cabrón peligroso, pero era legal, no como su tío.

—Espero que estés en lo cierto —respondió Cian—. Porque si te equivocas, te prometo...

Me levanté de la silla y le hice un gesto con la mano a Tyrone para que me siguiese. No estaba interesado en escuchar a Cian amenazar a Callum. En realidad, no tenía ninguna gana de seguir allí. Mi paciencia pendía de un hilo. Era obvio que Howard nos la estaba jugando.

Howard no tenía escrúpulos y su avaricia era de dimensiones épicas. Vendería a su propia madre si eso le daba una cantidad de euros considerable. Y ese honor del que se vanagloriaba brillaba por su ausencia. Pero, así todo, no podía enfrentarme a él. No sin pruebas sólidas. Por eso iría a la puta discoteca esa noche.

—¿Necesitas que te acompañe esta noche? —me preguntó Tyrone mientras nos dirigíamos

hacia el garaje subterráneo.

—No, prefiero que vayas al puerto y te asegures de que no hay ningún problema con el cargamento que llega esta noche.

No habíamos vuelto a tener ningún percance más, pero no era tan tonto como para pensar que el peligro había pasado. El culpable o los culpables estaban ahí fuera, esperando a que me relajase para volver a atacar con más fuerza. Así funcionaban ese tipo de ratas.

—Está bien.

—¿Alguna pista sobre los asesinos de tu madre? —pregunté mientras nos metíamos en el ascensor.

—Nada. —La palabra salió estrangulada de sus labios. Tyrone hundió los hombros mientras se apoyaba sobre la pared. Cada día que pasaba sin obtener la venganza que tanto deseaba era una tortura para él. Porque no conseguir la justicia que su madre se merecía era un fracaso. Podía entenderlo; yo mismo había pasado por eso durante muchos años—. Nadie tenía razones para matarla y nuestros enemigos están limpios.

—¿Te has planteado la posibilidad de que tu madre estuviese metida en algún lío?

—Ella hubiese hablado conmigo si fuese así. Me hubiese pedido ayuda.

—No si estaba relacionado con la familia.

Tyrone se tensó. Sus ojos comenzaron a brillar con ira ante lo que él consideró que era el peor insulto que le podía hacer a su madre. Si no fuera porque era su mejor amigo y su jefe, él estaría sacando su pistola y apuntándole con ella en la cabeza. Aun así, yo no me retracté. Porque tan solo estaba intentando ayudarlo.

—Mi madre era leal a ti y a la familia Wolf. Nunca haría nada que nos perjudicase.

—Tal vez se le fue de las manos.

—Jamás.

Asentí a pesar de que no estaba tan seguro como él. Era cierto que Maeve había demostrado su lealtad a mi familia y yo no tenía motivos para desconfiar de ella. Pero si algo había aprendido de la peor manera posible era que nunca podías confiar del todo en alguien.

Le había prometido a Tyrone que no me inmiscuiría en la investigación sobre la muerte de su madre, y si alguien se había ganado que respetase sus deseos, ese era él. Pero a mi parecer, él no era imparcial. El amor hacia su madre se lo impedía. Y eso podía influir negativamente en su búsqueda.

Dando la conversación por terminada, salimos del ascensor que nos conducía hasta el garaje. No habíamos llegado a nuestro coche cuando escuche el sonido del otro ascensor abrirse y una voz masculina llamarme.

—Wolf, espera.

No me extrañó que Cian no me llamase por mi nombre. No lo hacíamos desde que éramos unos críos. Llamarnos por nuestros nombres era una forma de expresar cercanía, una que nosotros ya no teníamos y no tendríamos nunca más.

—¿Acabamos de vernos y ya me echas de menos? ¿No puedes esperar a esta noche? —pregunté, deteniéndome pero sin girarme.

Tyrone me miró, pero yo le hice un gesto con la barbilla, diciéndole que siguiera hacia el coche. Aunque pude ver la duda reflejada en sus ojos, obedeció.

Me giré justo en el momento en el que Cian llegó adonde mí. Por el rabillo del ojo, vi a su segundo dirigirse hacia el otro lado del aparcamiento donde habían aparcado el coche.

—¿Te fías de ellos?

Aquella pregunta me sorprendió. ¿Desde cuándo Cian se preocupaba por lo que yo pensaba?

¿Y, mucho menos, lo consultaba conmigo?

—No —respondí con honestidad. Como tampoco confiaba en él—. Por eso creía que continuar con el compromiso de Enya y Callum era una buena idea. Ya sabes lo que dicen —hice una pausa, pasándome la lengua por los dientes—, mantén cerca a tus amigos, pero aún más a tus enemigos.

Aunque mis palabras eran ciertas, mi verdadero objetivo era medir a Cian. Ahora que estaba obligado a tener que trabajar con él, tenía que vigilarlo de cerca. Sus ojos azules, tan fríos como dos témpanos de hielo, me dieron una mirada indiferente y su expresión se mantuvo imperturbable, pero pude ver por la forma en la que su labio inferior se crispó, que mi comentario le había molestado.

—Entonces, deberías estar contento. Gracias a tu hermana estamos más cerca que nunca.

Apreté los dientes con fuerza cuando se refirió a Enya como mi hermana.

—Te pavoneas creyendo que has ganado la partida, Maccarthy. Y no eres consciente de que ella te está manipulando. Saltas al ritmo de su música, siempre ha sido así. —Desde que éramos pequeños, Cian siempre había defendido a Enya—. Casi me das hasta lástima. —Lo miré de arriba abajo con desprecio—. Casi —me corregí, chasqueando la lengua—, porque ella es exactamente lo que tú te mereces.

—Sigues culpando a tu hermana por algo de lo que ella no es culpable. Tanto odio te va a destruir. Ya es hora de que olvides.

Me reí sin humor.

—¿Cómo lo olvidaste tú? —cuestioné—. Claro, por eso le perdonaste la vida a Zinov. —Cian entrecerró los ojos, sabiendo cuáles serían mis siguientes palabras—. Ah, no, que lo mataste.

—Eso no lo olvide, pero estoy dispuesto a olvidar tu traición.

—¿Mi traición?! ¡Yo no soy un traidor!

—De todas maneras, lo olvidaré. Y puedes estar tranquilo, yo no rompo mis promesas.

—Yo solo aquellas que tengo una razón para hacerlo —respondí, negándome a dejarme intimidar por él.

Al contrario de lo que Cian tanto se jactaba de repetir una y otra vez, yo jamás le había traicionado.

Éramos unos críos cuando se suponía que el padre de Cian traicionó al mío contratando unos sicarios para matar a mi madrastra. En venganza, mi padre asesinó al padre de Cian. Y eso solo fue el principio. En nuestro mundo, los traidores son vistos como ratas que solo se merecen la muerte. Todos los que trabajaban para los Maccarthy fueron expulsados de la ciudad y Cian y su madre tuvieron que huir del país. Ellos lo perdieron todo: el respeto y toda su riqueza.

En aquel entonces, Cian y yo éramos como hermanos. Yo era incapaz de culpar a Cian de algo que había hecho su padre. Antes de escapar, le prometí que cuando yo me hiciese cargo de mi familia, le ayudaría a recuperar el poder que habían perdido.

Nunca lo hice.

Mi padre aprovechó la ausencia de los Maccarthy para ganar terreno y quedarse con todos los negocios que teníamos en común. Durante mucho tiempo, creí firmemente en llevar a cabo la promesa que le había hecho a Cian. Al contrario que mi padre, me consideraba un hombre justo.

Sin embargo, con el paso de los años, a medida que me iba preparando para ser el jefe de mi familia, mi pensamiento comenzó a cambiar. Los Maccarthy se ganaron una mala reputación entre todas las familias de Dublín. Años y años de odio inculcado acabaron entrando en mi cabeza. Por eso, cuando Cian contactó conmigo después de que mi padre falleciera para que

cumpliera mi promesa, no lo hice.

Habían pasado más de diez años. Ya no era un crío que creía en la idea fantasiosa de que podríamos liderar la ciudad juntos. Ahora sabía que hasta entre los mejores socios había cierta rivalidad. Pertenecíamos a familias diferentes. ¿Cómo sabía que Cian Maccarthy no estaba utilizándome? Él ni siquiera había dado señales de vida hasta que no había necesitado algo de mí. Además, su padre se había ganado a pulso todo lo que le había pasado. Era un traidor. ¿Cómo podía estar seguro de que Cian no lo era?

Cian me declaró la guerra y nos convertimos en rivales. Aquello solo duró el tiempo que Cian logró demostrar que su padre era inocente y que el único culpable de la muerte de mi madrastra había sido Zinov Andreyev.

Para ese entonces, Cian no necesitaba los negocios que teníamos en común. Había conseguido los suficientes apoyos como para poder empezar un nuevo camino en Dublín. Pero sabía que él los había exigido como una especie de justicia, y pese a que jamás lo reconocería en voz alta, yo no me había opuesto a devolvérselos por la misma razón.

Al fin y al cabo, los Maccarthy habían sido expulsados injustamente de la ciudad.

—¿Por qué me has llamado en vez de encargarte tú solo? —le hice la pregunta que llevaba haciéndome desde que se había puesto en contacto conmigo el día anterior para avisarme de la relación comercial de los O'Donell con Mikhail Andreyev.

—Somos socios —respondió, como si esa fuera razón suficiente—. He hecho lo mejor por los negocios. Además, de alguna manera, también somos familia sanguínea.

—No somos socios por decisión propia y, desde luego, no somos familia.

Cian me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Enya es tu hermana. Ella es una Wolf, como tú.

Aquella era una provocación. Cian consideraba a Enya tan Wolf como yo, pero no lo era. Ella había vivido lejos de Irlanda la mayor parte de su vida. Su abuelo le había cambiado el apellido cuando se fueron a Melbourne a vivir. Y ahora ella se lo había cambiado al de su marido, ese era su apego al apellido Wolf. Eso era lo que le importaba el legado de nuestro padre.

—Una verdadera Wolf luciría el apellido con orgullo y, desde luego, jamás se hubiese casado con una basura como tú.

Sin esperar la respuesta, me giré, marchándome hacia el coche. Había aguantado suficientes tonterías por una mañana.

# Capítulo 11

## *Erin*

—¿Qué lazo te gusta más? —Adele giró la pantalla de su teléfono hacia mí—. ¿Este o este?

—¿Pero no son el mismo? —pregunté, mirando las dos imágenes de pasadores con lazo.

No era una experta en el tema, pero juraría que eran idénticos.

Adele arrugó el ceño y ladeó el móvil hacia ella para observar la pantalla.

—¿No ves lo distintos que son? —preguntó, como si yo estuviese ciega y no pudiese ver la obvia diferencia—. Este de aquí es de un color blanco marfil, mientras que este otro es de un color blanco tiza.

Adele giró el teléfono de nuevo hacia mí para mostrarme las diferencias. Sin embargo, yo seguía viendo dos lazos completamente iguales. Es más, si mi vida dependiese de ello, seguiría viéndolos iguales, pero si algo había aprendido hacía tiempo era que no se podía llevar la contraria a Adele cuando se trataba de complementos de moda o de ropa en general.

El cumpleaños dieciocho de mi mejor amiga era en dos semanas y ella estaba muy nerviosa. Llevaba preparando esa fiesta desde que terminó su cumpleaños número diecisiete. Incluso, desde antes.

Estaba segura de que había novias que habían dedicado menos tiempo y preparación a su boda. El padre de Adele era un empresario reconocido que tenía más dinero del que yo siquiera podía imaginar. Él le había dado vía libre a su princesa y ella iba a aprovecharlo.

Estuve a punto de decirle que cualquiera de los dos le quedaría genial. Sin embargo, como sabía que esa no sería la respuesta que Adele quería, dije: —Me gusta más este de aquí. —Señalé el de la derecha, tratando de ser convincente.

Adele arrugó los ojos y me miró fijamente durante unos segundos.

—No lo has dicho convencida. ¿Tal vez debería pasar de nuevo a la diadema? Astrid —dijo, mencionando a su estilista especializada en accesorios para el cabello. Un puesto de trabajo que ni siquiera sabía que existía—, me ha mandado unas nuevas diademas que pueden combinar mejor con mi vestido.

Resoplé, pero ella no me estaba haciendo el menor caso, ya que estaba ocupada buscando en el móvil las imágenes que quería enseñarme. Por suerte para mí, su teléfono vibró, evitándome tener que pasar de nuevo por ese trámite. Estaba segura de que me enseñaría un montón de diademas iguales. O, por lo menos, ante mis ojos lo serían.

No pude leer el mensaje que apareció en la pantalla, pero sí que vi el nombre del destinatario: Alexei. Uno de los chicos que Adele y yo habíamos conocido unos días atrás en el *pub*. Los ojos castaños de Adele se iluminaron con una emoción que reconocí inmediatamente: ilusión.

Mi amiga se ilusionaba con facilidad. Era una romántica empedernida, de las que soñaba con encontrar a su príncipe azul. Un chico solo tenía que ser mono y simpático para que ella pensase que era el hombre de su vida. Con esa misma rapidez solía desilusionarse poco después. Algo normal, ya que luego resultaban ser diferentes a la idea preconcebida que ella se había hecho. Pero mientras duraba esa fase de enamoramiento, ella era feliz. Y me gustaba ver a mi amiga feliz.

Adele deslizó el dedo índice por la pantalla y sonrió como una tonta cuando leyó el mensaje.

—Puedes contestarle —la animé cuando vi que ella no iba a hacerlo—. No me molesta.

Cualquier cosa por no tener que volver a hablar sobre lazos y diademas. En mi opinión, a Adele le quedaba mejor el pelo suelto, sin ningún tipo de adorno, pero esa era una opinión que ella no iba a aceptar como válida. A Adele le encantaba llevar complementos en el pelo.

—No, todavía —me respondió con falsa indiferencia—. Si le contesto tan rápido, creará que estoy desesperada por hablar con él.

—¿Quizá solo creará que tenías el móvil en la mano y has leído su mensaje? —Adele me miró como si no entendiera nada—. Además, ¿qué tiene de malo que sepa que estás interesada en él? ¿No es así?

Por lo que Adele me había contado, Alexei y ella se habían intercambiado los números de teléfono aquella noche en el *pub* y habían estado conversando durante todos esos días. No habían vuelto a quedar, pero era obvio que se gustaban mutuamente.

—Erin —Adele movió su cabeza de un lado a otro y se acomodó en la silla que se encontraba frente a la isla—, claro que estoy interesada. Es el chico perfecto: guapo, inteligente, le gusta la moda y, además, ha estudiado negocios. Creo que incluso puede llegar a ser el definitivo. Ya sabes, el hombre con quien me case y tenga hijos. —Ella lo dijo con sinceridad. Y yo estaba segura de que lo pensaba; todas las veces era así. Pero el príncipe no tardaría en convertirse en rana, como siempre sucedía. Aun así, no se lo dije, porque las amigas no siempre están para ser la voz de la razón. A veces, una buena amiga solo tiene que seguir la corriente. Y esa, era una de esas veces.

—¿Y justo por eso no deberías responderle al mensaje lo antes posible?

Adele abrió los ojos como platos.

—Claro que no. No puedo arriesgarme a que crea que me tiene comiendo de su mano.

—¿Y no es así? —pregunté, confundida. A veces, las lógicas de Adele se me escapaban. Sobre todo, las referentes a los chicos.

—Lo es, pero él no puede enterarse —señaló, como si fuera obvio—. No aún. Si se lo pongo fácil, se aburrirá de mí. Si quiero que mantenga su interés en mí, tengo que hacerme la dura.

Atrapé mi labio inferior entre los dientes como un intento para reprimir una risa ahogada. La expresión de Adele era seria, ella no estaba bromeando.

—No te ofendas, pero creo que la estrategia que estás llevando es absurda. Si te está hablando es porque está interesado en ti. Esa batalla ya la has ganado.

Adele suspiró y negó con la cabeza, como si yo no entendiese nada de la vida y ella fuese una experta.

—No es tan fácil, Erin. En el amor, nunca lo es. —No estaba de acuerdo con ella. El amor tenía que ser sencillo, pero evidentemente Adele no estaba enamorada, no podía estarlo cuando apenas conocía al chico, pero, posiblemente, ella pensase que sí—. Tengo que mirar cada paso que doy, no puedo estropearlo, no cuando tengo el presentimiento que Alexei y yo vamos a ser muy felices.

—Tal vez tengas razón. —Di mi brazo a torcer, porque no me apetecía seguir teniendo una conversación que hacía rato que había dejado de entender.

—Claro que la tengo. —Adele curvó sus labios en una sonrisa satisfecha, feliz de salirse con la suya—. Además, me ha escrito para invitarme salir esta noche, pero voy a decirle que no.

—¿Por qué no? ¿No te apetece?

—Claro que me apetece. Además, su invitación incluye la entrada a una discoteca nueva en el centro, cuya inauguración es esta noche. Y es imposible conseguir invitaciones, está todo agotado.

—¿Y entonces por qué le vas a decir que no?

—Porque he quedado primero contigo. Hoy es noche de chicas.

Sonreí. Adele era la mejor amiga que podía tener. Había tardado un día en contarle que no había sido admitida en la escuela de música, pero en cuanto lo había hecho, ella había dejado todo lo que estaba haciendo para venir a la mansión a consolarme. Incluso estaba dispuesta a rechazar un plan que le hacía especial ilusión por mí.

Tenía mucha suerte con ella.

—Buenas tardes. —Una voz que conocía bien nos saludó a la vez que la puerta de la cocina se abría—. Espero no haber interrumpido. —Arlan entró en la estancia. Llevaba una camisa de rayas de lino azules y blanca de manga francesa con los primeros botones desabrochados y unos pantalones de tela. ¿Cómo podía ese hombre estar más guapo a cada día que pasaba?

—Qué vaaa —respondí, alargando las últimas silabas mientras me peinaba mi cabello con mis manos. Él estaba tan elegante y yo debía de verme miserable a su lado—. Podemos irnos a mi cuarto si necesitas estar en la cocina —propuse, a pesar de que dudaba que Arlan fuese a cocinar o a comer allí.

—No hace falta, solo pasaba a saludar.

Arlan atravesó la cocina y se acercó a nosotras. No se sentó en ninguna de las sillas, él se quedó de pie.

—Espero que no te importe que haya invitado a una amiga a pasar la tarde en casa —dije, al darme cuenta de que tal vez tenía que haberle pedido permiso. Al fin y al cabo, aquella casa era de él, no mía.

Arlan hizo un ademán con la mano.

—Estás en tu casa, Erin. Tus invitadas siempre serán bienvenidas.

Una sonrisa bobalicona que no pude evitar se dibujó en mis labios y miré a Adele, que se había bajado de la silla y estaba de pie a mi lado. Imité sus acciones y me levanté. Por alguna razón, se sentía mal estar sentada cuando Arlan estaba de pie.

—Creo que no os conocéis. —Me di cuenta de que Adele y Arlan nunca se habían visto en persona. De hecho, aquella era la primera vez que Adele iba a visitarme a la casa de los Wolf. Nosotras habíamos compartido habitación en el internado, y cuando nos habíamos visto fuera, siempre había sido en casa de ella, aunque en pocas ocasiones—. Adele, ella es Arlan, el dueño de la casa. Arlan, ella es Adele, mi mejor amiga.

—La conozco —me corrigió Arlan con una sonrisa suave, y después, centró su mirada en Adele—. Tu padre y yo somos viejos conocidos. No sé si te acordarás, pero hemos coincidido en un par de fiestas.

Adele movió su cabeza en un asentimiento a modo de respuesta. Ella ni siquiera hizo un ademán para acercarse a Arlan y darle dos besos a modo de saludo. Arlan tampoco se acercó a ella.

—Vaya, el mundo es un pañuelo —dijo Adele en un tono serio, poco propio de ella.

—Lo es —coincidió Arlan, con una mueca pensativa—. Dentro de poco cumplés dieciocho años, ¿verdad?

—Sí.

Esperé a que Adele añadiera algo más. Una de las muchas cualidades de mi mejor amiga era la facilidad con la que se relacionaba con las personas. A ella le encantaba conocer gente nueva y sabía cómo comportarse en cada momento. Adele tenía a hablar hasta por los codos, incluso con desconocidos. Pero no en esta ocasión, no con Arlan.

—En dos semanas —dije por ella—. De hecho, estaba ayudándola a organizar su fiesta de cumpleaños.

Arlan pasó su mirada de Adele a mí.

—Estoy seguro de que será una gran fiesta.

—Lo será —concordó Adele, aunque ella no parecía dispuesta a darle muchos más datos. Algo raro, ya que a ella le encantaba contar a todo el que quisiese escucharla lo que tenía preparado para ese día.

—Solo se cumple dieciocho años una vez —añadí con una risa nerviosa, en un intento de romper la tensión que se había creado en la estancia, porque, en realidad, yo había celebrado mi dieciocho cumpleaños saliendo a cenar con mi hermano y mi madre a un restaurante de comida italiana.

Ser mayor de edad no había significado demasiado para mí, y seguía sin hacerlo, solo era un año más.

—Cierto. Los dieciocho abren muchas puertas —dijo Arlan en un intento de ser amable—. Un placer conocerte, Adele. Pasar una buena tarde —se despidió, esbozando una sonrisa hacia mi dirección.

Cuando salió por la puerta escuché cómo Adele exhalaba un suspiro que había estado conteniendo.

—Menos mal que se ha ido —susurró Adele, tan bajito que estaba segura de que lo decía más para sí misma que para mí, pero la escuche.

La miré, desconcertada.

—¿Menos mal? —le pregunté, sin entender sus palabras.

—Sí, menos mal —repitió en un tono un poco más alto—. Su presencia siempre me provoca escalofríos.

—¿Escalofríos? ¿Por qué dices eso?

—¿A ti no te los provoca? —preguntó, mientras que volvía a sentarse en su silla. Yo estaba demasiado inquieta como para imitarla.

Arlan llevaba años provocándome escalofríos cada vez que estaba a mi alrededor. Aunque unos agradables, bastante diferentes a los que estaba segura que Adele se refería.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Adele me miró como si fuese la primera vez que me veía.

—¿Sabes que es un hombre peligroso, verdad? He escuchado que ha matado a hombres inocentes con...

Hice un gesto con la mano, impidiendo que continuara hablando.

—No digas tonterías. —Adoraba a Adele, pero ella podía ser muy fantasiosa—. Arlan nunca haría daño a un inocente. Eso son solo rumores absurdos, Adele.

—¿Y aquellos que no son inocentes? —preguntó, pero no me dio tiempo a contestar y mejor porque no tenía una respuesta para darle. En realidad la tenía pero Adele había vivido protegida por un padre cariñoso ella no entendía que algunas veces las personas tenían que defenderse como podían.—. Sé que se ha portado bien con tu familia, por eso nunca te he comentado nada sobre él. Pero tienes que reconocer que da bastante miedo.

—No hay ninguna razón para que le temas, Adele.

—¿Qué no la hay? ¿Has visto cómo me miraba?

Entrecerré los ojos y le lancé una mirada de advertencia. Nunca me enfadaba con ella, pero esta vez estaba a punto de estallar.

—¿Con amabilidad? —pregunté, sin esperar una respuesta—. Él ha sido muy amable contigo y no es justo que insinúes lo contrario —dije, saliendo en defensa de Arlan. Adele estaba siendo muy injusta—. Soy una invitada aquí y él me trata como si fuese mi propia casa. No tiene

ninguna razón para hacerlo, pero lo hace. Solo he recibido buenas palabras de su parte desde que lo conozco. Gracias a él he podido estudiar en el internado y tengo una vida feliz. Jamás me ha pedido nada a cambio y nunca lo hará. Eres mi mejor amiga, pero no voy a permitir que hables mal de él.

Los ojos de Adele se estrecharon y, durante unos largos segundos, no pronunció ni una sola palabra. Ella me observó fijamente, en silencio.

—¿Es él? ¿En serio?

—¿Él? ¿De qué estás hablando?

—Hace tiempo que sé que estás pillada por un chico. Es obvio por la manera que suspiras cuando hablamos de amor, y porque ningún chico que te presento es suficiente para ti. Siempre dices que no tienes el suficiente *feeling* con ninguno de ellos, pero lo cierto es que tampoco les das la oportunidad de conocerlos. Pensaba que era un chico que habías conocido en alguno de los concursos de piano a los que te has presentado, o algún empleado de la mansión. Jamás creí que estarías enamorada de Arlan Wolf.

Durante un instante, me quedé congelada, siendo incapaz de procesar lo que Adele estaba diciendo. Por supuesto que ella se había dado cuenta. A primera vista, Adele podía parecer el prototipo de niña mimada que solo se preocupaba por sí misma, pero eso estaba muy lejos de la realidad. Adele era observadora y muy empática con todos a los que ella quería. La forma en la que había defendido a Arlan me había delatado. Adele solo había tenido que sumar dos más dos.

Cuando me recompuse, mi mirada fue hacia la puerta de la cocina que Arlan había dejado abierta.

—¿Quieres bajar la voz? —Sentí que mi rostro enrojecía y prácticamente corrí hasta la puerta. Antes de cerrarla comprobé que no había nadie en el pasillo. Por fortuna, no había rastro de Arlan ni de ningún otro empleado. No podría volver a mirarle a la cara si se enteraba. ¿Qué pensaría él?

—No me lo puedo creer... —murmuró Adele, negando con la cabeza.

—Adele, yo no...

—Ni se te ocurra negármelo —me cortó antes de que pudiera terminar la frase—. No sabía por qué no me lo contabas, pero no quería presionarte, sé lo reservada que eres. Pero ahora, lo entiendo. Entiendo por qué lo ocultas.

—Es una estupidez, ¿vale? —Jamás había tenido la valentía de contárselo a nadie. Ni siquiera había sido capaz de afirmárselo a mi madre cuando me había pedido que bajara mi intensidad con Arlan. Me sentía tan avergonzada de mí misma...—. Sé que es totalmente imposible y sé qué se me pasará. —O eso era lo que quería pensar—. Tan solo es el típico enamoramiento tonto. Ya sabes, el típico cliché de chica se enamora del mejor amigo de su hermano mayor. —No me lo creía ni yo, pero me servía si Adele se lo creía. No estaba preparada para hablar de ello y, posiblemente, no lo estaría nunca.

—Por supuesto que es imposible, Erin. Arlan Wolf está completamente fuera de los límites.

Aunque sabía que lo que Adele estaba diciendo era cierto, no pude evitar que la decepción me inundase. Porque, en lo más hondo de mí, esperaba cierta aceptación por su parte. Adele era una romántica empedernida, de esas que creían que todo era posible, que el amor todo lo podía. Sin embargo, no parecía ser así en mi caso.

—Sé que el mayor que yo...

—¿Mayor? Eso es lo de menos, Erin. —Adele se acercó a mí y agarró uno de mis hombros—. Arlan Wolf es peligroso, ¿vale? Y no peligroso en plan sexy, sino del peligroso que da miedo. Entiendo que tu madre trabajaba para él y que tu hermano también lo hace, pero tienes

que olvidarte de él. Créeme, no es alguien con quien te gustaría relacionarte.

Otra vez estaba con esa tontería del peligro.

—Arlan no es un mal hombre, Adele. —Ella fue a abrir la boca para rebatirlo, pero le interrumpí: —Créeme, lo conozco desde hace muchos años y sé perfectamente qué clase de hombre es. No soy tonta, sé que no es la reencarnación de María Teresa de Calcuta, y sé que sus negocios no son todos legales. —Evité entrar en más detalles. En parte, porque ni yo misma los conocía—. Pero conmigo se porta bien. Sé que lo nuestro es imposible, Adele, pero me gustaría que no hablastes mal de él delante de mí. No se lo merece.

Conocía a mi amiga lo suficientemente bien como para poder ver en sus ojos que no estaba de acuerdo con mis palabras; aun así, ella movió su cabeza en un asentimiento. El problema era que Adele no conocía a Arlan como yo lo hacía. Si lo hiciera, ella cambiaría de opinión.

—Está bien, no lo haré. Intentaré verle con mejores ojos, aunque no prometo nada. Pero ahora que sé quién es el hombre que te tiene enamorada, no tengo ninguna duda de que necesitas salir de fiesta y conocer hombres que te hagan olvidarte de él.

Suspiré.

—No quiero conocer hombres, Adele. Estoy cansada de conocer chicos con los que no voy a llegar a nada más porque no me gustan. Quiero algo real. —Algo como lo que sentía cada vez que estaba con Arlan.

—Tú misma has reconocido que entre Arlan y tú nunca podrá haber nada. ¿Qué piensas, ser virgen el resto de tu vida?

—Tú también eres virgen, Adele —le dije, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé. Aún no he encontrado al idóneo, pero, a diferencia de ti, lo estoy buscando. Incluso puede que lo haya encontrado —añadió con una media sonrisa a la vez que cogía el móvil que había dejado encima de la isla y escribía a toda prisa—. Le acabo de decir a Alexei que sí. Y también le he dicho que traiga a Vadim.

—Vadim no me interesa de esa manera, Adele. —Me había parecido un chico muy simpático, pero no tenía ningún interés amoroso en él.

—Ni siquiera le has dado una oportunidad, Erin. No se la das a ninguno porque solo piensas en Arlan. Y eso no puede ser. —Fui a quejarme, pero ella levantó la mano, impidiéndomelo—. Si Vadim no te interesa, no pasa nada. Habrá decenas de chicos guapos en esa discoteca. Alguno tendrá que servir. Dicen que un clavo se quita con otro clavo, ¿no?

—No es tan fácil.

Lo llevaba intentando durante años. Ninguno de los chicos con los que me había besado había conseguido que me olvidase de Arlan ni durante un instante.

—Sí que lo es —insistió, negándose a darse por vencida—. Solo tienes que encontrar a un chico que te guste de verdad. Con el que sientas esa química, esos fuegos artificiales cuando lo beses. Pero, para ello, tienes que buscarlo. Ese chico no va a llegar solo.

Tal vez, Adele tenía razón. Tal vez, el problema era que yo no era receptiva a conocer chicos. No podía pasar toda mi vida autocompadeciéndome porque Arlan no correspondía mis sentimientos y suspirando por un hombre que jamás tendría. Tenía que empezar a encontrar uno que sí que quisiera estar conmigo.

—Está bien, vayamos a la discoteca.

Adele aplaudió, emocionada.

—No te vas a arrepentir.

En realidad, ya lo estaba haciendo, pero, en honor a la verdad, necesitaba salir a divertirme. Y si lograba el imposible de olvidar a Arlan, aún mejor.

## Capítulo 12

### *Arlan*

El hijo de Andreyev no se había conformado con abrir un pequeño local nocturno. Él tenía que entrar por la puerta grande, demostrando que había llegado para quedarse.

La discoteca contaba con cuatro plantas. En la primera, se hallaba la pista general; las dos siguientes eran reservados, y en la cuarta, en la que nos encontrábamos, había diferentes despachos. No había que ser muy listo para saber que también contaba con un sótano donde se realizaba esa parte del negocio en la que era mejor ir vestido con ropa cómoda y oscura si no querías llamar demasiado la atención.

Era curioso que para haber tenido solo unos pocos meses de margen Mikhail hubiese conseguido montar algo tan grande y con tanta popularidad, ya que la discoteca estaba a rebosar el día de su inauguración.

Cada segundo que pasaba allí estaba más seguro de que la historia que nos había contado Howard hacía aguas por todos lados. Era imposible que Mikhail no hubiese llegado a Irlanda hasta después de la muerte de su padre. Era poco tiempo, y más, cuando Zinov no se dedicaba al mundo de la noche.

Era obvio que Howard había omitido información y que trabajaba junto a Mikhail antes de la muerte de Zinov. Eso, o había hecho la vista gorda, ya que la discoteca se encontraba en una de las zonas de los O'Donell. La putada era que no podía probarlo, y aunque pudiese, tampoco podría hacer nada, ya que estaba bastante seguro de que Howard se había lavado bien las espaldas. El cabrón era muy listo.

—Es un trabajo demasiado rápido para haberlo hecho en unos pocos meses —dijo Cian, poniendo en voz alta mis pensamientos.

—Se llama trabajo duro y efectividad —señaló Callum, que había terminado acompañándonos, contradiciendo los deseos de su tío.

Probablemente, no se fiaba de nosotros. No podía culparlo. Ni yo mismo me fiaba de mí en esos momentos. Si no fuese porque sabía que no era conveniente para el futuro de mi familia que me liase a tiros, me desahogaría matando rusos.

No me gustaba un pelo cuando me tomaban por tonto.

—Yo tengo otras palabras muy diferentes en mente —añadí en tono casual, haciendo una pausa cuando Callum ladeó la cabeza para mirarme—, como avaricia y traición —apostillé con una sonrisa irónica.

Callum apretó la mandíbula ante mi insinuación, pero él no hizo ningún amago de abalanzarse contra mí, pese a que estaba convencido de que era lo que deseaba desde el instante en el que nos habíamos encontrado esa noche. Los O'Donell presumían con orgullo de sus exquisitos modales y de su buen temperamento, pero cualquier persona que se dedicase al negocio sabía que aquellas afirmaciones eran tan falsas como un billete de treinta euros.

—No tenemos necesidad de mentir.

En un intento por contenerme, evité responderle y observé el despacho en el que nos encontrábamos. Las paredes estaban revestidas de madera oscura decorada con obras de arte contemporáneas que advertían de que el propietario nadaba en dinero, o por lo menos, que le gustaba aparentarlo.

En una esquina, una estantería albergaba botellas de licores finos y cristalería de calidad. Probablemente, reservados para los invitados más selectos.

El hombre de Mikhail que nos había llevado hasta allí no nos había ofrecido nada de beber. Se había limitado a señalar el sofá blanco de cuero en el que se había sentado Cian. Callum había ocupado una de las butacas negras al otro lado del despacho, y yo había preferido quedarme de pie, con la espalda contra la pared.

Nos había dejado solos, aunque los tres éramos conscientes de que estábamos siendo vigilados, pese a que no se viese ninguna cámara a simple vista. No nos habían obligado a desarmarnos, lo que quería decir que, o Mikhail era muy tonto, o un temerario. Yo abogaba por la segunda opción.

El ruso quería demostrar que no tenía nada que ocultar, por lo que no tenía nada que temer. Fuese verdad o mentira, él no se acobardaría ni mostraría un ápice de temor. Ese tipo de hombres eran peligrosos; bien lo sabía yo, que era uno de ellos.

Cian debía pensar lo mismo que yo, porque aunque se mostraba tranquilo, con las piernas flexionadas y la mirada perdida, en realidad estaba atento a todo lo que sucedía a su alrededor. No se me pasó desapercibido el tic de su mandíbula ni el movimiento de los dedos de sus manos, que evidenciaban que estaba alerta. Para mi desgracia, conocía Cian Maccarthy demasiado bien. Mejor de lo que él mismo creía.

Porque, al contrario de lo que él se pensaba, no había cambiado nada en todos estos años.

Un sonido de pies golpeando la madera provocó que girase la cabeza. La puerta del despacho estaba abierta y pude ver a tres hombres que se acercaban por el pasillo.

—¿Quién de ellos es Mikhail? —le pregunté a Callum entre susurros.

—No lo sé —me respondió. Cuando le miré, sorprendido, añadió: —Nunca se ha reunido con nosotros en persona. Todas nuestras interacciones han sido telefónicas o por medio de sus hombres de confianza.

Mikhail Andreyev no era un hombre fácil de rastrear. No había ni una sola información de él en Internet, tal y como había podido comprobar desde que Cian me contó de su presencia. Ni siquiera sabía que Zinov tenía un hijo, pero me sorprendía que Callum y Howard tampoco lo hubieran visto.

Dos de los hombres se quedaron al otro lado de la puerta y solo uno de ellos entró en la sala, cerrando la puerta a su paso. Supuse que él era Mikhail Andreyev. El hijo de Zinov no era para nada cómo había esperado. Con el cabello rubio, ondulado y cuidadosamente despeinado y sus ojos verdes claros, si no fuera por las facciones endurecidas y su piel blanquecina, parecería más un surfista que un hombre de la mafia. Traté de encontrar algún tipo de similitud física con Zinov, sin lograrlo.

Me fijé en el traje gris que llevaba puesto. La chaqueta y los pantalones eran de su talla; seguramente, incluso hechos a medida, pero por alguna razón que en ese instante no fui capaz de averiguar, no acababa de quedarle bien, como si esa ropa no fuese suya.

—Bienvenidos. Espero no haberos hecho esperar mucho. —Mikhail se acercó a nosotros con tranquilidad, con pasos confiados y una sonrisa ensayada. Había tenido la suerte de no tratar demasiado con Zinov, pero sus maneras eran similares. Al final, si se iban a parecer padre e hijo más de lo que Howard quería hacernos creer—. Es un placer que por fin nos conozcamos en persona —le dijo a Callum mientras se sentaba en el sillón detrás del escritorio—. Una lástima que Howard no haya podido venir, ya tendremos otra ocasión de conocernos.

Callum sonrió.

—Mi tío te felicita por el éxito de la inauguración.

—Me ha llegado la botella de whisky —respondió Mikhail.

—¿No tienes ningún problema con compartir espacio con el asesino de tu padre? —La sonrisa de Mikhail se congeló y sentí que Callum se tensaba. Cian parecía no inmutarse por mis palabras, pero sabía que no era así—. Se me hace difícil de creer.

La mayor parte de las relaciones entre padres e hijos de nuestros mundos no eran buenas. Yo era el primero que hubiera asesinado a mi padre con mis propias manos, pero hubiera dado mi propia vida para vengar su muerte. Era una cuestión de honor y de respetar tu legado.

Mikhail miró a Cian y, después, clavó sus ojos en mí.

—Como ya le expliqué a Howard, no deseo remover el pasado. No tengo intención de continuar con los negocios de mi padre, sino comenzar los míos propios. Mi padre y yo no estábamos unidos. La última vez que le vi en persona yo solo era un niño y lo único que recuerdo es la felicidad que me produjo saber que se marchaba.

—Así todo, era tu padre y llevas con orgullo su apellido —insistí—. ¿Por qué no vengarías su muerte?

Mikhail entornó los ojos.

—Porque no hay nada que vengar. Mi padre os traicionó y encontró lo que se merecía. Llevo su apellido porque también era el de mi abuelo, quien era un hombre íntegro. Mi padre manchó el apellido Andreyev y yo pienso volver a ponerlo en el lugar que se merece; tanto en Rusia como en Irlanda. Mi intención es llevarme bien con las familias de la mafia en Dublín. Podemos coexistir y beneficiarnos de los negocios.

Sonaba como un político dando un mitín. Y como me pasaba con todos los políticos, no me creí ni durante un instante una sola palabra de las que acababa de pronunciar.

—Por nuestra parte no hay ningún problema —dijo Callum.

Mikhail movió su cabeza en un asentimiento para después centrar su mirada en mí, esperando mi respuesta. A pesar de que no me fiaba de él, lo cierto era que no tenía ninguna prueba para ir en su contra y, en esos momentos, tenía demasiados frentes abiertos como para embarcarme en otra guerra. Pero, así todo, había algo que tenía que aclarar.

—¿Y que gano yo permitiendo que te muevas a tus anchas por Dublín?

Mikhail se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre sus muslos.

—Tu padre estaba interesado en el tráfico de armas procedentes de Rusia —habló más despacio de lo habitual, como si quisiera que procesase la propuesta que iba a hacerme a continuación—. ¿Tú también lo estás?

—¿No decías que no ibas a continuar con los negocios de tu padre? —habló Cian. Era la primera vez que intervenía en la conversación. Su espalda continuaba apoyada contra el respaldo del sofá y sus piernas estiradas, como si estuviera cómodo allí, pero todos pudimos ver cómo guiaba su mano derecha hasta la funda donde llevaba su pistola debajo de su camisa. Aquello no era una pregunta casual, era una acusación.

Si a Mikhail le preocupó la tensión que se instauró en el despacho, no lo demostró. Por un instante, la estancia quedó sumida en el silencio. Gracias al buen sistema de insonorización no nos llegaba el sonido de la música de los pisos inferiores.

—No lo hago. Mi padre era un farsante que prometía algo que no podía dar. Yo sí puedo. En unos meses, el control del tráfico de armas ruso recaerá en mi familia y puedo ofreceros a todos unos precios competitivos.

Fui a abrir la boca, pero Callum me lo impidió.

—Para hablar de este tema debe estar presente mi tío.

Mikhail asintió.

—Por supuesto. Tan solo estaba comentándolo. Organizaré una reunión para dentro de unos meses cuando todo esté dispuesto.

—Nos veremos entonces —dije sin moverme de la pared donde seguía apoyado.

Cian no hizo ningún comentario. Sabía que estaba debatiendo consigo mismo si le interesaba tener negocios con el hijo de Zinov. Para Cian, todo lo que envolviese a Zinov Andreyev se lo tomaba a lo personal. Posiblemente, sentía que su padre se estaba removiendo en su tumba. Puede que el mío también. Por suerte para mí, yo no poseía ninguna brújula moral que me lo impidiese. Si lo que Mikhail decía era cierto, aprovecharía la ocasión. Pero si intentaba jugármela, en esta ocasión no me limitaría a ser un observador. Lo mataría con mis propias manos; a él, y hasta al último miembro de su familia.

—Siento no poder dedicaros más tiempo, pero tengo negocios que atender. Aun así, os invito a quedaros todo el tiempo que queráis. Las copas corren por cuenta de la casa. —Se señaló a sí mismo.

Mikhail se levantó y yo imité sus acciones. Nos estrechó la mano a Callum y a mí.

—Espero que todo haya quedado claro —dijo cuando fue a estrechar la mano a Cian.

—Ha quedado todo muy claro. —Cian se levantó, y cuando pensé que iba a ignorar el acercamiento de Mikhail, estrechó su mano—. Has heredado la codicia de tu padre.

Mikhail no se inmutó.

—No es codicia —aclaró, pero él no parecía afectado ante los ataques de Cian Maccarthy. Era evidente que Cian estaba tratando de provocarlo, pero él no estaba dispuesto a entrar en ese juego—. Lo único que me importa es que mi familia prospere. En eso, estoy seguro de que somos iguales.

Mikhail esbozó una de sus sonrisas ensayadas y Cian rodó los ojos. Para él, cualquier comparación con alguien que llevase el apellido Andreyev era una ofensa.

—Siempre y cuando se haga con honor, sí.

—A diferencia de mi padre, soy un hombre de honor. Entiendo tus reticencias, las de todos —dijo Mikhail, mirándome a mí—, soy de los que piensan que el movimiento se demuestra andando. Solo os pido un poco de tiempo para demostraros que no miento.

—Todo el que necesites —respondí, permitiendo que el sarcasmo inundase mis palabras.

Él asintió, ajeno a mi sarcasmo u omitiéndolo descaradamente. Optaba por la segunda opción.

—Que paséis una buena noche.

Sin más preámbulos, Mikhail se marchó del despacho, dejándonos allí, aunque no cerró la puerta, y uno de sus hombres se quedó fuera, esperando a que saliésemos mientras el otro le acompañaba.

—¿El anfitrión no debería ser el último en irse? —pregunté irónicamente.

—Supongo que los rusos tienen costumbres diferentes —respondió Callum, quien no parecía demasiado contento.

—Para ser ruso habla un inglés perfecto y apenas tiene acento —señalé, dándome cuenta de ese hecho. Era evidente que era extranjero, pero también lo era que llevaba tiempo viviendo fuera de Rusia.

—Se criaría fuera de Rusia —argumentó Callum, aunque podía ver que él no acababa de fiarse de Mikhail Andreyev. No compartía la alegría de su tío con su nuevo socio.

Cian, a quien no parecía interesarle demasiado nuestra conversación, salió de la estancia. Cuando Callum y yo cruzamos la puerta del despacho, el hombre de Mikhail que estaba fuera cerró la puerta con llave. Sin embargo, en vez de seguirnos, se quedó allí, como si estuviera

esperando a alguien. O, tal vez, su función era vigilar el despacho. Sin detenerme a pensar demasiado en ello, me dirigí junto a Callum y Cian hasta el ascensor privado. Los tres nos mantuvimos en silencio hasta que llegamos a la planta baja.

Aún nos encontrábamos en una zona privada, por lo que aunque comenzábamos a escuchar el sonido de la música, no era molesto. Cian se dirigió hacia una de las salidas traseras sin intención de pasar por la planta principal. Callum iba a imitar sus acciones, pero yo se lo impedí, sujetándole del brazo.

Él bajó sus ojos hasta mi mano y yo le solté el brazo. Esperé a que Cian desapareciera antes de comenzar a hablar. No tenía nada que ocultar, pero no era un tema de conversación que quisiese mantener con él presente.

Callum me miraba con una ceja arqueada.

—Hay algo que me gustaría hablar contigo.

—¿Ahora? —preguntó con desconfianza.

—¿Por qué no? ¿Tienes prisa?

Miré la cristalera frente a mí. Desde ella, se podía observar a la perfección la pista de baile principal.

Desde el otro lado no podían vernos, algo que daba ventaja a los que se encontraban de nuestro lado. La discoteca estaba a reventar, pero la pista de baile estaba bastante vacía, aunque los pocos bailarines que se encontraban en ella estaban dándolo todo. Nunca le había encontrado la gracia a bailar al ritmo de la música junto a un grupo de borrachos. Cuando había acudido a una discoteca con intención de divertirme lo había hecho en un reservado junto a unas cuantas mujeres guapas que me habían hecho más agradable la estancia.

—No, pero tampoco sé que tenemos que hablar tú y yo —respondió Callum.

Como siempre, tan agradable.

—He escuchado que todavía sigues buscando una esposa.

Callum se tensó al escuchar mis palabras. Puede que los O'Donnell hubieran optado por la diplomacia, pero Callum seguía cabreado conmigo por la humillación que le hice pasar. Una humillación que poco tuvo que ver conmigo, si no con la idiota de mi hermana y de Cian.

—Tienes unos huevos increíbles, Wolf.

En eso, le tenía que dar la razón.

—Tengo a la candidata perfecta. —No esperé a que hablara para continuar: —Adele Azikiwe. La hija de Vincent Azikiwe.

Los ojos de Callum se estrecharon con reconocimiento al escuchar el apellido. Todos en nuestro mundo conocíamos a Vincent Azikiwe, aunque fuera de oídas. Y todos sabíamos que era un empresario muy adinerado e influyente.

Supe que tenía oportunidades cuando, en vez de mandarme a la mierda, Callum murmuró: —No sabía que Vincent tenía una hija.

—Solo una. Nada de hijos varones —le informé con una sonrisa, porque eso era algo que a Callum y a su tío les interesaría saber—. Seguro que sabes que Vincent ha duplicado su fortuna en estos últimos cinco años. Como también sabrás que es el principal accionista del portal de moda Rosis; entre otros negocios. Es uno de los hombres más ricos de Europa y también tiene una excelente amistad con el recién elegido alcalde de Dublín. ¿Sabes que él es el padrino del hijo que acaba de tener?

Callum tenía su mirada fija en mí, pero podía ver que él estaba considerando todo lo que acababa de decirle.

—Soy consciente de ello —Pese a sus palabras, podía ver que Callum estaba reflexionando

sobre mi propuesta. Él sabía tan bien como yo que tener a Vincent Azikiwe como suegro era una gran oportunidad para su familia—. ¿Él está interesado en casar a su hija conmigo?

—Si no fuera así, no estaría hablando contigo en estos momentos —le contesté con convicción—. Se lo he comentado en la charla amistosa que hemos tenido esta tarde y ha estado encantado con la idea. No se le ocurre un mejor marido para su princesa.

Por suerte para mí, Vincent estaba deseando fortalecer sus lazos con la mafia irlandesa. Pese a que Vincent y yo éramos socios en varias empresas legales, una unión en forma de matrimonio le aseguraría que las familias le respetasen y contase con su apoyo si decidía meterse en política en un futuro, algo que él se estaba planteando.

—¿Y que ganas tú con todo esto? ¿Por qué no te casas tú con ella? —preguntó Callum, estrechando los ojos.

Casarme con una niñata consentida de dieciocho años no estaba entre mis planes de futuro. Lo haría si fuese necesario, pero, afortunadamente para mí, no lo era. En cambio, los O'Donell eran más tradicionales y Callum necesitaba una esposa lo antes posible para que sus hombres lo respetasen. Bastantes problemas les estaba causando ya que Howard no estuviese casado. Sus hombres terminarían revelándose si el heredero no se casaba pronto y comenzaba a tener hijos; a ser posible, varones.

La idea se me había ocurrido esa misma tarde cuando Erin me había presentado a Adele.

Ofreciéndome como intermediario lograría poner de mi lado a los O'Donell y volver a recuperar la relación que la boda de Cian y Enya había enturbiado. También me ganaba el favor de Vincent, algo que ya tenía, pero que me convenía mantener.

Era consciente de la posibilidad de que ambos pudiesen unirse en mi contra en un futuro cercano, pero por eso tenía varios ases en la manga que mi padre me había dejado en contra de Vincent. Si este no quería terminar en la cárcel con una acusación de evasión de impuestos y varios delitos más, se aseguraría de que su relación y la de los O'Donell con mi familia fuese buena. En definitiva, un matrimonio entre Adele y Callum me beneficiaba. Nos beneficiaba a todos.

—Tomátelo como una ofenda de paz —respondí en su lugar con una sonrisa mientras alzaba mis manos—. Un bonito gesto de mi parte para dejar el pasado atrás. —Callum entornó los ojos, pero no dijo nada—. Coméntaselo a Howard. Vincent estará esperando vuestra llamada. No puede esperar para comenzar a organizar la boda.

—¿Qué edad tiene la chica?

—Dieciocho en unos días. La edad perfecta para casarse.

—Nosotros tenemos unos requisitos...

—Ella es católica y pura —pronuncié la última palabra con burla, porque era absurdo. Pero, así era cómo la había definido su padre—. También es una heredera rica y bien educada. Cumple todos los requisitos para ser tu esposa —añadí, tratando de convencer a Callum, pese a que sabía que ya lo había hecho—, para ser la mujer del futuro jefe de la familia O'Donell.

Hice una pausa cuando una pareja de jóvenes caminando hacia la pista llamó mi atención. La chica miró hacia la cristalera, que para ella tan solo era un cristal que reflejaba su reflejo, y se colocó bien un mechón que se le había escapado del recogido que llevaba en su cabello. El chico la sujetó por la cadera para acercarle a él y ella, con una sonrisa, ladeó la cabeza para besarle. Ver una pareja enrollándose no era algo llamativo para mí, lo que hizo que tragase saliva con fuerza fue que aquella chica era Adele.

Joder, ¿podía tener peor suerte? Respiré hondo y me recompuse antes de que Callum se girase para descubrir lo que había llamado mi atención y esa niñata consentida lo jodiese todo.

—Espero que si acepto casarme con ella no me deje tirado en el altar —me recriminó Callum.

Si no fuese por lo que estaba viendo, le hubiese mandado a tomar por culo. Pero, en esos instantes, lo único que me interesaba era terminar la conversación y salir de allí lo antes posible.

—No lo hará. Vincent me ha asegurado que su hija conoce lo que se espera de ella. —Lo había dudado cuando me lo dijo y, ahora, lo dudaba aún más, pero no se lo iba a hacer saber a Callum.

—Eso espero. Si esta vez sale mal, te culparemos a ti.

—No me gustan las amenazas, Callum —siseé.

—Ni a mí perder el favor de mis hombres, y es lo que sucederá si vuelvo a quedarme plantado en el altar. Esta vez, clamaré venganza.

Era gracioso que se hiciese el digno cuando no había hecho nada para salvaguardar su honor cuando Enya lo dejó tirado. Es más, en la actualidad, tenían negocios con Cian que les reportaban una gran suma de dinero. En honor a la verdad, estaba convencido de que era Howard el artífice de esos acuerdos, pero Callum lo había aceptado y respetado.

Antes de que pudiese responderle, dando la conversación por terminada, se marchó por la puerta hacia el aparcamiento. Yo iba a seguirle cuando vi a otra pareja acercarse adonde se encontraba Adele y su chico, que seguían besándose. Iba a ahogarse si no paraban para coger aire. La chica se rio cuando Adele por fin se separó de su pareja.

Hubiese conocido esa sonrisa en cualquier lado, igual que esos ojos azules. Erin estaba allí, y ella no estaba sola. Mi mirada bajó hasta su mano entrelazada con la del otro chico que estaba con ella. No tenía nada malo, aquel chico era de una edad parecida a la de Erin y ella parecía estar cómoda junto a él. Debería haberme alegrado por ella, pero no era en lo que pensaba mientras me dirigía hacia la puerta de entrada que conducía a la pista con la ira recorriendo mi cuerpo.

## Capítulo 13

### *Erin*

Tenía que reconocer que había sido buena idea salir de fiesta. Después del chasco de no entrar en la escuela de música había creído que necesitaba una noche de chicas con películas y chocolate, pero lo que realmente necesitaba era divertirme, tal y como haría una chica de mi edad. Aunque, esta vez, me limitaría a beber refrescos, ya que no compensaba el dolor de cabeza que había sufrido al día siguiente.

La discoteca en la que nos encontrábamos era impresionante en todos los sentidos. Cuatro plantas en un edificio en el centro, pero alejado de las viviendas y de las zonas más exclusivas. Aunque estaba completamente insonorizada, por lo que no se escuchaba nada desde el exterior.

Cuando habíamos llegado y había visto la cola de entrada que daba la vuelta a varias manzanas, había estado segura de que no entraríamos, pero Alexei tenía contactos y había logrado colarnos. Algo que a Adele le había parecido un gesto precioso y había sumado 1000 puntos más según me había dicho mientras Alexei y Vadim estaban pidiéndonos unas bebidas.

Y no mentía, porque media hora después se había ido con él a la pista a bailar una balada. Aunque no era bailar exactamente lo que estaban haciendo, ya que no habían dejado de besarse incluso cuando la canción terminó dando paso a *Flowers* de Miley Cyrus. Una de mis canciones favoritas.

—¿Bailamos? —le pregunté a Vadim, que estaba sentado a mi lado en uno de los sillones cerca de la pista.

—No soy muy buen bailarín, pero me parece bien.

Vadim se levantó y extendió su mano hacia mí. La acepté, pero cuando me puse de pie, en vez de comenzar a caminar hacia la pista, me quedé quieta, ladeando mi cabeza hacia el sofá.

—Si nos vamos, va a ser difícil recuperar el sofá.

Quería bailar una canción, no quedarme de pie toda la noche.

—No te preocupes. —Vadim se quitó la camisa abierta que llevaba encima de su camiseta de manga corta y la dejó sobre el sofá—. Así sabrán que está ocupado —añadió, guiñándome un ojo. Estiró su mano y volvió a entrelazarla con la mía para guiarme hasta la pista.

Mientras caminábamos me fijé en un tatuaje que llevaba en su antebrazo derecho. No se lo había visto antes porque llevaba sus brazos cubiertos por la camisa. Los tatuajes siempre me habían llamado la atención, ya que me parecían una obra de arte. Mi hermano había empezado tatuando su cuerpo cuando tenía dieciséis años para el disgusto de mi madre. Cada tatuaje que Tyrone llevaba significaba un momento importante en su vida. De hecho, llevaba mi nombre y el de mi madre tatuados en su pecho.

Observé con detenimiento los trazos de tinta negra que formaban una bala atravesada por una espada. Era un tatuaje llamativo, aunque no demasiado grande.

—¿Qué significa el tatuaje? —le pregunté al oído a Vadim para que pudiese escucharme. Él se detuvo en seco y miró instintivamente su antebrazo.

—¿Por qué tiene que significar algo?

—Generalmente, un tatuaje tan elaborado como ese suele significar algo —deduje.

Vadim tardó unos instantes en responderme, como si no supiera qué decirme. Su expresión se había endurecido y me di cuenta de que parecía más tenso que de costumbre. ¿Quizá era un tema

complicado para él?

—En un pasado lo hizo, ahora ya no significa nada. —Él giró su muñeca, como si de esa manera pudiese ocultar el tatuaje de mí—. Tengo intención de quitármelo en cuanto pueda —dijo y tiró de mí para seguir caminando hacia la pista.

Nunca me había hecho un tatuaje, aunque era algo que teníamos pendiente Adele y yo. Habíamos pensado hacernos uno en cuanto ella cumpliera los dieciocho, solo que aún no habíamos decidido qué hacernos. Teníamos claro que debía ser algo que fuese símbolo de la amistad que compartíamos, pero no nos habíamos puesto de acuerdo en qué ni en el lugar del cuerpo en el que hacérselo. No era una decisión sencilla, ya que una vez hecho no podía deshacerse. Bueno, en honor a la verdad, sí se podía, pero era mejor si no teníamos que pasar por ello.

—Puedes hacerte otro encima para borrar ese —le propuse a Vadim cuando llegamos al lugar de la pista donde se encontraban Adele y Alexei.

—Esa es la idea. —Aunque Vadim parecía más relajado, él me ofreció una sonrisa extraña.

Sin querer presionarlo más, observé a la pareja, que seguía inmersa en un beso eterno. Me reí, llamando la atención de Adele, que dejó de besar a Alexei para mirarme.

—La balada ha terminado hace rato.

Adele sonrió y me agarró de brazo, obligándome a soltarme de Vadim y comenzó a bailar conmigo. Por el rabillo del ojo vi a Vadim decirle algo a Alexei y este le respondió con el rostro serio. Parecía que estaban discutiendo por algo, pero no podía escucharles debido a la música.

—¿Todo bien? —le pregunté a Adele, intentando hablar por encima de la canción que estaba sonando en esos momentos.

—Mejor que bien. —Adele dejó de bailar para acercarse a mí y que pudiera escucharla—. Es perfecto, Erin. Y besa súuuper bien. —Ella alargó las sílabas, queriendo recalcarlo—. Nunca me habían besado de esa manera. ¿Vadim también besa bien?

—Cállate. —Le di una palmada en el hombro y Adele se rio—. No me he besado con él y no lo voy a hacer. Es muy simpático, pero no me gusta, y estoy bastante segura de que yo tampoco le gusto a él.

—Eso último no es posible. —Adele comenzó a bailar de nuevo, moviendo sus caderas al ritmo de la música—. Eres preciosa, y hoy estás espectacular. —Agarró mi mano y la alzó en el aire para después obligarme a dar una vuelta sobre mí misma.

—No tengo que gustarle a todo el mundo, Adele. Además, me cae bien, no quiero estropearlo.

No es que tuviese muchos amigos chicos. En realidad, no tenía ninguno. Y Vadim parecía que podía optar para ese puesto. Porque, por mucho que me engañase, Arlan no era un amigo para mí, ni nunca podría serlo. No mientras yo siguiese estando enamorada de él.

—No creo en la amistad entre hombre y mujer, pero vale. Tal vez tenga algún amigo que te pueda presentar.

Negué con la cabeza.

—Eres imposible...

Adele me sacó la lengua.

—Y, así todo, me quieres.

—Lo hago.

Agarré sus manos y tiré de ella hacia mí para darle un abrazo. Adele rodeó mi cuello con sus brazos mientras seguía moviéndose al ritmo de la música y se reía.

—¡Adele! —Alexei se acercó a nosotras, llamando nuestra atención—. ¿Me acompañas a la

barra?

Adele asintió, encantada, y se separó de mí para irse con Alexei. Aunque Alexei tenía esa sonrisa coqueta en sus labios, percibí cierta tensión en él, algo que también noté cuando volví a juntarme con Vadim. Regresé junto a él al sofá, descubriendo que el truco de la camisa había funcionado, porque estaba vacío.

Vadim se sentó y yo ocupé un lugar a su lado. Él fue a colocar su camisa en uno de los respaldos del sofá, pero después miró su antebrazo y debió de pensárselo mejor, porque se puso la camisa.

¿Él quería ocultar su tatuaje de mí? Era una tontería, ya que ya se lo había visto. Quizá, creía que así no volvería a sacarle el tema.

Durante unos instantes, ambos nos mantuvimos en silencio. No me consideraba una persona que tuviese la necesidad de llenar los huecos vacíos en las conversaciones desesperadamente. De hecho, solía disfrutar del silencio. Pero aquel era incómodo. Vadim tenía su mirada fija en la barra, exactamente el lugar donde se encontraba la pareja feliz, y quizá estaba recordando la interacción que había mantenido con Alexei en la pista, porque su expresión era seria.

—¿Cuál es tu fruta favorita? —pregunté, en un intento de entablar conversación.

Mi pregunta tuvo el efecto deseado, porque Vadim ladeó su cabeza para mirarme con confusión. Parpadeó un par de veces, como si no me hubiera escuchado bien.

—¿Mi fruta favorita?

—Sí —respondí, encogiéndome de hombros. Era una pregunta como cualquier otra, ¿no?—. La mía son las naranjas. Me gustan porque no son ni muy dulces, ni tampoco muy ácidas.

Vadim me observó con incredulidad y, después, soltó una carcajada. Por un instante, pensé que se levantaría y me tildaría de loca. Pero la tensión en el ambiente se había evaporado, así que me servía.

—La mía, la manzana. —Vadim se inclinó para coger su bebida, que ya debía estar aguada, y le dio un trago—. Cuando era pequeño, vivíamos en el campo. Mis hermanos y yo las recolectábamos para que mi abuela nos hiciera una *sharlotka*. Nunca he probado ninguna *sharlotka* tan rica como la de ella.

—¿*Sharlotka*?

—Sí, *sharlotka* —respondió él—. ¿Los irlandeses no coméis *sharlotka*? —Cuando negué con la cabeza, él me explicó: —Es como una especie de tarta de manzana. Mira —Vadim sacó su móvil del bolsillo derecho de sus pantalones y lo desbloqueó para buscarme una fotografía en Internet. Ladeó la pantalla hacia mí.

—Tiene buena pinta.

—Está buenísima —comentó con una sonrisa—. Si quieres, un día puedo hacer una para ti. No va a estar tan rica como la que hacía mi abuela, pero a Alexei le gusta.

Al hablar de su amigo, se le iluminó la cara. Era evidente que para Vadim Alexei era tan importante como para mí lo era Adele.

—Si a Alexei le gusta, estoy segura de que a mí también.

Él abrió la boca para contestarme, pero justo un trozo de hielo me golpeó en la mejilla. No era suficientemente grande como para hacerme un moratón, pero sí lo suficiente para que me hiciese daño.

—¡Au! —me quejé, colocándome la mano en la mejilla derecha.

—¿Pero qué narices?! —exclamó Vadim a la vez que buscaba al culpable con la mirada. No debió encontrarlo, porque volvió a centrar su mirada en mí—. ¿Estás bien, Erin? —me preguntó con preocupación. Estiró su mano, apartándola de mí y tocó mi mejilla con cuidado.

—Sí, ya no me duele. Ha sido el susto más que otra cosa.

Vadim presionó ligeramente sus dedos sobre mi piel y yo hice una mueca de dolor. Él arqueó una ceja, no creyéndose del todo mis palabras.

—Tienes la piel roja —observó, mientras acariciaba la zona adolorida. Su contacto relajó el dolor, pero no me provocó ninguna sensación de cosquilleo en el estómago; ni siquiera mi pulso se aceleró por su cercanía. Aquello me sirvió para confirmar lo que ya sabía: que no sentía nada por Vadim.

Aunque repentinamente, sus movimientos se detuvieron. La mirada de Vadim estaba fija en un punto detrás de mí. Él parecía completamente petrificado. Extrañada, giré la cabeza para ver a Arlan a unos pasos de nosotros. Los ojos de Arlan estaban fijos en los dedos de Vadim, que seguía rozando mi piel. Vadim debió sentirlo también, porque bajó la mano y se movió hacia un lado, como si buscara poner distancia entre nosotros.

—Arlan —lo saludé, esbozando una sonrisa. Esperé a que él me devolviera el saludo y cambiara la mueca tensa que se dibujaba en sus labios en una sonrisa que siempre tenía reservada para mí. Pero la única respuesta que recibí de él fue un incómodo silencio—. Te presento a Vadim —dije cuando Arlan se acercó hacia nosotros—. Vadim, este es Arlan, el mejor amigo de mi hermano.

Durante unos largos segundos, Vadim desplazó su mirada de Arlan a mí y tuve la sensación de que no sabía cómo comportarse. Él esbozó una sonrisa que pretendía que fuera amable, pero terminó siendo tensa y se levantó para estirar la mano hacia Arlan.

—Encantado.

Arlan ignoró por completo a Vadim. Este bajó el brazo y se sentó de nuevo.

Sabía que Arlan no tenía la fama de ser el más simpático del mundo, con sus maneras, a veces, hostiles de comportarse. Pero él siempre trataba de ser amable con todas aquellas personas que a mí me importaban. Lo había sido con Adele, ¿por qué no lo estaba siendo con Vadim?

—Erin, ¿puedes acompañarme? —Ahora Arlan tenía su mirada fija en mí, pero su expresión no se suavizó. Él estaba enfadado, muy enfadado, si tenía en cuenta la vena que le palpitaba en el cuello.

Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una orden y él nunca me había ordenado nada. Estaba siendo desagradable con mi amigo y antipático conmigo. Arlan jamás se comportaba de esa manera conmigo.

¿Qué me había perdido?

Entonces, una posibilidad en la que hasta ese momento no había pensado pasó por mi cabeza y todo el color desapareció de mi cara. ¿Y si había sucedido algo grave? ¿Y si Tyrone...? No, ni siquiera era capaz de terminar la pregunta.

Vadim me miraba con algo parecido a la preocupación en su rostro.

—Voy a la barra a buscar a Alexei y a Adele —dijo, levantándose y dejándonos intimidados. A pesar de que me sonrió antes de levantarse del sofá, por la forma en la que temblaron ligeramente las comisuras de sus labios, pude percibir su incomodidad. Él se dio la vuelta y se dirigió hacia la barra con zancadas rápidas.

Quise agradecerle el gesto, pero lo único que fui capaz de hacer fue asentir con la barbilla.

—Dime que Ty está bien —le pedí a Arlan cuando fui capaz de volver a hablar; la ansiedad filtrándose en mi voz.

Él movió su cabeza en un gesto afirmativo con la mandíbula apretada que tendría que haberme tranquilizado, pero que solo consiguió aumentar mis nervios. Arlan estiró su mano derecha para sostener mi muñeca y tirar suave pero firmemente de mí, levantándose del sofá. Él

soltó mi muñeca para entrelazar su mano con la mía. Aunque no había nada extraño en aquel gesto, sentí algo diferente en Arlan, como si él estuviera tratando de probar algo. ¿El qué? No tenía ni la menor idea. Dejé que Arlan me guiara a través de la gente que se agolpaba en cada rincón de la discoteca hasta llegar a una salida trasera.

Arlan abrió la puerta de una patada. La salida conducía a un pequeño espacio apenas iluminado con una vieja farola que tintineaba, contrastando con el lujo que había dentro de la discoteca. Suponía que ese era el espacio de los fumadores. Me di cuenta de que quizá servía para más usos cuando mi mirada se detuvo en una pareja. Agradecía la mala iluminación y que apenas pudiera verles. Distinguí las piernas desnudas de una chica rodeando las caderas de un chico que la tenía apoyada contra una pared. Los pantalones del chico estaban medio bajados y no hacía falta ser un lince para ver lo que estaban a punto de hacer.

—Mejor nos vamos a otro sitio —le dije a Arlan, desviando mi mirada de la pareja y sintiendo mi rostro arder en sangre. Sentía que estábamos invadiendo su intimidad, aunque lo cierto era que estábamos en un lugar público.

—Ey —volví a mirar hacia la pareja cuando sentí dos pares de ojos sobre nosotros—, si no os importa, estamos ocupados —se quejó el chico.

Tiré de la mano de Arlan, que aún sostenía la mía para que regresáramos al interior de la discoteca, pero este no se movió.

—¡Fuera! —El grito de Arlan retumbó en las paredes, provocando que pegara un pequeño sobresalto.

El chico ladeó su cabeza hacia Arlan con la boca abierta, dispuesto a quejarse de nuevo, pero no sé qué vio en los ojos de Arlan que le hizo cambiar de opinión. Apretó los labios con fuerza y le susurró palabras ininteligibles y titubeantes a su acompañante, que mantuvo la mirada en el suelo en todo momento. No supe si por miedo o por vergüenza.

Ambos se marcharon, dejándonos solos.

Cuando la puerta cerrándose sonó detrás de nosotros, Arlan soltó mi mano y una sensación de pérdida hundió mi estómago. Él giró su cuerpo hacia mí para mirarme de frente. Su expresión seguía siendo tensa.

Y entonces, recordé la razón por la que estábamos allí.

—¿Está todo bien? —pregunté de nuevo—. ¿Ty está...? —Ni siquiera fui capaz de terminar la frase.

La expresión de Arlan se suavizó al percibir mi ansiedad.

—Está todo bien, Erin. Puedes estar tranquila. Tu hermano está terminando unos trabajos. Él regresará en unas horas. —Un suspiro de alivio brotó de mis labios al escucharle y sentí que la tensión de mis hombros se aliviaba.

Tyrone estaba bien. Eso era todo lo que me importaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Arlan con rudeza; una que nunca había empleado conmigo, y había algo en el borde de sus palabras que me inquietaba. La expresión de su rostro volvió a endurecerse, como si se hubiese acordado de lo que le molestaba.

—He salido de fiesta.

Entrelacé mis dedos entre sí, sintiéndome inexplicablemente incómoda. Arlan arqueó una ceja, dedicándome una mirada inquisitiva, como si aquella información no fuera suficiente.

—¿Quién era ese chico? —espetó entre dientes con irritación, como si no entendiera que tuviera que hacerme esa pregunta. Él se estaba controlando, podía percibirlo en su voz. Pero no entendía la razón.

¿Él se refería a Vadim? ¿Pero porque estaba tan enfadado? Estaba tan sorprendida por su

actitud que fui incapaz de emitir ninguna palabra.

—No me gusta repetirme, Erin. —Arlan se pasó una mano por el rostro, como si aquella conversación le estuviera desesperando—. Quién. Cojones. Es —pronunció cada palabra con lentitud, haciendo una separación entre ellas.

Y yo, no entendía nada. ¿Por qué me estaba hablando así? ¿Y por qué me interrogaba? La forma en la que pronunciaba las palabras y la manera de dirigirse hacia mí me hizo sentirme incómoda. Arlan y yo solíamos hablar, pero eras conversaciones fluidas que poco tenían que ver con esa.

Aquello parecía un interrogatorio. No pude evitar cerrar mis manos en puños y tuve que inspirar profundamente ante su tono de voz. Ahora que sabía que mi hermano se encontraba bien, no le encontraba ninguna explicación a su comportamiento. Si llegase a ser cualquier otro, ya me hubiera dado media vuelta y marchado de allí, dejándole con la palabra en la boca; incluso tuve la tentación de hacerlo con él. Sin embargo, nunca podría hacerle ese desplante a Arlan.

—Es un amigo del amigo de Adele —respondí. «Lo hubieras sabido si me hubieras dejado explicártelo en vez de actuar como un neandertal». Las palabras llenas de recelo pasearon por mi mente, y aunque llegaron hasta la punta de mi lengua, no fui capaz de pronunciarlas en voz alta. Porque no podía tenerlo en cuenta, no a Arlan—. Ellos dos están juntos y su amigo y yo somos sus acompañantes —continué cuando sentí que Arlan seguía mirándome—. Nos entretenemos el uno al otro mientras nuestros amigos se enrollan —Evité darle el nombre de Vadim porque aunque era absurdo sentía que era mejor protegerle de la furia de Arlan.

—¿Cómo os entretenéis? —preguntó, cruzando sus brazos contra su pecho musculoso. Enrojecí al entender su insinuación.

—Para nada cómo estás pensando. Solo hablamos. Ni él está interesado en mí, ni yo en él.

Aquella explicación debió satisfacer a Arlan, porque su cuerpo se relajó.

—¿Ellos han sido quienes os han traído hasta aquí?

Apreté mis labios con fuerza ante su tono, pero moví mi cabeza en un asentimiento como respuesta.

—¿Y cómo ha entrado Adele? ¿No es ella menor de edad?

—No le han pedido el carnet de identidad en la entrada —respondí. No estaba mintiendo, ya que eso era cierto. Alexei y Vadim parecían conocer a los de seguridad y no nos habían pedido el carnet de identidad y habíamos adelantado toda la enorme cola, pero preferí obviar que tampoco hubiese sido un problema, ya que Adele tenía un carnet falso.

Por la forma en la que Arlan me miró, pude ver que no acababa de creerse del todo mis palabras, pero él no las rebatió.

—No es un buen sitio para que estéis, Erin.

—Es una discoteca, Arlan. Una llena de gente. Estamos más seguras aquí que en cualquier otro lugar —traté de tranquilizarle, de la misma manera que había hecho con mi hermano semanas atrás. Después de lo que había pasado, podía entender su preocupación, pero no había nada raro.

Sin embargo, mis palabras tuvieron el efecto contrario al buscado, porque Arlan frunció el ceño y apretó los dientes con irritación. Él inhaló aire por la nariz, como si estuviese controlándose.

—No es seguro —dijo con la voz estrangulada—. No es lugar para chicas como vosotras.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Aquella era la justificación más absurda que había escuchado en toda mi vida, y estuve a

punto de hacérselo saber, pero apreté mis labios cuando vi una advertencia brillando en los ojos de Arlan. Si Arlan decía que no era seguro, tendría sus motivos. Arlan y su padre siempre habían hecho lo mejor por mi familia, siempre nos habían protegido. No sería diferente ahora.

—Está bien —cedí con un suspiro de resignación—. Voy a buscar a Adele y nos vamos.

—Y no volvéis a venir nunca más, y menos con dos chicos que no conocéis. Ha sido poco cuidadoso de tu parte. Pensaba que eras más responsable.

Aquel reproche se clavó en mi corazón como una daga. No me gustaba decepcionar a Arlan, pero él estaba siendo irracional y muy injusto conmigo. Adele y yo éramos dos chicas jóvenes, ¿qué tenía de malo que fuésemos a una discoteca con dos chicos? Puede que apenas los conociésemos, pero estábamos en un espacio público. Estaba segura de que Arlan había ido a otro tipo de espacios mucho más privados con chicas.

¿Qué narices le estaba pasando? Arlan no era así. No conmigo.

Apreté mis dientes con fuerza, mis labios creando una fina línea, tratando de controlarme.

—Joder, Erin —masculló Arlan—. No me mires así. —Sus facciones se habían suavizado. Y, por un instante, pude ver esa llama de calidez en sus ojos oscuros que siempre tenía cada vez que me miraba.

—¿Cómo? No te estoy mirando de ninguna forma.

—Así.

Arlan echó la cabeza hacia atrás y se pasó ambas manos por el cabello con desesperación. Y, si no fuera por la situación en la que nos encontrábamos, me hubiera reído ante aquella respuesta.

Podía insistir para que me diera una justificación coherente, pero en ese momento había perdido todo tipo de esperanza de que aquella conversación terminara llegando a buen puerto.

—Voy a buscar a Adele.

Arlan volvió a mirarme y sus ojos se clavaron en mí con una intensidad que nunca antes había sentido. Tuve la sensación de que quería decirme algo, por lo que esperé unos segundos antes de moverme, pero cuando no pronunció ni una sola palabra, me di la vuelta para entrar en el interior de la discoteca. Antes de que pudiera dar un paso hasta la puerta que conducía a la entrada, sentí la mano de Arlan rodeando mi muñeca.

Cansada de aquella conversación, me giré hacia él.

—¿Qué...?

No pude terminar de formular la pregunta, porque en un movimiento inesperado y rápido, Arlan tiró de mí hacia él y juntó sus labios con los míos. Durante los primeros segundos me mantuve inmóvil, completamente petrificada, preguntándome si era un sueño o era real. Y si era real, era mucho mejor de lo que había soñado. Había besado a otros chicos antes, pero con ninguno de ellos había sentido esa conexión, esa sensación eléctrica. Nunca antes había sentido esa sensación de libertad, de volar por encima del mundo. Esa sensación de haber nacido solo para ser besada por ese hombre.

Una de las manos de Arlan se posó en la parte baja de mi espalda mientras que la otra se movió hasta la parte posterior de mi cabeza, como si quisiera retenerme, aunque no había ningún otro sitio en el que quisiera estar en ese instante que no fuese ese. Sus dedos se enredaron en mi cabello.

Arlan sabía a una mezcla de whisky y cigarrillos. ¿Desde cuándo Arlan fumaba? Nunca le había visto hacerlo. Y había pocas cosas que no sabía de ese hombre.

—Erin —dijo contra mi boca. Su respiración era agitada y no fue hasta que susurró las siguientes palabras que no me di cuenta de que tenía los ojos cerrados con fuerza—, vamos a casa.

Arlan había pronunciado la palabra casa decenas de veces antes, pero nunca había sonado tan bien como en aquel momento. Porque, en ese instante, no la sentí su casa, sino nuestra. Me sentí parte de su vida y no alguien que estaba en ella por obligación. No era la hermana de su amigo o la hija de su empleada.

Estuve tentada a decirle que sí. La palabra acarició la punta de mi lengua, pero cuando abrí los ojos y mi mirada se encontró con la suya, pude escuchar las alarmas sonando apaciguadas por la neblina de deseo en la que me encontraba inmersa. Algo me impedía aceptar su invitación, y no sabía la razón. Había deseado que él fuese el primero; lo seguía deseando, pero, en esos momentos, no podía hacerlo. No cuando ni yo misma entendía por qué me había besado; no cuando no lo comprendía. Aquel chico era mi Arlan y, a la vez, no le conocía. Todo había sucedido demasiado rápido; necesitaba unos minutos para pensar.

—Adele —balbuceé, siendo incapaz de formar una frase coherente—, ella me está esperando.

Arlan frunció el ceño al escucharme y pude ver el desafío en su rostro, pero luego debió darse cuenta de la locura que estábamos cometiendo, y su rostro se relajó.

—Encuentra a Adele. —Arlan sostenía mi rostro, una mano a cada lado de mi mejilla—. Niall os estará esperando en la salida para llevaros a casa.

Aún abrumada, moví mi cabeza en un asentimiento como respuesta y Arlan me atrajo hacia él para posar sus labios en los míos de nuevo. Esta vez, fue un toque efímero y tuve la absurda sensación de que significaba algo, aunque no tenía ni idea de qué. Después, me soltó.

Con una sonrisa temblorosa, me di la vuelta y entré de nuevo en la discoteca. Caminé hacia los sofás. Afortunadamente, gran parte de la gente se había marchado. Pensé en qué explicación darle a Adele y cómo convencerla para irnos, pero esta estaba sola.

—Te estaba buscando. —Mi amiga se acercó a mí y me entregó mi bolso, el que había guardado horas antes en el guardarropa—. Alexei se ha ido. Apenas se ha despedido de mí. Un familiar le ha llamado. Algo ha pasado y él y Vadim han tenido que irse. Espero que no sea nada grave.

La combinación de la tristeza y todos los *daiquiri* que se había tomado aquella noche hicieron que Adele ni siquiera me cuestionara cuando le propuse irnos. Tampoco se fijó en mi cabello despeinado ni en la forma en la que las manchas de mi pintalabios se esparcían por mi barbilla.

Tampoco lo hizo Niall, quien se limitó a abrirnos el coche con una sonrisa, pero sin apenas mirarme a los ojos. Arlan no encontraba por ningún lado y yo no me atreví a preguntarle a Niall por él. Porque no estaba preparada para saber adónde se había ido. Como tampoco lo estaba para saber si él se había arrepentido de haberme besado.

Mientras Niall conducía y Adele dormía plácidamente con su mejilla apoyada en la ventanilla, me pregunté si no había sido una idiota no aceptando su oferta. Me pregunté si había perdido la oportunidad de acostarme con el hombre más maravilloso de la tierra.

No, en el fondo sabía que había hecho lo correcto. Arlan era demasiado importante para mí como para dejarme llevar por un arrebató. Además, ¿qué pasaba si él al día siguiente se arrepentía? Yo no podría soportar su rechazo. Era mejor así.

Acabaría encontrando al chico indicado. Uno que realmente estuviera interesado en mí.

Pero, una hora después, cuando llegamos a casa, me tumbé en la cama y el sueño se negaba a llegar a mí, fui consciente de que nunca volvería a besar a un chico porque Arlan lo había arruinado para mí.

Ningún otro hombre lograría hacerme sentir ni la mitad de lo que él había logrado con un

simple beso.

## Capítulo 14

### *Arlan*

¿Qué se me había pasado por la maldita cabeza para besar a Erin?!

Los celos. Unos celos incontrolables que se habían apoderado de mi cuerpo, arrasando cualquier pensamiento racional.

Yo no era así. Nunca antes había tenido ese sentimiento de posesividad por ninguna otra mujer, esa necesidad de dejar claro que ella estaba conmigo. No me importaba con quienes estaban las mujeres con las que me acostaba, de la misma manera que ellas tampoco se metían en mis asuntos. Y ahora, ahí estaba, sintiéndome celoso de una chica con la que ni siquiera había tenido nada.

Era consciente de que Erin podía estar con quien ella quisiera. Pero, al verla con ese chico de la mano y pensar que otro pudiese besarla y tocarla, me había hecho perder mi mierda.

Había llegado tan lejos que hasta le había propuesto irnos juntos a casa. Por suerte para los dos, ella lo había frenado a tiempo. Como siempre, Erin había sido la voz de la razón; incluso, aunque había visto en sus ojos que lo deseaba tanto como yo.

Pero la pequeña Erin me había dado una lección, una que no olvidaría pronto: ella no era para mí. Erin se merecía un hombre que pudiese amarla. Uno que creyese en el amor. Y yo no era ese hombre.

No podía serlo. No cuando había aprendido a una tierna edad que en mi mundo el amor no tenía cabida. En mi mundo, el amor te destruye. Había visto ese patrón repetirse una y otra vez en las personas de mi alrededor. No importaba qué tipo de amor fuera, todos terminaban de la misma forma.

El más bondadoso y puro como el que mi madre había tenido por mi padre. Ella lo había querido con todo lo que ella tenía. Tanto, que cuando se enteró de que su amor no era correspondido, su corazón no pudo soportarlo y terminó quitándose la vida.

O un amor obsesivo y enfermizo como el que mi padre había tenido por mi madrastra, que le había terminado conduciendo a una espiral de autocompasión y venganza que lo habían ido consumiendo durante los últimos años de su vida.

Y el amor que mi madrastra había tenido por el dinero y el poder que había acabado situándola como diana de un plan orquestado que ni siquiera tenía que ver con ella. Mi madrastra no había tenido ningún escrúpulo ni límite en su ascenso en la pirámide, y eso, sin ser ella consciente de ello, la había llevado a su propia muerte.

Por esa misma razón, lo menos que podía hacer por Erin era alejarme de ella. Ese era el motivo por el que evitado encontrarme con ella desde nuestro beso. Los últimos diez días me los había pasado inmersos en el trabajo y apenas había pasado por la mansión.

Era lo mejor para ambos.

—¿Estás escuchando una puta palabra de lo que te estoy diciendo? —La voz encolerizada de Glenn me sacó de mi ensoñación.

—Discúlpame, es la impresión de verte en un lugar fuera de tu territorio —ironicé.

No me había sorprendido cuando me había llamado para tener una reunión. Sabía que la información que podía darle era un buen incentivo para él. Lo que no esperaba es que quisiese reunirse en una de las oficinas que tenía en el centro.

—No estoy de humor para tus gilipolleces.

El Caníbal, como a él le gustaba que le llamasen, flexionó sus brazos tatuados. Él no había querido tomar asiento, pero yo sí que estaba sentado detrás de mi escritorio en mi cómoda silla de cuero negro. Él se veía fuera de lugar en el despacho elegante.

—Y yo no tengo tiempo para aguantar tu fragante falta de educación. Cuanto antes digas lo que has venido a decir, antes podrás volver a tu submundo.

—Tu tío no se fía de ti.

No pude evitar la carcajada que salió de lo más hondo de mi ser.

—Dime algo que no sepa.

—Ha contratado a un detective para que vigile todos tus pasos —añadió con una sonrisa ladeada—. Me consta que sales muy guapo en las fotos que te ha sacado. Tú y la chica que besaste hace unos días.

Entrecerré los ojos y sujeté el borde del escritorio intentando controlar la ira asesina que me dominaba.

Ese hijo de puta. Nada de lo que había hecho podía traerme problemas con la familia. Al contrario, había demostrado que era el mejor jefe de familia que los Wolf podían tener. Aun así, no me gustaba que me vigilasen y, menos todavía, que me sacasen fotos a traición en momentos privados. ¿Quién se creía que era Donal?

Que mi padre le dejase pavonearse a sus anchas y no le pusiese ningún límite no significaba que yo fuese a hacer lo mismo.

—¿Quién es el detective? ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—En estos momentos se encuentra pasando unos días cómodamente en mis dominios. Y así seguirá hasta que tú hables con él.

—¿Las fotos que ha sacado se las ha entregado a mi tío?

No me hacía ni puta gracia que mi tío tuviese fotos mías con Erin. No necesitaba ver las imágenes para saber que ella era la chica que aparecía en ellas, ya que era la única chica con la que me había besado en las últimas semanas.

—Las del beso no. Iba a hacerlo, pero yo le he dado caza antes. O eso me ha dicho. Estoy bastante seguro que no miente, he sido muy convincente.

Suspiré, aliviado. Conocía los métodos de interrogación de Glenn. No eran muy diferentes a los míos. Quizá, aún más retorcidos. Yo no conocía la compasión y disfrutaba con una buena sesión de tortura, pero Glenn iba todavía más lejos. Él se ponía cachondo ejerciendo violencia. Vivía para ello.

—¿Ha sido mi tío quien está boicoteándome? —indagué, esperando que la respuesta fuese afirmativa.

Si conseguía pruebas de que Donal me estaba traicionando, todos mis problemas se terminarían. No solo tendría al culpable, sino que me libraría de sus constantes interrogatorios y de que anduviera metiendo las narices donde nadie le llamaba.

—No, le he investigado. Está limpio. —Glenn sonaba tan decepcionado como yo.

—¡Joder! —exclamé, pegando un golpe a la mesa con mi puño.

No podía matar a Donal por ponerme un detective. No sin perder el favor de mí hombres. Él lo vendería como un hombre de honor preocupado por el bienestar de su familia. Uno que se había pasado de listo, pero que solo tenía buenas intenciones, o todo lo buenas que se pueden tener en nuestro mundo. Mis hombres esperarían de mí que mostrase clemencia y paciencia. Me gustara o no, Donal era respetado por una gran parte de los hombres que conformaban mi familia. Lo único que podía hacer era destituirle de su puesto, pero entonces pasaría al inepto de

su hijo y sería peor el remedio que la enfermedad.

—Espero que no hayas venido esperando que te dé las pruebas de quién asesino a tu madre. Te agradezco que hayas capturado al detective por mí, pero no es suficiente.

Glenn esbozó una sonrisa peligrosa, una que hubiese hecho temblar a hombres peligrosos y poderosos, pero no a mí. Contra mí no tenía ningún poder.

—*Primo* —como cada vez que se dirigía a mí de esa manera, lo hizo con retintín—, tenemos un trato, y yo cumplo mis tratos. Descubriré quién está intentando derrocarte y tú me servirás a ese hijo de puta en bandeja. Ahora —hizo una pausa meditada y yo me tensé, esperando que continuase hablando, ya que sabía que no me iba a gustar un pelo lo que me iba a decir a continuación—, si quieres que te permita entrar en mis dominios para hablar con el detective, tendrás que hacerme un favor.

—¿Y si no lo hago? —pregunté, levantándome lentamente de mi silla.

Glenn se pasó la lengua por los dientes, mostrando el *piercing* que la adornaba.

—Entonces, dejaré libre al detective.

—Al que atraparé y mataré en cuanto lo hagas.

Glenn esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Pero lo harás antes de que haya entregado a tu tío las fotos donde besas a la hermana pequeña de tu segundo? ¿Que crees que hará él con ellas?

Y aquella provocación fue la gota que colmó el vaso. En un movimiento rápido, saqué mi pistola de la funda que llevaba escondida bajo mi camisa y le apunté en la sien con ella.

—¡Cabrón de mierda!

Él no se movió ni un ápice. Ahora entendía por qué había insistido en reunirse conmigo en mi oficina. Una oficina donde se realizaban negocios legales. Una en la que no podía matarle sin que la policía se pasase a investigar.

—Ey, vamos —alzó las manos en señal de paz y me habló como si él no me hubiera dado motivos para que le apuntase con mi arma—, no hace falta que te pongas así.

—No voy a permitir que me amenaces —siseé. Y mucho menos que utilizase a Erin para coaccionarme. Pero omití nombrarla, porque si Glenn descubría lo importante que era para mí podría jugar en mi contra—. No me importa ir a la cárcel siempre y cuando tus sesos adornen el despacho.

Glenn se encogió de hombros. Él sabía tan bien como yo que no lo haría. No porque me importase terminar preso, sino porque el liderazgo de la familia pasaría a mi tío, y no era tan idiota como para permitir algo así.

—Ahórrame el dramatismo, Arlan. —Glenn rodó los ojos e hizo una mueca de aburrimiento—. Me importa una jodida mierda a quien besas o te follas.

—Cuidado —le advertí con los dientes apretados.

Glenn negó con la cabeza, como si no pudiese creerse mi reacción.

—Créeme, yo también quiero matarte por no darme la información que preciso con urgencia. Pero si algo he aprendido en mi vida, es a ser paciente y a no dar nada gratis. De hecho, esto último me lo has enseñado tú. Para que luego digan que no se aprende nada de la familia. —Glenn bajó lentamente las manos para guardársela en los bolsillos de sus pantalones de camuflaje rotos—. ¿Quieres al detective? Déjame participar en el negocio del tráfico de armas con los rusos.

Aquello me pilló por sorpresa. No solo porque aquel negocio aún estaba en pañales; ni siquiera había vuelto a reunirme con Mikhail de nuevo. Si no, porque no me esperaba que a Glenn le interesase.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté, entrecerrando los ojos para mirar a Glenn con desconfianza. Bajé el arma con el que continuaba apuntándolo para volver a guardarla de nuevo en la funda. En esa reunión tan solo estábamos cuatro personas: Cian, Callum, Mikhail y yo. Y que yo supiese, Glenn solamente tenía relación conmigo, y yo no había sido quien le había dado esa información—. Has tenido años para involucrarte en negocios de la mafia. Nunca has estado interesado, ¿por qué lo estás ahora?

Glenn curvó sus labios en una sonrisa oscura.

—Permíteme que me guarde la primera respuesta para mí. Siempre he sido de los que cree que un poco de misterio le viene bien al negocio. Si te lo cuento todo, ¿dónde está la gracia? —preguntó, y yo estuve a punto de volver a sacar la pistola, pero me contuve—. Y en cuanto a la segunda pregunta... Qué cojones, también me la voy a guardar para mí.

Inspiré aire profundamente. Era insufrible. Y lo peor de todo es que estaba convencido de que se creía ingenioso el muy gilipollas.

Evalué mis opciones. Glenn no era santo de mi devoción, pero había demostrado que sabía hacer negocios y podía ser un buen socio. Y él necesitaba algo de mí, lo que hacía que pudiera controlar que no se rebelara en contra de mí o tratara de intentar jugármela a mis espaldas. Aunque Glenn no me parecía de esos que hiciera las cosas por detrás, no podía descartar que en algún momento él decidiera hacerlo.

No me gustaba que no me hubiera dicho quién había sido el que le había informado. Sin embargo, sabía que no iba a conseguir que soltara esa información, así que ni siquiera lo intenté. Lograría una información más fidedigna si lo averiguaba por mí mismo.

—Hay pastel para todos —respondí con falsa indiferencia, encogiéndome de hombros—. Aunque es algo que tendrás que hablar con los rusos. —Hice una pausa, tratando de encontrar en su rostro un indicio que me revelara si había sido Mikhail quien se lo había propuesto directamente. Sin embargo, no encontré nada—. Por mi parte, serás bienvenido.

—Entonces, me marchó. —Glenn esbozó una sonrisa satisfecha—. Espero tu visita pronto.

—En dos horas.

Glenn asintió y se marchó.

Fiel a mi palabra, dos horas más tarde, acudí en busca del detective. Después de confirmar por mis propios medios que todo lo que me había dicho Glenn era cierto, aquel hombre recibió la muerte que merecía. Era un daño colateral, pero que se lo hubiera pensado antes de aceptar ese trabajo. Estaba convencido de que mi tío había recibido decenas de rechazos antes de contactar a ese detective. La mayor parte de los detectives de la ciudad eran demasiado inteligentes como para intentar investigarme a mis espaldas.

Aparté mi mirada del cuerpo sin vida que yacía sobre el suelo del sótano en los dominios de Glenn y pasé mis dedos por una de las imágenes en las que Erin y yo salíamos besándonos. Había sido tomada desde la azotea de un edificio que se encontraba cerca de la discoteca, pero se nos podía distinguir perfectamente.

Si no fueran un arma contra mí y contra la propia Erin sí caían en las manos equivocadas, y si no arriesgase su seguridad, me las quedaría. Porque joder, nos veíamos bien juntos. Podía sentir los labios de ella contra mí, la manera en la que había correspondido al beso. Erin me deseaba tanto como yo a ella.

Y por eso sabía que lo mejor que podía hacer era dejarla ir. Nuestra historia estaba abocada a terminar en desastre. Sin embargo, cuando encendí el mechero y observé cómo la serie de fotografías eran consumidas por el fuego, supe que no iba a seguir alejado de ella. No renunciaría

a ella. En el fondo, nunca lo había hecho.

Porque tomaría todo lo que Erin estuviera dispuesta a darme. Y porque era demasiado egoísta para dejarla ir.

Lancé las fotografías al suelo y esperé a que las llamas hicieran desaparecer las pruebas de un momento íntimo del que nadie debería haber sido testigo. Cuando me cercioré de que no quedaban más que cenizas, guardé el mechero en el bolsillo derecho de mis pantalones de tela y salí de la estancia.

—Encárgate del cadáver —le dije a Glenn, que estaba apoyado casualmente sobre la pared. Él me había dejado quedarme a solas con el detective.

—Mi segunda parte favorita —respondió, pasándose la lengua por los labios. No necesité preguntarle cuál era la primera.

—¿Esas eran las únicas copia de las fotografías que existe? —le pregunté. Ya me había deshecho del *pendrive* en el que las guardaba, pero el muy hijo de puta del detective había visto la necesidad de sacar una copia en papel.

—Por supuesto —contestó, pareciendo falsamente indignado. No, Glenn no se ofendía tan fácilmente—. ¿Quién te crees que soy?

—Eso espero. Porque si descubro que te has guardado alguna copia de esas fotografías, te prometo que pienso quemar todo tu territorio contigo dentro.

No iba a permitir que el muy gilipollas tuviese fotos comprometidas de Erin. Solo era una beso pero sabía que a ella no le gustaría. Y que cojones a mi tampoco me gustaba. Nadie más que yo debía ser testigo de su rostro enrojecido por el deseo y de sus ojos cerrados disfrutando del momento.

—No hay necesidad de amenazar, *primo*. —El sarcasmo no tapó la furia que le embargó cuando mencioné su territorio. Para Glenn el inframundo que él mismo había creado era todo su mundo, lo más importante que tenía—. No hay ninguna copia. Te doy mi palabra.

Asentí con un movimiento de barbilla, no teniendo otra opción que dar por válido su palabra.

—Por cierto —dije en tono casual—, espero que no te importe que me haya tomado la libertad de llevarme un recuerdo.

Saqué del bolsillo derecho de mi chaqueta una bolsa transparente y la alcé hacia Glenn. Cuando este vio lo que contenía, soltó una gran carcajada.

—Para nada. Siéntete libre.

Si alguien no se sorprendería de ver una lengua cortada, ese era Glenn.

Guardé la bolsa de nuevo en mi bolsillo, y sin tan siquiera molestarme en despedirme, caminé hasta mi salida. No tenía como costumbre llevarme partes de los cuerpos después de mis sesiones de tortura, pero aquella era una ocasión especial.

Aquel regalo serviría como una clara advertencia para mi tío de lo que no debía volver a hacer.

## Capítulo 15

### *Erin*

Los últimos diez días había intentado mantenerme entretenida, ocupando mi mente con algo que no fuese el recuerdo del beso que había compartido con Arlan. Por suerte, Adele, a la que no le había contado nada porque sabía que se escandalizaría, y porque no estaba preparada para hablar de ello, me había ayudado a despejarme, obligándome a echarle una mano organizando su cumpleaños.

Un cumpleaños para el que solo quedaban unos días. Unos que a la pobre se le estaban haciendo eternos. Nunca la había visto tan emocionada por nada, tan feliz ante la perspectiva de ser mayor de edad. Aunque, en realidad, solo era un número que no cambiaba nada, para ella parecía que lo cambiaba todo. Y su padre tenía bastante que ver.

Él le había regalado un apartamento cerca del campus universitario al que Adele acudiría en septiembre. Un apartamento de dos habitaciones, con cocina independiente, dos baños y un salón enorme. Un apartamento que, aunque aún ella no podía habitar hasta que empezase a la universidad, habíamos ido juntas a visitar.

Adele había gritado de emoción cada vez que entrábamos en cada una de las estancias del bonito piso, a pesar de que ella ya había estado allí con anterioridad cuando su padre se lo regaló. Su ilusión era tan contagiosa que hasta yo aplaudí emocionada cuando me enseñó la grifería de los baños.

Había sentido como si también fuese mi casa. Adele se dio cuenta, porque me pidió que me fuese a vivir con ella. Había declinado la invitación, pero según iban pasando los días, me lo estaba planteando hasta el punto de que estaba pensando en aceptar.

Porque tenía comenzar a armar un plan, y quedarme en casa de Arlan de por vida no era una opción. Ir a vivir con mi hermano tampoco lo era. Tyrone no necesitaba a su hermana pequeña molestándolo. Bastantes preocupaciones tenía ya.

Tenía bastante claro que iba a tomarme un año sabático. Uno en el que trabajaría para ahorrar dinero con el que pagar una escuela de música el siguiente año. Una en Dublín. La que mejor se adaptará a mis necesidades y ahorros.

No iba a volver a intentarlo en la escuela de Ohio. No porque no creyese que podía entrar, sino porque había perdido la ilusión, si es que alguna vez la había tenido. En realidad, ahora que podía pensar con claridad, estaba segura de que si no hubiese sido por la insistencia de mi profesora de piano, posiblemente, no lo hubiese intentado. Rachel había estado segura de que lo conseguiría, ella se había equivocado, y debía estar muy defraudada conmigo, porque no me cogía el teléfono. Había intentado ponerme en contacto con ella en varias ocasiones, sin éxito.

La verdad, era ella quien me había defraudado a mí. No pensaba que Rachel fuera así. Yo había confiado en ella, y pensaba que habíamos forjado una especie de amistad más allá del vínculo profesora alumna. Al parecer, me había equivocado. Pero me negaba a estar triste por eso. Ya tendríamos oportunidad de hablar. Y si no, ella se lo perdía.

Ahora tenía que centrarme en el currículum que sostenía entre mis manos. Adele me había ayudado a hacerlo. Pensaba repartirlo entre todos los locales que buscasen dependientas en Dublín durante los siguientes días. Había quedado bastante decente, o todo lo decente que le podría quedar a alguien que no tenía nada de experiencia. Había guardado las copias en un

plástico transparente que llevaba conmigo mientras bajaba del taxi y entraba en la mansión.

Era cerca de medianoche, pero no tenía sueño. Me había quedado dormida en la cama de la habitación de Adele mientras esta divagaba sobre el color de las servilletas que se iban a poner en su fiesta de cumpleaños, y para cuando me había despertado, ya era de noche.

Pese a que Adele me había invitado a quedarme a dormir en su casa, había declinado la invitación. Quería levantarme pronto al día siguiente para comenzar la búsqueda de empleo, pero al llegar a la mansión no me apeteció ir a mi habitación, por lo que decidí dar un paseo por el jardín en busca de un poco de aire fresco.

No se escuchaba ni un alma, aunque sabía que los guardias de seguridad estaban cerca, vigilando. Lejos de hacerme sentir incómoda, me relajaba, porque a pesar de que sabía que no corría ningún peligro, no podía evitar que mi sentido de la autoconservación estuviese alerta cuando me encontraba sola y de noche. Especialmente, desde el asesinato de mi madre.

Uno de mis espacios favoritos de la casa eran los jardines. Pasear por ellos me provocaba una sensación de calma y de felicidad que tanto había anhelado en el último mes. Esa vez, no fue diferente. Con cada paso que daba, sentí que todas las preocupaciones desaparecían como por arte de magia.

Miré el cielo despejado, donde las estrellas brillaban con fuerza, y sonreí. Esas eran el tipo de noches que me gustaban, en las que contemplar el cielo te recordaba lo pequeños que éramos y cómo nuestros problemas se perdían en la inmensidad del universo.

Estaba tan absorta disfrutando del paseo nocturno, que no fue hasta que no escuché un chapoteo que me di cuenta de que no estaba sola. Mi mirada se dirigió hacia la piscina para ver una figura que reconocí al instante nadando en ella. Era Arlan.

Mi pulso se aceleró al verlo. Era la primera vez que me encontraba con él después de lo que había pasado entre nosotros en la discoteca. No nos habíamos topado por la mansión en todos esos días, pese a que me había sorprendido a mí misma mirando por los pasillos con la esperanza de verlo. Tampoco se había puesto en contacto conmigo enviándome ningún mensaje, por lo que su respuesta había sido clara: me estaba evitando.

Si fuera más valiente, me acercaría a él y lo confrontaría. Le confesaría todo lo que sentía por él y le preguntaría si era correspondido. Si fuera más valiente, lo hubiera hecho hacía días. Sin embargo, no lo era. Era una maldita cobarde que no sería capaz de soportar su rechazo. Por lo menos, no uno directo; no uno en el que él me confirmase que el beso no había significado nada para él.

Tenía miedo de que Arlan me hiciese daño con la verdad. Una verdad que no quería escuchar. Porque, aunque la vida me había endurecido la piel, Arlan, sin quererlo, tenía el poder de penetrar en ella.

«Llorica. No vales para nada, eres igual de inepta que tu madre». Las palabras de mi padre se repitieron en mi cabeza. Odiaba cuando eso sucedía, porque me convertía otra vez en esa niña pequeña, temerosa de su propia sombra.

Yo ya no era así. Ahora era una mujer adulta y valiente. Aunque no lo suficientemente valiente como para enfrentarme a Arlan. Despacio, intentando hacer el menos ruido posible, giré el cuerpo con intención de ir hacia el interior de la casa antes de que Arlan fuese consciente de mi presencia.

—Erin. —La voz de Arlan pronunciando mi nombre hizo que me detuviera. Me mantuve inmóvil durante unos instantes, preguntándome si lo que acababa de escuchar era real—. Erin. —Arlan volvió a llamarme de nuevo, y yo inspiré profundamente antes de darme la vuelta lentamente.

Debería haberlo sabido mejor. A un hombre como Arlan, acostumbrado a vigilar sus espaldas, no se le había pasado desapercibida mi presencia. Pero había querido creer que me ignoraría, que me dejaría marcharme. Al parecer, no tenía tanta suerte. Y lo peor era que, una parte de mí, se alegraba de que no pasase mí.

La luz de las farolas lo iluminaba. Él estaba apoyado en el borde de la piscina, con el pelo mojado, cayendo desordenado por su frente, y tan guapo como siempre. Esbocé una sonrisa y le saludé con una mano, mientras que con la otra aplastaba el plástico contra mi pecho, tratando de mantenerme tranquila, pero sintiendo cómo mi corazón latía a toda velocidad. Él me devolvió la sonrisa y me hizo un gesto con su mano para que me acercara a él.

Caminé hacia él hasta detenerme frente al bordillo de la piscina.

—Vamos, siéntate. —Arlan dio unas palmaditas al lado del bordillo, donde él estaba apoyado.

Me quité las zapatillas deportivas y los calcetines, y me senté, procurando que el bordillo no estuviera mojado. Dejé el folio de plástico a una distancia prudencial de mí para evitar que se mojara. Como llevaba un pantalón vaquero corto, estiré mis piernas, sintiendo cómo mis pies se sumergían en el agua. Era una sensación agradable.

Que Arlan me pidiera que le acompañara no era algo extraño, pero que lo hiciera después de haberme ignorado durante los últimos diez días, sí lo era. Suponía que ahora era el momento en el que rompía mi corazón. Ahora era el momento en el que me decía que lo que había pasado era un error. O quizá, estaba enfadado conmigo. Aunque eso no tenía ningún sentido, ya que había sido él quien me había besado.

—No sabía que te gustaba nadar —hablé antes de que él pudiera hacerlo, como si de esa manera pudiera evitar cualquier posible conversación que no quería oír.

Una maldita cobarde. Eso es lo que era.

—Es que no me gusta —me corrigió, encogiéndose de hombros—. No es mi deporte favorito. Nunca lo ha sido, pero solía practicarlo cuando era un niño. —Los ojos de Arlan se oscurecieron, volviéndose completamente negros, como si estuviese recordando un recuerdo lejano doloroso del pasado—. Aun así, se me da muy bien, como todo lo que hago —añadió, guiñándome un ojo.

Arlan no tenía abuela. Él no era un hombre que conociese la modestia. Era vanidoso, y si fuera cualquier otra persona, hubiera entornado los ojos y hecho un comentario sarcástico. Sin embargo, me limité a reírme tontamente, especialmente cuando me guiñó el ojo. ¿Qué podía decir? En el fondo, él tenía razón. Se le daba bien todo lo que hacía, incluido apoderarse de mi corazón, aunque esto lo hiciese sin ni siquiera intentarlo.

—Ya decía yo. Si no, lo sabría.

—¿Ah, sí? —Arlan arqueó una ceja, mirándome con diversión. Moví mi cabeza en un asentimiento, con orgullo—. Yo creo que no. Hay muchas cosas de mí que no conoces, Erin. —La expresión relajada de Arlan cambió a una más seria. Aquello ya no se sentía como una broma; más bien, parecía una advertencia.

«Hay muchas cosas de Arlan que no conoces, cariño. Él no es como tú crees». Las palabras de Arlan me recordaron a las que mi madre me había pronunciado durante varias ocasiones en el pasado.

Ambos se equivocaban. Puede que Arlan y yo no pasáramos mucho tiempo juntos, pero nos conocíamos desde hacía más de diez años, durante los cuales me había hecho una experta en él. Si Arlan fuera una asignatura, estaba convencida de que sacaría matrícula de honor.

Arlan era un hombre con un gran corazón. Uno que se había preocupado por mí cuando no

tenía ninguna razón para hacerlo. Un hombre justo, y uno tan guapo como un dios griego, y que besaba como un verdadero amante debía hacerlo.

«No vayas por ese camino». «Deja de pensar en sus labios, esos tan apetecibles que...»

Negué con la cabeza, provocando que Arlan alzara una ceja. Él me observaba con atención y yo lo único que deseaba era meterme en la piscina con él. Por mucho que me prometiese a mí misma que iba a olvidarme de él, era una promesa imposible de cumplir. Nunca había podido, y después de probar sus labios, aún podía menos.

—Voy a dejar que sigas nadando —dije, porque si seguía allí junto a él iba a ponerme en evidencia, más de lo que ya me había puesto.

—¿Seguro que eso es lo que quieres? —me preguntó Arlan, provocando que frunciera el ceño, sin entender su pregunta—. Sabes que no es eso lo que quieres —respondió antes de que yo pudiera hacerlo. Se apartó del bordillo para moverse hacia mí. Colocó sus manos en mis rodillas para abrir mis piernas y colocarse entre ella.

Ese gesto se sintió como lo más sensual que nadie había hecho antes conmigo. Tenía su cuerpo cerca del mío, a pesar de que él seguía en el agua y yo estaba sentada en el bordillo. Aquello no era un simple gesto de amistad. Él estaba tonteando conmigo. Y esta vez, yo no estaba malinterpretando las señales. Podía ser inexperta, pero no idiota.

—¿No es lo que quiero? —repetí las mismas palabras que él había tenido conmigo, y arqueé una ceja, de la misma manera que él había hecho—. ¿Eso crees?

Una sonrisa juguetona bailó en los labios de Arlan.

—Sí, soy muy bueno leyendo las señales. —Arlan se impulsó para quedar a mi altura, con sus labios a pocos centímetros de los míos.

—¿Y si no es así? ¿Y si no es eso lo que quiero? ¿Y si, por una vez, no lo sabes todo? —cuestioné—. Tal vez no me conoces tan bien como piensas.

Arlan sonrió con suficiencia.

—¿Sabes en lo que también soy muy bueno? —Apenas estaba escuchando sus palabras, porque lo único que podía hacer era mirar su boca—. En cazar a los mentirosos. —Arlan acercó sus labios a los míos y, cuando creía que iba a besarme, movió sus labios hasta mi oído. Su risa retumbó en mi piel—. Y tú eres una mentirosa pésima. Siempre lo has sido. No importa lo que tu boca diga, tu cuerpo te delata —me susurró, cada una de sus palabras calentando mi cuerpo.

Ni siquiera estaba prestando atención a su conversación. Su aroma, su cercanía, era tan atrayente que era lo único en lo que podía pensar, lo único en lo que me podía concentrar. Sus labios rozaban mi oreja, provocando un cosquilleo agradable, y su voz retumbaba en mi piel. Sin embargo, Arlan soltó sus manos y volvió a caer en la piscina, provocando que unas pocas gotas de agua me mojaran, y todas las sensaciones desaparecieran de golpe.

Antes de que pudiera procesar la decepción de su ausencia, agarró mis tobillos y tiró de ellos, provocando que me cayera a la piscina. Sin tener tiempo para procesar lo que estaba pasando, me encontré aprisionada entre los brazos de Arlan y sus labios contra los míos. ¿Cómo podía echar tanto de menos algo que tan solo había tenido una vez?

—Llevo diez días queriendo hacer esto —susurró contra mis labios, mi respiración entrecortada, mezclándose con la suya—. Nunca me he negado nada que deseara, pero contigo lo he hecho, porque te mereces a un buen hombre. Te mereces a un príncipe, Erin. Y yo estoy lejos de serlo, pero me he cansado de mantenerme apartado.

—No quiero a un príncipe, Arlan. Nunca lo he querido.

—¿Y qué es lo que quieres, Erin?

—A ti. —Ni siquiera tuve que pensar en la respuesta—. No te alejes de mí, no es lo que

quiero.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo —susurró, estirando una mano para acariciar mi mejilla, sin alejar su boca de la mía—. Estás jugando con fuego y ni siquiera te das cuenta.

Iba a responderle que sabía lo que estaba haciendo, pero él no me lo permitió. Unió sus labios a los míos para besarme con pasión. Un beso diferente al primero que nos habíamos dado. Era como si la primera vez hubiese sido el preludio. Y este... Este lo era todo. Su boca resultaba sorprendentemente suave sobre la mía, sus labios cálidos mientras su lengua exploraba con ansia hasta el último rincón de mi boca.

Me dejé llevar, permitiendo que fuera Arlan quien llevara la iniciativa. Me sentía como arcilla moldeable en sus brazos, porque Arlan rezumaba habilidad y confianza. La confianza de un hombre que sabía lo que estaba haciendo, que era más que capaz de llevarme al cielo solo con el roce de su lengua contra la mía.

Él jadeó en mi boca y yo me sentí la mujer más poderosa de la tierra. Una descarga eléctrica cruzó todo mi cuerpo cuando él enredó su mano en mi cabello, y pegó mi espalda contra la pared de la piscina. Aunque lograba hacer pie, instintivamente, rodeé sus caderas con mis piernas. Un ronroneo de satisfacción brotó de lo más hondo de su garganta a la vez que profundizaba el beso.

Gemí y una ola de calor inundó todo mi cuerpo, provocando que mi corazón latiese a un ritmo frenético. No quería que el beso terminase, a pesar de que en el fondo de mi mente una alarma estaba saltando, avisándome de aquello era un error, que cuando todo terminase yo me quedaría destrozada porque siempre querría más de Arlan de lo que él podría darme, no la escuché. ¿Cómo podía hacerlo cuando lo único en lo que podía concentrarme era en las sensaciones que aquel beso me estaba haciendo sentir?

Solo podía pensar en aquel hombre maravilloso con el que había soñado desde que era una niña pequeña. Aquel hombre, que en aquel instante, era mío.

Cuando él rompió el beso, yo sentí una desagradable sensación de pérdida.

—No he terminado contigo, Erin —dijo, a la vez que yo me desenredaba de su cuerpo a regañadientes—. Solo acabamos de empezar.

Arlan apoyó sus manos en las baldosas del bordillo y se impulsó a sí mismo, saliendo de la piscina. Él estiró su brazo, ofreciéndome su mano.

—Vamos, tira. —Agarré su mano y él tiró con fuerza para ayudarme a salir de la piscina, impulsándome y provocando que cayera sobre él. Arlan se cayó hacia atrás y acabamos los dos sobre el suelo, yo encima de él—. No con tanta fuerza.

—Oh, mentiroso —golpeé mi mano contra su pecho, riéndome—, has sido tú quien nos has tirado.

Arlan alzó sus manos en fingida señal de paz.

—Culpable —reconoció, riéndose. Y él se veía tan guapo así, bromeando y relajado. Eran pocas las veces que lo veía así.

—Lo dices con tanta impunidad —bromeé, señalando con el dedo índice, acusadoramente.

—No es la primera ni la última vez que soy culpable, Erin. Y siempre me siento orgulloso de serlo. —La sonrisa de Arlan se había desvanecido y su voz era más seria. Sentí que el ambiente relajado se evaporaba y aquello, de nuevo, se sintió como una advertencia.

—Por tu culpa estoy empapada —dije, sintiendo la necesidad de cambiar de tema desesperadamente.

Mis palabras parecieron distraer a Arlan.

—Eso espero.

Fruncí el ceño ante la sonrisa pícaro que se formó en los labios de Arlan. Él tiró suavemente

de mí para darnos la vuelta y colocarse a un lado de mí. No fue hasta que no sentí su mano sobre mi abdomen, bajando lentamente hasta el dobladillo de mi pantalón y colándose por mi ropa interior, que no entendí el doble sentido de sus palabras.

Podía sentir la intensidad de la mirada de Arlan sobre mí. Sus ojos ahora estaban casi negros. Él buscaba mi aprobación. Arlan jamás haría algo para lo que yo no me sintiese preparada.

Nunca había llegado tan lejos con ningún chico. No había pasado de toqueteos por encima de la ropa. No lo había hecho porque no me sentía preparada; porque ninguno de ellos era Arlan.

—No me refería a eso —susurré, sintiendo los movimientos de sus dedos contra mi núcleo.

Arlan se rio contra mis labios y tiró de mi labio inferior con sus dientes. Cuando creí que la sensación no se podía mejorar, Arlan descendió por mi cuerpo y tiró del dobladillo de mis pantalones cortos y mi ropa interior para sustituir sus dedos con su lengua.

Puede que todo terminase entre nosotros. Puede que lo nuestro no fuera posible. Y, sin embargo, en ese momento, nada de eso me importaba. Porque sabía que, independientemente de lo que pasara entre nosotros, jamás me arrepentiría de eso.

Porque era él. Siempre sería él.

Un quejido involuntario se escapó de mis labios cuando Arlan detuvo sus movimientos. Bajé la mirada para ver que Arlan había alzado la cabeza y sus ojos me observaban con una emoción que no supe reconocer.

—¿Soy el primero? —Su pregunta era demandante y, al principio, estaba tan aturdida que tardé unos instantes en entender sus palabras.

—Sí —Arlan arqueó una ceja, como si mi respuesta no fuese lo suficientemente específica—, el primero en todo. Nunca antes he estado tan íntimamente con un chico. Soy virgen —aclaré por si no había sido suficientemente clara.

Por unos segundos temí que aquello podría ser un problema para Arlan. ¿Quizá era preocupación el brillo de sus ojos que no había sabido identificar? Sin embargo, no era eso lo que parecía. No, parecía un sentimiento más profundo. Y por la forma en la que él respondió, supe que no me equivocaba.

—Bien —masculló con satisfacción.

Un gemido brotó de mis labios cuando volví a sentir la lengua de Arlan sobre mis pliegues. Él evitaba el contacto directo con mi clítoris, posiblemente para hacerme rogar por su toque. Si ese era su cometido, lo logró con creces, ya que impulsé mis caderas hacia delante en una petición silenciosa, logrando que se riese sobre mi carne. Provocándome una sensación abrasadora.

Para cuando uno de sus dedos entró lentamente en mi interior, estaba a punto de explotar.

—¿Qué haces? —pregunté cuando sus dientes mordieron con cuidado mi clítoris. Me latía el corazón con tanta fuerza que apenas era capaz de hablar—. Arlan —su nombre salió en forma de petición de mis labios, porque solo él podía darme lo que necesitaba.

—Joder, me vuelves loco cuando gimes mi nombre.

—Arlan, por favor. —A pesar de mis palabras, era una exigencia.

Una que él cumplió. Sacó su dedo de mi interior y lo sustituyó por su lengua. Sus dedos encontraron con facilidad mi clítoris y jugó con él mientras su lengua entraba y salía de mi interior.

Un calor casi instantáneo se apoderó de mí y el fuego recorrió mis venas, provocando que explotase en el mejor orgasmo que había tenido nunca. Sentí como si una bomba atómica de sensaciones hubiese explotado en mi interior, arrasando todo con ella.

Arlan levantó la cabeza y sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Él gateó y me besó

perezosamente.

—Cariño, eres el mejor dulce que he probado nunca.

—¿Mejor que el *crumble* de ruibarbo?

Arlan me miró con incredulidad y él estalló en carcajadas.

—Mucho mejor.

Arlan se tumbó a mi lado. Un silencio se formó entre nosotros, pero no era exactamente incómodo. No había vergüenza ni arrepentimiento. Mi mirada descendió por el cuerpo de Arlan, sintiendo una punzada de orgullo al ver la tienda de campaña que se formaba en su bañador negro. Yo había provocado eso. Con una confianza que no sentía, estiré mi mano hacia él, pero antes de llegar al borde de su bañador, Arlan agarró mi muñeca, deteniéndome.

Arqueeé una ceja, confusa, sin entender por qué me había parado.

—No hace falta que lo hagas.

—Pero quiero hacerlo, quiero devolverte el favor.

Arlan sonrió.

—Yo nunca hago favores, Erin —dijo, soltando mi mano con suavidad y colocándola lejos de su bañador.

—No es un favor. Quiero que sientas placer, de la misma manera que me lo has hecho sentir a mí.

Élladeó la cabeza para mirarme a la cara. La tenue luz de las farolas le iluminaba el precioso y varonil rostro. Él parecía satisfecho, aunque la única que había sentido placer era yo.

—Confía en mí. Nunca antes había sentido tanto placer.

Mi mirada bajó de nuevo a su bañador, donde su erección continuaba golpeando la tela.

—Puede que no sepa mucho sobre sexo, pero conozco la teoría —le respondí, enarcando una ceja—. Y es evidente que no te has quedado satisfecho.

Arlan se encogió de hombros.

—Soy un hombre adulto, sé cuándo es mejor posponer el placer inmediato para conseguir mejorar la propia situación a largo plazo.

Dejé el tema, pese a no entender del todo su razonamiento. Cuando la neblina de deseo se fue diluyendo, comencé a ser consciente de que me encontraba medio desnuda en la zona de la piscina, a la vista de cualquier trabajador e, incluso, de mi hermano, que se movía por la mansión como si fuese su propia casa.

Me incorporé con toda rapidez, poniéndome mi ropa interior y mis pantalones cortos mientras escaneaba con la mirada los alrededores.

A Tyrone le daría un ataque al corazón si me pillaba. ¿Cómo se me ocurría ser tan irresponsable?

Yo misma podía responderme a mi pregunta: cuando se trataba de Arlan, cualquier pensamiento lógico desaparecía de mi mente.

—No hay nadie, Erin. —Arlan siguió mi mirada, dándose cuenta de mis pensamientos—. Todos mis hombres están afuera. Siempre me dan privacidad.

—¿Y las cámaras? —Había pasado suficiente tiempo en la mansión para saber que había cámaras por todos lados. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—Te aseguro que nadie verá lo que acaba de ocurrir entre nosotros, ni quedará grabado en otro sitio que no sea en nuestra memoria.

Un suspiro de alivio brotó de mis labios. Confiaba en Arlan. Él no dejaría que nadie viera un momento tan íntimo. Ya vestida, me senté en el suelo junto a él, que seguía tumbado cómodamente. Mi ropa estaba mojada, pero no me importó.

—¿Quedará grabado en tu memoria?

Ese fue su momento para suspirar.

—Por supuesto. No voy a poder olvidar tu rostro cuando te corres. Eres preciosa, pero jamás te había visto tan bonita como en ese momento.

Me llevé las manos a la cara al sentir el calor inundando mi piel. Solo pude sonreírle, ya que no lograba que las palabras saliesen de mi boca. Sentía una mezcla entre vergüenza y felicidad.

—Venga, es hora de dormir —dijo, sentándose—. Te vendrá bien. Has tenido demasiadas emociones por hoy.

Aquello me sonó como una invitación, pero al mirarle la cara me di cuenta de que no lo era. Arlan no me estaba ofreciendo dormir con él.

Arlan se levantó y lo hice con él. Él se acercó a una de las tumbonas donde descansaba una toalla y me rodeó con ella, secándome.

—Sécate tú también —ofrecí cuando me colocó la toalla por el cuerpo, tapando la ropa mojada.

—No te preocupes. Voy a quedarme nadando un rato más.

Si había dudado que no tenía intención de irse a la cama conmigo, sus palabras me lo confirmaron.

—Está bien —dije, intentando obviar la decepción.

Aunque no estaba preparada para acostarme con él, sí lo estaba para dormir juntos. Después del momento de intimidad que habíamos vivido, me hubiese gustado pasar la noche juntos y abrazados. Pero, eso solo eran ensoñaciones de una niña y yo era una adulta. Que Arlan me hubiese dado un orgasmo no significaba que estuviese enamorado de mí, ni siquiera que sintiese por mí algo más que cariño y deseo.

Así todo, dolía. Dolía, aunque no tenía a quién culpar. Él no me estaba prometiendo nada.

Cogí mis zapatillas, evitando ponérmelas para no mojarlas. Iba a dirigirme al interior de la vivienda cuando Arlan me detuvo.

—Espera, Erin. Se te olvida esto.

Mis currículums.

Fui a coger el plástico que me tendía, pero Arlan no parecía querer soltarlo. Su mirada estaba en mi currículum.

—¿Qué es esto?

—Son las copias de mis currículums —le expliqué, porque no había nada que ocultar. De hecho, pensaba contárselo—. He estado pensando en qué hacer este año y he decidido aceptar la propuesta de Adele. Ella va a entrar a la universidad de Dublín y su padre le ha regalado un apartamento cerca del campus. He decidido irme a vivir con ella. Creo que un año libre me vendrá bien. Aprovecharé para trabajar y ahorrar. ¿Puedes revisar mi currículum? —le pregunté—. Tú sabes más sobre la vida laboral que yo. —Había pensado en enseñárselo para que me diese su opinión. Arlan podría ser de gran ayuda.

Arlan frunció el ceño. Él no miró la hoja.

—¿Por qué querías trabajar?

—Para poder ahorrar dinero y pagarme parte de la matrícula de una escuela de música. Buscaré una que esté dentro de mis posibilidades. Ya he visto un par que ofrecen becas parciales y son más económicas —quizá no sería tan buena o prestigiosa como la de Ohio, pero valdría—. Además, ganaré mucha experiencia.

Arlan me dio una mirada cansada.

—No necesitas ahorrar dinero, Erin. Tampoco necesitas ninguna beca parcial, ni esperar al

año que viene. Creía que estaba todo hablado.

¿Hablado? Yo no tenía nada que hablar con él. Era mi futuro, no el de él.

—No hemos hablado nada, Arlan.

—Le pedí a Emer que te dejara los folletos de las mejores escuelas de música de Dublín en tu habitación para que pudieras elegir una. ¿No te los ha hecho llegar?

—¿Fuiste tú? —pregunté, recordando hacía cuatro días había encontrado unos cuantos folletos de diferentes escuelas de música, las más exclusivas y caras de Dublín encima de la mesa de mi escritorio. Había estado tan dispersa que ni siquiera había vuelto a pensar en ello. Por supuesto que había sido Arlan. Desde luego, no mi hermano, a quien no había visto y ni siquiera le había podido contar que no me habían admitido en la escuela de música. Tampoco era como si él hubiera preguntado—. Sí que los vi, pero no puedo pagarlos. —Arlan fue a replicar, pero se lo impedí—. Te agradezco mucho tu ayuda, pero me va a venir bien un año libre. Y quiero valerme por mí misma.

—¿Lo sabe tu hermano?

—No.

—¿Y no deberías preguntarle que opina?

—¿Por qué haría eso? —pregunté, empezando a irritarme con aquella conversación—. No le veo desde hace días. Solo me envía mensajes para asegurarse de que estoy bien. Ni siquiera me ha preguntado si ha llegado la carta de admisión de la escuela de música.

Sabía que mi hermano tenía demasiado en su vaso, pero yo también, y no por eso le ignoraba. Había intentado acercarme a él, pero era imposible. Cuando respondía a mis llamadas era para preguntarme si me había pasado algo, y cuando le respondía que estaba todo bien, me decía que estaba muy ocupado y me colgaba. Sentía que había una pared de cristal entre nosotros que me impedía acercarme a él, algo que nunca antes me había pasado.

Me sentía abandonada por mi propio hermano.

—En estos momentos, los negocios están pasando por un momento delicado —me explicó, sin darme muchos detalles—. Tyrone es mi mano derecha, y he volcado en él muchas de las responsabilidades —dijo, justificando a su mejor amigo. ¿Qué otra cosa iba a hacer?—. Él se preocupa por ti. —Arlan estiró la mano con la que no sostenía los currículums para acariciar mi mejilla.

—Sé que se preocupa, Arlan. —Exhalé un suspiro. Sabía que mi hermano me amaba con todo su corazón—. Pero si quiere saber sobre mi vida, tendrá que preguntarme.

Arlan arrugó el ceño ante mis últimas palabras y él bajó su mano.

—¿Es por eso? —preguntó, y yo le miré confundida, sin saber a qué se refería—. Nunca pensé que diría esto, pero te estás comportando como una niña pequeña.

—¿Cómo dices?

—Dejar de tocar el piano para castigar a tu hermano es bastante infantil.

Por Dios, él lo había entendido todo mal.

—No quiero dejar de tocar el piano, Arlan. Y no voy a tomarme un año sabático para castigar a Ty. Nunca haría eso.

Aquella conversación estaba comenzando a tornarse más absurda a cada minuto que pasaba.

—¿Y entonces, por qué lo vas a hacer? ¿Por qué querías perder un año cuando no hay necesidad?

—No lo sé, Arlan —respondí, cansada—. ¿Por qué esto está empezando a parecer un interrogatorio? —Fui a coger el plástico con los currículums, pero Arlan no lo soltó.

—¿Por qué querías cometer esa estupidez?

—¡Porque es *mi* estupidez! ¡*Mi* vida, *mis* estupideces! ¡No las de Tyrone ni las tuyas! — exploté, tirando con tanta fuerza que conseguí que Arlan soltara el plástico, perdiendo la paciencia y alzando la voz más de lo que me hubiera gustado—. Tienes razón, ha sido un día lleno de emociones y necesito descansar —dije, antes de que Arlan pudiera responder, tratando de reconducir la conversación. Si algo no quería era enfadarme con Arlan, y menos después de lo que acaba de pasar entre nosotros—. Y creo que necesito una ducha caliente.

Pude ver el desafío en los ojos de Arlan, pero él debió decidir que era mejor dejarlo estar.

—Te acompaño a tu habitación. —Arlan puso una mano en la parte baja de mi espalda y me acompañó hasta mi habitación, despidiéndose en la puerta con un efímero beso en los labios.

## Capítulo 16

### *Erin*

A pesar de que podía sentir el cansancio en mi cuerpo, no era capaz de conciliar el sueño. Los acontecimientos que habían pasado en el jardín me impedían hacerlo.

Lo que siempre había soñado, lo que siempre había anhelado, era lo que estaba teniendo. Arlan no se había arrepentido de nuestro beso, él no había estado huyendo de mí durante esa última semana. Aunque debería haberlo sabido, Arlan no huía, él confrontaba.

Él no se había echado hacia atrás, habíamos dado un paso más. ¿Eso qué quería decir?

Ni siquiera yo misma era capaz de encontrar una respuesta a mi pregunta.

Sin embargo, había algo que no me permitía disfrutar por completo del momento que habíamos compartido, algo que enturbiaba el recuerdo. La forma demandante en la que él me había hablado en la conversación que habíamos mantenido, como si él tuviera el derecho a decidir sobre mi vida, como si le perteneciera a él.

Esa determinación en su mirada. Ese brillo en sus ojos.

Me di la vuelta en la cama, inquieta. Había dejado las cortinas entreabiertas, descorridas, y la luz de la luna enfocaba la urna de mi madre, que seguía en la estantería.

«Hay muchas cosas de Arlan que no conoces, cariño. Él no es como tú crees». Las palabras de mi madre volvieron otra vez a mi memoria. Incluso pude escuchar su voz con nitidez en esta ocasión.

Pateé las sabanas con la pierna y me incorporé en el colchón. Pasé mis manos por mi cabello. Estaba perdiendo la cordura.

Estiré la mano para coger la llave que había dejado encima de la mesita y me coloqué la cadena en la que la había colocado, por mi cuello.

Aunque no la llevaba a todos lados conmigo, ya que quería evitar preguntas indiscretas, eso no significaba que olvidase que la tenía. Durante días, había estado segura de que nunca sería capaz de usarla, pero, en ese instante, sentía como si mi madre me estuviese gritando que había llegado el momento. El momento de entrar en su habitación y enfrentarme a los recuerdos.

Unos recuerdos que tenía miedo que me destrozasen, pero que también podían hacer que me sintiese mejor. Porque, necesitaba a mi madre, y en su habitación era el lugar donde más cerca la volvería a sentir.

Mi corazón latía con fuerza mientras observaba la puerta de madera que se encontraba frente a mí. Me quité la cadena y sostuve la llave con fuerza. Había llegado hasta allí convencida de que era lo correcto y no pensaba irme hasta lograrlo.

Tenía que hacerlo en algún momento, ¿no? Tenía que enfrentarme a eso.

Era la única manera de poder seguir adelante. Mi madre ya no estaba conmigo y ese dolor sofocante jamás desaparecería, pero tenía que aprender a vivir con su recuerdo, a ser capaz de recordarla con una sonrisa.

Ya era hora de que me enfrentase a la realidad. Una que dolía, pero que no podía seguir negando. Mi madre había fallecido y no podía mantener su cuarto como un museo. Era hora de recoger su ropa y donarla a la beneficencia, al igual que aquellas pertenencias que mi hermano o

yo no decidiésemos quedarnos.

Aunque estaba corriendo demasiado. De momento, me limitaría a entrar y lidiaría con su pérdida.

Inspiré profundamente. Con dedos temblorosos, introduje la llave en la cerradura y la puerta se abrió un segundo después. Busqué el interruptor y la luz inundó la habitación.

Un suspiro de alivio brotó de mis labios al comprobar que todo estaba tal cual la última vez que había estado allí. No sabía qué había temido encontrarme. Pero, lo único que sentí al entrar en la habitación de mi madre, fue paz.

Arlan no me había mentido, todas las pertenencias de mi madre estaban intactas, tal y como ella las había dejado. Y, en ese momento, me sentí agradecida con él por haberme dejado ser quien se encargase de todo. Me hubiese arrepentido si otra persona hubiese recogido ese cuarto. Era algo que me pertenecía hacer a mí.

Arlan me conocía mejor que yo a mí misma. Él conocía mis deseos, incluso cuando yo aún no los había averiguado. Eso me hizo plantearme si, quizá, él tenía razón y, tal vez, no debería coger un año sabático.

Descarté el pensamiento. Había tomado una decisión, una con la que me sentía a gusto. Estar en aquella habitación que había pertenecido a mi madre me daba fuerzas para ser firme en mis convicciones y luchar por aquello que deseaba. Era lo que mi madre siempre quería que me convirtiese en una mujer fuerte e independiente.

Con pasos decididos, fui recorriendo la habitación. Abrí el armario empotrado y suspire cuando la ropa de mi madre apareció ante mí. Ella no poseía demasiado, pero lo que tenía eran prendas cómodas. Mi madre había sido una mujer atractiva, pero que por culpa de la mala vida que mi padre le había dado ella había dejado de lado cuidarse a sí misma. Se había olvidado de que no era solo madre que también era mujer. Yo pensaba solucionar eso, tenía intención de llevarla de compras en cuanto cobrase mi primer sueldo, incluso había pensado en apuntarla a alguna agencia de citas para que encontrase el amor. Desgraciadamente, ya era tarde para todo eso.

Pasé mis dedos por un sencillo vestido verde de verano que colgaba de una de las perchas. Uno de sus vestidos favoritos, poco favorecedor, ya que era demasiado ancho, pero que ella se ponía los días de calor. Aunque la tela estaba gastada, eso no le había importado.

Con un suspiro, cerré la puerta del armario. Aún no estaba preparada para deshacerme de su ropa, tampoco era como si tuviese prisa. Me acerqué hasta la mesilla de noche encima de la cual descansaba un libro. Era un *thriller* de un autor que no conocía. No era un género que yo leyese, por lo que no me extrañó no reconocerlo. Mi madre y yo teníamos gustos literarios diferentes, aunque ninguna de las dos era una ávida lectora. Yo prefería escuchar música cuando no la estaba tocando o componiendo, y mi madre trabajaba tan duro que la mayor parte de su tiempo libre se lo pasaba durmiendo.

Cogí el libro para darme cuenta de que apenas había empezado a leerlo. El marcapáginas marcaba la página veinte. Algo más que mi madre había dejado a medias y ya nunca terminaría. Volví a dejar el libro en su lugar intentando que la tristeza no se apoderase de mí.

Tal y como me esperaba estar allí estaba siendo duro para mí, no solo porque cada rincón me recordase a ella, sino porque me gritaba que su muerte había sido repentina y trágica. Cortada de raíz por un desalmado. Sueños y planes rotos. Los de ellas y los de aquellos que la amábamos. Por un instante deseé que mi hermano encontrase al culpable y se lo hiciese pagar. Pero solo fue un segundo lo que tarde en volver a recordar que no era lo que mi madre desearía, ella creía en la justicia. A pesar de todo, mi madre seguía confiando en las leyes.

Yo no podía confiar en los agentes de la ley, no cuando nos habían dado la espalda, no cuando mi padre había sido uno de ellos. Pero me negaba a vivir con ira y rencor. Eso no era vida, era supervivencia y yo deseaba vivir.

Todos mis pensamientos se detuvieron cuando reconocí la vieja manta de cuadros rojos y blancos que se encontraba al borde de la cama, sobre las sábanas. Era una de las pocas pertenencias que mi madre se había llevado de nuestra vieja casa. No era como si hubiéramos tenido tiempo a hacer las maletas aquella noche. Y, además, sabía que mi madre tampoco quería llevarse ninguna pertenencia, que le recordara a los viejos tiempos, que le recordara a mi padre.

La vida en esa casa fue un infierno y todos queríamos olvidarnos de ello. Aunque nunca podríamos. Ni mi madre, ni Tyrone, ni yo. Cada uno, a nuestra manera, siempre tendríamos nuestros demonios. Y tendríamos que lidiar con ellos.

Aquella manta no tenía un gran valor económico. Era una vieja manta que mi madre había comprado en una tienda que estaba en liquidación en el centro de Dublín. Pero era la manta que utilizábamos para acurrucarnos en el sofá mientras veíamos la televisión en los pocos momentos de paz que tuvimos en aquellos años.

La sostuve entre mis manos y me tumbé sobre la cama, tapándome con la manta. En ese instante fue como si mi madre volviera a estar conmigo. Dejé que las lágrimas se derramaran por mis mejillas durante lo que parecieron horas. Mis manos vagaron inconscientemente por el material de la manta hasta encontrar un agujero. Esa era una manía que tenía y que mi madre detestaba. La manta era tan vieja que, con el tiempo, se agujereó y mi madre la cosió, pero yo tendía a rasgar el agujero con mis uñas y hacerlo más grande. No lo podía evitar.

En esta ocasión, lo estaba haciendo de nuevo. Pude imaginar a mi madre riñéndome y una sonrisa se dibujó en mis labios. Sin embargo, sentí algo diferente, como si el agujero fuera más grande. Metí la mano hasta sacar un móvil negro.

No era el móvil que ella usaba siempre. Ese se lo había quedado Tyrone. No me había opuesto, ya que no me veía con fuerzas para mirar su contenido, pero ahora sí que pensaba pedírselo. Estaba deseando ver las fotos que ella había sacado con su cámara de nosotras dos juntas y que nunca me había pasado.

Mientras sujetaba ese segundo móvil entre mis manos, intenté entender para qué necesitaba mi madre dos móviles, y lo que era más importante, porque lo escondería. Estaba apagado, por lo que lo encendí. Pero cuando puse la clave que mi madre usaba en su otro teléfono, clave que yo misma le había puesto, averigüé que no era válida.

Intenté pensar en claves que mi madre pudiese utilizar, pero no se me ocurrió ninguna. Ella era pésima con las tecnologías, y siempre me dejaba a mí esa labor. Yo le había creado su *e-mail*, incluso su cuenta de Instagram, que nunca usaba. Todas con la misma contraseña para que no se liara, tal y como ella me había pedido.

A cada segundo que pasaba, me daba cuenta de lo extraño que era todo. Ella apenas usaba su móvil, y ahora resultaba que tenía otro que escondía en su habitación, dentro del agujero de una manta.

¿Por qué haría algo así?

## Capítulo 17

### *Arlan*

—Me importa una puta mierda que asuntos internos te esté vigilando —le dije a Konan mientras sujetaba su cuello con mi mano derecha—. Te pago una puta pasta para que me avises cuando nos van a hacer una redada.

Konan era uno de los policías corruptos que teníamos en nómina. El hombre, que estaba a principios sus cincuenta, luchaba por respirar. Su cara se puso de un rojo bermellón, y sabía que si seguía así, lo mataría, pero, en esos momentos, no podía importarme menos.

Tras un par de semanas sin ningún incidente, la policía se había presentado en una de nuestras fábricas donde guardábamos drogas e interrogábamos a nuestros enemigos. Por supuesto que mi nombre no aparecía por ningún lado, y además, los holandeses nos habían avisado antes, pero a mis hombres apenas les había dado tiempo a deshacerse de la mercancía.

Mercancía valorada en dos millones de euros que habíamos perdido casi en su totalidad. Era un puto desastre.

—Lo sí... en... to... yo....

—No me gustan las disculpas, Konan —siseé, sin soltarlo—. ¿Tantos años trabajando juntos y aún no sabes eso de mí?

—Vas a tener que soltarlo para que pueda hablar —me aconsejó Tyrone. Él se encontraba unos pasos detrás de mí. Pese a sus palabras, sabía que él estaba igual cabreado que yo.

Tyrone no soportaba a Konan. De la misma manera que detestaba a cualquiera de los policías que teníamos en nómina. Mi mejor amigo no confiaba en los policías, y no le gustaba que trabajásemos con ellos, pero sabía que era algo necesario.

Hice caso Tyrone a regañadientes y Konan cayó al suelo, sujetándose el cuello mientras respiraba desesperadamente. Esperé pacientemente a que se recuperase, o todo lo paciente que fui capaz, ya que un minuto después estaba pateándole el tobillo para que comenzase a hablar.

—No he podido avisaros porque desconfían de mí y nadie me avisa de nada. —Las palabras de Konan salieron atropelladas. Él ni siquiera se levantó del suelo—. Cuando me he enterado, era tarde, y no podía arriesgarme a llamaros.

Konan no mentía. Sabía que le estaban controlando. Mis dos hombres que le habían traído hasta el almacén en el puerto donde nos encontrábamos habían tenido dificultades para meterle en el coche sin causar sospechas.

—No me sirves de nada si no puedes avisarme de una redada que se monta en tu jurisdicción.

El hombre me observó con sus pequeños ojos castaños. Estaba acojonado, tal y como debía. Yo no daba segundas oportunidades.

—Lo sé... Por eso no pediré mi pago este mes —balbuceó, haciendo un esfuerzo para levantarse, pero fallando. Aunque tampoco era como si yo fuese a darle un puto euro más.

—Lo que debes pedir es que permita que sigas con vida —repliqué—. Dame una puta razón para que no te mate —vociferé.

—Sigo siendo inspector de policía. Solo tengo que esperar que termine la investigación contra mí. Si no encuentran nada, podré descubrir quién está dando los chivatazos.

—¿De verdad crees capullo de mierda que puedo esperar?! —bramé, intentando controlarme, aunque a cada minuto que pasaba me costaba más.

Konan tragó con dificultad.

—Quien sea que avisa no ha dado tu nombre ni el de tu familia. En realidad, mis superiores no saben con quién están tratando.

Di un paso hacia él y le pisé uno de sus dedos regordetes, para después pasar la suela de mi zapato por toda su mano, aplastándola con fuerza. Konan emitió un chillido, pero no trató de moverse.

—¿Me estás amenazando? —pregunté, con la voz fría y carente de emoción.

—No, por supuesto que no —se apresuró a decir, con las facciones contraídas por el dolor. Si no era capaz de aguantar un poco de dolor, se iba a desmayar en cuanto mi cuchillo hiciese contacto con su piel, algo que a cada segundo que pasaba tenía más ganas de hacer—. Lo que estoy diciendo es que tienes esa ventaja. Tampoco saben que estoy en tu nómina, solo sospechan de que he robado drogas que teníamos como prueba en un caso.

—¿Y es verdad? —inquirió Tyrone mientras yo levantaba mi pie.

—No —se apresuró a mentir el muy gilipollas.

Esa era la parte mala de los policías corruptos, que no sabían cuándo parar.

—Vamos a hacer una cosa —dije, a la vez que me pasaba la mano por la cara para calmarme. Quería matarlo y deshacerme de su cuerpo, pero él era el único policía que teníamos en nómina en esa comisaría. Aunque, Lorcán, un joven inspector de policía que trabajaba para nosotros estaba tramitando su traslado desde otra comisaría, aún tardaría unos meses y no podía permitirme dejar esa comisaría sin vigilancia, no cuando algún hijo de puta les estabas dando chivatazos—. Voy a asegurarme que las pruebas que tengan contra ti desaparezcan, y una vez fuera de los ojos de asuntos internos, más te vale descubrir quién cojones está dando los chivatazos y avisarnos antes de que vengan a por nosotros.

Konan asintió y yo me giré para marcharme. Si seguía un puto instante más allí, iba a matarlo, y no podía permitírmelo. Me jodía tener que mantener con vida a ese incompetente del que no me fiaba ni un pelo, pero, desgraciadamente, los policías corruptos no caían de los árboles. Últimamente, parecía que estaba de moda ser decente. Algo que nos venía muy mal.

—¿Confías en que hará las cosas bien? —me preguntó Tyrone en cuanto montamos en el coche.

Encendí el motor, haciéndolo rugir, y salí del aparcamiento del puerto.

—Confío en sus ganas de vivir. Sabe que, un error más, y está muerto.

Tyrone asintió, aunque no parecía convencido, yo tampoco lo estaba. Konan era uno de los policías que mi padre había tenido en nómina. Era demasiado ambicioso, aunque lo suficientemente torpe como para no ser capaz de jugárnosla. Sin embargo, no descartaba que nos vendiera al mejor postor.

Puede que a mi padre le hubiera servido, pero no a mí. Yo necesitaba hombres leales a la familia. Los policías que trabajaban para los Wolf y eran leales a nosotros podían disfrutar de unos grandes beneficios; no solo económicos. Era un ganar-ganar. Pero ¿si intentaban jugárnosla?

La mafia no era un trabajo normal. Un error no se pagaba con una pequeña sanción y la traición con un despido. Así no funcionaba nuestro mundo, y cualquiera que aceptase hacer negocios con nosotros, lo sabía. Yo no obligaba a nadie a asociarse conmigo.

—Por cierto —comencé, cambiando de tema—, deberías tomarte un día libre y pasarlo con tu hermana.

Por el rabillo del ojo vi como Tyrone giraba la cabeza para mirarme. Mantuve atención en la carretera, ya que no quería que mi amigo pudiese leer las emociones en mi rostro. Nunca me

inmiscuía en su relación con su hermana, pero no podía olvidar la tristeza en la voz de Erin cuando ella me dijo que hacía días que no veía a su hermano.

—¿Te ha dicho algo? —indagó, arqueando una ceja.

—No —mentí, no queriendo revelar la confesión que Erin me había hecho—. Pero en los últimos días apenas te has tomado un descanso, así que dudo que hayas pasado tiempo con ella —traté de sonar indiferente, no queriendo mostrar lo vinculado que estaba en ese tema. Tyrone sabía que su hermana y yo teníamos relación, pero nunca habíamos hablado de ello—. Erin echa de menos a vuestra madre.

—Lo sé, ellas estaban muy unidas. Sin embargo, Erin es una mujer fuerte, lo superará. Ella entiende que las cosas son complicadas.

Yo no tenía tan claro que ella lo comprendiese, no obstante no se lo hice saber. Como tampoco le hable de mis interacciones con Erin ni de lo que habíamos hecho en la piscina, a pesar de que no podía evitar que las imágenes regresaran una y otra vez a mi cabeza. Ella era preciosa y receptiva, muy receptiva. No me había tocado, y así todo, había sido la mejor experiencia sexual que había tenido nunca.

—Puedes tomarte el día de mañana libre.

Si a Tyrone le pareció rara mi insistencia, no lo admitió.

—Mañana tengo que encargarme de hablar con el distribuidor que nos está robando —me recordó.

Uno de los chicos que vendía nuestra droga a pequeña escala por uno de los barrios pobres que controlábamos había decidido que era buena idea darse una fiesta de nieve con unos amigos. Había sido poca cantidad, nada importante, pero no podíamos permitirlo. No sin que se creara un precedente. Le había pedido a Tyrone que se encargase porque no confiaba en mi autocontrol. Quería darle una lección al chico, pero si me encargaba yo era probable que no volviese a andar.

—No debería llevarte mucho tiempo.

—Tal vez no, pero después voy a seguir una pista relacionada con la muerte de mi madre.

Todas las pista que él había seguido hasta ese momento le habían llevado a un punto muerto y estaba bastante seguro de que sucedería lo mismo con esa, pero no lo dije. Antes o después iba a tener que dejarlo. No tenía ningún hilo por el que tirar y cada día que pasaba más empezaba a parecer que Maeve había fallecido por una fatal casualidad. Que, en realidad, no iban a por ella. Eso no significaba que Tyrone no quisiese matar al culpable y yo le ayudaría, pero no iba a dejar durante mucho más tiempo que centrarse su vida en ello. Si al final resultaba que se trataba de un robo que había salido mal podían ocuparse nuestros hombres de encontrar al culpable. Él era mi segundo y debía centrar toda su atención en la familia Wolf. Y sobre todo no permitiría que se perdiese buscando algo que no existía.

Pero de momento no intervendría. Le daría tiempo a que lo descubriese por sí mismo.

—Otro día, entonces —dije, dejando el tema.

Tyrone asintió.

No podía obligar a Tyrone a ver a su hermana. Y también sabía que la conversación terminaría en una discusión si seguía insistiendo. Si en algo coincidíamos Tyrone y yo, era que odiábamos que nos dijeran qué hacer. Tyrone era mi segundo y en los negocios él acataba mis órdenes, pero cuando se trataba de su vida privada, no tenía por qué hacerlo.

Era consciente de que todo lo que me había dicho eran excusas, que había algo más que le estaba haciendo alejarse de Erin. De la misma manera que me había dado cuenta de que en el último mes mi amigo pasaba más horas de las habituales en el gimnasio ejercitándose a sí mismo.

Ambos nos mantuvimos en silencio hasta que me detuve en un semáforo en rojo.

—Tyrone —él dejó de mirar por la ventana para ladear su cabeza hacia mí—, nunca te digo qué hacer fuera del trabajo. No solo soy tu jefe, también soy tu mejor amigo. —Aquello no lo hacía solo por Erin, también lo hacía por él—. No dejes que tus demonios te alejen de tu hermana.

Tyrone exhaló un suspiro y se pasó la palma de la mano por la cara. En momentos como ese, me daba cuenta de lo exhausto que parecía.

—Lo estoy haciendo por ella, Arlan. Cada una de las malditas cosas que he estado haciendo estas semanas han sido por ella. Para protegerla, para que no le pase lo mismo que le ha pasado a mi madre. ¿Sabes lo que veo cada vez que la miro a los ojos? —No le respondí, porque sabía que él no esperaba que lo hiciera—. Decepción. Un puto fracaso —escupió con rabia—. Debería haber encontrado a los culpables de mi madre ya, joder. —Tyrone golpeó el salpicadero.

—Obtendrás la venganza que se merece tu madre.

—Cuando era un crío me prometí a mí mismo que no dejaría que nadie volviese a hacer daño a mi madre y a mi hermana —siseó, apretando con fuerza los dientes—. No he podido cumplir esa promesa con mi madre, pero la cumpliré con Erin.

—No fue tu culpa lo que ha pasado a tu madre y Erin no te culpa.

Aunque fuese su culpa, Erin no le culparía. Su hermana era la mujer más generosa y genuina que existía.

Tyrone no me respondió, pero pude ver en la forma en la que miraba hacia el frente que estaba reflexionando sobre la conversación que habíamos mantenido, y eso era un triunfo viniendo de él. Erin necesitaba a su hermano y sabía que Tyrone necesitaba a Erin.

Erin se había metido en mi piel desde la primera vez que la vi, pero a esas alturas y después de lo que había sucedido no era tan tonto como para pensar que se trataba de algo genuino, a esas alturas podía afirmar que quería algo más de ella: deseaba ser el primero que entrase en su interior.

Quería follarme a Erin. Aunque la palabra follar sonaba demasiado vulgar cuando pensaba en ella. Quería algo más que un contacto carnal, quería poseerla, hacerla mía. El hecho de saber que sería el primero que entraría en su interior me ponía cachondo, más cachondo de lo que había estado nunca.

Sentí cómo mi pene se despertaba, feliz con mis pensamientos. Tuve que moverme para que no me incomodase.

Estaba calentándome pensando en la hermana pequeña de mi mejor amigo, el mismo que en ese momento bostezó, recordándome que se encontraba en el coche conmigo.

Debería haberme sentido mal, incluso haberme sentido avergonzado, pero lo único que sentí unas ganas irrefrenables de buscar a Erin y aceptar su petición de darme sexo oral que había rechazado.

Lo había hecho porque sabía que ella aún no estaba preparada y no quería que se pudiese arrepentir. Quería que deseara hacerlo, que me deseara a mí.

Maldita sea, estaba muy jodido.

## Capítulo 18

### *Erin*

—Veo que no has perdido la forma —me dijo Tyrone cuando toqué el suelo.

Mi hermano me observaba con una sonrisa despreocupada. Aunque no podía disimular las pronunciadas ojeras que se formaban debajo de sus ojos que escondían noches sin dormir. Me pregunté cuándo había sido la última vez que había conciliado el sueño durante más de cinco horas seguidas.

Él necesitaba descansar con urgencia, pero le conocía lo suficientemente bien como para saber que no me haría el menor caso. Por eso, cuando había aparecido esa mañana en mi habitación para invitarme a ir juntos a un centro de escalada, no me había negado. No cuando una de las cosas que más deseaba era pasar tiempo con él.

Le había echado mucho de menos, más de lo que pensaba. Aunque una parte de mí deseaba estar enfadada con él por desaparecer; la otra no podía, no cuando en parte le entendía. Entendía su necesidad de encontrar respuestas.

—¿Qué te pensabas? —respondí mientras me quitaba el arnés—. Yo nunca pierdo la forma. —Le guiñé un ojo a la vez que me acercaba a él.

—Tengo que reconocer que siempre has sido muy buena escalando. Desde que eras así. —Ty hizo un gesto con sus manos.

—Fuiste tú el que me enseñaste a escalar el árbol.

A pesar de que amaba a mi hermano, teníamos muy pocas cosas en común. Una de ellas, era la escalada. Nuestra antigua casa tenía un pequeño jardín, con un árbol. A Tyrone le gustaba escalarlo, y yo, como su hermana pequeña, tendía a imitar todo lo que él hacía. Después de insistir, él me había enseñado a escalarlo.

Aunque mi insistencia no había sido la única razón. Mi hermano lo había visto como una manera de que pudiese escapar de mi padre cuando él no estaba cerca para ayudarme. No era como si mi progenitor con una de sus cotorras hubiese sido capaz de trepar.

—Me acuerdo —Ty hizo una mueca—, mamá, me castigó durante un mes por eso.

Me reí. A nuestra madre casi le dio un infarto cuando me vio colgada de una de las ramas del árbol.

Pero aquello no nos había detenido a Tyrone ni a mí. Aunque, con los años, mi hermano descubrió un centro de escaladas a las afueras de la ciudad. El mismo que en el que nos hallábamos en esos momentos. Estaba entre un punto intermedio entre la mansión de los Wolf y el internado en el que había estado estudiando. Además, las instalaciones eran amplias y no solía haber tanta gente como los que se encontraban en el centro de Dublín.

Incluso, ese día, un domingo en pleno mes de julio, tan solo había unas pocas familias con sus hijos, y un grupo de chicas adolescentes que se reían y se gritaban entre ellas mientras escalaban la pared de roca artificial con poco éxito. Aunque eso no parecía importarles, ya que para ellas solo era diversión, una manera de pasar una mañana de un día festivo. En cambio, para mí, la escalada significaba mucho más. Yo nunca me detenía hasta que llegaba a lo más alto. No tenía mejor fuerza física que esas chicas, pero lo que sí poseía era determinación y concentración.

En una ocasión, mi hermano me había llevado a hacer una ruta de senderismo donde

habíamos escalado una montaña real. Aquello había sido una de las experiencias más alucinantes de mi vida. En cada paso que había dado escalando había sentido como si mi corazón y la roca estuviesen sincronizados y ambos bailasen el mismo baile; uno que me había llevado hasta la cima.

Había terminado tan exhausta y con tantas agujetas, que durante casi tres días apenas me había podido levantar de la cama, pero había merecido la pena. Porque yo siempre terminaba lo que comenzaba. Así de concienzuda era, aunque desde el fallecimiento de mi madre me había dado cuenta de que, a veces, no se podía lograr todo lo que deseabas por muy insistente que fuese. Había veces que había que saber cuándo darse por vencido.

—Ella solo quería protegerme. —Un nudo se formó en mi garganta al darme cuenta de que estaba hablando de mamá en pasado. Y eso era lo correcto, porque ella ya no estaba entre nosotros; pero me costaba tanto aceptarlo...

Tyrone debió notar el cambio en mi estado de ánimo. Él no dijo nada, pero pasó su brazo alrededor de mis hombros y tiró de mí hacia él, abrazándome. Apoyé mi cabeza en sus costillas, sintiendo su apoyo.

—Vamos a comer algo, te vendrá bien —me propuso Tyrone.

Asentí y ambos fuimos hasta la pequeña cafetería que tenía el centro de escalada. Ocupé una de las mesas redondas blancas, mientras que mi hermano se dirigió a la cola de al lado de la barra.

Respiré hondo mientras le esperaba. Hacía tiempo que no hacíamos un plan solos los dos y aquello se sentía bien. Era como volver a conectar con mi hermano mayor, aquel chico que durante mi infancia había significado todo para mí. Mi protector, mi confidente, mi todo.

Era consciente de que, con el paso de los años, Tyrone y yo habíamos empezado a llevar caminos diferentes. Era parte de la vida. Sin embargo, aunque pudiésemos pasar semanas sin vernos, siempre habíamos estado unidos. Tyrone siempre había estado ahí para mí; no importaba si era un mensaje, una llamada o una tarde en el cine. Pero nunca había sentido la ausencia de mi hermano. Hasta ahora.

Sin embargo, el volver a estar en uno de nuestros lugares favoritos, traté de olvidar todo lo que había pasado entre nosotros durante las últimas semanas y tuve la determinación que era una época pasajera.

Miré hacia mi hermano, que seguía en la fila para pedir, y este me hizo un gesto con sus manos, simulando una pistola con la que se disparaba en la sien, haciendo alusión a la larga cola de personas que había pidiendo. Me eché a reír. La paciencia nunca había sido el punto fuerte de mi hermano.

Apoyé mi espalda en el respaldo de la silla en la que estaba sentada y recordé lo que había descubierto un par de días antes en el cuarto de mi madre. No podía dejar de pensar en ese móvil. Cuantas más vueltas le daba, más segura estaba de que mi madre lo había guardado en el hueco de la manta porque sabía que yo lo encontraría allí si a ella le sucedía algo.

Tenía la sensación que ella quería que entrase en el móvil para ver su contenido, pero había sido incapaz de intentarlo de nuevo. Tenía miedo de bloquearlo. Aunque de lo que más miedo tenía era de descubrir algo que enturbiase el recuerdo que tenía de mi madre.

¿Y si yo estaba equivocada y ella no quería que descubriese ese teléfono? ¿Y si ella tenía una doble vida? ¿Una de la que sus hijos no sabíamos nada y ella deseaba que siguiese siendo así?

Eso era absurdo, mi madre era una mujer sencilla y transparente que nunca me ocultaría nada, ni a mí ni a Tyrone.

Y entonces, ¿por qué tenía un móvil escondido?

Tyrone apareció con dos hamburguesas, dos latas de Coca-Cola , y un plato de patatas, sacándome de mis pensamientos. Él no necesitó preguntarme qué quería, porque cada vez que íbamos, pedía lo mismo.

Cogí una patata antes de que él se sentase y él frunció el ceño, aunque esbozó una sonrisa cuando me la metí en la boca.

—Para ser comida prefabricada está a precio de oro —se quejó a la vez que le daba un mordisco a su hamburguesa.

—Se aprovechan de que el ejercicio da hambre.

—Esto apenas se puede considerar ejercicio.

La charla trivial se sentía bien, pero no podía quitarme el pensamiento de la cabeza. No sabía si era buena idea compartir lo del móvil con Tyrone, pero él era con el único que parecía correcto hablarlo. Así todo, una voz en mi interior me advertía que no lo hiciese, que si mi madre hubiera querido que él descubriese el móvil, lo hubiese dejado en un lugar que Ty conociese.

Mi hermano comenzó a hablarme sobre su rutina de ejercicios en el gimnasio, pero yo apenas le estaba escuchando porque estaba ocupada discutiendo conmigo misma. Mi corazón y mi cabeza comenzaron a negociar sobre que era lo correcto por hacer y al final llegaron a un acuerdo: tantear a Ty

—Ty, ¿sabes si mamá tenía otro móvil? —le pregunté. Él me miró fijamente a los ojos y yo me llevé la lata de Coca-Cola a la boca y bajé la mirada para que no se diera cuenta de que no era una pregunta trivial. —. Aparte del que utilizaba de normal —aclaré cuando él no respondió.

—No —contestó con firmeza—. ¿Por qué mamá tendría dos móviles? Apenas usaba el suyo. Lo he revisado de arriba abajo por si contenía alguna pista y ella solo hablaba por mensajes contigo y conmigo, y no demasiado. —Ty suspiró—. Las únicas llamadas que tiene son nuestras, al igual que fotos. Prácticamente, tenía el móvil de adorno.

Sabía eso, y por eso era todo tan extraño.

—No sé, había pensado que tal vez podría tener un novio que no se atreviese a presentarnos.

Mi hermano frunció el ceño.

—Mamá nunca salió con otro hombre, yo lo sabría. Ella no me lo hubiese ocultado. Era una mujer soltera, estaba en su derecho de rehacer su vida.

—Lo sé —coincidí—. Solo que, a veces, piensas que conoces a una persona, pero luego resulta que no la conoces del todo.

—Muchas personas no suelen ser lo que parecen a simple vista. Pero no era el caso de nuestra madre, Erin. Ella era tal y como se presentaba ante nosotros. No enturbies su recuerdo con ideas tontas.

—No es esa mi intención, Ty. —Ese era el gran problema de mi hermano, que todo se tomaba como un ataque y siempre contestaba a la defensiva—. Lo único que digo es que, quizá, mamá tenía una vida aparte de nosotros, una que aún no estaba preparada para contarnos.

Esa era una idea que me rondaba en la cabeza desde que encontré el móvil. La posibilidad de que, quizá, nuestra madre se había enamorado, que ella tenía una ilusión que nos ocultaba por el miedo absurdo a que no lo aceptásemos.

O quizá estaba asegurándose de que ese hombre no fuera como nuestro padre antes de que pudiéramos conocerlo. Mamá se había vuelto desconfiada con los hombres después de lo de nuestro padre.

—La vida entera de mamá se dividía entre la familia Wolf y nosotros, y cualquier otra idea es fruto de tu imaginación —respondió Tyrone tozudamente.

Suspiré sonoramente para, acto seguido, darle un mordisco a mi hamburguesa. Disfrute de la

mezcla de sabores de la carne con el queso disimulando que estaba haciendo tiempo. Tiempo para decidir qué hacer. Contarle a Tyrone lo que había descubierto o no hacerlo. Al final opté por callarme. Por sus palabras y la forma en la que me miraba Tyrone estaba en modo hermano mayor, él no iba a mantenerme al día con lo que descubriese si le entregaba el móvil. Pero esa no era la razón primordial para mantenerme en silencio, sino el hecho de que tenía la certeza de que era mi deber descubrir que escondía mi madre, como lo era asegurarme de que conseguía paz, una que a pesar de que nuestra vida había mejorado en los últimos años ella no había terminado de lograr, ya que los malos recuerdos siempre la acompañaron.

—Ty, ¿cuándo vas a tirar las cenizas de mamá y darle el descanso que se merece?

Si mi hermano se sorprendió por el repentino cambio de tema, no hizo ningún comentario al respecto.

—Pronto —contestó con calma, pero pude notar la tensión en su cuerpo.

—He pensado que hoy podría ser un buen día —propuse, estirando las manos en la mesa esperando que él las cogiese, pero no lo hizo—. Hace sol y todavía es temprano. Llegaríamos allí antes de la tarde.

—No, Erin —la respuesta salió con dureza de sus labios y cruzó sus brazos.

Quitó los míos de encima de la mesa y los coloqué a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Por qué no? —insistí, irguiéndome en la silla.

Tyrone inhaló aire por la nariz y se pasó una mano por su cabello rubio.

—Ya lo sabes —dijo entre dientes—. Lo hablamos.

—Porque quieres encontrar a quién le asesinó antes —repetí las mismas palabras que él me había dicho semanas atrás. Había respetado su decisión en aquel momento, pese a no compartirla; sin embargo, a cada día que pasaba, me costaba más hacerlo—. Quieres vengar su muerte.

—Estoy a punto de conseguirlo, ratoncita. —El apelativo cariñoso no logró que me ablandara—. Cuando encuentre a los culpables voy a... —Mi hermano se calló a tiempo, como si creyera que no terminando la frase no me hiciera una idea de lo que planeaba hacer—. Es lo que mamá se merece, lo que ella querría.

—¿Lo que ella querría? —cuestioné, siendo incapaz de contenerme durante más tiempo—. ¿De verdad crees que esto es lo que mamá querría? —Lo señalé con incredulidad—. Mamá estaba en contra de la violencia, Tyrone. Sabes que nunca le gustó. La única razón por la que le pidió a Farrel Wolf que diera caza a nuestro padre fue por nosotros. Si fuese por ella, hubiese huido a un lugar en el que él no, no pudiese encontrarla y le hubiese permitido seguir con vida.

Aunque nunca había hablado de ello con mi madre, no me había hecho falta. Sabía que mi madre creía en el perdón, y a pesar de todo, también en la justicia. Lo que pasaba era que ella hubiese hecho cualquier cosa porque Tyrone y yo estuviésemos a salvo; incluso ir en contra de sus propias convicciones.

—Lo creas o no, es lo que ella querría, Erin —él lo dijo con convicción, como si realmente se hubiera convencido a sí mismo de que así era—. Como su hijo, estoy haciendo lo correcto.

Le miré fijamente a sus ojos azules, color que compartíamos. Y entonces, lo vi con claridad. Mi hermano se estaba consumiendo lentamente en la venganza, dejándose llevar por la rabia y el dolor. Él no veía nada más, y eso terminaría destruyéndole.

—Eso no es verdad, Ty. —¿Era ese autoconvencimiento absurdo lo que le hacía levantarse todas las mañanas?—. Lo último que mamá desearía es que te consumas por culpa de la venganza. Ella desearía que siguieses con tu vida, que seas feliz.

Mis palabras no convencieron a Ty.

—No seré feliz hasta que se haga justicia, Erin. Y tú, tampoco deberías serlo.

—Lo que quieres hacer con los culpables no es justicia, Ty. ¿Y sabes qué? Me da igual. Ni la justicia ni la venganza me harán feliz y, ¿sabes por qué? Porque nada de eso nos devolverá a mamá.

—¿Te da igual?! —me reprochó, como si la que estuviera actuando de manera incorrecta fuera yo—. Esas personas tienen que pagar lo que han hecho a mamá, Erin. No pienso dejar que se salgan con la suya. ¿Qué pretendes, que me quede sentado mientras los culpables siguen por ahí, vivos?

—¡No, pero tampoco quiero ver cómo te destrozas la vida obsesionado con la venganza! —exploté, alzando la voz más de lo que debería y provocando que varias personas que se encontraban en la cafetería girasen sus cabezas hacia nosotros—. Tu obsesión por la venganza nos está separando, Ty. ¿No te das cuenta? —Mordí mi labio inferior, frustrada por no ser capaz de llegar a él—. Te necesito, Ty. Nos necesitamos el uno al otro.

Aquellas palabras suavizaron a mi hermano.

—Y me tienes, ratoncita —dijo, estirando sus brazos en la mesa. Al contrario que él había hecho antes, yo sí estiré los míos y sujeté sus manos.

—Lo sé, pero estas últimas semanas te siento más lejos que nunca. Estás cambiando y eso me asusta.

Tyrone acarició mis manos con sus dedos.

—Lo sé, rantoncita, y lo siento. Pero en cuanto encuentre a los culpables, podremos descansar. Todo volverá a ser como siempre.

No, no lo sería, porque nuestra madre no estaría con nosotros. Sin embargo, no lo dije en alto, porque solo estaría repitiéndome y no serviría para nada.

—Quiero que todo sea igual ya. Han pasado varias semanas, Ty, y no has encontrado nada. ¿Por qué no dejas que la policía se encargue?

—¿La policía? —Tyrone se rio sin humor y soltó mis manos—. ¿Desde cuándo confiamos en la policía, Erin? ¿Acaso nos ayudaron en el pasado? ¿Acaso les importó que uno de los suyos maltratase a su mujer y a sus hijos pequeños? ¿Alguno de ellos movió un puto dedo?

—No, pero...

—¡Entonces, deja de decir estupideces! —exclamó, subiendo la voz y provocando que las miradas de las personas sentadas en las mesas se centraran en nosotros. Tyrone les lanzó una mirada peligrosa y regresaron a sus conversaciones. Aun así, él bajó la voz—. No quería gritarte, ratoncita —él estiró de nuevo los brazos, pero esta vez no correspondí el gesto. El quitó los brazos y se pasó una mano por la cara—, tienes que intentar entenderlo, Erin. Soy tu hermano mayor. Cuando nuestro padre molía a golpes a mamá, yo era demasiado débil para hacerle frente y no pude protegerlos a ninguna de las dos. —Lo hizo sonar como si fuese un pecado que nunca pudiese perdonarse—. Ahora soy lo suficientemente fuerte como para poder hacerlo, pero, así todo, me confíe. Pensé que ambas estabais a salvo y me equivoqué. Mamá falleció por mi culpa, porque no la protegí suficiente.

—No fue tu culpa, Ty. Esas cosas pasan. La gente malvada existe. Mamá tuvo la mala suerte de toparse con unos desalmados. No sé la razón por la que lo hicieron. Mamá está muerta, pero no permitas que sus asesinos logren hacernos más daño. No les des ese poder.

Tyrone suspiró y me miró como si yo fuese una niña pequeña que no comprendía nada.

—Olvídalo Erin. Déjame que yo me encargue. Tú sigue con tu vida, ve a Ohio a la escuela de música y cumple tus sueños.

Una risa amarga brotó de mi garganta.

—No me voy a ir a Ohio. —Tyrone arrugó el ceño en confusión al escuchar mis palabras—. No me han aceptado.

—¿Cómo que no te han aceptado? Eso no puede ser. Eres una gran pianista.

Mi hermano me miraba con una mezcla de confusión y compasión. Él no sabía nada. Arlan no se lo había contado. Y aunque no deseaba ocultárselo a Tyrone, me alegraba que Arlan, sin yo habérselo pedido, hubiera respetado mi decisión, poniendo por encima mis sentimientos a su amistad con mi hermano.

Aquel gesto calentó mi corazón. Era muy afortunada de tener a Arlan en mi vida.

—Me enviaron una carta hace casi dos semanas —expliqué—. No se sentía bien decírtelo por mensaje y no nos hemos visto hasta hoy. Iba a contártelo cuando has aparecido en mi habitación, pero me has invitado a venir aquí y estábamos pasándolo tan bien que no he encontrado el momento.

Me pasé una mano por el ojo para limpiarme una lágrima. No estaba triste por no poder ir a la escuela de música. La conversación con Tyrone me había dejado sensible.

—No llores, ratoncita —dijo, levantándose de la silla y moviéndola para ponerla a mi lado.

Él estiró el brazo para rodearme la espalda y yo apoyé mi cabeza en su hombro. Aunque no lloré, sí que me permití que los sentimientos afloraran. Nos quedamos unos minutos allí, en silencio. Tyrone me dio un beso en el pelo y yo esboqué una sonrisa.

—Eres lo único que me queda, Ty. No puedo perderte.

—No me vas a perder.

—Eso dices —dije, separándome de él y agarrando sus manos para entrelazar mis dedos con los suyos—. Pero la venganza hace que las personas se vuelvan descuidadas y cometan actos que ponen su vida en peligro.

Mi hermano esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No soy un hombre cualquiera, Erin. Sé lo que hago. No voy a cometer una estupidez.

—Lo sé. Pero, así todo.

—Ratoncita, confía en mí. Nadie va a matarme. No voy a dejarte sola.

Él puso voz a mi miedo. Mi miedo a perder al único familiar que me quedaba. Y, en ese instante, tuve la esperanza de estar llegando a él. De que me estuviese escuchando, no solo oyendo. En esos instantes, sentí que Tyrone por fin había salido de esa neblina de violencia y venganza en la que se había sumido desde el asesinato de nuestra madre.

—Vamos a tirar las cenizas, Ty. Ese era el último deseo de mamá, vamos a cumplirlo.

Pero mis esperanzas se hicieron añicos cuando el frío helado volvió a los ojos de mi hermano y él soltó mi mano.

—Lo haremos cuando yo vengué su muerte, ni un segundo antes.

—Ty...

Él se levantó de la silla.

—Se ha hecho tarde y he de regresar al trabajo. —Su voz suave, pero sin dejar lugar a la réplica—. ¿Quieres que te lleve a la mansión?

—Déjame en casa de Adele.

Él asintió y nos dirigimos hacia el aparcamiento.

El trayecto lo realizamos en un silencio incómodo que ninguno de los dos rompimos. Tyrone porque ya había dicho todo lo que tenía que decir, y yo porque había dejado de intentar convencerlo.

Estaba perdiendo a mi hermano y no había nada que pudiese hacer.

En realidad, sí había algo que estaba en mi mano: descubrir qué escondía mi madre.

Puede que eso no me llevase hasta los culpables de su muerte, pero si podía darme la paz que necesitaba, e incluso la que Tyrone necesitaba para dejar que mi madre descansara en paz.

## Capítulo 19

### *Erin*

Adele se encontraba sentada a lo indio en su cama con el portátil frente a ella. Entré en su habitación. Como siempre, todo estaba cuidado hasta el mínimo detalle. Las sábanas conjuntaban con cada uno de los cojines que adornaban su cama, y a su vez, con cada uno de los objetos decorativos que estaban distribuidos por toda la estancia, creando una bonita armonía de colores.

Así era Adele.

Mi amiga levantó la cabeza y sonrió al verme.

—Erin, no te esperaba —me saludó, cerrando la pantalla de su ordenador portátil y saltando de la cama para darme un abrazo.

Llevaba un conjunto de pijama rojo corto y su cabello recogido en un moño. Ella estaba preciosa, como siempre.

—¿He llegado en mal momento?

El guardia de seguridad que custodiaba la casa de Adele me había dejado pasar al reconocerme. De la misma manera que lo había hecho el ama de llaves. Había estado unas cuantas veces antes en la casa de Adele y ella me había presentado a todo el personal que trabajaba en ella como su mejor amiga, por lo que supuse que me veían como alguien de confianza.

Además, todos estaban tan ocupados con los últimos preparativos del cumpleaños, que apenas me prestaron atención cuando crucé el vestíbulo y subí las escaleras hasta la habitación de Adele.

—En absoluto. Ven, siéntate —me dijo, señalando su cama a la vez que ella dejaba con cuidado el portátil encima del escritorio.

—Te preguntarás por qué he venido sin avisar.

Me acomodé en una esquina de su colchón y Adele volvió a sentarse de nuevo, a mi lado.

—Siempre eres bienvenida a mi casa, Erin. —Adele esbozó una sonrisa cálida, pero pude ver la preocupación en sus ojos castaños—. Aunque te conozco lo suficientemente bien como para saber que te sucede algo.

—En realidad, no lo sé —respondí con honestidad, exhalando un suspiro. Apoyé mis codos sobre mis muslos y enterré mi rostro en mis manos—. No sé si sucede algo o son todo paranoias mías.

—¿Arlan te ha hecho daño?

Aparté mis manos de mis ojos para mirar a Adele con incredulidad. Pero ella me observaba con una expresión seria. Ella realmente barajaba esa posibilidad. ¿Cómo iba a compartir con Adele lo que había pasado con Arlan si ella tenía ese mal concepto de él? Además, ni siquiera sabía en qué punto estábamos Arlan y yo, y ciertamente, de momento, prefería no pensarlo.

—Arlan jamás me haría daño, Adele —le quise dejar claro. Arlan era un buen hombre, ¿por qué no me creía?—. Hace dos días encontré el valor suficiente para entrar en la habitación de mi madre —confesé. Hice una pausa y Adele se quedó en silencio, esperando a que continuase—. Encontré un móvil escondido en un agujero en una manta.

—¿Y eso es raro por? —me preguntó Adele—. Yo nunca dejo el móvil lejos de mí, pero alguna vez que he tenido que hacerlo, lo escondo para que nadie pueda entrar en él.

—Para eso está la clave de seguridad.

—Lo sé, pero cada vez más personas saben *hackear* un móvil. No puedo arriesgarme.

No estaba tan segura de eso, ni de que hubiese personas interesadas en entrar en su móvil. Yo quería mucho a Adele, y para mí era una de las personas más importantes en mi vida, pero ni a mí me interesaba lo que escondía en su móvil.

—Mi madre no tenía ese miedo, créeme. Ella siempre dejaba su móvil por cualquier lado sin importarle quién pudiese cogerlo. Incluso le vi en varias ocasiones dejárselo a compañeros de trabajo que necesitaban hacer una llamada. Hasta les daba la contraseña y ella nunca la cambió.

—¿Y entonces por qué lo escondería?

—Porque ese no era el móvil que ella usaba usualmente. Ese lo tiene Tyrone.

—¿Me estás diciendo que ella tenía dos móviles? —me preguntó Adele, intentando descifrar mis palabras. Sabía que no estaba siendo demasiado clara, pero los pensamientos fluían por mi cabeza de manera desordenada, uno detrás de otro, y necesitaba desahogarme con alguien. Y quien mejor que mi mejor amiga.

—Sí. —Respiré hondo, antes de continuar hablando—. Igual me estoy volviendo loca, Adele. —Exhalé un suspiro mientras me tumbaba en la cama y apoyaba mi cabeza en la almohada—. Igual que mi madre tenga dos móviles no significa nada y estoy viendo pistas donde no las hay, pero necesito averiguar qué está pasando. —A pesar de mis palabras, había algo en el fondo de mí que no se lo creía. No creía que todo fuera casualidad.

—En realidad, no es tan extraño, Erin —dijo Adele, imitando sus acciones y tumbándose a mi lado—. Mucha gente tiene dos móviles. Mi padre, por ejemplo. —Ella hizo una pausa, mirando el techo, pensativa. Unos segundos después giro la cabeza para mirarme—. Aunque tengo que reconocer que es raro que tú no lo supieras. ¿Le has preguntado a tu hermano si sabía algo?

—Más o menos —dije sin entrar en detalles—. Pero él no sabé nada de un segundo teléfono.

Pese a que pude ver en su cara que aquella respuesta no le convencía, fue lo suficiente discreta como para no insistir. Y por ese tipo de cosas la quería tanto.

—Algo no termina de cuadrar, Erin.

—Lo sé.

—¿Has podido entrar en el móvil y ver qué hay?

—No —respondí con un suspiro—. La clave no es la misma que yo le puse al otro móvil y ella nunca cambió. Y la verdad es que no me he atrevido a intentarlo con otros números porque no quiero bloquearlo. Pero necesito averiguarla, porque estoy segura de que ella quería que encontrase el teléfono. Ella lo dejó allí por si le pasaba algo para que yo pudiese encontrarlo, estoy segura de ello. —¿Por qué si no dejó el móvil escondido en el hueco de aquella manta que era tan especial para nosotras? Ella conocía mi mala costumbre. Esa manta tenía una historia entre nosotras. No podía ser casualidad.

—Creo que tienes razón. —Sus palabras no me extrañaron. Conocía a Adele lo suficiente como para saber que si alguien iba a impulsarme a seguir con aquello, sería ella—. Aunque no puede ser tan difícil conseguir la contraseña. Si tu madre quería que encontraras el teléfono, entonces ella habrá dejado una clave que tú puedes desbloquear.

Adele tenía razón. Solo tenía que pensar un poco y recordar nuestras últimas conversaciones. Tal vez, ella me había dado alguna pista sin ser yo consciente de ello.

—Gracias, Adele —dije, estirando mi mano para apretar su hombro.

Adele sonrió y estiro el cuello para darme un beso en la mejilla.

—No me tienes que dar las gracias, Erin. Yo siempre estoy para todo lo que necesites, igual

que tú siempre estás para lo que yo necesite. Para eso están las mejores amigas. Llegarás al fondo de todo esto y yo estaré contigo para celebrarlo, porque va a ser algo bueno, seguro.

—Eres la mejor amiga que podría tener. ¿Lo sabes, verdad?

—Por supuesto que lo sé. Te tocó la lotería el día que me conociste.

Me reí a la vez que me incorporaba en la cama para sentarme.

—¿Cómo llevas que no te quedan más que unas horas para ser mayor de edad? —pregunté, cambiando de tema. Necesitaba una distracción, evadirme durante unas horas antes de volver a pensar en mi madre.

—Ya me siento diferente, como más madura.

—¿Ah, sí? ¿Y en que lo notas?

—En que las cosas que me parecían un problema hace unas horas, ahora me parecen una tontería.

—¿Cómo qué?

—Ayer mismo me daba miedo que al entrar en una discoteca descubriesen que mi carnet era falso. Ahora mismo, estoy segura de que cuando vaya de nuevo a una discoteca, seré lo suficiente madura como para no preocuparme por esa tontería.

Como respuesta, cogí un cojín y se lo tiré en la cara. Entre risas, ella me lo lanzó, pero yo lo esquivé y terminó en el suelo.

—Eres tan tonta.

Adele me sacó la lengua.

—Pero me quieres.

—No lo dudes —dije, negando con la cabeza—. ¿No has quedado con tu padre hoy?

Al día siguiente, Adele cumplía dieciocho años, y ella tenía una costumbre muy arraigada con su padre. En cada cumpleaños, ellos iban a cenar a un restaurante de lujo especializado en comida sudafricana, y a las doce de la noche, ella soplabla las velas.

Porque para Adele su cumpleaños era el día más importante del año y ella lo celebraba durante las veinticuatro horas que duraba. Así había sido desde que la conocía y, desde luego, su dieciocho cumpleaños no sería menos.

—Dentro de cuatro horas en la puerta del restaurante.

—Lo que quiere decir que vas justa de tiempo.

—Cómo me conoces.

Me reí a la vez que ella se levantaba y se sentaba a mi lado. Por su rostro serio supe que lo que iba a decirme a continuación era importante para ella.

—Pienso contárselo a papá —dijo Adele de sopetón y yo fruncí el ceño al no entender a qué se refería—. Quiero que conozca a Alexei.

Aquello me sorprendió, Adele nunca se había ni planteado presentar a alguno de los chicos que había conocido a su padre. Puede que ella se ilusionase con rapidez, pero con ninguno había llegado hasta ese punto. Para ella, su padre era el hombre más importante de su vida; su única familia, su referente. Y lo que menos le gustaba era hacer algo que a su padre pudiese disgustarle. Para ella, su padre lo era todo.

—¿Estás segura?

—Estoy más segura de lo que he estado en todo mi vida de algo, Erin. Puede que llevemos poco tiempo juntos, pero cuando un chico es el amor de tu vida, se sabe. Lo noto aquí. —Adele se llevó la mano al corazón.

Eso no podía negárselo. Bien sabía yo que eso era así.

—¿Y Alexei siente lo mismo?

Porque una cosa era lo que ella sentía, y otra lo que sintiese su chico. Bien sabía yo también eso.

—Me ha dicho que me ama y que soy la chica más maravillosa que ha conocido nunca. Hasta me ha confesado que no se imagina la vida sin mí.

—Cómo me alegro, Adele —le dije, colocando mi mano en su muslo para darle mi apoyo—. Son palabras muy bonitas.

Palabras que mataría porque Arlan me dijera a mí. Porque sabía que, a pesar de lo que había pasado entre nosotros, él no estaba enamorado de mí. Nuestra relación era muy especial y quería pensar que tenía un hueco en su corazón, pero no de la forma en la que yo deseaba. Aunque una parte de mí, la que se negaba a dejar de renunciar al chico del que estaba profundamente enamorado, tenía la esperanza de equivocarse.

—Lo son —me respondió Adele, devolviéndome a la realidad—. Nunca antes ningún chico me había dicho que me amaba, o por lo menos, no con la sinceridad y honestidad que lo ha hecho Alexei. Fue tan bonito... —Tuvo que hacer una pausa para limpiarse una lágrima que se había escapado de uno de sus ojos.

Sonreí. Me alegraba tanto por Adele...

—Tu padre va a adorar a Alexei.

—¿Tú crees?

—Por supuesto —respondí con convicción—. Tu padre te quiere con locura y desea lo mejor para ti.

Adele tenía mucha suerte con su padre.

—Gracias, Erin, necesitaba escuchar eso.

Rodeé su espalda con mis brazos y tiré de ella para abrazarla.

—Entonces, ¿mañana vas a invitar a Alexei a tu fiesta de cumpleaños? —le pregunté a Adele mientras me separaba de ella.

—¿Qué mejor día para que se conozcan? —Adele sonrió, emocionada—. ¿Quieres que le diga que le pida a Vadim que lo acompañe?

No había pensado en ello hasta ese momento.

—Puede que me venga bien una cara conocida.

Lo cierto era que los invitados de las fiestas de cumpleaños de Adele tenían más relación con su padre que con ella. Mi amiga me había confesado que la mayor parte de las personas que acudían eran compromisos de su padre, pero a ella no parecía importarle.

—No va a ser la única. Natalie estará allí —dijo, nombrando a una de nuestras compañeras de internado.

—¿La has invitado? —pregunté, extrañada, ya que a Adele le caía tan mal como a mí.

—En realidad, del internado solo os he invitado a Julie, Nina y a ti, pero ellas no pueden venir. La primera está de vacaciones en Canadá con su familia, y la segunda con anginas en la cama. A Natalie le ha invitado mi padre. Bueno, en realidad, a su madre, pero ella vienen también. Mi padre me lo contó como si yo fuese a estar feliz por ello, así que no me atreví a decirle que Natalie y yo no tenemos trato.

Aquello tenía más sentido, ya que la madre de Natalie era una empresaria del mundo de la moda que se movía en el mismo círculo que el padre de Adele.

—Ignórala, es lo que siempre hago yo. —De hecho, Adele era mucho más diplomática que yo. En mi caso, no tenía ninguna relación con ninguna de mis antiguas compañeras de clase. Aunque todas mis antiguas compañeras eran unas clasistas que no iban a esforzarse por contentar a alguien de mi estatus social. Con Adele, era diferente.

—Eso voy a hacer. —Adele hizo un gesto con su mano, como si el tema no le preocupara—. Entonces, ¿invito a Vadim?

No pude evitar recordar el último encuentro que había tenido con Vadim en la discoteca y lo que había pasado después. A Arlan le había molestado verme con Vadim y, aunque en ese momento no había sido consciente de ello, ahora estaba bastante convencida que su escena había sido motivada por los celos.

No me había gustado cómo se había comportado Arlan, de la misma manera que tampoco me había agradado su actitud en la piscina.

—Claro que sí —respondí con una sonrisa.

Vadim se merecía una disculpa por lo que había pasado. Además, a Arlan ni siquiera le debería molestar que volviera a verlo. Y si lo hacía, era su problema y no el mío. De todas maneras, Arlan ni siquiera iba a estar en la fiesta.

## Capítulo 20

### *Arlan*

Había sido un día agotador.

Desde que había muerto mi padre, me había visto obligado a hacerme cargo de todas las responsabilidades de mi familia. Llevaba toda mi vida preparándome para liderar la familia Wolf. Había nacido para ello, me habían entrenado para llevar el peso de la organización. Esa era una de las pocas cosas que mi padre había hecho bien.

Sabía que no sería fácil. Los que estaban a mi alrededor solo veían la parte bonita de mi posición: el dinero, el poder, y los privilegios. Pero pocos de ellos eran conscientes de los sacrificios.

Las últimas semanas, nada terminaba de salir bien, y no estábamos más cerca que el día anterior de encontrar el culpable o los culpables de que la policía nos pisase los talones. Estaba harto y cansado de poner la otra mejilla.

La advertencia en forma de lengua había enviado una señal clara a mi tío Donal. Él ni siquiera me había confrontado, porque sabía que cualquiera de los reproches que pudiera tener lo dejarían en evidencia a él. Ese detective no estaría muerto si él no se hubiera dedicado a investigarme a mis espaldas.

Durante la última semana, Donal se había mantenido en un segundo plano. Cualquiera pensaría que él había entendido mi advertencia. Pero ahora era su hijo Rory el que estaba metiendo sus narices en asuntos que no eran de su incumbencia, presionándome y malmetiendo entre mis hombres.

Necesitaba una noche de descanso para no ir en busca de esos dos gilipollas y matarlos con mis propias manos. No porque no se lo mereciesen, sino porque con eso solo lograría que parte de mis hombres se rebelasen en mi contra. Estallaría una guerra en la familia, ventaja que el resto de familias aprovecharían para hacernos desaparecer del mapa y quedarse con nuestros negocios. Tampoco podría culparles por ello, ya que yo en ese caso haría lo mismo.

No sería yo quien se cargaría el legado de mis antepasados. Algo por lo que mi tío y mi primo debían dar gracias todas las mañanas.

Aparqué el coche en el garaje y entré en el interior de mi casa. Era cerca de medianoche y la casa estaba a oscura y un silencio ensordecedor la habitaba. Los empleados ya estaban durmiendo en sus habitaciones y los hombres que se encargaban de la vigilancia tenían una caseta en el jardín donde descansaban cuando estaban de servicio.

Estaba de camino a mi habitación cuando escuché un ruido que provenía del piso superior donde Erin tenía su dormitorio. Sabía que lo correcto era seguir con mi camino, dejar a Erin en paz, incluso olvidarme de ella. Sin embargo, me encontré a mí mismo subiendo los escalones.

Toqué la puerta suavemente con los nudillos, no queriendo asustarla, pero asegurándome de que me escuchaba.

No tardé ni un segundo en oír una voz femenina del otro lado.

—¿Sí? —La voz de Erin sonaba desconcertada, dubitativa.

—Soy Arlan. ¿Puedo pasar?

No solía preguntar. No estaba acostumbrado a hacerlo. Y tampoco tenía que hacerlo. Aquella era mi casa, podía entrar en cualquier estancia sin anunciarme. Pero cuando se trataba de Erin,

todo cambiaba.

Deseaba que ella sintiese que mi casa también era la suya y que en su habitación mandaba ella. Me iría si no me dejaba entrar, a pesar de que esperaba que no fuese así.

—Arlan. —Ella pronunció mi nombre con familiaridad, como si se alegrara de que estuviera allí. Ya no sonaba desconfiada—. Claro, adelante.

Giré el pomo y abrí la puerta, adentrándome en la estancia. Erin se encontraba tumbada boca abajo en la cama. Ella sostenía su teléfono móvil en sus manos y solté una pequeña carcajada cuando me acerqué y reconocí el juego que se mostraba en la pantalla.

—Pensaba que habías superado tu adicción al Tetris.

—¿Cuándo te he dicho eso?

Me reí, sintiendo que mi cuerpo se relajaba. Erin tenía ese efecto en mí; ella conseguía que la luz penetrase en mis días más oscuros. Siempre había sido así, pero las últimas semanas algo había cambiado. Ese deseo que había hecho que la besase cada vez se volvía más fuerte, más insistente. Ya no me valía solo con estar cerca de ella, necesitaba tocarla, besar su piel y entrar en su interior. La necesitaba en cuerpo y alma.

Ella me miró con una ceja arqueada, expectante. Erin estaba esperando que le dijera la razón por la que estaba allí. Sin embargo, no había un motivo concreto. Porque no tenía que haberlo.

—¿Estás cansada?

Erin me miró, confundida con mi pregunta.

—No, todavía no tengo sueño. La verdad es que últimamente me cuesta dormir.

Mis ojos vagaron por sus piernas desnudas. A mí se me ocurría una manera de dejarla tan cansada que dormiría como un lirón.

No iba a renunciar a Erin. Había dejado de intentarlo, aunque siendo sincero conmigo mismo, en el fondo, sabía que nunca lo había intentado realmente. La necesitaba cerca. Siempre lo había sentido, pero, últimamente, era más evidente, más demandante.

Erin era la única que lograba que mis problemas no pareciesen tan graves. Erin tenía el poder de que, durante unos instantes, me olvidase del mundo entero y solo me centraba en ella.

—Entonces te espero en el salón en diez minutos.

Antes de que ella pudiera responderme, cerré la puerta y me dirigí hacia las escaleras.

—¿Vamos a ver una película de madrugada? —me preguntó Erin mientras entraba en el salón.

Una de las cosas que más me gustaban de Erin era su naturalidad. En un mundo como el mío, en el que se basaba en las apariencias y todas las relaciones estaban motivadas por intereses, ese era un atributo que brillaba por su ausencia. Ni siquiera lo consideraba un atributo hasta que la había conocido.

Erin era real.

Ella jamás se había acercado a mí con ninguna motivación oculta. No estaba interesada en mi dinero, ni en mi poder, ni en mi posición. Erin se sentía atraída por mí, por el hombre que estaba detrás del apellido Wolf. A ella eso ni siquiera le importaba.

Erin carraspeó y fui consciente de que no había respondido a su pregunta. Di unas palmaditas en el sofá en el que estaba sentado para animarla a sentarse a mi lado. Ella lo hizo sin dejar de mirarme, expectante por mi respuesta. Porque a ella siempre mostraba interés a todo lo que yo tuviese que decir.

No por temor o porque fuese el jefe de la familia Wolf. Ella lo hacía de una manera genuina.

—Afirmas con mucha seguridad que *Grease* es la mejor película de la historia. Yo no lo

creo, y como no la he visto, vamos a comprobarlo. El otro día, al final, no pudimos hacerlo — dije, intentando que el reproche no fuese evidente en mi voz, aunque fallé estrepitosamente. Para ser honesto, en realidad, ni siquiera lo intenté.

Por alguna razón, Erin había huido de mí, porque no me había creído ni durante un segundo que hubiese quedado con Adele. Erin era una mentirosa pésima. En ese momento, no la confronté porque sabía que, lo mejor, era no pasar tiempo juntos. Pero después de lo que había sucedido durante los últimos días, había terminado de ser indulgente. Si ella no quería pasar tiempo conmigo, lo respetaría, pero tendría que ser sincera. Aunque no parecía que eso fuese a pasar por la sonrisa que se dibujó en su cara.

—Eso suena como un buen plan.

Había sido un plan improvisado. Uno que se me había ocurrido mientras hablaba con ella en su habitación. No me había costado encontrar la película *Grease* en uno de los servicios de plataformas de *streaming* que tenía contratados. Y, por fortuna, en la cocina siempre teníamos palomitas. Mis habilidades culinarias se limitaban a eso. E incluso, por lo general, pedía a mis empleados que me las hiciesen. Pero era tarde para despertarlos. En realidad, eso me importaba poco. Lo que no quería era que me molestasen mientras estaba a solas con Erin.

—Solo a ti te gustan las palomitas de caramelo —señaló Erin. Por supuesto que ella sabía eso. Siempre se fijaba en esas cosas de mí, desde que era una niña pequeña. Estiró el brazo para coger una palomita de caramelo. La masticó lentamente—. Demasiado dulce para mí — murmuró, haciendo una mueca.

—Porque tengo gustos selectos. —Le guiñé un ojo y ella negó con la cabeza, riéndose—. Por eso he hecho palomitas saladas también. —Señale el bol que se encontraba al lado.

Los ojos de Erin se iluminaron y dios, la forma en la que me miró, como si fuera todo su mundo. Y, en ese instante, supe que haría cualquier cosa porque ella siguiese mirándome de esa manera.

—Gracias. Gracias por todo.

Erin acortó la distancia que nos separaba y juntó nuestros labios. Era la primera vez que ella tomaba la iniciativa y pude ver la duda en sus ojos, como si temiera estar haciendo algo incorrecto. Tal vez solo pretendía ser un beso inocente y fugaz, pero yo lo transformé en algo más, profundizándolo. Con un hambre que parecía emanar del núcleo mismo de mi ser. Como si nunca fuese a tener suficiente de ella.

Sabía a dentífrico de fresa. ¿Quién se lavaba los dientes con un dentífrico que no fuese mentolado? Por supuesto que ella, porque Erin siempre lograba sorprenderme. Sus labios suaves y receptivos me sacaron de cualquier otra pensamiento que no fuese explorar la sedosa profundidad de su boca, devorándola. Mis dedos se enterraron en su cabello, sujetando su cabeza para acercarla más a mí.

Había estado con muchas mujeres antes, pero nunca me había sentido como lo hacía con ella. Siempre había sabido que Erin era especial para mí; en el fondo de mi mente, siempre lo había sabido, pero podía verlo con toda claridad ahora.

Lo quería todo de ella. Quería sus sonrisas y sus risas. Quería su alma.

Erin era mía. Siempre lo había sido.

Ella era inocente y tenía que ir con cuidado para no abrumarla. Haciendo acopio de todo mi autocontrol, rompí el beso, separándome lentamente de ella. La miré. Ella seguía con los ojos cerrados, los labios hinchados por el beso y su piel ruborizada.

Joder, era lo más sexy que había visto en mi puta vida. No pensaba dejarla escapar.

Poco a poco, Erin abrió los ojos con desconcierto, como si no entendiese por qué no seguía

besándola. Se pasó la lengua por el labio inferior, mirándome con sus ojos vidriosos por el deseo, y sentí cómo el calor se concentraba en mis genitales.

—¿Vemos la película? —le pregunté antes de que no pudiese controlarme.

La primera vez de Erin sería conmigo, pero no de esa manera. Ella se merecía una cama y flores, o por lo menos, un poco de preliminares primero. Ella iba a estar demasiado apretada como para que yo... Cualquier pensamiento se evaporó de mi mente al pensar en su núcleo. Había tenido la suerte y el placer de verla y saborearla. Y joder, que me muriese allí mismo si no había sido la experiencia más excitante de mi jodida vida.

—¿La película? —repitió, confundida, sacándome de mi neblina de lujuria desenfrenada—. ¿Que película? —Aunque lo dijo en alto, era como si se lo estuviese preguntando a sí misma. Sus mejillas se tornaron de un rojo bermellón al darse cuenta de que estaba tan concentrada en las sensaciones que nuestro beso le habían hecho sentir que se había olvidado de lo que hacía allí. Ella estaba tan adorable que tuve que contenerme para no besarla.—. *Grease*, cierto —recordó al cabo de unos segundos—. ¿La pones? —preguntó cuando vio que no me movía.

Lo cierto era que me costaba dejar de mirarla, pero, al final, con esfuerzo, me incliné para coger el mando que descansaba en la mesa frente a nosotros y pulsé el *play*, provocando que comenzase la película. Erin cogió una manta que descansaba en el brazo del sofá y se tapó con ella, pese a que estábamos en pleno verano.

Al principio pensaba que tal vez quería poner distancia entre nosotros, protegerse de mí. Pero debería haberlo sabido mejor, Erin nunca me había tenido miedo y ella nunca había escondido sus sentimientos hacia mí y no iba a empezar ahora.

Se acomodó en el sofá y se acercó a mí, apoyando su cabeza en mi hombro. No era la primera vez que lo hacía, aunque hacía años que no veíamos una película juntos. No desde que ella era una niña. Y aunque ella estaba relajada y cómoda, me miró a los ojos como si estuviese buscando mi consentimiento. Como si no supiese si estaba actuando correctamente.

La entendía. Nuestra relación había cambiado. Ya nada era inocente, cada movimiento que alguno de los dos hacía tenía un matiz sexual, aunque no lo quisiésemos. Pero no se sentía extraño, se sentía natural. Era como si siempre hubiésemos estado abocados a ello. Como si esa fuese la manera en la que nuestra relación tenía que avanzar.

Pero no todo era sexual. No era tan idiota como para hacerme creer que mi relación con Erin se limitaba a una atracción. Nuestra relación era mucho más profunda; lo había sido desde el primer instante en el que ella había pisado mi casa muchos años atrás. No era una buena persona, pero siempre había hecho todo lo posible para que ella fuera feliz. Le había dado todo lo que estaba en mi mano para que tuviera la vida que se merecía.

No entendía por qué repentinamente quería mudarse a vivir con Adele. A Erin le gustaba estar en mi casa y a mí me gustaba tenerla cerca. Erin no deseaba alejarse de mí, había tenido decenas de oportunidades durante esas últimas semanas. Ella se sentía atraída por mí y buscaba mi compañía. Entonces, ¿cuál era el problema? Joder, había veces que no la entendía.

Como tampoco entendía la decisión de renunciar a su sueño para trabajar en empleos temporales. Lo comprendería si eso fuese lo que ella quería hacer realmente; pero yo sabía que eso no era así. La pasión de Erin era tocar el piano y seguía siéndolo, ella misma me lo había confirmado hacía unos pocos días. Aquella decisión estaba motivada por una necesidad absurda de demostrar que ahora era una mujer adulta que podía valerse por sí misma. Como si yo no supiera eso y como si para mí fuera una carga ayudarla. ¿Si yo tenía los medios para echarle una mano que tenía de malo? Eso no la hacía menos válida. No iba a permitir que renunciara a su sueño por su orgullo.

Era cierto que en parte era culpa mi por falsificar la carta de la escuela de Ohio, pero no sentía ni el menor remordimiento por ello. Cuántos más días pasaban, menos aún. Y ahora que tenía a Erin apoyada en mi hombro, más seguro estaba de mi decisión, como lo estaba de que iba a convencerla para que entrase en una escuela de música en septiembre.

Ella no lo sabía, pero yo ya había tomado cartas en el asunto. Pronto ella recibiría varias propuestas para que eligiese la que más le convenía.

Me estiré para coger la taza que había dejado en el suelo. Erin se movió, pero en cuanto volví a apoyar mi espalda en el respaldo del sofá, ella se acomodó en mi hombro, como si ese fuese el lugar al que pertenecía.

—¿Eso es café? —me preguntó Erin, inclinando la cabeza para mirar la taza que sostenía en mi mano derecha y que me estaba llevando a los labios.

—Sí —respondí—. ¿Quieres un poco?

—Café y palomitas, rara combinación —murmuró, riéndose. Aunque después, algo debió pasar por su cabeza, porque ella se congeló y se apartó de mí para incorporarse. No había ni un atisbo de sonrisa en sus labios y arrugaba el ceño con una mirada preocupada en sus ojos—. Arlan, si estás cansado, podemos dejarlo para otro día. —Su mirada bajó hasta la taza, pero luego subió a mis ojos. Me había visto en el espejo, sabía que lucía unas ojeras pronunciadas. Dejé la taza sobre la mesa y me giré para mirarla.

—Erin —estiré mi mano para pasar mis dedos por su mejilla—, no hay otro sitio en el que quiera estar que aquí contigo. —Y no mentía.

Ella alzó su mano para envolverla sobre la mía.

—Yo tampoco —dijo con una sonrisa asomándose en sus labios, aunque pude ver por la mueca de preocupación en su rostro que había algo más que quería decirme—. Arlan, hay algo que quiero hablar contigo. Tras días sin ser capaz, al final decidí ...

Si volvía a hablarme de echar currículums y mudarse lejos de mí, iba a estallar y la atmósfera cálida y feliz que se había adueñado de la estancia iba a romperse y no podía arriesgarme. Eso y que mi mirada se fijó en los restos de palomitas que adornaban su labio inferior y no pude evitar querer limpiárselos con la lengua.

Acorté la distancia que nos separaba y presioné mis labios contra los de ella, interrumpiéndola. Erin abrió la boca para dejar acceso a mi lengua, olvidando cualquier cosa que fuese a decirme. La película a la que ninguno de los dos le había prestado atención se escuchaba de fondo, pero apenas me llegaban las voces de los actores, tan centrado como estaba en inspeccionar hasta el último recoveco de su boca con mi lengua.

Un gemido salió de sus entrañas y yo ahogué el sonido transformando el beso dulce en uno feroz. En un beso con el que le advertía que quería más de ella; mucho más. Deseaba entrar en ella. Pero no se trataba solo de sexo. No quería simplemente saciar la lujuria que me dominaba, quería marcarla como mía. Follarla hasta quedar grabado en su piel para siempre.

Como si ella pudiese leer mis pensamientos, metió una de sus manos por debajo de mi camiseta para dibujar círculos en la piel de mi vientre.

Un escalofrío me recorrió el vientre y enredé mis manos en su pelo. Con la otra mano, levanté su camiseta de pijama, pero no me quedé en su vientre, subí hacia arriba para encontrarme que no llevaba sujetador.

Sin dejar de besarla, agarré con los dedos su pezón izquierdo y apreté con suavidad, provocando que ella emitiera un gemido de placer en mi boca. Rompí el beso para poder mirar su rostro. Nunca me cansaría de lo preciosa que estaba cuando disfrutaba del placer que le daba. Llevé mi mano a su otro pezón para darle la misma atención y ella mordió su labio inferior,

abandonándose al placer.

—Eres preciosa.

Ella abrió los ojos y me miró. Una mirada llena de deseo. Con manos temblorosas, me desabrochó el cinturón, pero cuando colocó su mano en el botón, se lo impedí.

—Erin, deberíamos parar.

—¿Por qué? —se quejó ella—. No quiero parar, Arlan.

—No tienes la menor idea de lo que estás pidiendo —le dije, acariciando su mejilla con una mano, y la otra la enredé en su pelo, tal y como había descubierto que me gustaba hacer.

—Puede que sea virgen, pero no soy idiota, Arlan. Sé lo que estoy pidiendo. —Hizo una pausa para mirarme—. Quizá tienes razón y no lo sé del todo, pero estoy segura de que es aún mejor de lo que mi imaginación se ha imaginado tantas noches cuando estaba sola.

¿Ella me estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

—¿Te has masturbado pensando en mí? —le pregunté, sintiendo cómo mi polla golpeaba la tela de mis pantalones.

Ella tragó saliva ante la rudeza de mis palabras, pero no se acobardó. No esperaba que lo hiciese. Erin era tímida, pero no cobarde. Nunca lo había sido.

—Siempre que lo he hecho ha sido pensando en ti. Eres el único que logra ese efecto en mí.

Aquello me alegró. Y un instinto de positividad se apoderó de mí.

—¿Estás segura? —le pregunté, porque necesitaba escuchar la confirmación de sus labios—. No quiero que te arrepientas.

Erin me dio una sonrisa dulce.

—Nunca podría arrepentirme. Va a ser perfecto porque va a ser contigo.

Agarré su mano y la entrelacé con la mía. Quizá siempre habíamos sido destinados a ser ella y yo. Uní mis labios con los de ella y sentí sus manos en la cinturilla de mi pantalón, provocando que mi miembro se endureciera por la anticipación, deseando entrar en acción. Y, esta vez, no se lo iba a impedir.

Porque aunque sabía que las chicas como Erin no pertenecían a mi mundo, que las chicas como ella se merecía una vida tranquila con un hombre bueno que trabajase de ocho a seis en un trabajo anodino, no pensaba dejarla ir.

Porque Erin era mía. Lo había sido desde el instante en el que había pisado mi casa diez años atrás. Quería ser el primero que entrase en su interior y también, el último. Porque su coño me pertenecía, toda ella lo hacía. Sabía que una sola vez no sería suficiente. Y si algún idiota intentaba quitarme lo que era mío, no vería la luz del día siguiente.

Escuché el sonido de pasos y me puse alerta. Erin, que no estaba entrenada a estar alerta en cualquier situación como lo estaba yo, yo había comenzado a jugar con su dedo con la cinturilla de mi calzoncillo.

Me separé de ella con cuidado, rompiendo el beso. Su dedo se quedó quieto, y su mirada fija en mí. Debió de ver algo en mi rostro, porque alejó sus manos de mí.

—¿Sucede algo? —preguntó con preocupación.

—Viene alguien —respondí y ella miró hacia la puerta cerrada sin pestillo. Tampoco tenía uno, así que no era una opción. No le había dado importancia porque nadie entraría a una estancia en la que yo me encontraba sin llamar. No si valoraban su trabajo y su vida.

Me abroché el pantalón justo cuando unos nudillos golpearon la madera.

—Jefe —reconocí la voz de Niall en el otro lado.

—No me jodas —murmuré. Qué cojones quería este ahora. No podía importarme menos—. ¡Vete, Niall! ¡No es el momento!

Sin embargo, Niall no se fue, pero tampoco era tan estúpido como para abrir la puerta.

—Jefe... Siento molestarte, pero realmente creo que te puede interesar ver esto.

—¡Si se trata de trabajo, puede esperar !—grité.

En esos momentos no podía importarme menos si mis enemigos habían robado nuestro último cargamento o habían matado a la mitad de mis hombres. Con suerte, mis familiares sanguíneos, se encontrarían entre ellos.

—No son negocios, jefe.

—Creo que deberías ir —me susurró Erin.

Maldita sea, ella tenía razón. Niall no se arriesgaría a cabrearme si no fuera algo importante. Maldiciendo, me levanté y me dirigí hacia la puerta del salón, abriéndola. Pude sentir la mirada de Niall en mí y como luego se posaba en un punto detrás de mí que debía ser Erin. ¿Él se daría cuenta de lo que estábamos haciendo?

Lo cierto era que me importaba una mierda. Pero había algo de lo que me tenía que asegurar, más por Erin que por mí.

—Ni una puta palabra a nadie —le susurré para que Erin no pudiese escucharme.

Niall asintió. No le dije que incluido Tyrone, porque sabía que Niall no era tan estúpido como para no entenderme. No me importaba que Tyrone se enterase, porque antes o después lo iba a saber, pero quería ser yo quien se lo contase. Mi mejor amigo se merecía una explicación.

Y se la daría, pero no aún. No cuando ni yo mismo me entendía.

—¿Qué es tan importante para molestarme a estas horas?

Niall me hizo un gesto para ir hasta el *hall* y me dirigí hasta allí.

La puerta estaba abierta y podía escuchar la lluvia caer con fuerza afuera. Aunque mi mirada estaba fija en la joven que estaba en medio del *hall*, con su rostro manchado de maquillaje y las gotas de lluvia cayendo en el suelo.

Yo conocía a esa chica. ¿Qué hacía ella en mi casa a esas horas? ¿Y por qué estaba llorando?

Antes de que pudiera decir ni una sola palabra, una voz lo hizo por mí.

—¡Adele! —exclamó Erin—. ¿Qué te ha pasado?

## Capítulo 21

### *Erin*

Nunca había estado tan agradecida de tener un buen equilibrio como en ese momento.

La bandeja en mis manos pesaba bastante; tal vez Emer había tenido razón y había puesto demasiadas cosas en ella. Sin embargo, conseguí subir todas las escaleras hasta el ático donde se encontraba mi habitación sin trastabillar y caerme rodando. Con mayor concentración que con la que tocaba el piano, estiré mi pierna derecha y conseguí abrir la puerta de mi dormitorio, que había dejado entreabierta, sin soltar la bandeja, y con el mismo pie, la cerré un instante después cuando estuve dentro.

—Erin. —Adele estaba sentada en mi cama, cubierta por el edredón.

La noche anterior ella estaba tan abatida que no paraba de llorar y no habíamos podido hablar. Me había limitado a invitarla a dormir conmigo y la había abrazado hasta que se había quedado dormida.

Yo me había quedado junto a ella, pero la preocupación me había impedido conciliar el sueño. Nunca había visto a mi amiga de esa manera. Tan desolada, tan rota.

—Ya estás despierta —dije, esbozando una sonrisa amable mientras caminaba hasta la cama para dejar la bandeja con cuidado a un lado del colchón—. Te he preparado el desayuno. Chocolate caliente con nata y *crepes* con Nutella y fresas.

Adele curvó sus labios en una sonrisa de agradecimiento que no llegó a sus ojos.

Me había despertado antes que ella, y al ver que dormía tranquila, incluso con sus facciones relajadas, había salido de la cama sin hacer ruido para bajar a preparar el desayuno. Después de la llorera de la noche anterior, necesitaba recuperar fuerzas. Y nada mejor para eso que un desayuno calórico.

—Están buenas —murmuró cuando se llevó un trozo de *crepe* a la boca. Su tono de voz era apagado y aún quedaban rastros de *rimmel* debajo de sus ojos.

—El crédito es de Emer más que mío —reconocí. Sin ella, lo más seguro que los *crepes* se me hubieran quemado. Ya sabes lo torpe que soy cocinando —dije a la vez que me sentaba en el borde del colchón.

Adele pinchó otro trozo de *crepe* con el tenedor y dejé que disfrutara del desayuno. Estaba preocupada por mi mejor amiga, pero no quería presionarla. Sostuve la taza de café bien cargada que me había preparado y le di un largo sorbo, disfrutando del sabor.

Adele arrugó el ceño cuando escuchamos un sonido de vibración.

—Es tu móvil. Ha estado sonando toda la noche y lo he dejado sobre la mesa de mi escritorio. ¿Quieres que te lo alcance? —pregunté, haciendo ademán de levantarme.

—¡No! —El grito de Adele hizo que pegara un pequeño brinco y unas gotas de café se derramaran sobre mis piernas desnudas—. No quiero responder. Apágalo.

La súplica en su voz hizo que mi preocupación aumentara. Dejé la taza de café sobre la bandeja y estiré mi mano para posarla sobre la suya.

—Adele, ¿está todo bien?

Mi amiga soltó el tenedor mientras negaba con la cabeza. Sus ojos castaños se humedecieron y lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas.

—Nada está bien, Erin —sollozó—. Todo es un desastre. Mi vida se ha derrumbado como un

castillo de naipes. —Adele se llevó las manos a los ojos, desolada.

La tarde anterior, Adele rezumaba felicidad por todos los poros de su piel, y ahora estaba destrozada. No era extraño que Adele pasase de un estado de ánimo a otro en tiempo récord, pero sí lo era que la tristeza le durase más de una hora. Ella siempre se recomponía con facilidad, pero no esta vez. Algo muy grave había tenido que suceder para que estuviera así, y más aún en un día tan especial para ella como en el de su cumpleaños número dieciocho.

—Sabes que puedes contarme lo que sea. Cualquier cosa que haya pasado, la solucionaremos. Estoy aquí para ti.

Estiré mi mano para sujetar su rodilla en modo de consuelo. Adele se apartó las manos de su rostro y asintió lentamente.

—Ayer fui a cenar con mi padre para celebrar la víspera de mi cumpleaños. Ya sabes, como todos los años. Pero ni siquiera llegué a soplar las velas...

Adele comenzó a llorar desconsoladamente y yo le rodeé la mano por el cuello para que apoyase su cabeza en mi hombro. Esperé a que se calmase, sin presionarla. Cuando los sollozos menguaron, ella se separó de mí para limpiarse las lágrimas con una de las servilletas que había en la bandeja.

—La cena iba bien. Mi comida preferida, mi padre cariñoso y feliz por estar conmigo. Todo era perfecto. Hasta que...

Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia y se le entrecortó la voz. Pero a esas alturas yo ya tenía una idea de lo que había sucedido.

—¿Él no aceptó a Alexei? —traté de adivinar. A pesar de que Adele solía quejarse de que no veía a su padre todo lo que le gustaría por negocios, ellos tenían muy buena relación. Adele adoraba a su padre. Y era obvio que habían discutido, y eso era lo único que podía haber hecho que ellos tuviesen un enfrentamiento. Tal vez, para el padre de Adele, un chico al que ella conocía de hacía tan poco no era el idóneo. Los padres eran muy protectores. Igual él simplemente había estado preocupado por ella. Posiblemente, lo solucionarían. El padre de Adele era comprensivo y la quería por encima de todo.

—Ni siquiera pude decírselo, Erin. Porque ni siquiera soy capaz de creérmelo. Parece una broma macabra. O algo que le está sucediendo a otra persona, no a mí.—Esas palabras hicieron que comenzase a preocuparme de verdad. Pero, desde luego, no me esperaba lo que ella me dijo a continuación—: Él me anunció que voy a casarme.

—¿Casarte? ¿Cómo que casarte?

—Casarme. —respondió ella, decaída—. Él me ha organizado un matrimonio de conveniencia con uno de sus socios. Un hombre influyente. —Adele mordió su labio inferior en un intento por contener el llanto—. Cómo si me importara.

—¿Cómo que organizado un matrimonio? ¿Cómo en la edad media? Eso no tiene ningún sentido... —Negué con la cabeza, incapaz de creerme ese sinsentido—. Además, tan solo tienes dieciocho años. ¿Cómo vas a casarte? ¿Y qué edad tiene el hombre?

A mi mente vino la imagen de un hombre de la edad del padre de Adele. Aquello era una locura. ¿Acaso el padre de Adele había perdido la cordura?

—Creo que me dijo que veinticuatro o veinticinco. No sé, la verdad, que no podía importarme menos su edad. —Adele hizo una mueca—. Intenté hablar con mi padre, Erin. Decirle que ya estoy enamorada. Pero él ni siquiera me escuchó, creyó que era una excusa para librarme del matrimonio. Me dijo que madurara y que ya era hora de empezar a asumir responsabilidades.

—Pero eso es absurdo, Adele. ¿Qué padre obliga hoy en día a su hija a casarse por

conveniencia?

—Parece que el mío —dijo con desolación.

—Tu padre tiene que entrar en razón, Adele. Lo que me estás contando es una locura. —¿Siquiera era legal? No podía obligarla a casarse con alguien que ella no deseara.

Adele suspiró.

—Mis padres se casaron por conveniencia —me reveló, sorprendiéndome. Ella nunca me había contado eso—. Mi madre era la hija de un hombre adinerado y mi padre un joven de familia de clase media, pero muy inteligente y con muchas ambiciones. Él montó su propia empresa con apenas veinte años. —Eso lo sabía. Ella me había contado los logros de su progenitor con orgullo en muchas ocasiones—. Mi abuelo materno vio en él al yerno perfecto. Y mi padre, una manera de avanzar en los negocios con más celeridad. —Adele esbozó una sonrisa triste—. Mi madre no fue feliz, Erin. Yo solo tenía cinco años cuando ella falleció, pero mi abuela materna me lo contó. —Sabía que la madre de Adele había fallecido en un accidente de helicóptero hacía años, pero mi amiga apenas hablaba de ella. Posiblemente, porque casi no la recordaba—. Pensaba que mi padre jamás querría eso para mí. Qué equivocada estaba. —Una risa ahogada, más parecida a un sollozo, se escapó de los labios de Adele—. Tendrías que haberlo visto, Erin. Realmente me miró como si fuera una niña teniendo una rabieta. Como si no entendiese por qué me negaba. —El teléfono de Adele vibró de nuevo y ella se levantó de la cama para dirigirse a mi mesita y coger el móvil. Miró la pantalla y, después, lo apagó—. No quiero saber nada de él. ¿Puedo quedarme contigo?

—Por supuesto. Todo el tiempo que necesites. —Aunque el dueño de la casa era Arlan, sabía que él lo vería como yo—. Vamos a encontrar una solución, Adele. No te vas a casar con ese hombre. ¿Lo conoces siquiera?

—Nunca lo he visto. Su nombre es Callum O'Donell. ¿Te suena?

—No creo —dije—. Puedo hablar con Arlan —propuse repentinamente cuando una idea se me pasó por la cabeza—. Él nos contó que tu padre y él eran antiguos conocidos. Arlan puede hablar con él y hacerle entrar en razón. Tu padre lo escuchará. Todo el mundo escucha a Arlan. Es carismático y tiene mucha influencia en las personas, puede lograr que tu padre entre en razón.

En vez de ponerse contenta como esperaba, Adele me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Arlan? —No me gustó la forma en la que pronunció su nombre, con desconfianza y desprecio—. Él no va a ayudarme, Erin.

Suspiré, agotada. Adele era tan cabezota cuando algo se le metía en la cabeza...

—Adele, tú no lo conoces como yo lo conozco. Él verá la locura que es como lo he hecho yo. Estará encantado de hacer entrar a tu padre en razón. No va a permitir que te obliguen a casarte, te lo aseguro. Por Dios, Adele, que no estamos en la edad media.

—Sí, claro —respondió sarcásticamente, haciendo una mueca—. Erin, tienes que alejarte de Arlan. Ya lo hablamos. No eres objetiva cuando se trata de él.

Desvié mi mirada de Adele cuando hizo referencia a nuestra anterior conversación en la que le había confesado mis sentimientos por Arlan. Ella seguía teniendo una mala opinión de él, y eso que no le había contado lo que había sucedido entre nosotros. No lo había hecho porque sabía que ella no lo entendería y quería esperar a que las cosas entre Arlan y yo avanzasen. Y lo habían hecho. Habíamos estado a punto de hacer el amor. Si no fuese porque ella había aparecido, lo habríamos hecho. Yo deseaba hacerlo y seguía deseándolo. Y sabía que no tardaría en suceder.

—Adele... —comencé. Tal vez no era el momento para hablar con ella de eso, pero no

quería seguir ocultándoselo, porque no era nada malo y ella era mi mejor amiga—. Yo... —suspiré, intentando pensar las palabras que iba a emplear—, las cosas han sido un poco diferentes entre Arlan y yo últimamente. —Adele frunció el ceño y me miró con temor, deduciendo lo que le iba a decir a continuación—. Nos hemos besado —confesé—. Unas cuantas veces. Yo creo que le gusto, Adele. Le gusto como más que la hermana de su mejor amigo. Quiero que sea mi primero.

—¿¡Qué?! ¡Te has vuelto loca! —gritó, escandalizada—. Erin —Adele se sentó en el borde de la cama—, no sé qué te ha contado Arlan, pero tienes que alejarte de él. —Ella estiró sus manos y agarró las mías—. Te está manipulando para acostarse contigo. Mierda, Erin, él se ha dado cuenta de lo pillada que estás por él y se está aprovechando.

Me reí. Aquello era absurdo.

—No lo conoces, Adele. En el momento en el que lo conozcas como yo lo hago, cambiarás de opinión.

Adele negó con la cabeza.

—Créeme, Erin. Creo que quien no lo conoces eres tú. Arlan Wolf es...

—Por favor, Adele —la interrumpí, no queriendo seguir con aquella conversación, porque Adele no parecía estar dispuesta a cambiar de opinión—. Yo siempre te he apoyado con los chicos que te gustaban, aunque a veces no estuviese segura. ¿No puedes hacer tú lo mismo por mí?

—No es lo mismo, Erin. Arlan es un hombre peligroso.

—Arlan jamás me haría daño. Él me respeta. Tendrías que ver cómo me cuida. —Cómo lo había hecho siempre, desde que nos habíamos conocido—. Cómo me acaricia, cómo me habla —continué, ignorando la forma en la que Adele curvó sus labios, no creyendo mis palabras—. Dale una oportunidad —insistí—. No le juzgues sin conocerlo de verdad. ¿Tanto pido?

Adele suspiró.

—Más de lo que piensas, pero lo haré. Lo haré por ti.

Sonreí.

—Entonces, confía en mí. Hablaré con Arlan y él lo solucionará todo. No vas a casarte con ese tal Callum. Tu padre tendrá que aceptarlo.

—Está bien, habla con él, pero no hoy. Necesito asimilar la noticia primero.

—Claro, cuando tú estés preparada.

Podía ver en sus ojos que ella no estaba muy segura de que Arlan fuese a ayudarla. Lo entendía ella, ya que ella no le conocía como yo. Pero con lo que me quedaba era con que Adele estaba confiando en mí. Y yo no la fallaría.

Horas más tarde, ambas nos habíamos duchado, quitado el pijama, y estábamos sentadas en mi cama, conversando.

Adele se había relajado y parecía estar más tranquila, aunque seguía viendo esa tristeza en sus ojos. Una diferente a la que le había visto otras veces, una que parecía haber llegado para quedarse.

No permití que la desolación se apoderase de mí. Arlan lo solucionaría todo y Adele volvería a sonreír de verdad.

—Un día deberíamos practicar escalada juntas.

—¿Ya se te ha olvidado tu miedo a las alturas? Dudo que puedas tomarte ansiolíticos como cada vez que viajas.

—¿Y por qué? No me impiden moverme.

—No, pero te dejan adormilada, y cuando escalas, necesitas tus sentidos al cien por cien.

—Puff... Entonces mejor ni lo intento. —Adele sacó una golosina del paquete que habíamos robado de la cocina y se la llevó a la boca para darle un mordisco—. Ya sabes cómo soy, me distraigo con una mosca. —Ella tenía razón en eso—. No soy tan disciplinada como tú.

—Eso es gracias a que toco el piano. Hay que ser muy disciplinado, o es imposible.

—¿Has localizado a Rachel? —me preguntó Adele, nombrando a mi profesora de piano.

—No —contesté, un poco desanimada al recordar ese tema—. Si te soy sincera, Adele, no lo entiendo. Pensaba que me tenía aprecio, ¿sabes? Que habíamos creado una conexión especial, una que iba más allá de profesora y alumna.

—Es extraño —observó Adele—. Rachel siempre me ha caído bien. Ella hasta alquiló una casa cerca del internado para poder ir todos los días a darte clases. —Eso era cierto. Aunque Arlan le pagaba muy bien por ello y era él quien pagaba su casa. Pero no lo dije en alto, ya que no quería que Adele pensase que yo sentía que le debía algo a Arlan y por eso le defendía de sus ataques. Porque no era así—. ¿No le habrá pasado algo?

—Me lo he planteado, pero he entrado en su Instagram y ha subido varias fotografías de un concierto de música clásica al que acudió hace unos días. Simplemente, no quiere hablar conmigo.

Adele suspiró.

—Al final pensamos que conocemos a la gente y no lo hacemos. —Sabía que ella no se estaba refiriendo solo a Rachel. Ella hablaba de su padre, y como no quería que se pusiese triste de nuevo, reconduje el tema.

—No voy a permitir que me afecte. He estado unos días sin tocar el piano, pero ya he vuelto a hacerlo. Si quieres, podemos ir a la sala de música y así te enseño mis avances y lo acogedora que es.

Adele sonrió. A ella le gustaba verme tocar. No solo porque era mi amiga, ella disfrutaba de escucharme tocar el piano.

—Esa es una idea fantástica.

Ambas nos levantamos de mi cama, en la que estábamos sentadas, pero no llegamos a salir de la habitación porque un grito nos detuvo.

—¡Adele!

Una profunda voz masculina que no reconocí. Pero Adele sí debió de hacerlo, porque la sonrisa de sus labios se evaporó y ella se congeló en mitad de la estancia.

Ambas miramos hacia la puerta cuando un hombre que reconocí como el padre de Adele la abrió.

Detrás de él estaba Emer, que parecía insegura, sin saber si haber dejado que el padre de Adele fuese hasta mi habitación era lo correcto. Yo podía responder a esa pregunta que se estaba haciendo a sí misma. No lo era.

—¿Qué hace aquí? —pregunté, sin entender nada.

—¡Adele, llevo llamándote toda la noche y toda la mañana! —exclamó su padre, sin prestarme la más mínima atención.

Pude ver que los ojos de Adele comenzaban a humedecerse, pero ella controló las lágrimas y alzó la barbilla, con actitud desafiante.

—Y yo te estoy ignorando adrede.

Vincent miró a su hija. Sus facciones enfurecidas se relajaron y él suspiró, como si estuviera demasiado agotado como para tener esa conversación.

—Estaba preocupado.

Adele cruzó sus brazos, pero no tuve la sensación de que fue un acto de rebeldía, más bien lo sentí como si quisiese protegerse a sí misma, como si se sintiese débil delante de su padre.

—Pues ya puedes estar tranquilo, ya ves que estoy perfectamente. Puedes marcharte.

—Adele, no seas infantil. Tu fiesta de cumpleaños es dentro de cinco horas. Tienes que ir a casa a prepararte.

Con todo lo que había sucedido, me había olvidado por completo de la fiesta de cumpleaños de Adele.

—¿Para qué? ¿Para que me presentes a mi futuro marido? —le reprochó Adele—. Cancellala, no pienso ir.

La ira ensombreció las facciones oscuras de Vincent. Nunca había visto al padre de Adele tan enfadado. No le conocía mucho, pero las veces que le había visto él siempre rezumaba amor hacia su hija. Ahora ese amor se había transformado en ira. Todavía pensaría que él tenía razón.

En ese instante, me di cuenta de que la imagen que tenía de Vincent era la que Adele me había transmitido durante todos esos años. Quizá, él no era el padre ejemplar que mi amiga creía que era.

—No se puede cancelar —se negó Vincent—. Los invitados se han tomado la molestia de dejar otros asuntos importantes por acudir a tu fiesta de cumpleaños. Un cumpleaños que se va a celebrar dónde tú querías y de la manera que tú querías. Ya eres una mujer adulta, compórtate cómo tal.

Adele entrecerró los ojos, pero yo conocía esa expresión. Las palabras de su padre estaban llegando a ella.

—Está bien, no la cancelaré. Pero lo hago por ellos, no por ti.

—Está bien —contestó Vincent, más calmado.

—Y no me voy a casar con Callum.

Vincent se pasó una mano por la cara.

—Esa decisión ya está tomada. Tú no tienes nada que opinar sobre ella.

—¿Cómo que no tiene nada que opinar? Es su vida —intenté mantenerme al margen, pero no pude evitar intervenir. Es que aquello era absurdo.

Vincent me miró como si acabase de darse cuenta de que me encontraba allí.

—Gracias, Erin, por dejar que Adele durmiese contigo esta noche. No te preocupes, a partir de ahora, yo cuido de mi hija.

Aunque él estaba siendo cordial, me estaba advirtiendo que no me metiese entre los dos.

Fui a responderle, porque no me gustaba la forma en la que se estaba dirigiendo a Adele, pero esta me lo impidió.

—Dame un minuto para recoger mis cosas, papá —le dijo Adele.

Vincent asintió y salió de la habitación, pero no cerró la puerta. Emer, que posiblemente quería remendar su falta, la cerró, dejándonos un poco de intimidad.

—No tienes por qué ir con él si no quieres, Adele. —Sostuve la mano de mi amiga—. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Nunca había tenido nada en contra del padre de Adele, pero después de lo que ella me había contado y lo que acababa de escuchar, no creía que la mejor idea fuese que se marchase con él. Aquel hombre había enloquecido.

Adele miró la puerta cerrada durante unos largos instantes, y después, ladeó la cabeza para volver a fijar sus ojos en los míos.

—¿De verdad puedo? —cuestionó, soltándose de mi agarre y yendo a coger su bolso, que descansaba encima del escritorio.

—Por supuesto que puedes. Sabes que siempre puedes contar con mi ayuda.

—Esta no es tu casa, Erin. No tienes ni voz ni voto.

Ya estábamos otra vez con lo mismo.

—Arlan estará encantado que te quedes.

Una risa amarga brotó de la garganta de Adele.

—Tan encantado que ha llamado a mi padre para que venga a buscarme.

—¿Qué? —No, eso no había pasado—. Adele, Arlan no ha sido. Por Dios, se habrá imaginado que estás aquí. Soy tu mejor amiga, tu padre me conoce, no hace falta ser muy inteligente para pensar que podrías estar conmigo.

—No verías la verdad ni aunque te mordiese el culo. Y, sinceramente, no me encuentro con fuerzas de hacerte ver lo que no quieres ver. Solo espero que te des cuenta antes de que Arlan te haga daño. Un daño irreparable.

—Adele...

Ella negó con la cabeza y levantó la mano en un ruego silencioso de que no insistiese. Después, se giró para abrir la puerta y marcharse.

Mi corazón se rompió al ver la decepción en los ojos de mi mejor amiga. Ella se marchó junto a su padre y yo no pude detenerla. Adele había tomado una decisión y no estaba dispuesta a escucharme.

Ella había decidido culpar a Arlan y no sabía cómo hacerle entender lo equivocada que estaba. Él nunca haría algo así.

## Capítulo 22

### *Erin*

Bajé del taxi y observé la majestuosa mansión donde Adele vivía y el lugar que había decidido para celebrar su dieciocho cumpleaños. A pesar de que había estado allí el día anterior, la casa por fuera parecía completamente diferente.

Tal vez era por la línea de lujosos automóviles que se alineaban en la entrada. Desde relucientes deportivos hasta elegantes Sedanes, pasando por otro tipo de vehículos que lucían igual de caros, pero que no reconocí.

Aquello solo era una pequeña demostración del *glamour* presente en la celebración.

Según iba caminando por el camino empedrado, me fijé en los jardines circundantes, los cuales habían iluminado con luces tenues en sus ramas más altas para la ocasión. Creaban un sendero mágico, como de cuento de hadas, que llevaba hasta la puerta de entrada principal. Y supe que eso había sido elegido minuciosamente por Adele.

A ella le gustaba sentirse como una princesa de cuento, una que buscaba a su príncipe azul. Mi amiga siempre había sido un poco fantasiosa, pero eso era algo que me gustaba de ella. Esa inocencia que a mí me habían arrebatado a mi más tierna edad.

Desgraciadamente, el padre de Adele había elegido su dieciocho cumpleaños para quitarle esa ilusión a su hija.

No sabía cómo se encontraba Adele, ya que no había vuelto a hablar con ella desde que se había ido de casa de Arlan junto a su padre cuatro horas atrás. Ella parecía decepcionada conmigo.

Adele y yo jamás nos habíamos peleado durante todos nuestros años de amistad. Aquello había sido lo más próximo a una discusión que habíamos tenido. Porque no podía considerar lo que había pasado una discusión.

Podía comprender a Adele. Su padre había perdido la cordura por completo y ella estaba aturdida y enfadada con el mundo. Pero culpar a Arlan de algo que él ni siquiera sabía era absurdo. ¿Por qué Arlan llamaría a Vincent para contarle que estaba en su casa cuando desconocía por completo lo que había pasado? No tenía ningún sentido.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, me di cuenta de que varios hombres trajeados se movían por el jardín y por las inmediaciones, como si se estuviesen asegurando de que todo estuviese bien. Imaginé que el padre de Adele había contratado seguridad extra para asegurarse que la fiesta transcurría sin ningún problema.

No me extraño, ya que mi amiga me había contado que entre los invitados estaban personas importantes, como el actual alcalde de Dublín, que era un gran amigo del padre de Adele. Al igual que empresarios de éxito y algún que otro político.

Ahora que podía verlo todo con más claridad, la verdad era que Vincent, aunque le había dejado a su hija organizar su cumpleaños como ella deseara, él se había encargado de invitar a personas cuya presencia le beneficiaba a él y su hija nunca hubiese invitado.

Adele había estado ciega respecto a su padre, lo que me hizo pensar si yo lo había estado con Arlan, aunque rechacé ese pensamiento con rapidez.

Sobre todo, porque el hombre con traje y pinganillo que se encontraba en la entrada pidiendo las invitaciones llamó mi atención. Tras mirar la invitación y buscar mi nombre en la lista que

tenía en el iPod que llevaba en su mano, me abrió la puerta, dejándome entrar.

En cuanto me adentré en la casa, lo primero que vi es que en el *hall* habían puesto un guardarropa improvisado, donde tras dejar mi chaqueta fina negra y mi bolso, ya que no permitían la entrada con móviles, me dirigí hacia la estancia desde la que se filtraban las voces y la tenue música de una orquesta.

La entrada estaba adornada con centelleantes luces, creando un efecto de estrellas que te guiaba hacia el interior. Aquella decoración gritaba Adele por todas partes, ya que las dos amábamos las estrellas y solíamos tumbarnos en la azotea del internado a verlas las noches despejadas. Algo que nos había costado algún que otro castigo, ya que solíamos hacerlo fuera del toque de queda. Pero había merecido la pena todas y cada una de las veces.

Al entrar, lo primero que vi fueron dos globos de helio con los números uno y ocho flotando en el techo. Guirnaldas de luces LED se trenzaban entre las columnas, proporcionando una iluminación suave y acogedora.

No me sorprendió nada de lo que vi, ni la tarta de cumpleaños cubierta de crema de *fondant* rosa y detalles dorados con unas velas finas esperando ser encendidas. Como tampoco que, junto a ella, hubiese una cascada de *cupcakes* decorados con brillos comestibles y *toppers* personalizados.

Porque la sala estaba decorada tal y como Adele había querido. Era bueno saber que su padre lo había respetado.

No había nadie alrededor de la mesa de la tarta, como tampoco en la de los regalos. Donde los invitados se acumulaban era en la mesa de los canapés. Aunque otros se encontraban en pequeños grupos, conversando mientras hacían buen uso de las copas de *champagne* que los camareros llevaban en bandejas redondas.

Busqué a Adele con la mirada, sin éxito. Cada minuto que pasaba se hacía más difícil encontrarla, porque los últimos invitados estaban llegando. Pero, así todo, estaba bastante segura que ella no estaba allí. Al que sí vi fue a su padre, que se movía como pez en el agua hablando con los invitados.

Salí de la sala y traté de subir las escaleras para ir a su habitación, pero una mujer que pertenecía al personal me lo impidió. Nunca antes la había visto, y pese a que intenté explicarle que estaba buscando a Adele y que yo era su mejor amiga, ella no cedió. Las plantas de arriba estaban prohibidas para los invitados.

Y estaba claro que para las amigas de Adele también. Aunque no podía enfadarme por ello, ya que Adele me había contado que algunas personas aprovechaban las fiestas que su padre daba para cotillear las estancias de su casa. En una ocasión, cuando ella tenía once años y se encontraba en la casa de su padre aprovechando tres días festivos que teníamos en el internado, este había organizado una fiesta para celebrar la inauguración de una nueva empresa.

Ella se encontraba durmiendo en su habitación cuando escuchó un ruido en el pasillo y, acto seguido, alguien empujando el pomo de su puerta. Se asustó y se escondió en el baño de su dormitorio. No cerró la puerta del todo y por la rendija vio como una señora de unos setenta años encendía la luz y se adentraba en la estancia. La mujer comenzó a abrir los cajones de la cómoda, las puertas del armario, y no continuó porque Adele salió.

Cuando mi amiga le preguntó qué hacía, la mujer, en vez de poner una excusa, le dio la enhorabuena por ser tan ordenada.

Adele no lo contaba con enfado, sino muerta de la risa. Ella entendía que algunas personas sintiesen curiosidad por cómo eran las estancias de una casa como la de ella. Aunque, por supuesto, se lo había contado a su padre y este había tomado medidas.

La casa de Arlan no era menos lujosa o impresionante que la del padre de Adele; incluso me atrevería a decir que lo era más. Pero no me imaginaba a un invitado atreviéndose a cotillear por ninguna estancia.

Arlan no sería amable si lo descubriese. Él no permitiría algo así y sus invitados lo sabían. Aunque, ciertamente, no recordaba haber escuchado o presenciado ninguna fiesta en la casa de los Wolf. Ni siquiera había visto a personas que no formaran parte del personal pululando por las estancias. Arlan no parecía muy dado a invitar a gente a su casa. Él era muy receloso de su intimidad.

Sin rendirme, seguí buscando a Adele por la planta baja. En realidad, dudaba que ella estuviese escondida en su habitación. Podía estar disgustada, pero Adele no se perdería su fiesta de cumpleaños. Sin embargo, busqué y busqué, pero no la encontré por ningún lado. Eso que miré en todas las estancias en las que me dejaron entrar. La encargada del servicio de catering, que se hallaba en la cocina dando órdenes, casi se murió de un infarto cuando abrí la puerta, pensando que tenía alguna queja sobre la comida.

Tras tranquilizarla, salí de allí con la idea de regresar al salón principal, donde se estaba celebrando el cumpleaños. Aunque antes, pasé por uno de los baños, que di por hecho que estaba vacío, porque la puerta no estaba cerrada con pestillo.

Sin embargo, me equivoqué y había alguien dentro. Una chica observaba su reflejo en el amplio espejo del baño mientras se colocaba correctamente su bonito lazo blanco. Aunque se encontraba de espaldas a mí, reconocí su melena negra y su figura delgada.

— Adele, ¡por fin te encuentro!

Adele se dio la vuelta para mirarme.

—¡Erin! ¡Has venido! —exclamó. Parecía sorprendida de verme allí. Se lanzó hacia mí, abrazándome.

—Claro que he venido. —Pasé mis manos alrededor de su espalda—. Es tu fiesta de cumpleaños. Los dieciocho, nada menos. No me la perdería por nada del mundo.

Adele se separó de mí, pero sujetó sus manos con las mías, como si no quisiese deshacerse del todo de mi contacto.

—Después de cómo han terminado las cosas esta mañana pensaba que, quizá, no vendrías —confesó, bajando la mirada hasta las baldosas del baño.

—No he dudado ni durante un solo instante. —No estaba mintiendo. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza no acudir y, menos aún, por lo que había pasado antes—. Eres mi mejor amiga. Siempre estaré ahí para ti, de la misma manera que tú siempre estarás ahí para mí. Tú misma lo dijiste.

Adele sonrió.

—Gracias —agradeció, tirando de mis manos para mirarme de arriba abajo—. Gírate, quiero ver bien tu vestido.

Me solté de su agarré y me di la vuelta. Solo para hacerla feliz.

—Estás preciosa —me halagó—. ¿Ves cómo el verde esmeralda es tu color?

Me había comprado el vestido *online* en una página especializada en ropa para eventos, aprovechando que tenía la mayor parte de su catálogo rebajado. El vestido, con unos delgados tirantes y un escote en forma de corazón, era lo suficientemente elegante para ir a una fiesta como la que celebraba mi mejor amiga, pero lo bastante simple como para no sentirme que era yo misma. No quería tener la sensación de que iba disfrazada. La tela de la prenda era suave y parecía de buena calidad. El vestido dejaba mi espalda al descubierto y me llegaba hasta los tobillos, pero tenía una abertura en la parte derecha que llegaba hasta mi muslo.

—Tú sí que estás preciosa. Al final, has optado por el lazo blanco.

Adele parecía una auténtica princesa. Había visto el vestido que llevaba durante más de diez veces durante los últimos dos meses, porque una diseñadora lo había hecho a medida para ella. El vestido rosa pastel de lentejuelas era sofisticado, con un escote redondo que Adele había adornado con un discreto colgante de perlas a conjunto de sus pendientes. Unos pocos flecos caían por los brazos descubiertos de Adele. Un detalle que ella misma había seleccionado.

—Blanco marfil —me corrigió con una mueca.

Entorné los ojos, pero no repliqué. Nunca ganaría esa batalla.

—Tengo algo para ti —dije, sacando el regalo que me había guardado en el bolsillo izquierdo del vestido, y que sobresalía de él.

Adele cogió la bolsita de tela con una mirada curiosa. Si algo le encantaba hacer a Adele, era abrir regalos. Ella tiró de la cuerda con impaciencia para descubrir una delicada pulsera de plata con el símbolo del infinito en medio.

—¡Me encanta! —exclamó, emocionada. Dejó la bolsa encima del lavabo y yo le ayudé a ponerse la pulsera en su muñeca derecha. Cuando terminé, levante mi brazo derecho para enseñarle que llevaba una como la de ella.

—El símbolo del infinito significa que siempre seremos amigas.

Adele se emocionó y varias lágrimas recorrieron sus mejillas.

—Para siempre.

Sonreí.

—Creo que deberías regresar al salón. Han llegado todos los invitados y tú eres la anfitriona.

Adele se tensó.

—¿Y tú no vienes?

—En un rato. Necesito ir al servicio y... —No pude continuar, porque ella dio un paso hacia mí y entrelazó mis manos con las suyas de nuevo.

—No me dejes sola, Erin. Hoy no, por favor —me suplicó. Sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas y a mí se me rompió el corazón al ver a mi mejor amiga así. Ella debería estar pletórica, disfrutando del que debía ser el mejor día de su vida, y no desolada, temiendo casarse con un hombre con el que ella no quería.

—No te voy a dejar sola. Ni durante un solo segundo. Me voy a convertir en tu sombra. Te lo prometo.

Horas más tarde, me mantuve fiel a mi promesa. No me separé de Adele ni para ir al baño. Literalmente. A pesar de que se me hacía pesado seguirle el ritmo, no flaqueé. Mi amiga me necesitaba, así queforcé una sonrisa en mi rostro y le seguí de un lado a otro de la estancia.

Adele se movía como pez en el agua, saludando a todos los invitados que se acercaban a ella para felicitarla. La mayor parte de ellos eran socios o conocidos de su padre; e incluso, alguno de ellos, era la primera vez que veían a Adele en persona. Pero Adele mantenía conversaciones con todos, con una sonrisa ensayada en su rostro y sabiendo qué decir en cada momento. A pesar de que sabía que lo que mi amiga deseaba en esos instantes era echar a correr y no mirar atrás, ella se mantenía fuerte, fingiendo.

—En serio, no sé cómo eres capaz de sacar temas de conversación para todo —le susurré a Adele cuando terminó de hablar con un político, amigo de su padre—. No sabía que te interesaban tanto las políticas municipales.

—Y no lo hacen —me respondió Adele—. Solamente finjo que lo hacen.

Me reí.

—Debería haberlo imaginado.

—Es algo que nos enseñaron en el internado chicas como Natalie —dijo, mirando a nuestra excompañera, que se encontraba hablando con un chico de una edad parecida a la nuestra que no me sonaba de nada. La madre de Natalie estaba cerca de ella, conversando con los padres del chico.

—No sé. Nunca he hablado mucho rato con ella como para que me enseñara nada. —Afortunadamente.

—No hace falta hablar con ella —me corrigió Adele—. Fíjate cómo sonrío, pero arruga la nariz. Eso es que el chico le resulta aburrido, pero le escucha por compromiso.

Desde que Adele había acudido a un curso de una semana para entender el lenguaje corporal, ella se creía una entendida en esa materia. Aunque fallaba el 99 % de las veces.

—Yo creo que arruga la nariz porque el chico se ha echado demasiada colonia. Pero que le gusta físicamente, fíjate cómo abre mucho los ojos al mirarle.

—En absoluto —insistió—. Abrir mucho los ojos es muestra de desconfianza. No se fía de él.

—¿No se fía de él o le resulta aburrido? —pregunté entre risas. Hasta ella misma se contradecía.

Adele se debió dar cuenta de eso, porque ladeó su cabeza hacia mí.

—¿Y no pueden ser las dos cosas? —preguntó, soltando una carcajada.

Me alegré de hacerla reír. Adele parecía más relajada y disfrutando de su día, tal como debía ser.

Pero cualquier felicidad que sintiese se desvaneció cuando Vincent se acercó a nosotras.

—Adele, te estaba buscando.

—No me he movido de la sala, papá —le respondió ella en un tono suave, pero que escondía una pizca de tirantez.

Si Vincent se percató de ello, lo ignoró.

—Un placer volver a verte, Erin —me saludó, con una sonrisa cordial—. Espero que estés disfrutando de la fiesta.

Asentí y saludé al padre de mi mejor amiga por educación, a pesar de que eso era lo último que deseaba hacer. Aquel hombre era un impresentable que había perdido la cabeza. Poco me importaba que se hubiera casado por conveniencia, que quisiera hacerle lo mismo a su hija, era una locura.

—Vamos, hija, acompáñame. Quiero presentarte a alguien.

Adele se congeló al escuchar aquellas palabras. Asintió con la cabeza, pero estiró su mano para agarrar la mía, recordándome de manera silenciosa mi promesa. Recordándome que no la dejase sola.

Vincent fue a darse la vuelta, pero cuando vio que Adele tiraba de mí, se detuvo.

—Ella viene conmigo —dijo Adele antes de que Vincent pudiera reclamar nada.

Vincent me miró. Pude sentir que no le hacía gracia mi presencia.

—Estoy seguro de que Erin prefiere quedarse disfrutando de la música —él señaló a los cinco miembros de la orquesta que estaban tocando una canción que no reconocí—, y de los aperitivos.

—Ya he comido suficiente por hoy —mentí, ya que no había probado bocado—. Además, me vendrá bien cambiar de ambiente. Voy con vosotros —dije, provocando que Adele apretase mi mano, dándome las gracias.

Vincent suspiró, resignado.

—Está bien.

Caminamos entre los invitados por toda la amplia sala en la que se celebraba el cumpleaños. Salimos por una puerta lateral que daba directamente hasta una sala más pequeña, que parecía un pequeño salón.

Vicent esperó a que entrásemos para cerrar la puerta. La sala no estaba vacía, en ella había dos hombres que nunca había visto. Los dos sentados en un sofá apoyado contra la pared. Uno de ellos, de mediana edad, y el otro era unos pocos años más mayor que nosotras y muy atractivo.

—Es él —me susurró Adele—. Mi padre me ha enseñado una foto hace unas horas.

Entonces, lo comprendí. Él era el prometido de Adele. El hombre con el que su padre quería obligarla a casarse.

Ambos hombres se levantaron en cuanto nos vieron entrar.

No pude evitar fijarme en el más joven de ellos. Él debería ser el prometido de Adele. Tenía el cabello negro, perfectamente peinado hacia atrás. Sus ojos color esmeralda miraron con calidez a mi mejor amiga a la vez que esbozaba una sonrisa cordial, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectamente alineados. Era alto y musculoso; seguramente, pasaba horas en el gimnasio y practicaba deporte regularmente.

—Hija, te presento a Callum O'Donell y a su tío Howard.

Cuando Callum se acercó a ella para darle dos besos a modo de saludo, Adele no lo rechazó, pero ella no soltó mi mano. De la misma manera que no lo hizo cuando Howard le ofreció su mano, que esta apretó con la que tenía libre.

—Ella es Erin, la mejor amiga de mi hija —me presentó Vincent, cuando Callum y Howard me miraron. Seguramente, preguntándose que hacía allí agarrada de la mano de Adele como si fuera mi hija el primer día de colegio.

—La hermana de Vaughan, el segundo de Wolf —dijo Callum—. Es un placer conocerte.

A pesar de que Callum me ofreció una sonrisa cálida y sus palabras eran amables, el hecho de que me conociera me resultó un poco escalofriante. Vi que la sonrisa de Vincent se tensaba, aunque él hizo todo su esfuerzo por ocultarlo.

—A mi sobrino y a mí nos gusta venir con los deberes hechos —aclaró Howard, dándole una palmada amistosa a Callum en el hombro derecho.

Había algo en aquello que era extraño. ¿Por qué tenía la sensación de que sonaba como una advertencia?

Quizá estaba viendo cosas donde no las había. Si Arlan y Vincent se conocían, no era extraño que mi hermano hubiera coincidido con Callum. Aunque, ¿cómo sabían que yo era la hermana de Tyrone?

—Entiendo —respondió Vincent.

—Por fin nos conocemos —le dijo Callum a Adele, rompiendo el incómodo silencio que se había formado—. Tu padre me ha dicho que has organizado tú la fiesta. Es magnífica, te felicito.

Adele esbozó una sonrisa falsa que ni siquiera se molestó en disimular como única respuesta. Pude sentir la mirada demandante de Vincent sobre ella, impulsándola a que fuera un poco más expresiva con Callum, pero Adele lo ignoró.

—Mi hija es muy buena en todo lo que hace —contestó Vincent cuando se dio cuenta de que Adele no iba a hacerlo—. Además, ella estaba deseando cumplir dieciocho años. Hoy es un día muy especial para ella por muchas razones, ¿verdad, hija?

Como respuesta, Adele entornó sus ojos e hizo una mueca. Su padre esbozó una sonrisa, aunque con sus ojos le pedía a su hija que se comportase.

Callum no se dio cuenta porque tenía la mirada fija en Adele. Esta arqueó una ceja, pero él

mantuvo una sonrisa cálida.

Tenía que reconocer que tanto aquel chico como su tío estaban siendo muy amables. De hecho, me pregunté por qué Callum estaba de acuerdo con un matrimonio de conveniencia. Parecía normal y, siendo completamente honesta, a ese chico debían lloverle las pretendientas.

—Te he traído un regalo. Espero haber acertado. —Callum alzó su mano derecha, enseñando una bolsa en la que reconocí el logo de Tiffany& Co. Esa era la joyería preferida de Adele. A mí me hubiera gustado comprarle algo de allí, pero me había tenido que limitar a pedir las pulseras por Internet en una joyería *online* que vendía pulseras baratas.

—Gracias por el regalo. —Las palabras de Adele sonaron vacías y superficiales. No hizo ademán de coger la bolsa—. No deberías haberte molestado. Puedes dejarlo junto con los otros regalos de los invitados. —Señaló la puerta cerrada que conducía al salón, donde los invitados seguían celebrando la fiesta, sin importarles o sin darse cuenta de que la anfitriona no se encontraba allí.

Callum bajó la mano en la que sujetaba la bolsa al darse cuenta de que ella no iba a aceptarla. Si no fuera porque ese chico estaba de acuerdo con casarse con mi amiga sin conocerse, me hubiera dado pena.

Un silencio incómodo se formó. Howard se echó a reír y Vincent terminó riéndose con él.

—Tiene sentido del humor —comentó Howard—. Me gusta.

Sin embargo, Callum permaneció serio.

—La última vez también dijiste lo mismo, y mira cómo terminó.

Howard hizo un gesto con su mano.

—Oh, vamos, sobrino. No vamos a recordar el pasado. Además, estamos hablando de Vincent y de su preciosa hija. Ellos jamás nos haría algo así, ¿verdad?

Vincent se tensó.

—Nunca.

Howard sonrió.

Aquello era extraño. ¿Por qué tenía la sensación de que era una amenaza? ¿Y a qué narices se estaban refiriendo?

Miré a Adele, pero ella parecía perdida en su mundo. Ajena a todo lo que estaba pasando.

—¿Por qué no salís al jardín a dar un paseo? —propuso Vincent—. Así podrás darle el regalo y hablar un poco, conoceros mejor.

—Si es lo que quiere, que me lo diga ella —respondió Callum, pareciendo tenso—. Ella sabe hablar.

Vincent ladeó su cabeza hacia Adele e intercambiaron una mirada. Pude ver el momento exacto en el que mi amiga se rendía. El momento exacto en el que Adele era consciente de que no iba a conseguir nada rebelándose.

—Dar un paseo por el jardín me parece una buena idea —dijo Adele en un tono alegre que quizá engañó a los hombres, pero que no me engañó a mí. Apretó mi mano antes de soltarla—. Te veo más tarde —me susurró con resignación.

En vez de responder, levanté la mano para que viese mi pulsera a juego con la suya como un recordatorio silencioso de que podía contar conmigo siempre.

Ella me sonrió. La primera sonrisa verdadera desde que habíamos entrado en esa salita. Se tocó su pulsera y se giró para acercarse a Callum.

Este le ofreció su brazo caballerosamente y ella enhebró su brazo. Ambos desaparecieron por la puerta que daba al jardín.

Me quedé allí a solas con Howard y Vincent. Y jamás me había sentido tan incómoda.

—Los canapés de salmón están espectaculares —comenté a pesar de que no me gustaba el salmón—. Espero que queden —añadí, dirigiéndome a paso ligero hacia la puerta.

—Igual debería probar uno —le escuché a Howard decir mientras yo giraba el pomo y abría la puerta.

El sonido del murmullo de las conversaciones de los invitados inundó la estancia, pero, así todo, oí la respuesta de Vincent.

—No hay canapés de salmón, soy alérgico y me he asegurado de que no los hagan.

Igual tenía que haber puesto otro ejemplo, pero, en honor a la verdad, no me había acercado a la mesa de canapés.

Escuché a Howard reírse y emitir unas palabras que no llegué a entender porque cerré la puerta detrás de mí.

Di vueltas por la sala mientras esperaba a Adele. Comí un par de canapés de *foie-gras* con manzana y cebolla caramelizada que estaban espectaculares. Y hasta mantuve una conversación monosilábica por mi parte con Natalie.

No me había marchado porque está preocupada por mi mejor amiga. Y no me iría hasta que ella regresase a la fiesta. Aunque sabía que estaría bien. La casa estaba llena de vigilancia y aquel hombre no parecía que fuera a hacerle nada. O eso quería pensar.

Porque ¿qué clase de persona aceptaba un matrimonio de conveniencia en pleno siglo XXI? Seguro que no uno de fiar.

Adele no podía casarse con él. No iba a permitirlo.

Aunque, ¿qué podía hacer yo? Adele no quería que hablase con Arlan. Y dudaba que mi hermano Tyrone pudiese hacer algo.

Acepté uno de los cócteles preparados que uno de los camareros que llevaba en la bandeja me ofreció. Tras un pequeño sorbo, dejé el vaso lleno encima de una de las mesas redondas altas colocadas por la estancia y me dirigí a la barra improvisada a pedir una bebida que me gustara.

No había llegado a mi destino cuando reconocí una figura masculina hablando con uno de los camareros. No importaba que estuviese de espaldas, yo sabría quién era ese hombre, aunque solo pudiese ver sus manos. Esas fuertes manos varoniles que me habían hecho tocar el cielo.

Sacudí la cabeza, obligándome a no revivir esos pensamientos en ese momento. No era el lugar. No en la fiesta de cumpleaños de Adele, con invitados pululando por todos lados.

¿Podía dejar de ponerme en evidencia a mí misma? ¿Aunque cuando no lo hacía cerca de Arlan?

—¿Arlan? —Toqué su hombro y él se giró.

En un principio, su rostro observó mi mano con la que le estaba tocando el hombro con una mirada heladora. Pero cuando sus ojos se fijaron en los míos, la calidez que siempre brillaba en ellos apareció de nuevo.

Arlan siempre me miraba de una manera diferente al resto, y eso me hacía sentir especial. Especial para él.

—No te esperaba aquí —le dije antes de que él pudiese hablar.

—No puedo decir lo mismo —respondió, guiñándome un ojo—. Que sean dos —le dijo al camarero, quien le estaba terminando de servir una copa con un líquido blanquecino.

—¿Qué es? —le pregunté cuando me pasó la copa.

—Es un *gin- tonic*. Por lo general, me gustan las bebidas más fuertes, pero la variedad que tienen es limitada.

—Eso ha sido cosa de Adele. No quería que los invitados se emborrachasen en su día —dije,

recordando las constantes quejas de mi amiga sobre como los invitados pasados de copas tendían a arruinar las fiestas que organizaba—. O, por lo menos, no mucho —añadí cuando vi cómo una mujer ayudaba a su marido a sentarse en uno de los sofás de dos plazas.

—Algunos tiene poco aguante. —Arlan siguió mi mirada e hizo una mueca.

Le di un sorbo a mi bebida. Estaba bueno; sorprendentemente, bastante bueno. Aunque cuando fui a dar el tercer sorbo seguido, caí en la cuenta de que últimamente las bebidas alcohólicas me resultaban agradables y eso no me gustó, porque inmediatamente la imagen de mi padre se materializó en mi cabeza y sentí como si me faltase el aire.

Arlan me quitó el vaso y lo dejó en la barra, para, acto seguido, ayudarme a sentarme en una de las sillas altas con respaldo que se hallaban frente a la barra.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación.

Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—Sí, no ha sido nada.

Podría haberle dicho la verdad. Arlan conocía toda la historia de mi padre y, pese a que nunca habíamos hablado de ello, no le sorprendería que su recuerdo seguiría persiguiéndome hasta el día de hoy.

Sin embargo, no lo hice. Porque no quería darle a mi padre un poder que ya no debería tener en mí. Él ya no estaba en mi vida.

—¿Seguro? —insistió. Arlan tenía sus manos apoyadas en mis hombros para sostenerme por si me caía.

—De verdad, creo que ha sido por el agobio. Hay invitados por todos lados.

Arlan se dio cuenta de mi mentira. No solo porque me conocía bien, sino porque la barra estaba bastante vacía debido a que la mayoría de los invitados le pedían la bebida a los camareros que daban vueltas por la estancia.

Arlan me soltó, pero no se alejó mucho de mí. Su mirada vagó lentamente por mi cuerpo, provocando que pequeñas chispas de electricidad recorrieran cada parte de mi piel que barrieron sus ojos. Ningún otro hombre me había hecho sentir así; con ninguno había tenido esa conexión.

—Estás preciosa —me dijo con voz ronca.

—Tú también estás muy guapo.

Arlan sonrió y estiró su mano para acariciar mi mejilla. Le devolví la sonrisa, pero cuando giré la cabeza y vi que el matrimonio que estaba al lado nuestro nos miraba y comenzaba a cuchichear, me bajé de la silla y me separé un poco de él.

Arlan arrugó el ceño.

—Estamos en público.

Aún no sabía muy bien cómo comportarme cuando estaba con Arlan. Aquellos gestos se sentían tan naturales entre nosotros, pero nuestra relación había evolucionado en las últimas semanas y lo cierto era que, de momento, era algo que quizá era mejor mantener en privado. No porque me avergonzara, pero no había hablado con mi hermano sobre ello y no quería que le llegasen cotilleos. No conocía de nada a aquel matrimonio; sin embargo, los rumores corrían a la velocidad de la pólvora.

Arlan miró en mi dirección y pareció entender mis palabras. Aunque, después, algo debió pasar por su cabeza, porque dijo: —¿Y? No estamos haciendo nada malo.

Cierto, no lo estábamos haciendo. Y que él lo viese como yo, me alegró. Pero, así todo, no me moví de mi sitio.

—Nunca te avergüences de nada de lo que hagas, Erin. No debe importarte lo que piensen los demás. Lo único que tiene que importarte es lo que tú quieres y hacer lo que tú consideras

correcto. Y que le jodan al resto.

No era la primera vez que me decía esas palabras, pero sí era la primera vez que sabía que él no se estaba refiriendo a tocar el piano en público o a cualquier otra cosa que me hubiese preocupado en el pasado. Él se estaba refiriendo a nosotros, pero yo no sabía cómo tomármelo.

Arlan me confundía. El día anterior él mismo me había afirmado que jamás se casaría por amor, destruyendo cualquier esperanza que podría tener en relación a nosotros. Y ahora, pronunciaba aquellas palabras, haciendo que mi corazón volviera a latir con fuerza.

Entonces, ¿había un nosotros? ¿Podíamos tener un futuro juntos?

Quería preguntárselo, pero no pude llegar a abrir la boca porque nos interrumpieron.

—Arlan. —Vincent se acercó a nosotros. Él me saludó con una sonrisa y después estiró la mano para estrechar la de Arlan—. Como me alegro de que hayas podido venir. Perdóname por no haberte podido saludar antes. Ser el anfitrión de una fiesta es agotador.

—Te entiendo, Vincent. Es una gran fiesta. —Arlan esbozó una sonrisa—. Tampoco he podido ver a tu hija, así que dale mis felicitaciones dobles de mi parte.

Arlan y Vincent parecían cercanos. Eso era algo que no me sorprendía, ya que el mismo Arlan me había contado que ambos eran viejos conocidos. Lo que sí me extrañó fueron las últimas palabras Arlan.

¿Felicitaciones dobles?

—Lo haré —le respondió Vincent con una sonrisa.

—He estado hablando con Callum y con Howard. Ambos están encantados con el compromiso. Va a ser el comienzo de una gran alianza, Vincent —dijo Arlan, haciendo que yo frunciera el ceño.

No había duda, Arlan estaba hablando sobre el compromiso de Adele y Callum. Podía entender que Arlan conociera a Callum y a su tío; al fin y al cabo, Arlan tenía muchos negocios y no era extraño que hubieran coincidido en algún momento. Sin embargo, había algo en la forma de hablar de Arlan que hizo que una sensación desagradable se instalara en la boca de mi estómago.

—Y todo gracias a ti, Arlan —celebró Vincent—. Nada de esto hubiera sido posible sin ti.

—¿Qué puedo decir? —Arlan extendió sus brazos—. Así soy yo, encantado de ayudar en todo lo posible. Sobre todo, cuando me beneficia.

Vincent se rio. Él fue a responder a Arlan, pero algo captó su atención.

—Discúlpame, Arlan, tengo que seguir atendiendo a los invitados. Espero que disfrutéis de la fiesta.

Vincent se alejó de nosotros, dejándonos solos de nuevo.

Intenté entender lo que acababa de escuchar, tratar de darle una explicación a la conversación que acababa de oír. Al principio, no podía creérmelo, pero, poco a poco, la neblina de incredulidad se fue evaporando y la realidad apareció iluminada con luces de neón que no podía obviar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté con un hilo de voz.

Arlan parpadeó, pareciendo confuso, como si no comprendiese a qué me estaba refiriendo.

—¿Eso? —repitió—. Él es el padre de tu amiga Adele, Vincent. ¿Os conocías, verdad?

—¡Ya sé quién es él! —Elevé la voz más de lo que me hubiera gustado, llamando la atención de las personas que teníamos alrededor. Aquel no era el lugar para tener esa conversación—. ¿Podemos hablar en un sitio un poco más privado?

—Claro —respondió sin ápice de duda

Me dirigí hacia los jardines traseros de la casa, esperando que ninguno de los invitados

hubiera tenido la misma idea que yo. Cuando llegamos, me di cuenta de que Adele y Callum podrían estar allí también. Aunque ya había pasado el tiempo suficiente como para que hubiesen regresado al interior. Y, además, los jardines eran lo suficientemente grandes como para no tener que encontrarnos.

Inspiré una bocanada de aire profundamente mientras escudriñaba los alrededores. No se veía a nadie. Estábamos solos.

La temperatura era cálida, o lo cálida que era una noche veraniega en Dublín. Me senté en un banco de piedra colocado en un camino empedrado. Arlan ocupó un lugar a mi lado. La luz de una farola nos iluminaba, por lo que pude ver su rostro.

Él me miraba con preocupación genuina, ajeno a mis pensamientos. Algo que me costaba entender.

—¿Qué pasa, Erin? —preguntó, rompiendo el silencio que se había instaurado entre los dos.

—¿Qué ha sido todo eso, Arlan? ¿Por qué el padre de Adele te ha dicho que sin ti el compromiso no hubiera sido posible? ¿Cómo sabías que Adele y Callum están comprometidos? ¿Por qué has hablado tú con el prometido de Adele? —Las preguntas salían de mi boca una tras otra sin control. Necesitaba una explicación. Una que me convenciese de que lo había entendido todo mal. Porque tenía que haber una, ¿no?

—Porque fue mi idea —respondió Arlan, y él lo dijo con orgullo, como si fuera algo de lo que pudiese presumir. Le dio un sorbo a su copa, que había llevado con él, y la dejó en el suelo—. Yo fui el que se lo propuso a ambos —reconoció, encogiéndose de hombros—. ¿Por eso estás así? ¿Estás enfadada porque Adele está comprometida?

Y, en ese instante, la pequeña gota de esperanza a la que me había aferrado se escurrió entre mis dedos, no dejándome otra opción que enfrentarme a la fea realidad. Ya no podía mirar hacia otro lado.

—Por supuesto que lo estoy, Arlan.

¿Qué pasaba con él? ¿Acaso no entendía la locura que era todo aquello?

—¿Y por qué razón lo estás? —inquirió, inclinando su cabeza hacia mí para poder mirarme—. Callum es rico, de una familia poderosa, y las mujeres dicen que es atractivo. No tanto como yo, claro está. —Arlan hizo una mueca y, en ese instante, no supe si estaba bromeando para rebajar la tensión o estaba hablando en serio—. Podía haber sido mucho peor. Adele es afortunada.

Negué con la cabeza. ¿Pero quién era ese hombre que estaba frente a mí? Tan frío, tan carente de sentimientos.

«Arlan, Erin, ese hombre es Arlan. Siempre has sabido cómo es, pero...»

Interrumpí mis propios pensamientos. En ese momento no podía pensar en eso. No podía navegar en mi interior para descubrir que en realidad siempre había sabido cómo es Arlan. Y nunca me había importado. No podía tener esa conversación conmigo misma, no en ese momento.

Lo único que importaba era razonar con él. Siempre había podido hacer eso. Tenía que convencerle, hacerle cambiar de idea. Él había cometido un error y yo le haría darse cuenta de ello.

—Lo que estás diciendo no tiene sentido, Arlan —dije en un tono calmado—. Adele tiene derecho a casarse con quien ella desee.

—En una vida justa, tal vez, pero esta vida no es justa Erin. Hay demasiados intereses en juego más importantes que lo que Adele quiera o deje de querer.

—Claro, que importa lo que ella quiera. Ella está destrozada. ¿No viste cómo llego a la

mansión él otro día? Lloró durante toda la noche.

Arlan se encogió de hombros.

—Lo que vi fue una niña mimada con una rabieta.

¿Pero qué estaba diciendo? No llegué a preguntárselo porque una luz se encendió en mi interior y cualquiera dudaba que hubiese tenido sobre poder convencer a Arlan de algo se disipó.

—¿También fuiste tú el que le has contado a Vincent que Adele estaba en la mansión? —lo hice sonar como una pregunta, pero fue una afirmación.

—Claro —contestó Arlan—. Aunque le dije que acudiese por la mañana en vez de en plena noche como él quería. Os dejé tiempo para hablar a solas —él pronunció lo último como si hubiese realizado un acto generoso, digno del premio al más solidario.

—¿Cómo has sido capaz de hacer algo así?! —exploté, levantándome del banco—. ¿Cómo has podido? ¿Acaso no te das cuenta de lo equivocado que estás?

Arlan se levantó del banco mirándome como si no entendiese nada de lo que yo estaba diciendo.

—Son negocios, Erin. Yo no he obligado a nadie a hacer nada que no quisieran. Vincent Azikiwe lleva años buscándole a su hija un prometido. De hecho, he escuchado que estaba hablando con un príncipe de Arabia Saudí. Deberías de darme las gracias, ahora tienes a tu amiga cerca. Callum es un buen hombre, demasiado anticuado y moralista, pero él va a tratarla bien.

Aquello era increíble.

—¿Las gracias? ¿En serio crees que además tengo que darte las gracias? Igual tienes razón y tengo que dártelas por abrirme los ojos. Gracias por demostrarme que el resto tenían razón. Solo te preocupas de ti mismo y eres capaz de realizar los actos más abominables y asquerosos.

La expresión de Arlan se endureció.

—Erin, no hay nada abominable ni asqueroso en lo que he hecho. Aproveché la oportunidad, una que beneficia a la familia Wolf. Tu amiga iba a casarse igualmente con un hombre que no conociese ni amase. Y si ese hombre es alguien que puede beneficiar a mi familia, mucho mejor.

—Ella no va a casarse con nadie. No pienso permitirlo. Eso te lo prometo —dije, colocando mis brazos delante de mí.

Arlan se rio. Una risa oscura y fría.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Erin. Como buena amiga que eres de Adele aconséjala que acepté a Callum sin montar un escándalo. Es algo innecesario que solo...

—¡Cállate! —le grité con tanta fuerza que Arlan enmudeció—. Solo cállate. ¿Cómo puedes pedirme algo así? ¿Pero quién eres?

Arlan suspiró y estiró su mano para agarrar mi hombro, pero yo me aparté.

—Siempre has sabido quién soy, Erin.

—Tal vez, pero nunca creí que llegases tan lejos.

—Joder, Erin, Estás exagerando. Son negocios, no es nada personal.

—¿Eso son para ti las personas, negocios?

—No todas. —Él dio un par de pasos acercándose a mí y acarició mi mejilla con sus dedos—. Tú no.

Por un instante, me dejé llevar por su aroma masculino y por su toque. Por un instante quería dejarme llevar. Besar sus labios, olvidar lo traicionada que me había sentido. Porque cuando estaba a su lado lo olvidaba todo.

Él inclinó su cabeza para besarme, pero haciendo acopio de todas mis fuerzas, luchando contra mi corazón, me separé de él.

—No me toques, Arlan. No puedo evitar que hagas esa clase asquerosa de negocios con el

padre de Adele, pero sí puedo evitar que vuelvas a besarme.

La expresión de Arlan se endureció y el rechazo bailó en sus ojos. No me sentí mal por ello, no cuando él había actuado tan mal.

—¿Puedes? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿Estás segura de tu cuerpo está de acuerdo contigo?

—A partir de ahora pienso dejarme llevar por mi cabeza, no por mi corazón ni por mi cuerpo, como debía haber hecho siempre.

—Sí, debías —concordó con un tono de voz duro—, pero no lo hiciste ni lo harás, porque tú no eres así.

—Hoy es un día como otro, cualquiera para cambiar.

Arlan se rio. Y volvió a romper la distancia que nos separaba. Agarro mi cadera con su mano pegándome a su cuerpo.

Su boca se unió a la mía acallando mis quejas. Su lengua se unió a la mía embriagándome con su sabor. El olor a masculinidad unida a esos brazos musculosos que me aprisionaban provoco que cualquier muro que hubiese levantado en los últimos minutos se desplomase. Mis defensas perdieron la batalla a la lujuria y el deseo que ese hombre endiabado me provocaba. Me deje llevar por mis más bajos instintos y profundice en el beso provocando que Arlan emitiese un gemido de placer y volviese a hacerse cargo del beso.

Me beso como un hombre hambriento, con pasión y ansias. Como si no tuviese suficiente de mí. Para cuando se separó de mí, yo ya había olvidado hasta mi nombre. Tan sumida en la neblina de placer en la que me encontraba.

Pero la neblina se aclaró en cuanto mire su rostro. Una sonrisa de suficiencia iluminaba su cara. Él había demostrado su punto.

Como si hubiese recibido una puñalada me aleje dos pasos de él.

—Me das asco —escupí con rabia provocando que la sonrisa desapareciera de su cara y sus facciones se endurecieran con ira apenas contenida.

—¿Asco? —Arlan se rio sin una pizca de humor—. No decías lo mismo ayer cuando suplicabas que te follara.

¿Él acababa de decir lo que yo creía?

No me lo podía creer. Jamás me hubiese imaginado que él me hablaría de esa manera. No sé si fue por el torbellino de emociones que me invadió, o por el cansancio que llevaba acumulado desde hace meses, porque aquello fue la gota que colmó el vaso e hice algo que jamás esperaba hacer y mucho menos a él: golpeé su mejilla con mi mano.

Arlan abrió los ojos, igual de sorprendido que yo.

—¡No quiero volver a verte! —grité desesperada.

Y antes de que él pudiera responderme, me di la vuelta y eché a correr por el jardín sin saber adonde iba. Las lágrimas corrían por mis ojos. Estaba destrozada.

Apenas fui consciente de que me choqué con alguien.

—Erin. ¿Estás bien? —Adele me miraba con preocupación.

—Tenías razón. Siempre has tenido razón. Soy tan estúpida, Adele.

Me eché en sus brazos y Adele ni siquiera tuvo que preguntar a qué me refería.

## Capítulo 23

### *Erin*

El segundo móvil de mi madre me quemaba en la mano. No había podido dormir en toda la noche después de la discusión con Arlan. No podía creer que él hubiera sido capaz de hacer algo así. Y la peor parte de todas era que ni siquiera era consciente de sus errores.

Lo había defendido ante Adele. Había defendido como una estúpida que él podría ayudarla a convencer a su padre de que anulara ese absurdo matrimonio, y resultaba que había sido el propio Arlan quien había estado detrás de esa propuesta. Adele ni siquiera se había sorprendido cuando se lo confesé la noche anterior. Ella se había limitado a consolarme, sin un solo reproche en sus labios, sin un «te lo dije».

Era consciente de que Arlan no era un santo. Nadie que formara parte de la mafia podría serlo. Pero yo siempre había visto al hombre que había detrás de ese porte arrogante y sus maneras bruscas. El hombre que había ayudado a mi hermano a encontrarle un sentido a la vida; su confidente y su hombro en el que llorar. El hombre que siempre había tenido una sonrisa cálida reservada para mí y que me había escuchado con una paciencia que sabía que no poseía cada vez que yo lo había necesitado.

Algo dentro de mí se había roto. No podía decir que no seguía enamorada de Arlan, porque mis sentimientos no podían cambiar de un día para otro. Sin embargo, estaba dolida. Conmigo misma y con él, porque mi confianza ciega en Arlan había hecho que fuese incapaz de ver la realidad.

Una realidad que Arlan tampoco se había molestado en ocultar. Incluso, él parecía orgulloso. «Hay muchas cosas de Arlan que no conoces, cariño. Él no es como tú crees».

Las palabras que mi madre me había repetido en varias ocasiones se repitieron con fuerza en mi cabeza una y otra vez durante toda la noche. Y, esta vez, hice caso. Porque acababa de comprobar que, cuando se trataba de Arlan, yo no podía ser objetiva.

Estaba cansada de caminar a ciegas. La discusión con Arlan había sido el comienzo de un camino iluminado; uno que, quizá, me llevaría a un lugar al que no quería ir, pero sería uno verdadero.

Como solía decirnos mi profesora de Inicios de Psicología, materia optativa que había cursado los dos últimos años de internado, puede que la verdad duela, pero no se puede ser feliz viviendo una mentira. Y yo quería ser feliz, me lo merecía.

Así que, había cogido el segundo móvil de mi madre con la intención de averiguar la contraseña. Había probado con mi fecha de nacimiento, fallando, y entonces, caí en algo. Había una fecha que más importante que nuestro cumpleaños. Una fecha que fue el inicio de una nueva vida, una feliz. El día que nos deshicimos del yugo de mi padre.

Tecleé el día y el mes y el teléfono se desbloqueó. De golpe, toda mi valentía desapareció. Los nervios y la incertidumbre se adueñaron de mí. ¿Qué me iba a encontrar? ¿Y si descubría que mi madre era diferente a como yo pensaba, tal como me había pasado con Arlan?

Sujeté con fuerza el móvil en mi mano, observando la pantalla iluminada. Armándome de valor, porque me negaba a seguir viviendo en las tinieblas, deslicé mi dedo por la pantalla en busca de las pistas que mi madre había dejado allí.

Ella usaba un *email* diferente al que yo le había hecho, pero no tenía ningún correo en él.

Tampoco tenía instalada ninguna aplicación de mensajería. Ni ningún SMS que no fuesen de publicidad. Era como si mi madre no usase ese móvil.

¿Entonces, por qué lo tenía y por qué lo escondía?

Cuando fui a comprobar las llamadas, lo entendí. Mi madre lo usaba para llamar a un número de teléfono que no tenía guardado. Aunque ciertamente ella no tenía ningún número agendado.

Ella había llamado a ese número treinta veces en los últimos seis meses. Todo llamadas salientes, ninguna entrante.

Aquello era extraño. Si se tratase de un ligue, el hombre también la llamaría de regreso. ¿Quizá las había borrado, de la misma forma que había eliminado cualquier otra interacción de ese número? ¿Aunque porque no borrar también las llamadas que ella hizo?

Nada tenía sentido.

Antes de pensar en ello, pulsé al botón de devolver la llamada. El corazón me iba a toda velocidad y sentí que iba a escaparse de mi pecho cuando escuché una voz femenina, pero solo fue durante un segundo, hasta que me di cuenta de que era una grabación en la que me informaba que el móvil al que llamaba ya no estaba disponible.

Desesperada, dejé el teléfono encima del edredón. Había estado cerca, muy cerca de saber que era lo que mi madre quería que descubriese. Que era aquello que había escondido de nosotros en vida.

Cogí mi móvil de la mesita de noche en la que lo había dejado y busqué el número en Internet para descubrir que no aparecía. No era un número conocido, así que debía tratarse de algún particular. Pero ¿de quién?

No podía hablar con mi hermano de ello porque me quitaría el móvil y me dejaría fuera de la investigación, y tampoco con Arlan.

La noche anterior había estado a punto de contarle mi descubrimiento, pero él me había acallado con un beso y luego había llegado Adele. Y menos mal, porque viendo su comportamiento con mi amiga, él no me hubiese ayudado.

Estaba sola en esto. O, tal vez, no. Quizá sí que había una persona que podría ayudarme. El problema era que no tenía manera de ponerme en contacto con ella.

Aunque, ¿de verdad no lo tenía?

Cogí el móvil de mi madre y llamé al número de Enya. Desde ese móvil no me tenía bloqueada. Cabía la posibilidad de que no aceptase llamadas de móviles que no conocía, pero, por suerte, no fue así.

Su voz adormilada resonó al otro lado. No me había dado cuenta de que eran las seis y media de la mañana.

—¿Sí?

—Enya, soy Erin. —No le di tiempo a procesar esa información—. Sé que no quieres hablar conmigo, pero, por favor, no me cuelgues, es importante.

—No son ni las siete de la mañana —susurró, su voz sonando un poco más despierta—. Llámame más tarde.

Sí, podía hacerlo, pero corría el riesgo de que ella también bloquease este número. Y, además, no podía esperar.

—Por favor, Enya —supliqué, desesperada. Ella era la última opción que me quedaba—. He descubierto algo sobre mi madre y solo puedo confiar en ti.

—¿A stór, todo va bien? —preguntó una voz masculina.

La respiración de Enya se aceleró y sentí que ella apartaba el teléfono de su oreja.

—Es Bindi. No se ha dado cuenta del cambio horario —mintió, a la vez escuché el suave

crujido del colchón cuando Enya salió de la cama—. Sigue durmiendo, cariño.

Suponía que ese era su marido, Cian. No acababa de comprender por qué le estaba mintiendo, pero, en esos momentos, eso no era importante. Bastante tenía con lo mío como para preocuparme de las relaciones de otros.

—¿No puedes llamarla más tarde? —preguntó él, emitiendo un sonoro bostezo.

—Me necesita ahora. Cosas de chicas —aclaró ella con una risa nerviosa.

Esperé pacientemente mientras escuchaba el sonido de sus pasos contra el suelo. Cuando oí el sonido de una puerta cerrándose pensé que por fin me hablaría de nuevo, pero no lo hizo. Un par de minutos después sonó el crujido de lo que identifiqué como un sofá.

—¿Qué has descubierto? —inquirió, su voz sonando preocupada.

—El móvil desde el que te estoy llamando. Estaba escondido en un lugar que solo yo buscaría. Mi madre quería que lo encontrase. Hoy, por fin, he logrado averiguar la contraseña. Ella llamó varias veces en los últimos meses al mismo número de teléfono, pero he llamado y resulta que lo han dado de baja. —Hice una pausa, pero Enya se mantuvo en silencio, así que, continué: —Igual estoy equivocada, pero creo que sabes algo que yo no sé. Y necesito que me lo digas.

Enya tardó unos instantes en responderme.

—Erin —comenzó—, tu madre está muerta y no sé si lo que yo sé te ayudará en algo.

—Solo te tengo a ti para ayudarme, Enya, No puedo confiar en mi hermano ni en Arlan.

En cuanto mencioné a Arlan, Enya suspiró.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, como si no le sorprendiese. Al final, parecía que yo era la única que no esperaba lo peor de Arlan.

Incluso, en esos momentos, seguía sin hacerlo.

—¿Podemos quedar en persona? —propuse, porque no era una conversación que quería tener por teléfono.

—No sé si es buena idea.

—Por favor, Enya. Podemos quedar en la misma cafetería que la última vez. En esta ocasión, mi hermano no aparecerá.

Y no mentía. A pesar de que Tyrone me había asegurado que me mantendría vigilada, lo cierto era que estaba tan ocupado con su trabajo y la venganza, que tenía la sensación de que se estaba olvidando de mí.

—De acuerdo, pero hoy no puedo y mañana tampoco. Necesito una buena coartada, Erin. Tendrá que ser pasado a las once, durante mi clase de yoga.

Eso era en dos días. ¿Podría esperar tanto? Tendría que hacerlo, no me quedaba más remedio.

—Allí estaré.

Para cuando colgué el teléfono, me sentí más ansiosa que lo que ya había estado. Así que, como no podía dormir, me dirigí hacia la sala de música. El piano siempre lograba que me relajase.

Enya ya se encontraba en la cafetería para cuando llegué. Como la vez anterior, ella llevaba su esterilla y estaba vestida con mallas y camiseta, preparada para una mañana en el gimnasio.

Yo me había puesto una camiseta de manga corta y un pantalón vaquero corto, aunque como hacía algo de fresco, llevaba una chaqueta vaquera por encima que me quité para poner en el respaldo de la silla.

Los veranos en Dublín eran inestables y había que salir preparado de casa.

Enya se estaba tomando un café en la misma mesa que habíamos compartido la anterior vez.

Otro café esperaba por mí. Cogí la taza y saludé a Enya a la vez que le daba un sorbo.

—Gracias por el café y por venir —agradecí.

Enya asintió con la cabeza, pero no emitió ninguna palabra. Miró a su alrededor, como si esperase que mi hermano apareciese, o algo peor, el suyo.

—No es ninguna trampa, Enya.

Ella suspiró.

—Lo sé, pero si algo he aprendido en el último año, es a estar alerta. No pretendía ofenderte, Erin.

Le hice un gesto con la mano, restándole importancia, porque, especialmente, después de cómo había ido nuestro último encuentro, podía entenderlo.

—¿Tu marido no sabe que estás aquí, verdad? —Había pactado conmigo misma no hacerle esa pregunta, pero dada su reacción, tenía curiosidad.

—No, él piensa que estoy en clase de yoga.

—¿Crees que le molestará que hables conmigo?

—No es por ti, Erin, es porque tu madre trabajaba para Arlan y porque tú vives en la misma casa que él. A Cian no le gusta que esté cerca nadie del círculo íntimo de Arlan.

Iba a preguntarle la razón, pero, en el caso de que me respondiese, sabía que la respuesta no me iba a gustar, y ya bastante decepcionada estaba con Arlan para sumar una razón más.

—¿Te suena de algo este número? —le pregunté, cambiando al tema que me había llevado hasta allí, y enseñándole un trozo de hoja en el que había apuntado el número al que mi madre había estado llamando.

Enya lo miró durante unos segundos y después me lo devolvió.

—No, pero creo que puedo saber a quién llamaba. —Ella se inclinó un poco en su asiento para acercarse más hacia la mesa y mirarme. Yo estaba frente a ella, y por instinto, hice lo mismo, quedando mi cara cerca de la suya—. Tu madre quería huir, Erin. Alejarse de Dublín, de la familia Wolf. Y creo que a quien fuese que llamaba era quien le estaba ayudando.

Sentí como si hubiese recibido un puñetazo en la barbilla y retrocedí, apoyando de nuevo mi espalda en la silla.

—Mi madre nunca me abandonaría por propia iniciativa —dije con seguridad. Enya no sabía de lo que estaba hablando.

—No, claro que no. Ella pensaba llevarte con ella, Erin. —Enya alzó su taza y sopló con suavidad para darle un trago, aunque tuve la sensación de que estaba decidiendo si decirme o no las siguientes palabras. Afortunadamente, decidió hacerlo—. Ella quería alejarte de Arlan.

El tema Arlan había sido algo recurrente entre ambas en el último año. Mamá se había dado cuenta de que estaba enamorada de él, y pese a que yo nunca se lo había confesado, ella me había pedido durante varias ocasiones que redujera mi intensidad. Por supuesto que cada vez que ella trataba de abordar el tema, respondía con evasivas y lo cambiaba en el instante en el que tenía la posibilidad de hacerlo.

Pero de ahí a que ella quisiese alejarme de él...

—¿Por qué?

—Vi cómo te miraba, Erin. Él te miraba como si le pertenecieses. Puede que ni siquiera él fuese consciente de ello, pero él era diferente contigo, y tu madre lo sabía. Solo te vi dos veces y ya me di cuenta de que estabas enamorada de él. Y si me di cuenta yo, también tu madre. No la juzgues por querer alejarte de un hombre como mi hermano.

—Él nunca me haría daño. —A pesar de todo, seguía convencida de ello.

Enya esbozó una sonrisa comprensiva.

—Tal vez no adrede. —Abrí la boca para defenderle, porque era algo que me salía innato, pero la cerré antes de hacerlo. Porque, en realidad, Enya tenía razón. Él podía hacerme daño sin querer hacerlo, ya lo había hecho—. ¿Qué ha pasado? —preguntó Enya, observando mi rostro.

Dudé en contárselo, porque aun con todo lo que había pasado, sentía que estaba traicionando a Arlan. Pero, al final, opté por hacerlo. Tenía la sensación de que, si alguien podía entenderme, esa era ella.

—Él convenció al padre de mi mejor amiga para casarla con un hombre más mayor que ella. Uno del que ella no sabe nada.

—¿Qué hombre?

—¿Y eso que más da? —pregunté, extrañada de que eso fuese lo único que le importase, pero vi en su mirada que había una razón para su pregunta—. Callum O'Donnell.

—No me lo puedo creer. —Enya mordió su labio inferior con impotencia mientras negaba con la cabeza—. Cómo no pudo casarme con él, ahora utiliza a otra pobre chica.

Ella habló más para sí misma que para mí, pero lo escuché con claridad.

—¿Ibas a casarte con él?

—Pensaba que lo sabías, pero el otro día me di cuenta de que no. Callum era el hombre con el que me iba a casar la última vez que tú y yo nos vimos. Yo tampoco lo conocía, iba a ser una boda por conveniencia. Fue un trato que mi padre y el de Callum hicieron cuando nosotros éramos unos niños. Aunque, cuando yo lo conocí, yo ya estaba enamorada de mi marido, y me escapé con él.

—¿El mismo día que ibas a casarte con Callum?

—Sí —se limitó a decir.

Sabía que había mucho más en esa historia, pero también podía ver en su rostro que eso era todo lo que iba a contar.

—¿Y por eso Arlan está enfadado contigo? —indagué. Aunque Enya me había confesado que había sido su padre el que había hecho el trato y no Arlan. No comprendía cómo podían normalizar una atrocidad como la de pactar un matrimonio entre dos criaturas.

—Aunque me hubiese casado con Callum, él seguiría sin soportarme. —Enya exhaló un suspiro cansado, dándome a entender que los conflictos de ella con Arlan eran mucho más complejos—. Pero eso no importa ahora —dijo, cortándome cuando abrí la boca para preguntar—. Quiero ayudarte, Erin. Si necesitas escapar, mi marido puede...

—No. —Ahora fui yo quien le cortó a ella—. Nunca escaparía de Arlan ni huiría de mi hermano.

—Erin —comenzó Enya en un tono de voz comprensivo—, tú misma me has dicho que tu madre quería que encontrases el móvil si a ella le sucedía algo. Ella quería que tú encontrases la manera de marcharte lejos de Arlan.

No tenía ninguna razón para no creer en que Enya no me estaba mintiendo. Pero, tal vez, ella entendió mal lo que mi madre le estaba diciendo. O quizá no. Sin embargo, eso no importaba.

—No sé por qué pensó que eso era una buena idea, Enya. Yo nunca hubiese aceptado. Ni en aquel momento, ni ahora, que soy consciente de que estaba idealizando a Arlan. La familia Wolf nos sacó del infierno, y solo por eso, yo nunca haría algo así. Huir es de cobardes, y yo no lo soy.

—Es tu decisión —me dijo, alzando sus hombros—. Pero puedes contar con mi ayuda si lo necesitas. He desbloqueado tu número —me informó con una sonrisa suave—. Nunca debí bloquearlo, pero pensé que era lo mejor. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —respondí, quitándole importancia. Puede que mi hermano desconfiara de ella. Sin embargo, Enya era una buena persona—. ¿No sabes cómo localizar a las

personas que estaban ayudando a mi madre? —pregunté, porque quería hablar con ellos. Saber qué les había contado.

—No —contestó Enya, apenada—. Tal vez mi marido lo sepa, pero no creo que quiera contármelo ni sé cómo preguntárselo sin qué sospeche. Pero puedo intentarlo.

Me lo pensé durante unos instantes, sin embargo, al final, lo deseché.

—No importa. En realidad, no quiero saberlo. En el fondo, la entiendo. Ella siempre ha querido protegerme, pero, esta vez, no es necesario. Si esa era la razón por la que ella quería que encontrase el móvil, creo que entonces es mejor que deje las cosas como están.

Enya no parecía convencida, no obstante, debió ver la determinación en mi cara, porque decidió no continuar con el tema.

Media hora después, nos despedimos con la promesa de volver a quedar pronto.

Debería haberme quedado en paz con la conversación que había mantenido con Enya. Le había dicho que no quería continuar escarbando, pero me había mentido a mí misma. Porque, horas más tarde, no podía dejar de pensar en otra cosa.

Por supuesto que mamá sabía de mi enamoramiento con Arlan. A su manera, había intentado que me olvidara de él, pero como no había funcionado, pensó que lo mejor era alejarme de él. ¿También pensaba renunciar a Tyrone? No sabía qué había pasado por la cabeza de mi madre para actuar de esa forma. No trataba de juzgarla, tan solo de entenderla.

Porque necesitaba hacerlo para llegar al fondo de ese asunto.

¿Y si aquellas personas estaban relacionadas con su asesinato? Mamá no tenía ningún enemigo. El único hombre que deseaba su muerte era mi padre y él había fallecido años atrás. O eso era lo que intentaba decirme a mí misma.

Tenía que contactar con esas personas. Necesitaba llegar hasta el fondo de lo que había pasado y ellos eran los únicos que podían ayudarme. Aunque, ahora mismo, estaba en un punto muerto. Y no tenía ni la menor idea de cómo localizarlos. Y lo peor, no tenía a quien contárselo. Porque no podía confiar en nadie.

## Capítulo 24

### *Erin*

Durante el resto del día me dediqué a tirar currículums por toda la ciudad sin demasiado éxito, pero eso no me desanimó. Antes o después, me llamarían de alguno de los trabajos.

Como no había estado preparada para regresar a la mansión a la hora del almuerzo, me había comprado un bol de ensalada que había comido en un parque aprovechando el día soleado.

No había podido evitar la soledad que se había apoderado de mí. Sobre todo, porque Adele seguía sin cogerme el teléfono ni contestar a ninguno de mis mensajes. Desde su fiesta de cumpleaños no había vuelto a saber de ella, y aunque solo habían pasado dos días, era la primera vez que pasábamos tanto tiempo sin saber la una de la otra.

Me planteé ir a su casa. Hasta cogí un autobús que me dejaba en una estación cercana, pero bajé un par de paradas antes cuando me di cuenta de que tenía que darle tiempo. Tiempo para procesar lo que estaba sucediendo en su vida. Y tiempo para perdonarme.

Había pensado que las cosas estaban bien entre nosotras. Después de mi discusión con Arlan había estado hablando con ella durante una hora. Adele me había consolado, abrazado, y no me había reprochado nada. Adele no parecía enfadada, ni siquiera se había sorprendido cuando le confesé la participación de Arlan en su matrimonio con Callum.

Al parecer, me había equivocado. ¿Por qué otra razón ella no me contestaría? Adele siempre tenía su teléfono en la mano. Ella necesitaba tiempo y yo se lo daría.

Para cuando llegué a la mansión, eran más de las diez de la noche. Estaba cansada y muerta de hambre. Mi intención era pasarme por la cocina y hacerme algo rápido de cenar, pero en cuanto entré por la puerta principal, fui consciente de que eso no iba a suceder.

Arlan estaba apoyado en una de las paredes del *hall*, luciendo de manera despreocupada, pero era evidente que me estaba esperando. Llevaba una camiseta blanca de manga corta y unos pantalones deportivos negros. No pude evitar pasear mi mirada más tiempo de lo debido a los músculos que se marcaban debajo de la tela de su camiseta y Arlan esbozó una sonrisa arrogante.

Ignorando su presencia, comencé a caminar hacia las escaleras que conducían a los pisos superiores.

—Erin —escuché la voz demandante de Arlan detrás de mí, pero no me detuve—. Erin —esa segunda vez mi nombre sonó más suave—, ¿por qué no hablamos? Vamos a cenar algo. Estoy seguro de que tienes que estar hambrienta.

Sabía que debería haber seguido subiendo los escalones, pero no llegué a pisar el segundo. Arlan quería hablar conmigo. Quizá él había recapacitado sobre lo que había pasado y se arrepentía. Necesitaba escuchar qué tenía que decir. Además, estaba hambrienta.

Y para qué mentir, pese a todo lo que había pasado, mi corazón seguía palpitando por él. Porque no importaba lo que mi cabeza gritase, mi corazón siempre le pertenecería.

Me di la vuelta y bajé el escalón para avanzar unos pasos por el vestíbulo, pero manteniendo las distancias con él.

—Comer algo me vendrá bien. Solo he comido una ensalada —dije con voz seca.

Arlan se apartó de la pared y se llevó las manos a los bolsillos de sus pantalones.

—¿Sola? —preguntó casualmente, pero no me dejé engañar. Mi cuerpo se puso en alerta.

¿Él sabía que me había visto con Enya? ¿Por eso quería hablar conmigo?

—He estado todo el día sola —respondí, intentando mostrar seguridad.

No me importaba que Arlan supiese que había quedado con Enya. No había hecho nada malo, pero no quería que Enya sintiese que la estaba traicionando. Ella me había ayudado y mentido a su marido para verse conmigo.

Si era honesta conmigo misma, desde el instante en el que Enya y yo nos habíamos visto en la cafetería por primera vez, deseaba preguntarle a Arlan sobre ella. Quería saber qué había pasado.

Pero sabía que no era el momento para eso. No cuando Enya me había pedido que no lo hiciera, y no cuando Arlan y yo no estábamos en nuestro mejor momento.

Arlan dio un paso hacia mí. Él tenía el ceño fruncido y no parecía contento. Bien, ya éramos dos.

—No sé por qué te empeñas en mentirme cuando eres tan mala haciéndolo. ¿Con quién has estado, Erin?

Crucé mis brazos.

—He estado sola, Arlan.

—¿Y qué has estado haciendo sola todo el día?

Arlan no solo no me estaba pidiendo perdón por la manera en la que se había comportado conmigo y lo que le había hecho a Adele, sino que él se atrevía a interrogarme y a acusarme de mentirosa.

—Eso no es de tu incumbencia —respondí, comenzando a cansarme de su actitud.

—Mientras vivas en mi casa, será de mi incumbencia. —dijo, y yo sentí como si una daga atravesase mi corazón. Porque era consciente de que esa era su casa y yo solo era una invitada, pero él nunca me había hecho sentir de esa manera, no hasta ese momento.

—Eso tiene fácil solución —repliqué, descruzando mis brazos—. Voy a hacer la maleta. Esta misma noche, me iré de tu casa. —Me di la vuelta y fui a dirigirme de nuevo hacia las escaleras cuando Arlan sujetó mi brazo. Bajé la cabeza para mirar su mano.

—Suéltame, Arlan —ordené con voz queda.

—Perdóname, Erin —se disculpó a la vez que soltaba mi brazo. Arlan nunca se disculpaba, ni siquiera conmigo. Aunque hasta lo de Adele no había tenido motivos para hacerlo—. Esta es tu casa y lo sabes.

—No es lo que acabas de decir.

Arlan resopló y se pasó las manos por el cabello con desesperación.

—Joder, Erin —masculló—. Siempre te he demostrado que lo es. —En eso no podía quitarle la razón. Arlan jamás me había hecho sentir como una invitada, pese a que eso era lo que había sido y lo que seguía siendo—. Esta es tu casa —repitió con firmeza, como si quisiera grabarlo en mi cabeza—. Estoy cabreado porque estás enfadada conmigo sin razón. Pensaba que se te pasaría, te estaba dando tiempo para que recapacitaras, pero sigues mirándome de esa manera y no entiendo nada.

—¿Recapacitar?! ¿Yo tengo que recapacitar?! —repetí con incredulidad, sin poder evitar alzar la voz más de lo que me hubiera gustado. No podía creer lo que estaba escuchando—. No soy yo la que tengo que recapacitar, sino tú. —Le señalé con impotencia—. ¿Has convencido al padre de Adele para que la obligue a casarse con un hombre que no conoce de nada! ¿Es qué no ves lo mal que está eso?!

—¿Yo no he convencido a nadie de nada! —replicó—. Lo haces sonar como si le hubiera puesto una pistola a Vincent en la cabeza. Tan solo propuse una idea que a todas las partes les pareció bien.

—No, a todas no —objeté—. Porque mi amiga Adele no está de acuerdo, y digo yo que algo tendrá qué decir ella, ¿no? ¿O su opinión no cuenta?

Arlan cerró los ojos un instante y luego los volvió a abrir.

—Cuando te pones así, no se puede hablar contigo. —Aquello era increíble. ¿Encima tenía el valor de decirme eso?—. Pensaba que ese tema ya había quedado claro.

—Nunca vamos a estar de acuerdo en eso.

Jamás podría aceptar que obligaran a mi amiga a casarse con un hombre. Ni que considerasen un matrimonio un negocio del que sacar partida. Poco me importaba que eso fuese algo que todos parecían ver normal.

—En nuestro mundo, todos tenemos responsabilidades. Eso es algo que quizá tú no comprendas, pero tu amiga Adele debería hacerlo. Ella debería saber que esto era algo que, tarde o temprano, iba a pasar. Te lo dije ayer, Erin, su padre lleva años buscando al candidato perfecto para su hija. Si no hubiera sido Callum, sería otro. —Recordé que Adele me contó que el matrimonio de sus padres fue de conveniencia. Ella no parecía tan sorprendida como yo, pero eso no justificaba el comportamiento de su padre—. Adele tiene una vida de ensueño gracias a su padre. No me jodas, Erin, si los jeques se gastan menos dinero en la fiesta de cumpleaños de sus hijas.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Que todo privilegio tiene sus sacrificios. Y casarse con un hombre poderoso y millonario no creo que sea un sacrificio tan grande.

Rodé los ojos, porque Arlan parecía no entender nada.

—Ella quiere casarse por amor, Arlan. No con el hombre que su padre elija para ella.

—En un mundo como el nuestro, el amor solo da problemas. Confía en mí, su padre le está haciendo un favor. A la larga, va a ser más feliz así.

Arlan estaba hablando del amor como si fuera un lastre, una maldición que no deseaba ni para su peor enemigo.

—¿Tú no deseas casarte por amor?

Arlan me dio una sonrisa vacía.

—No, Erin.

Entonces, me di cuenta de algo. Si Arlan consideraba los matrimonios como un negocio; entonces, él también estaba pensando en casarse con alguien que le aportara beneficios. Una chica de una buena familia que tuviese el mismo pensamiento que él. Incluso, quizá llevaba comprometido desde que era un niño y yo no era consciente de eso.

Lo mío con Arlan no tenía ningún futuro. No me casaría con él y tendría hijos. Quizá, él estaba en lo cierto y pertenecíamos a mundos completamente diferentes. Había sido demasiado crédula creyendo que lo nuestro podría llegar a algún lado.

—Tienes que cenar algo. Vamos.

Arlan me ofreció su mano para que la sujetase y yo no pude evitar cogerla. Pensé que me llevaría a la cocina, pero, en cambio, él me guió hasta las escaleras que conducían al sótano.

Sabía que allí era donde estaba la zona recreativa, donde nunca había estado, y de la que ni siquiera sabía su existencia hasta que él me habló de ella. Cuando llegamos al final de las escaleras nos esperaba una puerta de madera con una cerradura.

Me soltó la mano para sacar una llave y abrió la puerta de madera. Se quedó quieto, esperando a que yo entrase delante de él.

La tenue luz de una lámpara de pie iluminaba la estancia. Un suave aroma de velas perfumadas flotaba en el aire, creando una atmósfera íntima y cálida. Por un instante, creí que

Arlan había preparado la habitación para una cita romántica. Por eso las velas y la luz tenue, pero él encendió la luz, sacándome de mi fantasía.

El olor no lo provocaban las velas, sino un ambientador difusor colocado encima de un mueble bar que enviaba la esencia por toda la estancia cada pocos segundos.

Nada en aquella sala estaba dispuesto para una noche romántica entre dos amantes. Era más bien la estancia perfecta para el entretenimiento de dos amigos.

Mi mirada se centró en una mesa de billar en el centro de la sala, con bolas dispuestas en un triángulo perfecto, listas para una partida. Tampoco se me pasó desapercibida la diana de dardos en una de las paredes, ni la bolsa de boxeo.

Una pantalla de televisión más grande que la del salón colgada del techo llamó mi atención. En un mueble, debajo de ella, descansaba una consola de videojuegos.

—No sabía que te gustaban los videojuegos.

Arlan se encogió de hombros.

—Hace años que apenas juego, pero de adolescente era uno de mis *hobbies* favoritos.

—No lo sabía.

—Te lo dije, hay muchas cosas de mí que no sabes.

Aquella era la misma conversación que habíamos mantenido semanas atrás en la piscina. Sin embargo, mi respuesta fue muy diferente a la que di en aquel momento.

—Y estoy empezando a darte la razón en eso —respondí, con la amargura filtrándose en mi voz.

Arlan me observó durante unos instantes con intensidad. Él no pronunció ni una sola palabra, pero sentí que estaba buscando algo en mi rostro. Si lo encontró, no me lo dijo.

—Vamos a comer algo —cambió de tema, señalándome un sofá de dos plazas negro frente al que se encontraba una mesa baja encima de la cual había un plato con sándwiches y un bol con ensalada fresca—. Le he pedido a Emer que prepare algo frío porque no sabía cuándo ibas a regresar a casa.

—¿Me estabas esperando para cenar?

—Eso parece, sí —respondió, con una sonrisa ladeada, a la vez que se sentaba en el sofá, y daba unos golpecitos en el cuero para que me sentase a su lado.

El estómago me rugió, recordándome lo hambrienta que estaba, y decidí que era buena idea darnos una tregua. Y también porque la idea de pasar unas horas a su lado sonaba tentadora.

Me senté a su lado, quitándome la chaqueta fina y dejándola en el sofá.

—Estos sándwiches están espectaculares —murmuré mientras el queso *brie* se mezclaba con el jamón ahumado en mi boca.

—No están mal —me respondió mientras daba el último bocado al suyo.

—No te vas a morir por reconocer que Emer es una buena cocinera.

La empleada no era la encargada de la cocina, pero, desde que mi madre había fallecido, se turnaban entre varias para cocinar.

—Solo ha puesto queso y jamón entre dos panes —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Así todo, se ha molestado en hacerlos para nosotros.

—Y le pago bien por ello.

Suspiré.

—No lo pongo en duda, pero no por eso hay que dejar de agradecerse. Yo pienso hacerlo mañana en cuanto la vea.

Arlan se me quedó mirando fijamente.

—Eres demasiado buena para este mundo.

«Demasiado buena para mí». Aunque no dijo esas palabras, las pude ver reflejadas en sus ojos.

No estaba de acuerdo con él. Sabía que Arlan no era un ángel, siempre lo había sabido. Pero es que yo no quería un ángel. Yo lo quería a él.

Incluso después de lo que había hecho, incluso después de saber que lo nuestro no estaba destinado a ser, seguía queriéndolo. Porque estaba profundamente enamorada de él y mi corazón no podía olvidarlo de un día para otro.

Tenía que renunciar a ese hombre. Él mismo me había hecho ver que lo nuestro jamás sería posible. Pero no estaba preparada para decirle adiós. No todavía.

—No soy tan buena como piensas. También hay oscuridad en mi interior —repliqué, adquiriendo un tono dramático, medio en broma, tratando de aligerar el ambiente.

Arlan negó con la cabeza, Fui a rebatirle, pero él estiró su brazo y uno de sus dedos acarició mi labio inferior.

—Tenías un poco de queso.

Su toque fue leve, pero provocó una descarga eléctrica en mi interior que me atravesó todo el cuerpo.

Antes de que pudiese quitar su dedo, en un acto impulsivo, separé los labios para lamer su dedo. Inmediatamente, puede sentir el sabor salado de su piel mezclado con el sabor cremoso del queso *brie*. Arlan me miró de una manera extraña, como aturdido por mis acciones, pero yo quería más, por lo que cerré mi boca alrededor de su dedo mientras hacía girar la lengua alrededor de él.

Los ojos oscuros de Arlan eran como dos ascuas ardientes y pude ver el deseo reflejado en ellos.

—Erin —su voz baja y profunda—, no sabes lo que estás haciendo.

Últimamente, él decía esa frase muy a menudo. Pero, esta vez, en vez de replicarle, apreté su dedo con los labios a la vez que lo lamía de arriba abajo con mi lengua.

No era tan inexperta como para no saber que estaba imitando lo que haría con su pene. Y él también era consciente de ello, porque sus ojos se oscurecieron aún más, pareciendo casi negros, y las pupilas se le expandieron, signo inequívoco de excitación.

—Erin. —Su voz cada vez más ronca. Él estaba inmóvil, pero era evidente que deseaba entrar en acción, y yo estaba deseando que lo hiciese—. No te he traído aquí para esto.

Y yo tampoco le había acompañado para eso. Pero, la realidad era que la atracción mutua que sentíamos era demasiado fuerte para obviarla. Demasiado arrolladora para luchar contra ella.

Desde que Arlan me había besado lo había tenido claro. Él me deseaba y yo siempre le había deseado a él. Hasta ese día había sido más un enamoramiento infantil que una atracción fruto de la lujuria y el deseo. Pero ahora, había mudado a una mezcla de todo.

Y me aterraba, pero también me impulsaba. Como si pudiese flotar, como si nada más importase que él y yo.

Saqué el dedo de mi boca, no sin antes rozar los dientes contra su piel, provocando que Arlan cerrase los ojos por un segundo.

—¿Y para qué me has traído? —pregunté con voz juguetona.

Arlan tragó saliva y me observó como si no supiese muy bien que hacer conmigo.

—Para cenar y jugar al billar —respondió con seguridad, aunque él parecía perdido. Su cara estaba tensa y su voz seca y ronca, como si estuviese conteniendo las ganas de lanzarse encima de mí. Yo no quería que las contuviese.

Intenté recordar los consejos de coqueteo que Adele y yo habíamos leído en Internet, pero la

verdad que no logré recordar ninguno. Deseaba volver a Arlan loco de deseo por mí, tan loco que no pudiese contenerse. No obstante, yo no servía para seducir. Así que, me limité a ser yo misma.

Me levanté y me dirigí hacia la mesa de billar. Sentía los ojos de Arlan fijos en mí, abrasándome la espalda. Cogí uno de los palos que se encontraba en un lateral de la mesa. Quité el triángulo que aprisionaba las bolas y me incliné sobre la mesa para realizar mi primer tiro.

Las bolas se movieron por todo el tapiz verde y me quedé observándolas, decidiendo si elegía las rayadas o las otras.

La verdad es que no tenía ni idea de las normas del billar. Lo único que sabía era que la bola negra debía ser la última en entrar por uno de los agujeros. Las veces que había jugado en el internado con Adele lo habíamos hecho para matar el tiempo o echarnos unas risas, no era como si nos hubiese importado molestarnos en jugar bien.

—Me pido las rayadas —dije al ver que varias de ellas estaban mejor posicionadas—. ¿Empiezas tú o empiezo yo? —le pregunté a Arlan, pero cuando fui a girarme para mirarle a la cara, un brazo musculoso me agarró de la cintura, impidiéndomelo.

—Esas no son las reglas del billar —me susurró al oído.

—A veces es bueno saltarse las reglas.

—Me gusta esta faceta traviesa tuya —dijo con voz baja y ronca, para, acto seguido, morder el lóbulo de mi oreja.

Ningún chico lo había hecho antes, por lo que no tenía la menor idea de que era una zona sensible para mí. Pero no estaba preparada para la sensación de placer que me recorrió de pies a cabeza. Mi boca se abrió para dejar salir un gemido que provocó que Arlan soltase una risa de suficiencia a la vez que soplaba encima de mi sensible piel.

—Eres preciosa y respondes tan bien —murmuró mientras su lengua recorría un camino por mi cuello que le llevaba hasta mi hombro desnudo, solo tapado con los tirantes de la camiseta.

—Arlan... —supliqué, aunque no tenía ni la menor idea de que era lo que estaba suplicando.

Él me giró para que pudiese mirarle a la cara.

—Dime, Erin. ¿Qué quieres?

—Todo.

—¿Qué es todo? —dijo juguetonamente, acariciando mi mejilla con su mano.

—Quiero sentirte dentro de mí. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiese pensar en ellas.

—Mi chica valiente —me respondió con una sonrisa—. No tienes ni idea de lo que me está costando no follarte encima de la mesa de billar.

Arlan tenía muchos menos reparos en hablar sucio que yo. Pero esa forma suya de hablar sin tapujos, provocó que mi piel ardiera en llamas.

—No hay ninguna razón para que te retengas.

Arlan sonrió y jugueteó con uno de mis mechones entre sus dedos.

—Hay muchas razones. Pero, cada vez, me cuesta más hacerles caso. No quiero hacerles caso. Quiero follarte, Erin. Es lo único en lo que soy capaz de pensar.

Apoyé mis manos en el borde de la mesa de billar con la intención de subirme encima, pero Arlan se separó de mí antes de que pudiese hacerlo, y me quedé quieta, sin entender por qué se alejaba de mí.

—Esta vez no lo estoy parando, Erin. No podría aunque quisiese. Pero vamos a estar más cómodos en mi habitación.

Mi mirada fue hacia la erección que golpeaba la tela de sus pantalones de deporte y una

sonrisa iluminó mi rostro.

Fui a coger la mano que me ofrecía, pero el sonido de vibración de mi móvil, que se encontraba en el bolsillo de mi chaqueta, me lo impidió. No iba a cogerlo, pero volvió a vibrar con otro mensaje y dudé.

No quería hacer caso a ninguna distracción. Lo único que deseaba era subir con Arlan a su habitación. Pero estaba preocupada de que fuese Adele y me necesitase.

—Mira el móvil, tal vez sea importante —me dijo Arlan, leyendo mis pensamientos y decidiendo por mí.

Asintiendo, fui hasta el sofá y saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta. Cuando lo desbloqueé, vi que los mensajes eran de Tyrone. Me deseaba buenas noches, se disculpaba por no haber respondido a mis últimos mensajes, y me aseguraba que se encontraba bien.

Lo guardé de nuevo en el bolsillo y cogí la chaqueta para llevármela conmigo.

—¿Quién era? —preguntó Arlan, acercándose a mí y rodeando mi cintura con su mano para darme un tenue beso en los labios.

—No importa.

—¿Era Adele, verdad? —preguntó, separándose de mí.

—No.

Arlan negó con la cabeza y suspiró.

—Sé que has estado con ella todo el día —iba a decirle que no tenía ninguna razón para mentirle, pero él continuó hablando—, ayudándola a esconderse.

—¿A esconderse?

—Erin... —comenzó él, observando mi rostro—. Adele se ha escapado de su casa esta madrugada mientras se suponía que estaba en su habitación durmiendo. Su padre no sabe nada de ella desde entonces.

—¿Y crees que yo la estoy ayudando? —pregunté, aunque era una afirmación, ya que es lo que él había dicho—. No lo sabía. Y no entiendo por qué no me ha llamado pidiendo ayuda. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si está herida? ¿Y sí...? —Un montón de preguntas comenzaron a salir por mi boca.

Arlan colocó una mano en mi hombro, llamando mi atención.

—Tranquilízate, Erin. Estoy seguro de que su padre la encontrará. —Él ya no parecía tener dudas de que yo decía la verdad—. Si tú no la has ayudado, tal vez ese chico con el que se estaba besando en la discoteca. ¿Sabes cómo podemos encontrarlo?

—A... —Me interrumpí a mí misma antes de decir el nombre de Alexei. Di un paso hacia atrás, deshaciéndome del toque de Arlan, porque, en ese momento, entendí todo, y una sensación desagradable se formó en mi estómago—. ¿Por eso me estabas esperando en el *hall*? —Arlan enarcó una ceja—. Para sonsacarme dónde estaba Adele —le aclaré. Había sido una tonta creyendo que él estaba preocupado por mí—. Por eso pediste a Emer que preparase los sándwiches, para sacarme información. Estabas intentando manipularme. ¿Ibas a acostarte conmigo para ese mismo fin?

Los ojos de Arlan se oscurecieron y su mandíbula se apretó por la tensión.

—Ten cuidado con lo que dices, Erin —me advirtió en un tono serio y grave; uno que nunca había escuchado en él—. Yo no necesito manipular a nadie para sacarle información. Confía en mí. —Una sonrisa burlona apareció en su rostro.

—Lo sé, pero dudo que uses esos métodos conmigo.

—No, jamás lo haría —dijo con convicción, su mirada suavizándose durante unos instantes—. Pero sí que espero que si te pregunto algo, me respondas.

—¿Cómo puedo encontrar al chico que estaba con Adele en la discoteca? —preguntó de nuevo.

—No tengo ni idea —respondí, cruzando mis brazos delante de mi cuerpo. Cualquier atmósfera sexual se había roto y él se había dado cuenta de lo mismo, porque el Arlan cariñoso y sensual había mudo a uno más frío.

—Dime su nombre y el de su amigo —exigió.

—No tengo por qué decirte nada, Arlan.

—Erin...

—¿Sabes qué, Arlan? Soy una completa idiota. Pensaba que te habías tomado la molestia de pedirle a Emer que nos preparase la cena porque estabas preocupado por mí. Y pensaba que yo te atraía, que querías acostarte conmigo porque te gusto. Pero ha resultado que era todo mentiras. Lo que me pregunto es si el día que me besaste, o el día de la piscina, también lo hiciste para sonsacarme algún tipo de información.

Estaba siendo irracional, lo sabía, pero había explotado.

La cara de Arlan era como el cielo antes de la tempestad, aunque no me dejé amedrentar por ello.

Él estiró el brazo, sujetando el mío y tirando de mí para acercarme a él. Su cara frente a la mía.

—Quiero follarte porque eres la mujer más hermosa que he conocido en toda mi puta vida. Quiero ser el primero que entre en tu interior. Quiero follarte tan fuerte que nunca olvides que he estado allí.

Tragué saliva con fuerza.

Yo quería lo mismo. Y, aunque tal vez estaba siendo una idiota, le creía. Seguía confiando en él.

Pero, en esos momentos, mi preocupación por Adele ganó la batalla. Me separé de Arlan, provocando que él enarcase una ceja.

—Tengo que intentar localizar a Adele.

Arlan pasó su brazo por mis caderas para acercarme de nuevo a él.

—Ven conmigo a mi habitación —me pidió, uniendo sus labios con los míos.

Aunque la neblina provocada por su beso me enturbió la mente durante unos minutos, logré separarme de él antes de que fuese a más.

No había otra cosa que anhelase más en ese instante que aceptar su invitación. Sin embargo, no podía hacerlo.

—Me encantaría, pero no puedo. Adele me necesita.

—Yo te necesito más.

Arlan hizo un mohín, y si no fuera por lo preocupada que estaba por mi amiga, hasta me hubiera reído, porque él parecía un niño pequeño haciendo un berrinche.

—Adele puede estar en peligro, Arlan. Si algo llegara a pasarle, jamás me lo perdonaría.

Arlan suspiró con resignación y bajó sus manos.

—Está bien.

Me di la vuelta para coger la chaqueta que, en algún momento, se me había caído al suelo. Me la puse e iba a caminar hasta la salida cuando vi que Arlan me seguía.

—¿Adónde vas? —pregunté, sospechando sus intenciones.

—Contigo —respondió, como si fuera obvio.

No, Arlan no podía venir conmigo. Aunque lo cierto era que no tenía ni idea de dónde comenzar a buscar a Adele o lo que haría para encontrarla. Adele estaba escapando de su padre,

y si Arlan la encontraba, lo primero que haría sería contárselo a Vincent. Él mismo me había dejado claro cuál era su opinión al respecto de todo lo que había pasado.

No podía arriesgarme a que eso pasara.

—Arlan —comencé con suavidad, porque lo último que quería hacer era discutir de nuevo con él—, esto es algo que tengo que hacer sola. Si Adele descubre que estoy contigo, jamás me dirá dónde está. —Era una excusa barata y Arlan lo sabía, pero esperaba que sirviese.

—Cuándo la encuentres, me avisarás.

—Lo haré.

Arlan emitió una risa sin humor.

—Estás mintiendo.

—No, no lo hago. —Vi que Arlan iba a replicar y me adelanté—. Por favor, Arlan. No quiero discutir por esto otra vez.

—No discutiríamos si fueses razonable.

A pesar de sus palabras, el brillo de resignación en sus ojos hizo que me tomara aquella respuesta como una victoria. Me acerqué a él para darle un beso efímero en los labios.

—Te llamaré —le prometí, y después, me giré hacia la puerta sin mirar atrás. Porque si volvía a mirarlo, descubriría que le estaba mintiendo.

## Capítulo 25

### *Erin*

Nunca había estado tan preocupada por nadie en toda mi vida. Esperaba que Adele no hubiese realizado ninguna locura. Aunque no lo creía.

Adele era impulsiva pero era responsable. Incluso con lo enfadada y decepcionada que estaba con su padre, ella no haría algo que pusiese su vida en peligro.

Así todo, le envié como cuarenta mensajes y le llamé otras tantas veces. En ninguno de esos intentos llegué a contactar con ella. También llamé a alguna de nuestras excompañeras con las que tenía cierta relación; como esperaba, no sabían nada de ella, pero tenía que probar.

Conocía bien a Adele como para saber que no estaría sola, ya que ella detestaba la soledad. Así que, solo se me ocurría que hubiese acudido donde Alexei en busca de ayuda, pero no tenía manera de localizarlo.

Tampoco a Vadim, ya que nunca se me había ocurrido intercambiar teléfonos con él y tampoco él me lo había pedido.

Durante la noche intenté conciliar el sueño, pero apenas conseguí pegar ojo. A la mañana siguiente fui al centro de Dublín para buscar a Adele en los lugares que ella frecuentaba, como su gimnasio o una de sus cafeterías favoritas, pero cuando no obtuve ningún resultado, terminé regresando a la mansión.

Estaba tan exhausta que me quedé dormida en cuanto toqué el colchón de mi habitación. Cuando me desperté, me di cuenta de que seguir buscando a Adele en los sitios en los que ella frecuentaba no tenía ningún sentido. Vincent conocía su rutina y era evidente que la estaría buscando por esos lugares. Me pregunté dónde podría estar escondiéndose.

Eran las cinco de la tarde cuando decidí probar suerte y acercarme a la discoteca a la que nos habían llevado Alexei y Vadim semanas antes. A pesar de que acababan de inaugurarla, ellos parecían conocer a los porteros de la entrada. Era pronto y aún no estaría abierta, pero necesitaba hacer algo.

Salí de la mansión, y en vez de ir hasta la parada del autobús más cercana como hacía comúnmente, fui caminando hasta que mis pies no pudieron más. Para ese momento, me encontraba cerca de una parada de metro, pero no llegué a entrar, ya que mi móvil sonó con un número que no reconocí.

Al principio no iba a cogerlo, ya que no me gustaba aceptar llamadas de números que no conocía, pero una vocecilla en mi interior me gritó que contestase. No solía hacer caso a esa voz interior muy a menudo, pero, ese día, decidí obedecerla.

En cuanto acepté la llamada, la voz que escuché provocó que mi corazón volviese a latir con normalidad.

—Erin, soy Adele.

—¡Menos mal, Adele! Te he llamado cuarenta veces y te he dejado cientos de mensajes. ¿Cómo estás? Dime que estás bien. —Mis palabras sonaron atropelladas y dudé que ella pudiese entenderme con claridad. Apenas le di tiempo a contestarme, pero estaba muy preocupada por ella.

—Estoy bien, Erin. —Aquella respuesta hizo que exhalara un suspiro de alivio. Eso era lo único que necesitaba escuchar—. Me he dejado el móvil en casa —me explicó—. No podía estar

segura de que mi padre no haya puesto algún rastreador en mi móvil.

—Tu padre no haría eso —dije, a la vez que me giraba para salir de la entrada a la estación, ya que me había quedado quieta y varios pasajeros con prisa me estaban empujando.

—Ahora mismo no sé de lo que es capaz mi padre, y no quiero descubrirlo. —Desgraciadamente, no pude replicar, porque, honestamente, pensándolo bien, tal vez Adele no se equivocaba. Por el amor de Dios, su padre había acordado su matrimonio sin su permiso—. ¿Estás en la mansión?

—No, he salido a buscarte. Iba a ir a la discoteca a preguntar por Alexei y...

—¡No vayas! —gritó Adele antes de que yo pudiese terminar la frase—. ¿Le has hablado a alguien de Alexei y Vadim? —indagó con voz entrecortada.

—No, claro que no.—Evité decirle que Arlan me había preguntado por Alexei—. ¿Estás con ellos?

—Sí, estoy con ellos. —Adele inspiró profundamente e hizo una pequeña pausa—. Vamos a huir, pero necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —repetí con confusión, asimilando lo que me acababa de contar—. Un momento... ¿cuándo estás hablando de huir, te refieres a Alexei y a ti, o también va Vadim? —Podía llegar a comprender que Adele y Alexei quisieran escaparse para poder estar juntos, pero ¿por qué iba Vadim con ellos? Él no necesitaba ocultarse de nadie.

—No puedo contártelo por teléfono, es peligroso —me advirtió Adele, y estaba convencida de que estaba mordiéndose el labio inferior—. Voy a enviarte un mensaje con la dirección en la que me encuentro. Apúntala en un papel y apaga el móvil para que nadie pueda localizarte. —Podía escuchar una voz detrás de Adele. Ella estaba siguiendo las instrucciones de alguien, pero no pude identificar si era Alexei o Vadim el que hablaba—. Una vez llegues, rompe el papel y tíralo en una papelería. Y asegúrate de que nadie te está siguiendo.

Antes de que pudiese responder, Adele colgó el teléfono. Y acto seguido me llegó un mensaje con una dirección. Miré hacia todos lados y empujé la pantalla contra mi pecho, como si alguien de mi alrededor pudiese intentar ver lo que había en ella.

Me dirigí hasta un banco colocado en una callejuela vacía y me senté en él. Saqué de mi bolso un bolígrafo y una pequeña libreta que siempre llevaba conmigo. Apunté la dirección y tras buscar en el móvil cómo podía llegar hasta allí, lo apagué siguiendo las directrices de Adele.

Regresé a la estación de metro, sintiéndome como la protagonista en una película de acción. Una protagonista inocente que se veía metida en una conspiración de la que no tenía nada que ver y no entendía.

Me reí por mi ocurrencia. Tan solo iba a ayudar a una amiga. Una amiga un poco paranoica, ya que aunque su padre la estaba buscando, dudaba que hiciesen falta tantas precauciones.

Cuando llegué a la dirección que Adele me había enviado en un barrio a las afueras de Dublín, había comenzado a anochecer. Pero como era verano, los niños corrían por las calles, las parejas caminaban cogidas de la mano y transeúntes paseaban a sus perros mientras se paraban cada menos de cien metros para hablar con vecino al que conocían.

Era un barrio tranquilo, de clase obrera, donde la gente parecía feliz con sus vidas. Por lo menos, a simple vista, ya que nadie llega a saber con seguridad lo que se esconde detrás de cada puerta.

Pasé por una calle con tiendas que iban desde una panadería hasta bazares que vendían todo tipo de productos a buen precio. Estuve tentada a entrar, ya que me sentía invadida con el buen ambiente que se respiraba en las calles y me sentía relajada, pero no lo hice. Necesitaba hablar con Adele y convencerla de que huir no era la mejor opción.

Giré siguiendo las indicaciones que había escrito en la hoja de papel que llevaba en la mano y me adentré por una calle donde a ambos lados se alzaban modestas casas de dos pisos con pequeños jardines delanteros con la ropa tendida al sol en improvisados tendederos.

Una niña jugaba con un perro en uno de los jardines. El perro le lamía la cara y ella se reía, feliz.

Yo sonreí viendo la escena. Definitivamente, aquel barrio me gustaba.

Seguí andando hasta llegar al número veintidós. Tiré el papel en una papelería y entré por el corto camino que llevaba a la entrada de una casa de una sola planta. En esa zona de la calle había varias casas así, aunque esa era de las pocas que no tenía jardín. Pero sí un pequeño porche con dos sillas de madera.

Llamé al timbre, y aunque nadie me abrió ni se escuchaba ningún ruido, por el rabillo del ojo vi cómo se movían las cortinas de una de las ventanas. Alguien me estaba observando.

Menos de un minuto después, la puerta se abrió, aunque el *hall* estaba a oscuras y la persona que había abierto la puerta se quedó tras ella, escondida en la oscuridad y no podía verla. No me atreví a entrar. Incluso hice ademán de girarme para marcharme, pero una voz femenina que conocía bien me lo impidió.

—Soy yo, Erin. Vamos, date prisa.

Feliz de escuchar de nuevo la voz de Adele, entré en la casa e inmediatamente ella cerró la puerta. Mi amiga se lanzó a mis brazos para darme un abrazo a la vez que alguien encendía la luz de una lámpara, iluminando tenuemente el pasillo en el que nos encontrábamos.

—Adele, ¿estás bien? —pregunté, separándome de ella para poder mirarla de arriba abajo y comprobarlo por mí misma.

Ella iba vestida con un vestido veraniego verde. Sus ojos estaban hinchados de haber llorado, pero ella parecía feliz de verme, ya que una sonrisa iluminaba su rostro.

—No, pero lo estaré ahora que tú estás aquí.

—Por Dios, Adele, cuando me he enterado de que te habías ido de casa, estaba preocupadísima.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Arlan —dije a regañadientes, ya que no quería mentirle, pero sabía que a ella no le iba a gustar.

Demostrándome que no estaba equivocada, ella palideció.

—¿Tú no...?

—No le he dicho nada, Adele —le prometí, esperando que ella me creyera—. Tenías razón, él no va a ayudarnos. Ya sé que te pedí perdón por no creerte, pero...

—No importa, Erin. —Adele me cortó, impidiendo que continuara hablando. Agarró mis manos y me miró con calidez—. Lo que importa es que ahora ya sabes de lo que es capaz, te alejes de él.

No dije nada, porque no estaba segura de poder hacerlo. No cuando la noche anterior había estado dispuesta a acostarme con él. Y menos aún, cuando, a pesar de todo, deseaba que él fuera el primero y el último. Porque no me imaginaba con otro hombre que no fuese él.

—¿Dónde está Alexei? —pregunté, extrañada de no verle a su lado.

Adele miró el pasillo vacío.

—Vadim y él estaban aquí. Imagino que han ido al salón para darnos espacio.

Aquella respuesta tenía sentido, ya que alguien había encendido la luz. Nos quedamos en silencio y escuché susurros procedentes de una de las habitaciones al fondo del pasillo.

—Adele, sé que crees que lo mejor es marcharte, pero ¿qué vais a hacer Alexei y tú, huir

toda la vida?

Si lo que Arlan me había contado era cierto, escapar durante un tiempo y después volver no parecía una solución. Puede que Callum desistiese en su empeño de querer casarse con Adele y buscarse otra pretendiente, pero Vincent jamás aceptaría a Alexei. Él buscaría a otro hombre con el que poder comprometer a Adele y la historia se repetiría.

—No voy a huir junto a Alexei —dijo Adele, sorprendiéndome—. Bueno, sí —se corrigió, haciendo una mueca—, pero una vez estemos seguros de que no corremos ningún peligro, cada uno seguirá su camino.

—¿Ya no estáis juntos?

Ella negó con la cabeza.

—Él está enamorado de otra persona. —No había tristeza en su voz por ello. Me sorprendió que no estuviese destrozada. Aunque Adele solía superar las rupturas con rapidez. Ella lloraba desconsolada en mi hombro, y durante dos o tres días, se maldecía de su mala suerte. Al cuarto día, ya ni recordaba al chico.

—¿Te lo ha dicho él?

—En realidad, le he pillado y ha tenido que confesar. —Como no dije nada, ella continuó hablando—. Me marché de casa y fui en busca de Alexei. Él me había llevado unos días antes al apartamento que compartía con Vadim. No había llegado a entrar, ya que solo fuimos en busca de su móvil, que se lo había dejado olvidado, y le esperé en la puerta. Pero cuando llegué allí y Alexei me abrió la puerta, lo vi en su cara, y entonces apareció Vadim, cubierto con una toalla, y lo supe. Les vi cómo se miraban y lo entendí.

—¿Supiste qué? —pregunté, porque estaba completamente perdida.

—Ellos están juntos, Erin. Son novios desde hace más de dos años y están muy enamorados —me explicó, y yo abrí la boca, sin saber qué decir—. Al principio, me enfadé, claro. Me sentí engañada y utilizada. —Adele suspiró y soltó mis manos para dejar caer las suyas a cada lado de su cadera—, pero no tenía adónde ir y no quería regresar a casa, así que me quedé en su apartamento. Cuando me tranquilicé, ellos me explicaron sus razones para haberme engañado. Y, sinceramente, Erin, no puedo culparlos.

Aquello era una completa locura. Parecía un guion de una telenovela y no una historia real. Sin embargo, cuando me detuve a pensar en ello durante unos instantes, todo comenzó a cobrar sentido. La discusión que habían mantenido Alexei y Vadim la última noche que los había visto, el ambiente incómodo entre ellos, y la forma en la que Vadim observó con intensidad cómo Adele y Alexei se besaban.

—¿Y por qué Alexei ha fingido que le gustas, por qué te besaba, y lo más extraño, por qué Vadim lo permitía?

—Porque queríamos secuestrar a Adele para pedir un rescate —fue Vadim el que me respondió, provocando que me girase, sobresaltada, para mirarle.

Alexei y él se encontraban en el pasillo cogidos de la mano. Adele se encogió de hombros cuando la miré. Ella no parecía sorprendida por la confesión de Vadim.

—Vamos al salón, allí estaremos más cómodos —propuso Alexei.

Lo que yo quería era agarrar a Adele y marcharnos de esa casa. Por el amor de Dios, acaban de reconocer que querían secuestrarla.

Adele cogió mi mano, pero no para irnos, sino para llevarme al salón.

Las cortinas estaban corridas, impidiendo la entrada de la luz de las farolas y los últimos rayos de sol del día, pero Vadim encendió la luz, iluminando el salón.

Era una estancia pequeña, y las paredes necesitaban con urgencia una mano de pintura. No

había ningún cuadro ni otro adorno en ellas, dándole un aire más desvalido. Dos sofás de colores tenues y desgastados por el paso del tiempo se encontraban uno frente al otro, separados por una mesa de cristal.

En una de las paredes, sobre un mueble debajo de madera, una televisión encendida emitía imágenes sin sonido. Vadim se apresuró a apagarla al tiempo que Adele me llevaba hasta uno de los sofás. Nos sentamos una al lado de la otra. Vadim y Alexei se sentaron en el otro sofá frente a nosotras mientras yo observaba con más detenimiento el salón.

La estancia era fría, y aunque no había visto el resto de la casa, era evidente que le faltaba la calidad que tienen las viviendas de uso habitual por una familia.

—Hemos alquilado esta casa hace dos semanas —me informó Vadim, leyendo mis pensamientos—. Había algo diferente en él, y no era solo por lo que acababa de descubrir. Hasta ese momento, me había parecido que de los dos era Alexei era el que llevaba la batuta. Sin embargo, ahora, no lo tenía tan claro—, pero hasta ayer no la habíamos ocupado.

—Supongo que la habíais alquilado para tener secuestrada a Adele —apunté con voz queda, imaginándome las intenciones que habían tenido.

Aquello era surrealista, y una parte de mí todavía tenía la esperanza de que, en cualquier momento, los tres gritarían inocente y todo se trataría de una broma. No obstante, bien sabía que eso no ocurriría. La vida nunca era tan sencilla.

—Era la idea —confesó Vadim, tomando de nuevo la iniciativa. Alexei apoyó una mano en el muslo de su novio, dándole ánimos. Miré a Adele por si le molestaba ese gesto, pero ella les miraba con ternura. Por el amor de Dios, era como si me hubiese caído por un agujero y aparecido en una realidad alternativa—. Pero antes de que Adele apareciese en nuestro apartamento, ya habíamos decidido no hacerlo —continuó—. Adele no se lo merecía, y tú tampoco te merecías sufrir por tu amiga. —Sus palabras parecían sinceras, pero, a esas alturas, ya no me creía nada—. Es complicado... No teníamos otra opción. —Negué con la cabeza, porque siempre había una opción. ¿Qué clase de personas planeaban engañar a una pobre chica para secuestrarla? A saber qué pretendían hacer con Adele una vez la tuvieran retenida. No quería ni pensarlo—. Sé que unas disculpas no sirven para mucho, pero espero que nos perdonéis por el daño causado.

—Por mi parte estáis más que perdonados —dijo Adele, hablando antes de que yo pudiera hacerlo. Ella no parecía ni siquiera temerosa de ellos. Era evidente que habían tenido una larga conversación y que nada de lo que Vadim estaba diciendo era nuevo para ella—. Siempre y cuando me ayudéis a marcharme lejos, claro.

—Nos aseguraremos de que ello —le prometió Alexei, y Vadim asintió con la cabeza, confirmando esas palabras—. Tu padre no podrá encontrarte y... —continuó hablando, pero yo dejé de escucharle porque me iba a explotar la cabeza.

—¿Os habéis vuelto todos locos?! ¿¿O soy yo la loca?! —pregunté, intentando no alzar la voz, pero sin conseguirlo. Aunque sabía que lo menos inteligente en esos momentos era explotar, no podía contenerme más—. ¿¿Soy yo la única que piensa que nada de esto tiene sentido?! Tú —dije, señalando a Alexei—, le has hecho creer a Adele que la amabas, y tú —apunté con mi dedo índice a Vadim—, me has hecho creer que te caía bien, que era el comienzo de una amistad. —Aunque eso era lo de menos, ni siquiera tenía importancia en comparación con todo lo que habían hecho—. Y todo era un plan maquiavélico para conseguir un rescate. —Me pasé las manos por el rostro, en un intento fallido por calmarme—. Y ahora, aquí estamos los cuatro, sentados como si todo esto fuese normal. Es ridículo.

Adele puso una mano en mi hombro y me tocó la mejilla con su dedo para que la mirase. Lo

hice.

—Sé que parece una locura, Erin. Pero no son mala gente, solo están desesperados, como yo. Hace unos días no les hubiese entendido, pero ahora lo hago. La desesperación hace que seamos capaces de cualquier cosa.

Eso lo entendía. Lo había vivido. Sin embargo, nunca se me hubiera ocurrido secuestrar a una pobre chica inocente.

—Erin —me llamó Vadim, provocando que fijase mi mirada en él—, nunca he fingido que me caías bien. Las conversaciones que tuvimos fueron reales.

Entorné los ojos ante sus palabras vacías.

—No te creo, y tampoco me creo que hayáis decidido cambiar de planes por la bondad de vuestros corazones.

—Lo entiendo —dijo Vadim, alzando los hombros—. Si yo estuviese en tu situación, también pensaría lo mismo. Pero si hubiésemos querido seguir con el plan, lo habiéramos hecho. Adele nos lo puso a huevo apareciendo en el apartamento. Además, ella ha venido con nosotros hasta aquí por propia iniciativa. Si hubiésemos querido secuestrarla, ahora estaría atada en el sótano.

Vadim tenía razón. Pero ¿por qué cambiar de opinión a último momento? ¿Por qué hacerlo cuando ya habían llegado tan lejos? ¿De verdad había sido porque no eran capaces de seguir adelante?

—Vadim y yo estamos enamorados —intervino Alexei, mirando a su chico con una sonrisa. Él nunca había mirado así a Adele. Él miraba a Vadim como si fuese la única persona en el mundo, como si fuese todo para él. El aire que respiraba, el agua que necesitaba para no morir de sed, y la comida para alimentarse. Él lo miraba como yo había mirado a Arlan toda mi vida. Como me gustaría que Arlan me mirase a mí—. Hemos tenido una vida difícil —continuó, sacándome de mis pensamientos—, ambos éramos huérfanos y ambos tuvimos que buscarnos la vida desde muy pequeños. Terminamos juntándonos con gente peligrosa y hemos tenido que hacer cosas horribles para sobrevivir, pero mereció la pena, porque de no ser así, nunca nos habiéramos conocido. —Alexei esbozó una sonrisa de enamorado—. Pero ya no queremos seguir haciendo esas cosas, queremos tener una vida normal. Una donde podamos ser pareja, tener un trabajo normal, y una bonita casa. —Alexei inspiró profundamente mientras Vadim sostenía firmemente su mano, como si quisiera mostrarle su apoyo—. Una vida normal. ¿Es tanto pedir?

—No, supongo que no —admití.

—Pero no es fácil —continuó Vadim—. La gente para la que trabajamos no nos va a dejar marcharnos. Una vez entras, solo puedes salir muerto.

Alexei se pasó la mano por la cara. Él llevaba una camiseta de manga corta y pude ver el mismo tatuaje que llevaba Vadim en el mismo sitio que él. Aunque podía ser un tatuaje de pareja que ambos se habían hecho, sabía que no era así.

—¿Estáis metidos en una banda? —pregunté, ya que esa era la explicación que me parecía más plausible.

Vadim me lanzó una mirada extraña que no entendí, y luego se encogió de hombros.

—Algo así —respondió, evitando darme muchas explicaciones—. Aunque eso no importa —quise replicar, porque a mí sí me parecía que importaba, pero como intuía que Vadim no me iba a contar mucho más, lo dejé pasar—, porque queremos dejarlo atrás. Pero, para eso, necesitamos desaparecer, conseguir unas nuevas identidades y huir sin dejar ninguna pista. Porque ellos nos buscarán, y si nos encuentran, nos matarán. Y para eso necesitamos dinero, mucho dinero.

Dinero que ellos querían conseguir secuestrando a Adele. No lo dijo, pero no hizo falta.

—¿Y cuál es vuestro plan ahora?

—Que tú nos consigas el dinero. —Aunque la pregunta se la hice a la pareja, fue Adele quien respondió.

—¿Yo? —pregunté, girando la cabeza para mirarla.

—Tengo límite en mis tarjetas para sacar dinero, y además, estoy segura de que mi padre me las ha cancelado.

—Adele, yo solo tengo ahorrados cuatrocientos euros. —Aunque ahora que lo pensaba, era menos, ya que había gastado dinero en el regalo de Adele y en mi vestido para su cumpleaños.

Adele se mordió el labio inferior y se pasó una mano por el pelo. La conocía bien para saber que eso significaba que lo que me iba a decir a continuación era una locura que no me iba a gustar. Aunque todo lo que estaba sucediendo los últimos días era una locura, así que dudaba que me sorprendiese.

—Pero Arlan es millonario.

Vale, estaba equivocada, sí que había logrado sorprenderme.

—¿Me estás pidiendo que se le pida el dinero?! —pregunté, prácticamente grité. Tal vez unos días antes yo misma hubiese propuesto esa opción, ahora lo sabía mucho mejor—. Adele, él no va a querer ayudarte.

—Ya lo sé. Él no puede enterarse de dónde estoy o se lo dirá a mi padre.

—Y nos entregará a nuestro jefe —añadió Vadim.

No podía quitarles la razón, porque, a esas alturas, no tenía ninguna duda de que Arlan haría lo primero, e incluso, lo segundo, si eso le beneficiaba de alguna manera. Él mismo me había reconocido que los negocios eran lo primero.

—No le voy a contar nada, Adele —le prometí—. Pero no puedo ayudaros. No hay forma que pueda conseguir el dinero que necesitáis.

—Sí puedes —replicó Vadim—. Vives con Arlan Wolf. Lidera una de las familias de la mafia más importantes de Dublín. —A esas alturas, no me sorprendió que Vadim tuviera esa información—. Estoy convencido de que guarda cantidades ingentes de dinero en casa. Tan solo necesitamos una suma irrisoria de ese dinero para empezar. Puedes encontrarlo y dárnoslo.

—¿Queréis que le robe?

—No es un robo, Erin. Es un préstamo —me dijo Adele, como si aquel argumento me fuera a hacer cambiar de opinión—. Arlan tiene muchísimo dinero, él ni siquiera notará si le desaparece un poco.

—Lo hará, pero nosotros ya estaremos lejos para cuando se dé cuenta —apuntó Vadim, que al menos tuvo la decencia de ser sincero.

—Se lo devolveré —insistió Adele, estirando su mano para apretar mi rodilla—. Cuando cumpla veintiuno podré tener acceso al fideicomiso que me dejó mi abuela materna en herencia.

—Adele, no puedo. Yo quiero ayudarte, pero...

—Creo que es mejor que os demos un poco de tiempo a solas —dijo Vadim, intercambiando una mirada con Alexei. Este asintió con la cabeza y ambos se levantaron del sofá—. Si necesitáis algo, estaremos en la cocina —nos informó Vadim antes de cerrar la puerta.

—Erin —Adele se desplazó por el sofá para acercarse a mí y entrelazó sus manos con las mías—, tienes que ayudarme. Callum desea casarse conmigo en octubre.

—¿En poco más de dos meses? —pregunté, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí. No quiere alargar el compromiso y mi padre está de acuerdo. También quiere que tengamos hijos cuanto antes. Él necesita un heredero. Me lo dijo de esa manera, como si

estuviese relatándome que quiere para cenar. Incluso torció el gesto cuando le dije que iba a ir a la universidad en septiembre.

—Pero tu padre quiere que estudies una carrera. ¿Y qué pasa con el piso que te ha regalado? Adele suspiró.

—Hablé de eso con mi padre. Me ha prometido que convencerá a Callum para que me permita ir a la universidad. —¿Permitir? Callum no le tenía que permitir absolutamente nada. ¿Qué habíamos vuelto al siglo V?—. Pero no me haré cargo de las empresas. Eso nunca estuvo en su mente —dijo con tristeza—. Y, sobre el piso, reconoció que me lo regaló porque yo se lo pedí y quería hacerme feliz, pero que llevaba meses buscándome marido y que nunca se planteó que viviese sola mucho tiempo.

Así que Arlan no mentía. Encontrar un marido a su hija había sido el plan de Vincent todo el tiempo.

—No me lo puedo creer.

—Yo tampoco, pero es lo que es. Mi padre dice que me ama y que hace lo mejor para mí.

—¿Lo mejor para ti?! —pregunté con indignación—. Tu padre tan solo está haciendo lo mejor para él, Adele.

Ella se encogió de hombros.

—No va a cambiar de idea, Erin. No importa lo que le diga, él está convencido. Y Callum tampoco. Le dije que no deseaba casarme, que no nos conocíamos, y su respuesta fue que no iba a tener esa conversación de nuevo con ninguna mujer. Que los dos haríamos lo que teníamos que hacer. Y se negó a hablar más del tema.

Suspiré. Mi amiga no tenía opciones. Bueno, tenía una, huir. Me planteé escapar con ella. Tal y como parecía que mi madre deseaba para mí. Pero no se lo propuse, porque sabía que no podría hacerlo.

—Si os consigo el dinero, ¿no os pillarán?

Adele sonrió.

—Vadim y Alexei conocen gente que nos ayudará a huir a cambio de dinero. Nunca nos encontrarán.

—¿No te volveré a ver? —pregunté con tristeza.

—Cuando cumpla veintiún años encontraré la manera de cobrar mi fideicomiso y, entonces, me pondré en contacto contigo. No es un hasta nunca, Erin. Es un hasta pronto.

—¿Y si Alexei y Vadim te traicionan?

—No lo harán, ellos se juegan más que yo.

Adele parecía muy convencida. Yo no lo estaba tanto. Pero, lo cierto era que no tenía otra opción más que escapar lejos de su padre. Era la única manera en la que podría decidir su propio camino y ser libre.

Mi mejor amiga se merecía ser feliz. Y yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ella.

—¿Y cuánto dinero necesitáis? —pregunté con resignación.

—Todo el que puedas conseguir, Erin.

—¿No acabáis de decirme que tan solo necesitabais un poco?

—Necesitaba convencerte primero —admitió Adele con una mirada de disculpa—. No es barato escapar sin dejar pistas.

No, estaba segura de que no lo era. No pude evitar que apareciese en mi mente la conversación que mantuve con Enya. Mi madre no tenía mucho dinero. ¿Y si esa era la razón por la que había muerto? ¿Si al intentar encontrar la manera de huir ella había tenido que realizar algún trabajo peligroso que le aportase el suficiente efectivo?

No sabía si esto era así, pero lo que tenía claro es que eso no le pasaría a Adele.  
—Haré todo lo que esté en mi mano —le prometí.

## Capítulo 26

### *Erin*

Jamás pensé que sería capaz de hacer algo como lo que estaba haciendo en ese momento, pero lo peor era que no me sentía culpable por hacerlo. No me sentía mal por haber entrado en el despacho de Arlan —para mi sorpresa, la puerta no estaba cerrada con llave—, ni por haber rebuscado entre sus cosas.

Y lo peor era que, aunque lo que me movía a realizar ese acto era ayudar a Adele, sentía como que me estaba demostrando a mí misma que era capaz de enfrentarme al hombre del que estaba enamorada.

Sentía que se la estaba devolviendo. ¿Pero qué le estaba devolviendo?

¿Que Arlan no actuase como yo hubiera esperado? ¿Que él no me entregase su corazón como yo le había entregado el mío? ¿Qué por mucho que él me decepcionase yo nunca dejaría de estar enamorada de él?

En realidad, no era ninguna de esas razones. Lo que me dolía era que él siempre me había dado todo lo que necesitaba sin necesidad de pedírselo. Y una vez que necesitaba algo de verdad, que necesitaba que cambiase de opinión y protegiese a Adele, sabía que Arlan no iba a hacerlo.

Porque, por una vez fui consciente de que los negocios estaban por encima de todo. Por encima de mí. Y no importaba si suplicaba o se lo pedía de rodillas, él no me daría eso, porque Arlan nunca daba nada que no quisiese dar.

Y eso era algo que dolía, pero el dolor se había transformado en rabia. Una rabia que no podía controlar, y sabía que era injustificada, ya que Arlan no me debía nada. Nunca lo había hecho.

Era justicia.

¿No había sido Arlan quien había propuesto a Callum como el futuro marido de Adele? Pues que ahora se hiciese cargo de los costes de huida de la futura novia.

«Eso no es justicia, es venganza», me dijo una voz interior. Una voz a la que me negué hacer caso. Porque la verdad era que iba a robar a Arlan. Al hombre al que amaba y al hijo del hombre que nos había salvado la vida hacía años.

Con un suspiro, cerré el último cajón del escritorio. Los rayos del atardecer entraban por la ventana y se filtraban por las finas cortinas. Había estado durante todo el día pensando cómo conseguir el dinero. Si Arlan guardaba dinero fuera de una caja fuerte, tenía que tenerlo escondido en su habitación o en su despacho.

Si a Emer le había sorprendido que le preguntase si Arlan se encontraba en casa, ella no me lo había hecho saber. Lo cierto era que él se había pasado toda la mañana y gran parte de la tarde en su despacho y no había sido hasta pasadas las siete de la tarde cuando se había marchado conduciendo su propio coche.

No sabía cuánto tiempo estaría fuera, aunque podía imaginarme que mínimo tres o cuatro horas. Pero porsiacaso no había perdido el tiempo. Había ido a su habitación para encontrarme que estaba cerrada con llave.

Al bajar para dirigirme a su despacho, esperando tener más suerte, me había visto envuelta en una conversación con una de las empleadas que había regresado de sus vacaciones y no había podido darme el pésame. Por una parte, el retraso había sido algo bueno, ya que la escasa luz

exterior evitaba que me viesen desde fuera, pero también dificultaba mi búsqueda, porque no podía encender una luz sin ser pillada.

Un cuadro llamó mi atención. No podía distinguirlo bien, pero parecía una puesta de sol. Me acerqué para verlo con más claridad y me di cuenta de que estaba torcido. Lo levanté para descubrir que había una caja fuerte debajo. Era imposible que descubriese la combinación y tampoco iba a arriesgarme a que saltase una alarma al fallar o cualquier otra medida de seguridad que tuviese.

Iba a salir del despacho, derrotada, cuando me fijé en la estantería de yeso detrás del escritorio. Había libros en las baldas y figuras decorativas, pero lo que llamó mi atención fue el maletín apoyado contra los libros de la última balda.

Levanté el maletín negro, que no pesaba demasiado, por lo que descarté que contuviese un portátil. Lo apoyé encima de la mesa del escritorio evitando golpear la pantalla de ordenador que descansaba encima.

Aunque tenía cerradura, no estaba cerrado con llave y se abrió en cuanto apreté el botón. Billetes de 200, 100 y 50 euros aparecieron como por arte de magia. No sabía cuánto había, pero tenía que ser más que suficientes. Debía haber miles de euros.

No podía pararme a contarlos, así que cerré el maletín y salí del despacho, llevándomelo conmigo.

La adrenalina provocó que apenas recordase el camino de regreso a mi habitación. Respiré hondo cuando me senté en la cama, pero cuando me calmé me di cuenta de que no podía quedarme con ese dinero en mi habitación. Alguien podría encontrarlo. Y además, Adele, Alexei y Vadim no podían seguir ocultándose en Dublín durante mucho más tiempo sin ser descubiertos.

Guardé el maletín en una bolsa de deporte grande que me había regalado mi hermano para el gimnasio y que nunca había usado. Acto seguido, salí de la casa y llamé a un taxi para que me dejase en el centro. Desde allí, pedí otro para que me llevase hasta una parada de metro a solo tres paradas de donde se encontraba la casa en la que se escondía Adele.

Lo hice siguiendo las indicaciones que me habían dado el día anterior. A mí me parecían exageradas, pero preferí hacerles caso.

Los diez minutos que estuve en el metro fueron los más largos de mi vida. No podía evitar pensar que alguien podría robarme el dinero. ¿Aunque quién iba a pensar que llevaba tanto dinero en una bolsa de deporte?

Tampoco era como si yo tuviese pinta de millonaria.

Para cuando Adele me invitó a entrar en el interior de la casa, yo ya estaba cardíaca.

—¿Lo tienes? —preguntó, sin poder evitar mostrarse ansiosa.

—Sí —respondí, con la respiración acelerada—. No lo he contado, pero creo que será suficiente.

Vadim y Alexei aparecieron en el *hall* cuando estaba sacando el maletín de la bolsa de deporte.

Lo abrí y se lo enseñé a los tres.

—Joder, es mucho dinero —masculló Vadim, cogiendo el maletín—. Gracias, Erin. Gracias por todo —me agradeció, esbozando una sonrisa que quise creer que era sincera.

Alexei se acercó a mí y me dio un abrazo que me pilló desprevenida. Me mantuve rígida, sin saber muy bien cómo actuar, pero no lo aparté.

—Nunca vamos a olvidar esto.

Después, ambos se marcharon con el maletín. Seguramente, para contar el dinero.

—¿Quieres algo para beber? —me preguntó Adele cuando nos quedamos solas.

Negué con la cabeza.

—Es mejor que me marche. —Adele hizo un mohín—. No quiero que algún empleado se preocupe porque regrese muy tarde y avise a mi hermano.

Adele suspiró con resignación y asintió, dándose cuenta de que yo tenía razón.

—Así que este es el momento en el que nos despedimos —dije a la vez que me limpiaba una lágrima del ojo.

—Sí —concordó ella, tratando de controlar el llanto—. Ya está todo preparado, solo faltaba el pago. Con suerte, mañana mismo podremos irnos.

Abrí la boca para hablar, pero no sabía qué decir, así que me limité a abrazarla. Estaba preocupada por ella, pero no iba a hacerle intentar cambiar de opinión, no cuando si se quedaba se vería abocada a una vida prisionera con un hombre que no amaba. Yo no podía participar en eso.

Nos abrazamos durante varios minutos hasta que Adele, con la cara llena de lágrimas, se separó de mí.

—Haz amigas, pero recuerda que tu mejor amiga soy yo.

Me reí de su ocurrencia. Solo ella podía bromear en un momento como ese.

—Créeme, es algo que nunca olvidaré.

Nos volvimos a abrazar, y para cuando salí de la casa, mis ojos estaban hinchados de tanto llorar.

No sabía cómo iba a poder seguir adelante sin poder hablar con ella a diario. No me imaginaba una vida sin Adele. Pero ambas saldríamos adelante, porque no teníamos otra opción.

Debido a que tuve que realizar varios viajes en taxi por si alguien me estaba siguiendo, terminé llegando a la casa de Arlan a las once de la noche. Dudaba mucho que me estuvieran vigilando, pero seguí las instrucciones por precaución.

Fui a la cocina, calenté un trozo de lasaña que Emer había preparado el día anterior, y me lo comí en tiempo récord. A partir del día siguiente comenzaba mi búsqueda de piso. Aún no tenía trabajo, pero no podía seguir viviendo en la mansión. Y la opción de mudarme con mi hermano quedaba también descartada. Buscaría algún piso compartido y seguiría echando currículums hasta que me contratasen. Había escuchado que había un par de restaurantes de comida rápida en el centro que necesitaban personal. No pagaban muy bien, pero tendría que valer. No podía seguir viendo en la casa de Arlan. No cuando le había robado y no cuando no podía resistirme a él.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto fui consciente de que no sería tan fácil. El hombre que ocupaba mis pensamientos se encontraba sentado en mi cama, con mi ratón de peluche entre sus manos, y la luz de la lámpara de la mesilla iluminando sus bellos rasgos.

Como cada vez que le miraba, él lograba quitarme el aliento. Aunque, esta vez, el aire me estaba comenzando a faltar por otra razón.

—Sigues teniendo un lugar privilegiado en tu habitación —observó, tirando de una de las orejas del peluche—. ¿Sigues durmiendo con él? —En su voz no había ningún ápice de burla, solo interés.

—¿Qué haces aquí, Arlan? —Obvié su pregunta, porque me negaba a confesarle que desde que mi madre había fallecido el peluche era mi fiel compañero de sueños.

—Te estaba esperando.

—¿Por qué? —pregunté, cerrando la puerta pero quedándome cerca de ella, manteniendo la

distancia entre nosotros.

Si había descubierto que le había robado estaba en graves problemas. Aunque no me importaba lo que me pasase a mí. Me preocupaba que a Adele y a los chicos no les diese tiempo a escapar.

—No me gusta que estés enfadada conmigo —dijo, dejando al peluche en la cama y levantándose.

Una sonrisa cálida inundaba su cara; Arlan no sabía nada. Dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—No estoy enfadada. —Y era verdad, no lo estaba. Aunque tenía mis razones; él esbozaba una sonrisa en mi dirección y yo lo olvidaba todo, o casi todo. Arlan tenía ese poder en mí.

—Es bueno saberlo, aunque no es la verdadera razón por la que estoy aquí.

Mi corazón volvió a dar un vuelco.

—¿Y cuál es? —pregunté, conteniendo las ganas de limpiarme el sudor que estaba comenzando a impregnar mis manos en mi camiseta.

Él señaló unas cartas que descansaban en mi escritorio.

—¿Qué contienen? —indagué, si hacer ademán de ir a cogerlas.

—Cartas de aceptación a todas las escuelas de música más valoradas de Dublín.

Entrecerré los ojos, no me lo podía creer. Arlan había vuelto a extralimitarse.

—Arlan —pronuncié su nombre con lentitud, como si estuviese hablando con un niño pequeño—, no voy a ir a ninguna escuela de música este año. Voy a tomarme un año sabático. Trabajaré y ganaré mi propio dinero. Y el año que viene, durante el periodo de inscripciones, enviaré la solicitud a aquellas escuelas que estén dentro de mis posibilidades —algunas de ellas tenían becas parciales; con eso, y con el dinero que esperaba ahorrar durante este año, podría tirar, al menos, durante el primer curso—, y esperaré que me cojan en alguna. Tal y como hace todo el mundo.

Arlan me observó fijamente durante unos segundos. Su rostro inexpresivo, pero terminó moviendo la cabeza con un asentimiento, haciéndome creer que había ganado la batalla. Sin embargo, debería haberlo sabido mejor.

—No vas a perder un año. No cuando no es necesario. —Fui a rebatirle, pero no me lo permitió—. Tienes razón, la mayoría de las personas hacen lo que tú dices, pero porque no tienen otra opción. ¿Qué crees que harían si tuviesen las mismas posibilidades que tú? ¿Crees que las desestimarían?

Algunos sí, pero, probablemente, la mayoría no.

No obstante, yo no podía seguir aceptando su ayuda. ¿Qué pretendía, que siguiera quedándome en su casa, viéndolo día tras día mientras mis sentimientos por él no dejaban de crecer? Yo quería una vida junto a ese hombre. Un hombre que hablaba sobre el amor como si fuese una maldición que no desearía ni a su peor enemigo.

Necesitaba desvincularme de él y encontrar mi propio camino.

—Arlan, no es tu decisión, es la mía, y está tomada.

—Joder —masculló, pasándose una mano por su cabello—, eras más fácil antes.

Fruncí el ceño ante sus palabras, sintiendo que la ira comenzaba a recorrer mi cuerpo.

—¿Cuándo aceptaba todo lo que me decías con una sonrisa? ¿Cuándo nunca te llevaba la contraria? —contraataqué, dando un paso hacia él.

—Cuando no me ponías cachondo.

Él estaba tratando de distraerme. Lo sabía, y, aun así, caí en su trampa.

Porque sus palabras provocaron que mi mente se llenara de imágenes de sus labios

recorriendo mi piel desnuda, y de sus manos haciéndome tocar el cielo. Podía ver en sus ojos que quería volver a hacerlo. Y yo le iba a dejar. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando solo con mirarme lograba que me deshiciese?

—¿Te pongo cachondo? —pregunté, con la voz entrecortada por el deseo.

Él esbozó una sonrisa ladea y dio un paso, acercándose a mí.

—Más de lo que nunca he estado.

—¿Incluso cuando me peleo contigo?

Arlan soltó una carcajada y venció la distancia que nos separaba. Rodeó una mano en mi cintura para acercarme a él.

—Hagas lo que hagas, Erin. Cada vez me cuesta más estar cerca de ti y no arrancarte la ropa —me susurró al oído.

Sonreí.

—¿Y por qué no lo haces?

Arlan sostuvo mi barbilla con sus dedos para que lo mirara a los ojos. Durante unos instantes me observó con intensidad, como si estuviera buscando algo en ellos. Quizá quería cerciorarse de que estaba segura de lo que le estaba diciendo, o tal vez estaba tratando de decidir si era una buena idea seguir adelante.

Porque no, no lo era. Pero era algo que yo deseaba hacer y él también. Entonces, ¿por qué detenernos? ¿Por qué perder el tiempo pensando en las consecuencias?

Arlan debió llegar a la misma conclusión que yo, porque dejó de mirarme para juntar sus labios con los míos. Estaba tan perdida en las sensaciones que su lengua provocaba con la mía, que apenas fui vagamente consciente de que Arlan había comenzado a guiarme hacia la cama. O eso creía, porque cuando mis piernas estaban a punto de tocar el colchón, él me giró levemente para empujarme contra la pared.

Debería haber sabido que Arlan cumpliría al pie de la letra sus palabras, porque él prácticamente arrancó el vestido negro que llevaba puesto. La tela voló por los aires, aterrizando justo encima del ratón de peluche, como una venda que estaba tapándole los ojos, protegiéndolo de ver lo que estábamos a punto de hacer. Iba a hacer una broma sobre ello, pero la lengua de Arlan recorrió lentamente mi cuello mientras sus dedos desabrochaban con habilidad el broche de mi sujetador.

Desde luego que Arlan sabía cómo conseguir que mantuviera mi atención en él. Un quejido inconsciente brotó de mi garganta cuando sentí la ausencia de sus labios sobre mi piel. Arlan se había separado de mí para arrodillarse y tirar del dobladillo de mis bragas, arrastrando la tela a través de mis piernas hasta que terminó arremolinada a un lado del suelo.

Nunca pensé que tendría a Arlan Wolf frente a mí, de rodillas, observándome con adoración. Estaba convencida de que Arlan no era un hombre que se arrodillaba ante nadie, pero, incluso arrodillado, parecía poderoso, seguro de sí mismo.

—Joder, sabía que eres preciosa —dijo, levantándose. La forma en la que sus ojos devoraban mi cuerpo y el hambre en su mirada provocó que un escalofrío de placer me recorriese—. Pero has superado todas mis fantasías —añadió, apoyando sus manos a cada lado de mi rostro. Estaba desnuda mientras él estaba completamente vestido, pero no sentí ninguna vergüenza. Era como si toda mi vida me hubiese preparado para ese momento. Como si mi cuerpo fuese suyo para mirarlo—. Y es hora de hacer todas esas fantasías realidad —susurró en mi oído.

No podía estar más de acuerdo con él. Estiré los brazos para agarrar el borde de su camiseta y tirar hacia arriba. Arlan me ayudó, levantando los brazos. Tiré la prenda al suelo, el bajó los brazos y se quedó esperando en silencio a que continuase desnudándolo.

Queriendo alargar el momento, pasé mis manos por sus hombros desnudos, mis uñas arañando con suavidad cada centímetro de su piel desnuda. Recorrí sus brazos hasta llegar al torso esbelto, y bajé disfrutando de los músculos de su abdomen plano y esculpido.

Arlan emitió una especie de suspiro, bajando su mirada a mis manos. Le escuché tragar saliva cuando mis manos llegaron hasta su cinturón, desabrochándolo con habilidad. Todo iba a bien hasta que llegué al botón del pantalón, que se me resistió.

—Te ayudo —dijo Arlan con una sonrisa suave, terminando el trabajo por mí. La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Arlan. Él tiró de sus pantalones hacia abajo junto a su ropa interior, deshaciéndose de ellos con rapidez.

Era la primera vez que veía a Arlan completamente desnudo. Y, maldita sea, él también había superado todas mis fantasías. Me permití observarlo con detenimiento, sin ningún tipo de vergüenza. Y por la forma en la que sus ojos se oscurecieron con deseo apenas reprimido, y su miembro se endureció, Arlan estaba disfrutando de mi escrutinio.

De manera instintiva, estiré mi mano para tocar sus testículos con delicadeza.

Era extraño como la relación entre Arlan y yo había cambiado en el último mes. Los apreté con cuidado. O eso creía que yo.

—Joder, Erin —masculló con la voz ronca, entrecerrando los ojos.

—Perdón, ¿te he hecho daño? —pregunté, separando mi mano.

Arlan inspiró profundamente, como si estuviese intentando controlarse.

—No me has hecho daño, Erin —dijo, agarrando mis muñecas, como si quisiese retenerme o como si yo tuviera intención de alejarme de él—. Ha sido una puta pasada y solo me has tocado los huevos.

—Y en sentido literal —bromeé, haciéndole reír también a él.

—Vamos a la cama —propuso, pero yo tenía otros planes.

Soltándome de su agarre, apoyé una mano sobre su pecho y lo empujé hasta que su espalda tocó la pared. Antes de que pudiera preguntarme qué estaba haciendo, me puse de rodillas frente a él, colocando mis manos en sus muslos.

Pensé que Arlan me intentaría detener como la última vez, pero no fue así. Él enredó uno de sus dedos en uno de mis mechones, mientras que con la otra mano me acariciaba la mejilla, animándome.

Él lo deseaba tanto como yo.

Aunque era la primera vez que hacía algo así, aquello no me desanimó. Con una de mis manos, le acaricié el miembro lentamente. Su mano apretó un poco mi nuca. Sabía que Arlan me estaba pidiendo con ese gesto que usase mi boca, y lo haría, pero sería a mi ritmo. En ese momento quería tomar la iniciativa, ser la que tenía el poder, o por lo menos, sentirlo así.

Rodeé su miembro con mi mano y la moví de arriba abajo haciendo un poco de presión, pero no mucho por miedo a hacerle daño.

Con la mano que tenía libre le acuné los testículos y él inspiró profundamente.

—¿Lo estoy haciendo bien? —le pregunté, mordiéndome el labio inferior.

Su mirada se unió a la mía y vi una mezcla de placer y agradecimiento que abrigó mi corazón.

—Lo estás haciendo de puta madre.

—¿Quieres que siga usando la mano? —pregunté, con una sonrisa pícaro, para, acto seguido, darle un tenue beso en la punta del miembro.

Cerró los ojos un instante, y cuando los abrió, vi en ellos una lujuria y algo más algo oscuro. Esa oscuridad de la que él me había hablado, la que Adele había visto en él, de la que mi madre

me había querido advertir. Pero, en vez de darme miedo o ganas de salir corriendo, me quedé allí, dispuesta a abrazar su oscuridad y hacerme amiga de sus demonios.

Sin esperar a que respondiese, me metí poco a poco su miembro en mi boca. Con la lengua lamí la longitud, despacio, sin prisa, saboreando su piel.

—Eres increíble —murmuró, con los ojos entrecerrados por el placer—. Sigue así, cariño.

No sé si fueron sus ánimos, su alago o la palabra cariñosa que me dedicó, lo que me impulsó a apartar la mano con la que le acunaba los testículos para llevarla hasta mi núcleo, dándome placer a mí misma mientras introducía su miembro en mi boca. Arlan emitió un profundo gemido que provocó que yo aumentara el ritmo.

Mi cuerpo ardía en llamas y un familiar hormigueo de calor comenzó a recorrer mi cuerpo. Sabía que mi orgasmo estaba cerca, y por la forma en la que Arlan empezó a mover sus caderas con desesperación, supe que a él tampoco le quedaba mucho.

Sin embargo, de repente, todas las sensaciones se evaporaron. Arlan sujetó mis hombros y con suavidad tiró de mí hacia atrás, consiguiendo que me separara de él. Antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, me alzó en brazos y caminó conmigo hasta la cama, tumbándome en ella.

Él se quedó de pie, observándome con intensidad.

—Si vas a masturbarte, hazlo de una manera en la que yo pueda verte —me dijo cuando alce una ceja preguntándole por qué no se movía.

—¿Quieres me masturbé para ti?

—Sí, eso quiero —me respondió con una mezcla de dulzura y lujuria.

Si me hubiesen preguntado unas horas antes si sería capaz darme placer a mí misma mientras Arlan me observaba, posiblemente, mi respuesta hubiese sido que no. Pero, en ese momento, cuando él me miraba de esa forma, como si fuese a darle el mejor regalo que nunca había recibido, ni siquiera lo pensé durante un instante.

Bajé mi mano hasta mi núcleo y pase dos dedos por mis pliegues, buscando ese lugar que tanto placer me daba. Mi mirada se unió a la de Arlan, pero solo un segundo, lo que él tardó en bajarla para mirar lo que hacía con los dedos. Le vi tragar saliva a la vez que se sujetaba su erección con una mano.

Verle de aquella manera, desesperado por mí, provocó que el orgasmo que se estaba formando en mí explotara. Durante unos segundos, volé por el aire entre oleadas de placer. Cuando regresé a la tierra, Arlan me miraba con una mezcla de fascinación, deseo y hambre. Hambre por mí.

—Nunca me había corrido con tanta rapidez —reconocí—. Siento no haberlo podido alargar para ti.

Arlan soltó una carcajada.

—Siempre preocupándote por mí, más que por ti misma —dijo mientras daba varios pasos hacia la cama.

—¿Es algo malo? —pregunté.

—No cuando yo me preocupo más por ti que por mí mismo.

—Pensaba que me ibas a decir que te sabes cuidar solo —respondí a la vez él se tumbaba encima de mí, apoyando su peso en sus brazos para no hacerme daño.

—Y sé —respondió, mirándome a los ojos—. Pero me gusta que te preocupes por mí.

—Estoy nerviosa —reconocí. Él abrió la boca para decir algo, pero le interrumpí por miedo a que me hubiese malinterpretado—. Pero lo deseo, nunca he deseado nada tanto en mi vida.

Él esbozó una de esas sonrisas que tanto amaba y que solo me dedicaba a mí. Aunque, esta

vez, tenía algo diferente. Un toque travieso.

—Lo sé, mi chica valiente, lo sé.

No me dio opción a responder porque me besó. Un beso feroz, el preludio de algo más. Un beso que era una advertencia, un aviso de que ya era tarde para echarse atrás. No hacía falta, quería lo que iba a suceder, lo deseaba con todo mi ser.

Rompió el beso y me miró a la cara fijamente, pidiéndome permiso. Arlan nunca pedía permiso a nadie. Jamás. Y aquello fue la seguridad que no necesitaba, pero acabó con cualquier miedo o nervios que sintiese.

Asentí con la cabeza y esbocé una sonrisa.

Pero, para mi sorpresa, él se levantó de la cama.

—No voy a ningún lado. Voy a ponerme un preservativo. Voy a follarte, no tengas ninguna duda de ello.

Cerré los ojos un segundo. No tomaba la píldora, y aunque tener hijos si era con Arlan estaba en mi mente, no con dieciocho años. Cuando los abrí, él ya estaba preparado para la acción. Se volvió a tumbar encima de mí. Y colocó la punta de su miembro en mi entrada.

Poco a poco, fue entrando en mi interior. Despacio, dándome tiempo para acostumbrarme a él. El Arlan que me estaba haciendo el amor era el Arlan que conocía, el chico cuidadoso y amable conmigo. Ese tan diferente al que había organizado el compromiso de Adele.

Mientras su miembro me invadía, caí en la cuenta de que Arlan era diferente cuando se trataba de mí. Y también fui consciente de que, en realidad, siempre lo había sabido.

Conocía a Arlan desde que era una cría. Había visto la forma en la que trataba a las personas a nuestro alrededor. Había visto ese desdén y esa impulsividad que había crecido a la vez que él dejaba de ser un adolescente para convertirse en un hombre. Arlan había madurado, pero su brutalidad nunca había desaparecido.

Sin embargo, nunca me había detenido a analizarlo, porque yo conocía la luz que había detrás de esa oscuridad que todos parecían ver. ¿Cómo hacerlo cuando Arlan me trataba como si fuera un ángel? Él me escuchaba y se preocupaba genuinamente por mí.

La sensación de plenitud que me invadía mudó a dolor cuando Arlan se introdujo por completo en mi interior. Aquello dolió, dolió como el demonio. Le agarré de los hombros, clavando mis uñas en su piel.

—Relájate cariño —me susurró al oído, deteniéndose—. Va a mejorar, te lo juro.

Quise reírme, pero esbocé una sonrisa temblorosa como respuesta. Porque, a peor no podía ir, ¿no?

Me besó la frente, después las mejillas, y bajó hasta el cuello, dejando un camino de besos de consuelo.

Siguió mimándome mientras yo notaba cómo el dolor iba menguando.

Mi cuerpo fue reaccionando a sus besos y a la ternura de sus caricias, provocando que el dolor se convirtiese en un recuerdo lejano, dando paso al placer.

Abrí los ojos que había cerrado para mirarle. El sudor perlaba su piel. Se estaba conteniendo, pero sus pupilas estaban dilatadas y sus ojos se oscurecieron. Él deseaba empujar, pero sabía que no lo haría hasta que yo no se lo permitiese.

—Fóllame, Arlan.

Él abrió los ojos, sorprendido antes mis palabras; ya éramos dos. Yo no hablaba sucio, no por propia iniciativa, pero tampoco nunca había mantenido sexo antes.

A pesar de la sorpresa, él no esperó a que se lo repitiese dos veces. Comenzó a moverse despacio. Metió un dedo entre los dos para alcanzar mi clítoris, acariciándolo, provocándome

una oleada de placer.

Con mis manos, agarré sus glúteos, empujándolo hacia mí en una invitación silenciosa a penetrarme con más fuerza.

Él aceptó mi invitación con embestidas más duras y profundas que provocaron que el dolor regresase, pero no me importaba, porque se mezcló con el placer, logrando hacerse indistinguibles el uno del otro.

Él gimió en mi oído y ese sonido me llevó hasta el borde del precipicio. Un precipicio del que quería saltar porque sabía que ese salto sería la experiencia más maravillosa que hubiese vivido nunca. Pero, aún no podía hacerlo, algo me lo impedía.

Arlan besó el lóbulo de mi oreja a la vez que su dedo trabajó mi clítoris, y eso fue lo que necesité para saltar. Y, como esperaba, un orgasmo explosivo, cuya onda arrasó con todo, me invadió.

Mientras las oleadas de placer disminuían, sentí como el miembro de Arlan endurecía en mi interior. Gimió con un movimiento de caderas que provocó que su miembro entrase hasta lo más profundo de mí y supe que él también había llegado al clímax.

Los dos estábamos sudorosos, pero no podía importarme menos. Ambos necesitábamos una ducha, aunque estaba demasiado cansada y cómoda como para sugerirlo.

Los ojos se me cerraron y mientras Morfeo me visitaba, fui consciente de que ya no era virgen. Había perdido la virginidad con Arlan. El único hombre al que había deseado durante toda mi vida.

El problema era que había sido tan maravilloso que dudaba que pudiese volver a tener sexo con alguien que no fuese él.

Para qué engañarme, tampoco quería. Había sido mi primero y quería que fuese mi último.

Quería estar a su lado el resto de mi vida.

Me desperté por la mañana, sola en la cama, como era lo normal. Lo que no lo era, era la sensación de soledad que sentí. Como si me hubiesen abandonado.

Una quemazón entre mis piernas me llamó la atención, y entonces, todos los recuerdos llegaron a mí.

Me había acostado con Arlan. Y había sido maravilloso.

Lo que no me parecía tan fascinante era que él se hubiese marchado sin despedirse. ¿Se había ido en cuanto me había quedado dormida?

No. Él había dormido a mi lado, y no solo porque al estirar la mano comprobé que el lado izquierdo de la cama estaba caliente, sino porque recordé despertarme de madrugada con él abrazándome.

El sol se filtraba por las cortinas, iluminando la habitación. Aparté las sabanas para levantarme, pero volví a taparme al recordar que estaba desnuda. Yo nunca dormía desnuda, ni siquiera en ropa interior, pero junto a Arlan se había sentido lo correcto.

Dormimos piel con piel, como una pareja. O como dos amantes después de consumir el acto sexual. Dos amantes que se quieren y respetan. Pero, ahora, estaba sola. ¿Eso significaba que había sobrevalorado nuestra relación? ¿Qué quizá para él solo había sido sexo?

—Estás preciosa por las mañanas, recién despierta. —La voz varonil de Arlan me sacó de mis pensamientos.

Él se encontraba en el marco de la puerta del baño. No le había escuchado abrirla. Estaba vestido con la ropa del día anterior; sin embargo, no lucía desarreglado. Él estaba tan perfecto

como siempre.

—Pensaba que te habías ido —reconocí.

—No me iría sin despedirme.

Él se acercó a la cama y yo me incorporé, tapando mi desnudez con la sabana. Enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se sentó encima del edredón.

—¿Estás bien? —inquirió, mientras llevaba una mano hasta mi mejilla y la acariciaba con dulzura—. ¿No estás adolorida?

—Estoy bien —dije con una sonrisa. Sin embargo, la preocupación no desapareció de su rostro. Él me observaba con intensidad, como si estuviera buscando algo en mí—. No me arrepiento, Arlan —le respondí a la pregunta no formulada que pude leer en sus ojos—. Siempre he querido que seas el primero.

Arlan se relajó, como si se hubiera quitado un peso de encima, como si realmente hubiera temido que yo, en algún momento, me hubiera arrepentido de lo que habíamos hecho. Sin embargo, un instante después, la expresión de su rostro se endureció y él entrecerró los ojos, pareciendo repentinamente molesto.

—¿Y no quieres que sea tu último?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. Quise contestarle que sí, que deseaba que fuera mi primero y mi último, que siempre lo había hecho. No obstante, algo me impidió hacer esa declaración.

—¿Tú quieres ser mi último? —pregunté en su lugar.

Esa respuesta no hizo más que irritar a Arlan. Pude verlo por la manera en la que apretó sus labios en una fina línea.

—Eres mía, Erin —dijo, como si eso contestara a mi pregunta—. No pienso permitir que otro hombre te bese, y mucho menos, entre en tu interior. Mataré a cualquiera que lo intente.

Eso estaba muy lejos de la declaración de amor que me hubiera gustado escuchar. Arlan me había reclamado como suya, sin preguntarme si yo lo deseaba así. Y sabía que su amenaza a otros hombres si me tocaban no era una amenaza vacía. Porque Arlan no decía nada que no tuviese intención de hacer.

Y aquello estaba mal. Estaba mal en todo los sentidos posibles. Pero no fueron esas palabras las que me hicieron retroceder.

Porque yo era suya, pero también quería que él fuese mío.

—¿Y tú te acostarás con otras?

—No —lo dijo sin ápice de duda.

—¿Qué somos, Arlan?

Arlan me dio una mirada cansada y se pasó una mano por el pelo.

—¿Tenemos que ponerle nombre, Erin?

No, no teníamos que hacerlo. No era una etiqueta lo que yo buscaba. Yo buscaba amor de su parte. Que su corazón latiese por mí como el mío latía por él. Pero esa no sería una pregunta que yo le haría cuando no estaba preparada a lidiar con la respuesta. Prefería seguir disfrutando un poco más de lo que fuese que teníamos.

—¿Jugamos una partida de billar esta noche cuando regreses del trabajo? —pregunté, cambiando a un tema más seguro, y sin responder a su pregunta. No habíamos terminado la anterior. En realidad, ni siquiera la habíamos empezado.

—Me encantaría —dijo, para, acto seguido, inclinarse y darme un beso en los labios. Si le molestó que no le respondiese, no lo demostró—. Pero tengo que volar a Londres en... —miró el reloj que llevaba en su muñeca derecha—, dos horas. Y voy a pasar cuatro días allí por negocios.

No puede evitar que la tristeza fuese visible en mis facciones.

—¿Ty va contigo?

—No. Él se queda a cargo de los negocios aquí.

Lo que quería decir que estaría demasiado ocupado para quedar conmigo.

—¿Crees que a mi hermano le molestará que estemos juntos? —pregunté, antes de darme cuenta de que había hecho la pregunta en alto.

Arlan se encogió de hombros con despreocupación.

—No lo sé, pero no voy a pedirle permiso. Jamás te haré daño ni voy a permitir que nadie te lo haga. Eso debería ser suficiente para que él lo acepte.

—No se lo digas. Déjame que sea yo quien se lo cuente.

Arlan pareció que se lo estaba pensando, pero, al final, asintió.

—Como quieras.

Nos quedamos en silencio. Había tantas cosas que quería decir, pero ninguna se sentía correcta. No era el momento de presionar y pedirle que me llamase mientras estaba de viaje ni de preguntarle qué negocios iba a realizar en Londres. Así que, me limite a decir lo que siempre le decía cuando él se iba al trabajo.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo —respondió, como hacía siempre.

Lo que fue diferente fue que me besase. Un beso que me recordaba que todo había cambiado entre nosotros. Un beso que me hizo olvidar cualquier preocupación que se hubiese instalado en mi mente.

Después de que Arlan se marchase, yo me encerré en la sala de música. Era la primera vez desde que mi madre había fallecido que me sentía con ganas de tocar durante horas. Era como si la inspiración se acabase de despertar de un largo letargo con energías renovadas.

Cada nota era como un susurro al oído de Arlan, a pesar de que él no se encontraba allí, y el piano, con su suave y resonante voz, se convirtió en mi cómplice, escuchando mis confesiones. En la estancia resonó la melodía de las sensaciones que había sentido durante la noche mágica que había vivido.

La felicidad me embriagaba, y eso lo lograba transmitir en las melodías. Me volví a sentir conectada al piano. Ese instrumento que tanto significaba para mí. Y que iba a dejar un poco de lado durante un año.

¿De verdad era tan malo si aprovechaba las posibilidades que las influencias de Arlan en Dublín me daban? No tenía una respuesta, pero lo que tenía bastante claro era que no me quería mudar. Ya no. Quería estar cerca de él.

Seguí tocando hasta que el estómago me rugió en protesta. No me sorprendió descubrir que eran cerca de las cinco de la tarde. Había perdido la noción del tiempo.

Comí algo rápido con intención de regresar a la sala de música, pero por el pasillo me encontré a Niall. A su lado, estaba una chica que reconocería en cualquier parte.

—¿Adele, qué haces aquí? —pregunté, sin atreverme a creer que ella estuviese allí. ¿Era de verdad o mi imaginación me estaba jugando una mala pasada?

Adele se lanzó a mis brazos sin responder a mi pregunta. Cuando ella se calmó y se separó de mí, la agarré por la muñeca, llevándola escalera arriba hasta mi habitación.

Cerré la puerta con la mano libre y nos llevé hasta mi cama. Me senté y ella ocupó un lugar a mi lado. Solté su muñeca y coloqué mi mano en su muslo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, temerosa de que hubiesen sido descubiertos antes de poder huir.

—No he podido hacerlo, Erin —me respondió entre lágrimas—. No he podido huir. No podía dejarlo todo atrás. No soy lo suficientemente valiente.

—Eso no es verdad —dije, acariciándole la espalda para consolarla—. Es más valiente quedarse y enfrentarse a los problemas que huir. No vuelvas a decir que eres cobarde, porque no lo eres.

—Tú siempre sabes que decirme para hacerme sentir mejor —respondió, a la vez que se limpiaba la cara con su mano.

—Ojalá pudiese hacer algo más que simples palabras de ánimo. Ojalá pudiese evitar tu matrimonio con Callum.

Adele esbozó una sonrisa triste.

—Aun sabiendo que posiblemente ese es mi futuro, aquí estoy. ¿Y sabes que es lo peor? —Negué con la cabeza—. Que, a pesar de todo, cuando estaba a punto de montarme en el avión, me he dado cuenta de que no puedo hacerle eso a mi padre. No quiero que él sufra pensando si estoy viva o muerta. Le quiero, Erin. A pesar de todo, sigue siendo mi padre. Él siempre ha sido muy bueno conmigo, y sé que, en el fondo, cree que está haciendo lo mejor para mí.

En eso último no estaba de acuerdo con ella. Su padre estaba mirando sus propios intereses. Pero ella no necesitaba que le dijese eso en esos momentos.

Además, ¿cómo podía reprocharle que defendiese a Vincent cuando yo seguía profundamente enamorada de Arlan?

—Es normal Adele, amas a tu padre. Es tu única familia.

—Tú también eres mi familia, Erin —dijo, a la vez que me abrazaba—. Aunque me encantaría quedarme durante más tiempo contigo, tengo que irme. —Ella se separó lentamente de mí—. Tengo que decirle a mi padre que he regresado.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —le pregunté cuando ella se levantó para marcharse.

—Tengo que hacerlo sola. Voy a estar bien —dijo cuando abrí la boca para rebatirle—. Mi padre nunca me haría daño, Erin. —Asentí, porque estaba de acuerdo con ella. Por lo menos, no daño físico, porque emocional ya se lo había hecho—. Además, quién sabe, igual él no saber nada de mí en unos días le ha servido para valorar mi opinión y no obligarme a casarme con Callum.

—A lo mejor —respondí, pese a que yo dudaba mucho de eso sucediese. Y por la sonrisa triste que Adele me dio, ella también lo hacía.

Le pedí a Adele que me llamase en cuanto llegase a casa para asegurarme de que todo estaba bien. En vez de regresar a la sala de música, me tumbé en mi cama. La cama que hacía unas horas había compartido con Arlan. A pesar de haber cambiado las sabanas, su olor estaba impregnado en el aire.

Cogí mi móvil con intención de enviarle un mensaje preguntándole qué tal el viaje y si se había instalado en Londres. No quería ser invasiva y agobiarle, pero necesitaba saber que había llegado bien. Aunque lo que necesitaba era escuchar su voz. Estaba decidiendo si una llamada sería demasiado cuando la vibración de un móvil llamo mi atención.

Al principio me quedé desconcertada, ya que no se trataba de mi móvil, que tenía entre las manos. Y entonces, recordé que el teléfono de mi madre se encontraba en la mesilla, en el primer cajón. Lo había cargado y lo había dejado encendido con la esperanza de que se pusiesen en contacto las personas con las que ella se había estado comunicando.

Dejé mi móvil encima de la cama y me senté para abrir el cajón de la mesilla. Mis manos temblaban mientras tiraba del tirador. Para cuando saqué el móvil, el corazón me iba a una velocidad vertiginosa.

Encendí la pantalla. Había recibido un mensaje de un número oculto. Aunque no fue eso lo que provocó que mi sangre se congelara, sino el contenido del mensaje.

«De pequeña eras una llorica inútil, pero de mayor has resultado no ser mucho mejor. Te has convertido en una puta follándote a Arlan Wolf. Yo no te eduqué para eso, te eduqué para ser alguien mejor».

«¿Quién eres?»

Tecleé la pregunta con los dedos temblorosos. Inspiré profundamente, tratando de calmar el acelerado tamborileo de mi corazón.

No podía ser *él*. No podía serlo.

Necesitaba leerlo para estar segura.

«El hombre del que escapasteis cuando os lo di todo. El hombre que tu madre mando matar».

Mi padre.

Mi padre había regresado del infierno al que nunca fue. Mi peor temor se había hecho realidad. Aquellas pesadillas que había revivido con más fuerza desde la muerte de mi madre.

Nunca encontraron su cuerpo. Quise creer que estaba muerto; mi hermano también quiso hacerlo. Pero, en el fondo, siempre había tenido la duda.

¿Y si no estaba muerto? ¿Y si logró escapar?

Ahora sabía la respuesta.

Mis ojos se humedecieron, pero me negué a mí misma a derramar una sola lágrima por ese miserable. Armándome de valor, sostuve el teléfono entre mis manos con fuerza y me obligué a mí misma a formular la pregunta que había rondado por mi cabeza desde que mi madre murió.

«¿Tú has matado a mamá?»

Los segundos en los que tardó en contestar fueron los más largos de toda mi vida.

«Tu madre se arrepintió de pedirle a Farrell Wolf que me matase. Así que, ella me ayudó a escapar. La perdoné. Hace unos meses, se puso en contacto conmigo. Ella quería huir de la familia Wolf y llevarte con ella. Le puse en contacto con una persona que podían ayudarla, pero Arlan Wolf lo descubrió y la mató».

No, aquello no tenía ningún sentido.

Días antes de que nos mudáramos a la casa de los Wolf, mi padre casi mató a mi madre de una paliza. Él la envió al hospital y ahí fue cuando ella no pudo más. Ahí fue cuando decidí pedirle ayuda a Farrell Wolf.

Era la única manera en la que podríamos irnos. Papá jamás nos dejaría irnos con vida de esa casa. Él mismo nos lo había dicho.

No sabía mucho de lo que sucedió con mi padre. Me ahorraron los detalles escabrosos. Mi madre tan solo me contó que los hombres de Farrell Wolf se habían ocupado de mi padre. Tyrone fue un poco más explícito al respecto, ya que obtuvo más información por medio de Arlan, y él me dijo que nuestro padre huyó como el cobarde que era y que, incapaz de enfrentarse a su destino, se lanzó por un acantilado. Tyrone sonaba frustrado porque no pudieron torturarlo como a él le hubiera gustado.

Sin embargo, yo tan solo podía pensar en una cosa. La misma cosa que le pregunté a mi madre horas más tarde ese mismo día. Le pregunté si habían encontrado el cuerpo de papá, y cuando ella me respondió que no, sentí como si hubieran clavado un puñal en mi corazón. Un puñal que no había logrado arrancarme. Un puñal que ahora se hundía más a fondo.

«Eso es mentira».

«Tengo pruebas de ello, Erin. Te voy a enviar una dirección con una fecha para poder vernos. Ven sola. Si se lo cuentas a Arlan o a tu hermano, lo sabré, y nunca obtendrás las pruebas».

Quería preguntarle qué ganaba él con eso, porque el padre que había conocido jamás me daría nada a cambio de nada.

Sin embargo, no lo hice. No lo hice porque había tomado una decisión. Iba a acudir a la cita.

Pero no para ver las pruebas que decía que tenía, porque no me creía ni una sola de las palabras que me había dicho. Papá era un mentiroso patológico, y parecía que eso no había cambiado. Él jamás cambiaría; no importaba las veces que lo hubiera prometido en el pasado entre lloros y súplicas. Él siempre volvía a dañarnos.

Mi padre había matado a mi madre. Ahora, no tenía ninguna duda de ello.

Y él me había citado para terminar conmigo. Eso era lo que nos prometió en el pasado, que se vengaría de cada uno de nosotros. No le bastó con quitarle la vida a mi madre, ahora iba a por mí, y después, a por mi hermano.

Pero yo no iba a escapar. No pensaba seguir viviendo con su sombra, aterrizándome, persiguiéndome en mis pensamientos a cada lado al que iba. Me iba a enfrentar a la persona que más temía.

Iba a ir para matarlo. Y, esta vez, me aseguraría de que estuviese muerto de verdad.

## Capítulo 27

### *Arlan*

Si hubiese podido evitarlo, no me hubiese marchado varios días a Londres. Sobre todo, porque aunque dejase a Tyrone al mando y a mis hombres encargándose de los negocios, no me gustaba alejarme de Dublín, y menos cuando mi tío había venido conmigo.

La única razón por la que tuve que acceder a que me acompañara era porque Dirk, el holandés con el que teníamos negocios, había insistido en reunirnos en un terreno neutral, como era la ciudad de Londres, y había exigido que mi tío estuviese allí.

Habíamos arreglado las cosas y yo había conseguido mantener el trato que teníamos y nos reportaba varios millones de euros. Ya que me encontraba en Londres, había aprovechado para reunirme con un par de socios ingleses y cerrar varios tratos.

Había sido un viaje provechoso a pesar de que había estado a punto de rajarle el cuello a mi tío cuando, en una de las fiestas a las que habíamos acudido, él insinuó a uno de los asistentes, un alto cargo de una familia de la mafia italiana, que su hija era la perfecta candidata para ser mi esposa.

No conocía a la chica, pero podía ser una buena baza para mi familia. Y quizá, unos meses antes, podía haberlo estudiado; incluso, llegar a planteármelo. Pero, en esos momentos, no me casaría con ninguna mujer. No podía hacerle eso a Erin. Y después de la noche que habíamos pasado juntos, tenía más decidido que nunca que no iba a renunciar a ella.

¿Pero podría casarme con ella? Esa era la pregunta que me había hecho los últimos días. No ocultaría nuestra relación, no ahora que había decidido que fuese mía. Y tampoco permitiría que la trataran de menos. Mi mundo era cruel con las mujeres que se acostaban con hombres como yo sin estar casadas. Además, yo no era un miembro cualquiera de mi familia, era el maldito jefe, me acabarían exigiendo que me casara con ella.

No era algo que teníamos que decidir ahora. Sin embargo, sabía que era una decisión que tendríamos que acabar tomando.

Todos mis hombres esperaban que me casara y que, en un futuro, tuviera un heredero. Siempre había sabido que esa era una de mis obligaciones. Los miembros de mi familia, aunque no eras tan anticuados como los de los O'Donnell, ni mis hombres eran tan religiosos como los de Maccarthy, seguían anclados en el pasado en algunos aspectos. Era algo que cambiaría, pero aún tardaría años en lograrlo.

De momento, me tomaría mi tiempo. No era una conversación que debía tener con Erin ahora, no cuando todavía estábamos empezando lo que fuera que tuviéramos. Estaba deseando llegar a la mansión para verla. Ahora que sabía lo que era estar enterrado en su interior, no podía esperar a repetirlo una y otra vez.

Desgraciadamente, después de aterrizar en el aeropuerto de Dublín, había tenido que ir a mi oficina para firmar unos papeles. Y luego, a uno de los hoteles de mi familia para comer en el restaurante con el alcalde de Dublín. Una reunión de negocios que Vincent había propiciado.

Adele Azikiwe había regresado a su casa y la boda seguía adelante. Callum no sabía que su prometida había logrado eludir la seguridad de la casa de su padre para desaparecer durante unos días. Una rabieta a la que, por suerte, ella misma le había puesto fin.

Tras la improvisada reunión, que por suerte no duró demasiado, me dirigí hacia el

aparcamiento subterráneo del hotel. Estaba saliendo del ascensor para ir hasta la plaza de aparcamiento donde había aparcado mi coche, cuando vi a un hombre apoyado en una de las columnas que se encontraban alrededor del aparcamiento.

Tenía sus piernas cruzadas y ni siquiera me estaba mirando. Cualquiera persona hubiera creído que era un cliente más del hotel que estaba esperando a alguien. Sin embargo, yo lo sabía mejor. Ese hombre me estaba esperando a mí.

Su cabello negro como el carbón contrastaba con su piel blanquecina. Cuandoladeó la cabeza y esos ojos grises se fijaron en los míos, lo reconocí inmediatamente. Era el hombre al que semanas antes había visto follarse a una chica en uno de los locales de Glenn.

Llevaba una camiseta negra de manga corta, dejando el tatuaje en su antebrazo a la vista. Él quería que lo viese, que le reconociese. No era necesario, ya que yo nunca olvidaba una cara.

No me había equivocado con él en mi primera impresión; era un hombre peligroso. Aunque no me extrañó, nunca lo hacía. Era muy bueno calando a las personas. No me había quedado otra si quería sobrevivir en un mundo como el mío.

Debería haberme arrepentido de no dejar a Tyrone que me acompañase para guardar mis espaldas, pero no lo hice. Si estaba allí para matarme, no se lo pondría fácil. Lo llevaría conmigo al infierno.

Sin embargo, no creía que quisiese terminar conmigo. Él se encontraba en el territorio de mi familia. Había cámaras por todos lados, y con una mirada rápida, me di cuenta de que no estaban desactivadas. Podría dispararme, pero nunca saldría vivo de allí. Tendría a cuatro hombres apuntándole antes de que diese un solo paso.

Me acerqué a él con pasos tranquilos mientras él giró la cabeza para observarme con una mirada dura. A pesar de todo, llevé mi mano hasta la funda escondida debajo de mi camisa.

—¿Me estabas esperando? —le pregunté al llegar a su altura.

Él no se movió ni un ápice. Sus manos estiradas a ambos lados de su cuerpo, a pesar de que era evidente que escondía armas debajo de su ropa, pero no hizo ademán de cogerlas, ni cuando yo saque la mía, apuntándole.

—Eso no es necesario —dijo, señalando mi pistola con su barbilla. Tenía un acento marcado que identifiqué como de un país del este. ¿Puede que fuera ruso? A pesar de sus palabras, pude ver la forma en la que apretó la mandíbula al ver el arma.

—No me gusta ponérselo fácil a mis enemigos. ¿Quién te envía y qué quieres?

—¿Enemigos? —preguntó otra voz—. Y yo que pensaba que estábamos a punto de convertirnos en socios... —Giré la cabeza hacia mi derecha para ver a Mikhail, el hijo de Zinov, saliendo de un coche negro.

Mikhail Andreyev llevaba un traje negro que, seguramente, había sido hecho a medida, pero que, de la misma manera que me ocurrió la anterior vez, no acababa de encajar en él. Sus ojos azules me miraban con falsa simpatía y una sonrisa que quise borrar de un puñetazo adornaba sus labios.

—¿Qué quieres? —le pregunté en tono hostil.

Esperaba no tener que arrepentirme de haber accedido a asociarme con él. Ni siquiera habíamos empezado y ya estaba dándome problemas. Jodido Howard O'Donnell.

—Mantener una conversación contigo —respondió con aparente tranquilidad, aunque pude ver la forma en la que las esquinas de sus ojos se tensaron cuando su mirada se desvió hacia el hombre al que seguía apuntando con mi arma—. Como dos futuros socios —añadió, volviendo a centrar su mirada en mí. Señaló el coche que se encontraba detrás de él.

¿Creía que podía aparecer en uno de mis hoteles y acosarme con uno de sus matones y

accedería a sus exigencias? No sabía a qué les tenía acostumbrado Howard O'Donell, pero yo no pensaba dejarme mangonear.

—Pídele una cita a mi secretaria —contesté con ironía mientras guardaba la pistola de nuevo en la funda. No creía que Mikhail se atrevería a dispararme. Aun así, mantuve la mano sobre la funda.

—No te lo tomes a mal, estaría encantado de hablar con tu secretaria, pero creo que a los dos nos conviene saltarnos ese pequeño trámite.

—Que te jodan —mascullé.

Me moví para dirigirme a mi coche, pero el hombre de Mikhail se puso delante de mí, impidiéndomelo. Lo que me faltaba ya. Iba a apartarlo de un empujón cuando escuché las palabras de Mikhail: —Una de las cosas que más me gustan de ti es que eres un hombre de principios, Arlan. Pero si no hablas conmigo, voy a pensar que ha sido idea tuya que la hermana de tu segundo ayude a escapar de mí a dos de mis hombres.

El hombre de Mikhail lanzó un bufido y yo giré la cabeza para mirar a Mikhail.

—¿Qué cojones estás diciendo? —pregunté, haciendo acopio de todo mi autocontrol para no sacar mi pistola de nuevo y pegarle un tiro en la sien—. ¿De qué me estás acusando? —O, peor aún, ¿de qué estaba acusando a Erin? ¿Y por qué Mikhail sabía siquiera de su existencia?

Mikhail me dio una sonrisa inocente.

—No te estoy acusando de nada, tan solo te estoy pidiendo tu colaboración.

Mikhail señaló su vehículo con la barbilla. Sin embargo, yo no me moví ni un solo ápice.

—Corta la mierda, Andreyev.

Mikhail suspiró.

—Si no me crees, compruébalo tú mismo —dijo, acercándose a mí para alzar su mano derecha y tenderme un sobre marrón.

Con desconfianza, cogí el sobre. Lo abrí mientras sentía la mirada del hombre de Mikhail quemándome la espalda. Dentro había unas cuantas fotografías. La primera de ellas era una imagen de dos hombres jóvenes, que tendrían más o menos mi edad. Reconocí a uno de ellos al instante: ese era el chico que acompañaba a Erin en la discoteca. El otro, era el que se estaba besando con Adele.

Aquello no me estaba gustando ni un pelo.

—¿Les mandaste que las espiasen? —pregunté, aunque aquello no tenía ningún sentido.

El hombre de Mikhail bufó y murmuró unas palabras en ruso que no entendí, pero que estaba convencido de que no era nada bueno.

Ladeé la cabeza hacia el gilipollas que estaba detrás de mí, pero Mikhail habló, captando mi atención de nuevo.

—Yo no les ordené nada. Las utilizaron para desertar. Y ellas resultaron ser unas víctimas muy dispuestas.

Miré la siguiente foto. Esa estaba sacada por una cámara de seguridad. La resolución era mala, pero reconocería a Erin aunque estuviese vestida con un disfraz de gorila. Ella estaba esperando a que le abriesen la puerta de una casa modesta y llevaba consigo una mochila de deporte. En la tercera y última foto, también sacada de la misma cámara de seguridad, los dos hombres de la foto salían junto a una chica de color que reconocí como Adele.

—¿Y cómo se supone que la hermana de Tyrone —no la nombre adrede, aunque suponía que Mikhail había investigado y conocía su nombre, pero no me arriesgué—, les ha ayudado?

—Entregándoles una gran suma de dinero con la que han comprado pasaportes falsos, billetes de avión y un largo etc. que aún estoy intentando averiguar.

—Eso es una gilipollez —bramé—. Ella no tiene dinero. Y espero que no estés insinuando que mi segundo me ha traicionado y ha usado a su hermana para hacerlo.

—En absoluto —contestó Mikhail—. Entra al coche y te explico todo lo que sé. —Volvió a señalar su vehículo—. Este no es lugar para mantener esta conversación.

Iba a mandarle a tomar por culo y exigirle que hablase, pero las puertas del ascensor se abrieron y una pareja de mediana edad salió. No me convenía llamar la atención, y mucho menos, arriesgarme a que mi tío pasase por allí y se enterara de ese incidente. Sin mediar palabra, me metí en la parte trasera del coche y Mikhail se sentó a mi lado.

Su hombre se subió en el asiento del copiloto y el conductor nos sacó del garaje.

Ni siquiera me fijé por dónde nos llevaba porque me importaba una mierda, lo que quería saber era porque estaba tan seguro de que Erin les había dado dinero a dos desertores.

—Tienes una foto de la mejor amiga de Adele yendo a verla dónde ella se escondía de su padre. Eso no prueba que les haya dado dinero.

—Tengo el video de la cámara de seguridad en el que se le ve saliendo sin la bolsa de deporte. Y, justo después de eso, es cuando ellos pagaron los pasaportes, y al día siguiente, desaparecieron.

—¿No sabes nada de ellos?

—Según las cámaras del aeropuerto, ellos fueron allí junto a la hija de Vincent Azikiwe. Entraron en la terminal, incluso esperaron juntos la cola de embarque a un vuelo a Chicago. Pasaron el control de pasaporte, pero cuando estaban entrando al avión, ella se detuvo en seco. Les dijo algo, les abrazó y se marchó de regreso a la terminal. Salió del aeropuerto y cogió un taxi. Según el taxista, la llevó hasta tu casa.

Mierda, mierda, y más mierda.

Era evidente lo que había pasado. Adele iba a escapar y Erin la había ayudado. ¿Pero de dónde cojones había sacado ella el dinero? Erin no tenía efectivo y Tyrone no le habría dado una gran cantidad de dinero sin asegurarse para qué iba a usarlo.

—Yo nunca ayudaría a escapar a dos desertores. Te los hubiese entregado en bandeja de plata.

—Posiblemente, pidiéndome algo a cambio. —adivinó Mikhail con una sonrisa, y yo no repliqué, porque estaba en lo cierto—. No era mi intención acusarte de nada, ni a ti, ni a tu segundo. —Él estaba siendo diplomático, lo que era inteligente por su parte—. ¿Sabes, Arlan? —Mikhail estiró sus piernas—. Me gusta basar mis relaciones de negocios en la confianza. Y como futuros socios, quería avisarte de lo que he averiguado.

—Lo que has averiguado es que dos de tus hombres han desertado y tienes que encontrarlos. Cuando lo hagas, asegúrate de que en su confesión no involucren a dos chicas inocentes —le dije con una sonrisa peligrosa—. A Vincent no le va a gustar que acuses a su princesa de un acto de traición.

No nombre a Erin porque no quería que se diese cuenta de lo que significaba para mí.

—Por supuesto. —Mikhail esbozó una gran sonrisa—. Tienes mi palabra de que las malas artes de esos desertores no van a empañar el buen nombre de la hija de Vincent ni el suyo. Tampoco el tuyo —prometió, y yo entrecerré los ojos—. Y te puedo asegurar que mi palabra es muy valiosa. ¿Tenemos un trato entonces? —preguntó, estirando su mano.

—No lo pongo en duda, Andreyev. Estoy seguro de que tu palabra me va a salir cara —dije con sarcasmo, estrechando su mano.

Mikhail soltó una carcajada.

—Ya me irás conociendo, Arlan —me respondió, guiñándome un ojo.

Después de eso, él me dejó de nuevo en el hotel. Yo sabía que él se iba a pagar el favor que nos iba a hacer a Vincent y a mí, pero me daba igual. Lo pagaría con gusto si Erin no se veía salpicada con toda esa mierda. No permitiría que nadie la dañase.

Aunque cuando llegué a la mansión y descubrí que me había robado el maletín con cuatrocientos mil euros que había dejado en mi despacho y olvidado guardar en la caja fuerte, no me arrepentí de mantenerla a salvo, nunca me arrepentiría de eso, pero, desde luego que mi chica valiente necesitaba aprender una lección.

Una que yo estaría encantado de darle.

## Capítulo 28

### *Erin*

En los últimos cuatro días apenas había logrado pegar ojo ni mantener una comida en mi estómago. La ansiedad y la tensión estaban pudiendo conmigo.

Mi padre había quedado en enviarme un mensaje con la dirección, hora y lugar en el que nos encontraríamos, pero aún no había recibido ninguna noticia de él, por eso llevaba siempre el móvil conmigo.

Sabía que tenía que hablar con Tyrone y contarle que nuestro padre seguía vivo, pero él me obligaría a mantenerme al margen y no podía permitirlo.

Mi padre había matado a mi madre, no tenía duda de ello. Le había dicho a Tyrone que la venganza no nos devolvería a mamá y que ella no querría eso. Y eso era así cuando se trataba de un asesino sin rostro, de un asesino al que yo no conocía, pero cuando se trataba de mi padre, del monstruo de mi infancia, las cosas cambiaban.

Ese hombre había destrozado nuestras vidas. La de mi madre, la de mi hermano y la mía.

Ya no era esa niña asustadiza y débil. Ahora era fuerte. Tal vez no físicamente, pero sí mentalmente.

Adele me había prestado una pistola semiautomática que su padre guardaba en su casa. Una de la que él pensaba que ella no tenía constancia, pero que mi amiga había descubierto el año anterior durante las vacaciones de verano.

Presioné la tela de mi bolso con nerviosismo por enésima vez en menos de un minuto, comprobando que tanto la pistola como el móvil de mi madre seguían allí. Le di las gracias al taxista que me había traído desde la casa de Adele hasta la mansión y le pagué, para después, bajarme del vehículo.

Mi amiga no sabía toda la verdad, o no me habría ayudado. Le había contado los mensajes que había recibido de mi padre, pero le había dicho que necesitaba la pistola por si él intentaba acercarse a mí y hacerme daño. Le había asegurado que mi hermano se estaba encargando de todo y le había pedido discreción. No sabía si me había creído, porque yo era una mentirosa pésima y Adele me conocía como la palma de su mano, pero ella no había puesto en duda mi palabra.

Sabía disparar. Mi hermano me enseñó cuando cumplí los dieciséis, aunque solo me dio dos clases, ya que mi madre se enteró y nos prohibió que se repitiera. En realidad, la culpa no fue de Tyrone, sino mía, porque yo fui quien se lo pidió. Deseaba aprender a defenderme; en el fondo, quizá, siempre supe que este momento llegaría. El momento en el que me enfrentaría a mi padre.

Entré en el interior de la mansión y estaba de camino a dirigirme hacia mi dormitorio, cuando escuché un sonido que provenía de la cocina. Como un quejido, una especie de sollozo.

La casa estaba en total silencio, ya que eran cerca de las diez de la noche y los pocos empleados que se quedaban a dormir ya estaban en sus habitaciones. Preocupada, fui hasta la cocina y abrí la puerta.

Reconocí a la mujer de mediana edad que estaba de espaldas a mí, sentada en una de las sillas altas y con sus manos sobre la isla. Era Emer, aún llevaba la camiseta y los pantalones negros que utilizaban las empleadas del hogar.

Fui a marcharme para darle intimidad cuando escuché un sollozo. ¿Ella estaba llorando?

—Emer —la saludé, con mi mano todavía en el pomo de la puerta. Cuando no se movió, decidí acercarme a ella. Seguramente, tan solo serían imaginaciones mías. Emer tenía la cara enterrada en sus manos—. Emer, soy Erin. —Apoyé una mano sobre su espalda con cuidado de no sobresaltarla—. ¿Estás bien? —le pregunté con preocupación.

—Estoy bien, Erin —respondió con la voz entrecortada. Pero cuando se incorporó e irguió su espalda y pude ver su rostro, me di cuenta de que eso no era cierto. Sus ojos parecían inyectados en sangre; nunca había visto unos ojos tan rojos. Observé como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—No lo parece.

—No te preocupes por mí, Erin. Estoy bien. —Ella esbozó una sonrisa, pero su labio inferior tembló ligeramente, delatándola.

Me incliné hacia ella para poder mirarla a los ojos.

No quería presionarla, pero no podíairme a mi habitación y dejarla así. Emer parecía disgustada. Emer y yo tan solo habíamos hablado en unas pocas ocasiones, pero mi madre y ella habían tenido una buena relación. Sabía que ambas se tenían un gran aprecio.

—Si necesitas cualquier cosa, puedes contar conmigo. Para lo que sea.

Durante unos largos instantes los ojos marrones de Emer me miraron con indecisión y otra emoción que no supe reconocer. Ella entrelazó los dedos entre sí.

—Arlan me ha despedido —soltó a bocajarro.

—¿Cómo que te ha despedido? ¿Por qué?

Sabía por mi madre que ella estaba muy contenta trabajando para los Wolf. Aquel empleo le permitía disponer de tiempo libre y, además, gracias a ello había podido comprarse un coche de segunda mano para visitar a su hija y a su precioso nieto de dos meses. También había podido pagar unas deudas que tenía.

—Él me acusa de robar dinero. Dice que le he robado miles de euros de su despacho, que me va a demandar. Yo no he robado el dinero, Erin. No tengo cómo pagarlo. Y no quiero ir a la cárcel. Quiero ver crecer a mi nieto y... —Emer hablaba tan rápido, que apenas pude entender sus palabras. Ella entrelazaba y desentrelazaba sus dedos sin parar.

—¿De su despacho? —pregunté, a la vez que perdía el color de mi cara.

Con todo lo que había sucedido me había olvidado completamente de que le había robado el dinero a Arlan. Ahora podía darme cuenta de las consecuencias de lo que había hecho. Unas consecuencias que debía pagar yo, no Emer.

En el fondo, sabía que tenía que confesarle a Arlan lo que había hecho. Era mucho dinero para que él no se diese cuenta. Dinero que no podía devolverle.

—Sí —dijo Emer, sacándome de mis pensamientos—. Yo soy la encargada de limpiar su despacho y alguien se ha llevado un maletín con dinero que él había dejado allí. No fui yo, Erin, lo juro.

—Ya lo sé, Emer. Tú no serías capaz de algo así. Tranquilízate, todo va a ir bien. —Ella parpadeó, tratando de detener las lágrimas de sus ojos, pero era como si no pudiese parar—. No vas a perder tu trabajo, te lo prometo.

—Arlan —balbuceó, tratando de respirar—, él parecía tan seguro...

—Hablaré con él. No va a despedirte. —Apoyé una de mis manos en su hombro a modo de consuelo, esperando poder calmarla—. ¿Dónde está?

—Él está en su despacho... Pero...

—Voy a hablar con él, Emer. Todo se va a solucionar —le prometí, con una sonrisa falsamente confiada.

Emer asintió y yo caminé hacia la puerta de la cocina.

—Erin. —Me di la vuelta para mirar a Emer. Ella fue a decirme algo, pero debió de cambiar de opinión a último momento—. Gracias.

Esbocé una sonrisa y salí de la cocina.

No era la manera en la que pensaba reencontrarme con Arlan después de cuatro días sin verle. Le necesitaba después de los mensajes que había recibido de mi padre. Necesitaba su consuelo, su apoyo, pero, en cambio, me iba a encontrar con su ira.

Una ira que me merecía. ¿En qué estaba pensando al robarle el dinero?

No estaba pensando. Estaba dolida y quería ayudar a Adele.

Esperaba que Arlan me entendiese. O, por lo menos, que me escuchase. Él siempre me había escuchado.

Caminé hasta el despacho, viendo la luz que se filtraba a través de la puerta cerrada. Inspiré profundamente, tratando de organizar los pensamientos en mi cabeza, y toqué la puerta con los nudillos.

Si había sido valiente para robarle el dinero, también debía serlo para decirle la verdad.

—¿Sí?

Oír su voz provocó que una sensación de calidez calentase mi corazón. No importaba que no fuese a ser un encuentro agradable, solo poder ver a Arlan ya me provocaba sensaciones que no podía controlar.

—Arlan, soy yo, Erin. ¿Te pillo en buen momento?

—Claro, pasa.

Abrí la puerta, tratando de mantenerme tranquila. Arlan lucía tan impecable como siempre. Llevaba una camisa negra con los primeros botones desabrochados. Parecía que acababa de llegar de una reunión. Él parecía cansado. Posiblemente, no había dormido mucho.

—Erin, tenía ganas de verte.

Arlan esbozó una sonrisa, pero había algo diferente en sus ojos. Él no hizo amago alguno de acercarse a mí.

No pensé mucho en ello mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Avancé un par de pasos por el despacho, pero no me senté en una de las sillas. Crucé mis brazos y miré a Arlan sin saber cómo empezar. ¿Por qué, qué manera era mejor para reconocer que le había robado?

—¿Has despedido a Emer? —pregunté, pese a que era una afirmación.

—Sí —contestó, estirando sus manos encima de la mesa de su escritorio, inclinándose hacia delante—. ¿Todavía no se ha ido de mi casa?

—No puedes despedirla.

—Claro que puedo, Erin, me ha robado. Es más, voy a asegurarme de que la detengan. Ella va a pasar varios años en la cárcel.

Suspiré. Quería ser sincera con él, pero las palabras no terminaban de salir de mi boca.

—No puedes hacer eso —dije—. Ella es inocente.

—No lo es. Es la única que entra en mi despacho.

Hice acopio de todo mi valor. Aquel hombre era Arlan. El chico que siempre se había portado amablemente conmigo. No iba a hacerme daño. Él jamás lo haría. No le tenía miedo, jamás podría tenérselo. La razón por la que me constaba sincerarme era porque no quería ver la decepción en sus ojos. Me daba terror que él no quisiese volver a verme.

Pero no podía guardarme esto para mí. Tenía que ser sincera. Y esperar que él pudiese perdonarme algún día.

—Yo he cogido el dinero, Arlan. —Esperé una reacción de Arlan. El estallido de la tormenta. Sin embargo, él se limitó a mirarme en silencio, como si no me hubiese escuchado. Posiblemente, no se creía mis palabras y pensaba que estaba defendiendo a Emer—. Lo hice para ayudar a Adele. Ella iba a escapar, pero al final decidió quedarse.

—Si eso es verdad, ¿dónde está mi dinero? ¿Por qué no lo has dejado en mi despacho antes de que regresase de mi viaje?

—Porque no lo tengo. Y Adele tampoco —dije antes de que él pudiese hablar.

—¿Y dónde están mis cuatrocientos mil euros? —preguntó; su tono de voz neutro.

—¿Cuánto has dicho?

—¿No contaste el dinero?

—No... Yo... Te lo devolveré. No sé cómo, pero lo haré.

Aunque lo decía de corazón, era imposible que pudiese devolverle el dinero, aunque viviese hasta lo 100 años y trabajase todos y cada uno de mis días.

—Erin —dijo, levantándose de la silla, pero no se movió—. ¿Quién tiene mi dinero?

Cerré mis labios entre sí. No iba a delatar a Alexei y Vadim. Estos días Adele me había contado más sobre ellos. Ambos habían tenido una infancia llena de maltratos y humillaciones. Y su adolescencia no había sido mejor. No me arrepentía de haberles ayudado, solo que me hubiese gustado hacerlo con mi propio dinero.

—Erin —mi nombre salió en tono de advertencia de sus labios. Dio un par de pasos hacia mí—. No me hagas repetirme.

—No lo sé.

—Si tú no lo sabes, lo sabrá Adele. Voy a llamar a su padre. —Él hizo ademán de coger el móvil que descansaba sobre su escritorio, pero yo se lo impedí con mis palabras.

—Deja en paz a Adele. Bastante daño le has hecho ya —dije sin gritar, pero en un tono de voz alto y claro—. He usado el dinero para ayudar a dos personas que lo necesitaban y eso es todo lo que te voy a decir.

Una vena en su cuello se hinchó y los agujeros de su nariz se ancharon. Venció la distancia que no separaba y yo di varios pasos contra la pared. Colocó sus manos a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome en una cárcel de músculos.

—¿A quién estás defendiendo, Erin?

—A nadie —respondí, tragando saliva.

—¿Estás segura? —preguntó, con su rostro pegado al mío. Asentí—. Sé que has ayudado a los hombres con los que estabais Adele y tú en la discoteca.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa. Lo que me estoy preguntando ahora es si sientes algo por el hombre con el que estabas en la discoteca y por eso le has ayudado. Porque sí estás pensando en reunirte con él, eso no va a pasar. —Su mirada podía congelar el infierno.

—¿Qué? No, claro que no. —Me sentí indignada por la conclusión a la que había llegado—. El único hombre con el que quiero estar eres tú, siempre has sido tú.

Antes de darme cuenta, me encontraba sentada encima del escritorio. Ni siquiera estaba muy segura de cómo había llegado hasta allí.

Arlan se colocó entre mis piernas abiertas. Y unió sus labios a los míos en un beso hambriento y feroz. Nunca me había besado de una manera tan demandante, tan salvaje. Me besó hasta que me olvidé de todas mis preocupaciones, hasta que apenas podía recordar cómo me sentía antes de haber probado el sabor de su boca, cómo había podido vivir sin inhalar su jadeo caliente y mentolado.

Levantó mi vestido corto veraniego con una de sus manos y bajó ropa interior sin dejar de besarme. Cuando uno de sus dedos entró en mi interior, gemí de placer en su boca, provocando que profundizase el beso y me sujetase un mechón de pelo con su mano libre, acercándose más a él.

Metió otro dedo en mi interior y arqueé mis caderas, desesperada porque me siguiese tocando, por ese placer abrasador que me estaba provocando. Arlan liberó mis labios y aproveché para tomar una bocanada de aire mientras él dejaba un reguero de besos en mi cuello y hombro.

—Ese hombre está muerto si te ha tocado —me susurró al oído con un tono de voz ronco y con la violencia emanando en cada palabra.

Sus dedos dejaron de moverse, no los sacó de mi interior, pero me dio el respiro suficiente para poder entender lo que me estaba diciendo. Tardé unos segundos en ser consciente de que se estaba refiriendo a Vadim.

—El hombre con el que me viste en la discoteca es gay. Jamás me hubiese tocado.

Él me miró a los ojos y debió ver verdad en ellos, porque sus facciones se relajaron. Sus dedos volvieron a moverse en mi interior, pero, esta vez, con un ritmo acelerado que me llevó al límite. El orgasmo se formó con rapidez, pero, antes de que pudiese explotar, el toque de Arlan desapareció.

—¿Querías que ese hombre te haga lo que te estoy haciendo yo? —preguntó con ferocidad.

—No, claro que no. Eres el único que quiero que me toque.

Arlan llevó su mano a los pantalones y escuché el sonido metálico del cinturón desabrochándose. Con rapidez, se quitó el pantalón y los calzoncillos y se enfundó un preservativo. Para el momento en el que tiró de mis piernas al borde del escritorio, yo ya estaba más que preparada para él.

Se introdujo dentro de mí en una sola estocada. Levanté la cabeza para ver en sus ojos el deseo mezclado con la posesividad.

Entendía esa mirada. Porque yo también le deseaba y quería que fuese solo mío, de nadie más.

—Eres preciosa Erin. Todo lo que he soñado y más —dijo, a la vez que acariciaba mi mejilla con cariño.

Aquellas palabras tan bonitas me llenaron de amor. Él era capaz de amar, aunque no fuese consciente de ello. Aunque no me lo merecía, él estaba siendo tierno y amoroso conmigo.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta, cuando su miembro comenzó a entrar y salir de mi interior en embestidas salvajes y profundas, que, tal vez, estaba equivocada, y de alguna manera, aquella era una forma de castigarme. Pero, lo que no esperaba era, que me gustase tanto.

Tal vez yo también anhelaba su oscuridad, esa que siempre había sabido que él tenía en su interior. Una oscuridad que me resultaba embriagadora. Una oscuridad a la que era adicta.

No tardé en sentir cómo un nudo de tensión se formaba en mi vientre. Coloqué en mí brazos alrededor de su cuello, tirando de él para besarle. El nudo se hizo más intenso cuando él se hizo cargo del beso y las embestidas se volvieron aún más violentas, hasta que estalló, enviando un hormigueante calor hasta los dedos de mis pies.

Arlan gimió en mi boca y llegó al clímax mientras yo luchaba por recuperarme de la sensación abrasadora que me dominaba.

Tras un par de minutos, Arlan salió de mi interior. Me quedé sentada encima del escritorio, mirando cómo se vestía.

—¿He sido demasiado brusco? —me preguntó con preocupación, colocándose la ropa

interior y bajándome el vestido, para después, ayudarme a ponerme de pie.

—En absoluto. Bueno, quizá un poco —rectifique cuando sentí una punzada de dolor en mis partes íntimas—. Pero me ha gustado y espero que lo repitamos —dije, provocando que él colocase su frente contra la mía.

—Nunca dejas de sorprenderme —me dijo con un suspiro.

Me dio un tenue beso en los labios y se separó de mí.

Cuando ya no estaba cautivada por su olor y la neblina de deseo en la que estaba inmersa se fue disipando, una idea se dibujó en mi mente.

—Sabías que fui yo quien te había robado.

Arlan se encontraba en medio de la estancia recogiendo unos bolígrafos que debíamos haber tirado durante nuestro encuentro pasional.

Se irguió con los bolígrafos en la mano y me ofreció una sonrisa de suficiencia.

—Claro que lo sabía, Erin. Tengo cámaras en mi despacho. —Arlan señaló una de las esquinas, aunque no vi nada—. Rara vez cierro mi despacho con llave porque espero lealtad de mis empleados, aunque yo se lo ponga fácil. Pero eso no significa que no me guarde un as en la manga. ¿De verdad crees que si un empleado me roba acudiría a la policía?

No, claro que él no lo haría. La familia Wolf nunca acudía a la policía. Cómo había sido tan tonta. Había caído en su trampa.

—Has despedido a Emer para que yo confesara. Sabías que no permitiría que cargase con la culpa.

—Visto que la confianza entre nosotros no funciona. Si te lo preguntaba directamente, no me darías ningún tipo de información. Necesitaba un aliciente.

—¿Cómo se te ocurre?! ¡¿Cómo has sido capaz de jugar con la pobre Emer así?! Ella está destrozada, Arlan.

—Nunca he despedido a Emer, Erin. Ella estuvo de acuerdo con todo esto.

—Pero ella estaba llorando...

—Colirio. Fue su idea, no la mía.

—¿Por qué Emer haría algo así? ¿La obligaste?

Arlan me miró con cansancio.

—Ya te he dicho en otras ocasiones que yo no obligo a nadie, Erin. Yo hago tratos, doy elecciones a las personas, y ellas deciden qué quieren hacer. Tú misma lo has dicho antes: Emer necesita dinero. Yo le ofrecí una suma generosa porque me hiciera un pequeño favor y ella aceptó.

—Porque todo el mundo tiene un precio —dije las palabras que él no dijo, pero quedaban implícitas.

—Todo el mundo menos tú. Tú eres pura Erin.

—No, no lo soy. —Negué con la cabeza—. Si lo fuese, me alejaría de ti después de lo que le has hecho a mi mejor amiga. Después de la manera en la que acabas de manipularme. Pero no lo hago, ni lo haré, porque soy egoísta. Y lo que siento por ti está por encima de cualquier otra cosa.

Arlan venció la distancia que no separaba y agarró mi cintura con su brazo, acercando mi cuerpo al suyo.

—Me alegro. Porque no podría vivir sin ti en mi vida.

¿Cómo ese hombre podía lograr que pasase de la tristeza a la alegría más pura?

Fui a besarle, pero el sonido de un móvil me distrajo. Conocía ese sonido, era el que yo había puesto en el móvil de mi madre para los mensajes. Miré mi bolso, que descansaba en el suelo detrás de Arlan, y mis piernas fallaron.

No me caí al suelo porque Arlan me estaba agarrando.

—¿Qué sucede, Erin? —me preguntó, preocupado, mientras me ayudaba a sentarme en la silla.

—Nada —respondí con la voz entrecortada, sin dejar de mirar hacia mi bolso.

El móvil volvió a sonar con otro mensaje y tragué saliva con fuerza.

—Tengo que cogerlo —dije, pero antes de levantarme, Arlan ya había cogido mi bolso y abierto la cremallera.

Sacó la pistola con una ceja alzada.

—No es lo que crees —aclaré, aunque no tenía ni idea de si sabía lo que estaba pensando.

Él dejó la pistola encima del escritorio y sacó el móvil, que justo volvió a vibrar.

—¿De quién es este móvil? —preguntó, dejando el bolso junto a la pistola.

Por supuesto que él sabía que no era el mío.

—Era de mi madre. Lo encontré en su habitación. Dámelo.

—Dame la contraseña, Erin —exigió.

—Arlan...

—Erin, dame la contraseña.

Al final, se la di. Porque, a quien quería engañar, necesitaba su ayuda.

Arlan desbloqueó el móvil, y vi como su rostro pasaba de la incredulidad a la más pura ira mientras iba leyendo los mensajes.

—Yo no sabía que tu madre quería huir. No lo hubiese permitido, pero jamás le hubiese hecho daño.

—Lo sé, Arlan, jamás he dudado de ti. Fue mi padre quién la mato.

—Erin, no sabes si en realidad es él quien te envía esos mensajes.

—Usa las palabras que usaba mi padre y nunca se encontró su cuerpo. Tal vez, él no se ahogó al saltar del acantilado. Tal vez, logró salvarse.

—Si es así, me aseguraré que se pudra en el infierno.

Me levanté y sujeté su muñeca.

—Yo le mataré, Arlan. Debo ser yo quien lo haga.

Pensé que me iba a decir que estaba loca, como haría Tyrone. Pensé que lo impediría. Pero, en cambio, asintió.

—Lo atraparé para ti.

—Debo ir yo, Arlan. Él estará vigilando. Si no aparezco, huirá. Nunca volveré a tener paz si él huye.

—Erin...

—Te lo he dicho, Arlan. También hay oscuridad en mí. —Todos teníamos nuestros propios demonios. Y los míos estaban relacionados con mi padre. Necesitaba dejar mi pasado atrás—. Debo hacer esto para encontrar la paz. Nunca podré descansar si él está ahí fuera, atormentándome. —Hice una pausa para entrelazar mis dedos con los de él, esperando que me entendiera. Si alguien podía comprenderme, ese era Arlan—. Debo hacer esto.

Arlan no pronunció ni una sola palabra, él se acercó a mí para besarme como respuesta.

—Siempre voy a estar a tu lado, Erin —dijo cuando se separó de mí—. Siempre.

## Capítulo 29

### *Erin*

Convencer a mi hermano de que estaba haciendo lo correcto no fue fácil. Él se había negado a que yo corriese ningún riesgo a pesar de que Arlan le aseguró de que era la única manera de estar seguros de que mi padre no iba a huir.

Pero en lo que Arlan y él estuvieron de acuerdo fue en que yo saliese corriendo en cuanto mi padre apareciese. Tyrone me había asegurado de que lo mataríamos entre los dos una vez ellos se hiciesen con él.

Mi padre había quedado conmigo en un lugar público. Concretamente, en la cafetería de un centro comercial.

Mi cometido era esperarle allí y convencerlo para ir a un lugar más privado. Llevarlo por una de las salidas de emergencia en las que los hombres de Arlan estarían esperándonos. Mientras, mi hermano y Arlan se encontraban observándonos desde el interior de una de las tiendas. Cerca, pero suficiente lejos para que él no se percatase.

Eran las dos de la tarde y el sol calentaba en el exterior, por lo que me había puesto un vestido veraniego de flores que había conjuntado con un broche en forma de flor, colocado en el lateral derecho de mi vestido. No había sido un adorno elegido con la intención de estar más guapa. El adorno tenía la intención de confundir a mi padre.

Mi padre había sido policía, por lo que el broche le llamaría la atención y me obligaría a quitármelo en busca de micrófonos.

Arlan esperaba que eso le distrajese lo suficiente como para no sospechar de mi pelo recogido con un adorno de flores artificiales bajo las que un micrófono de color verde como los tallos de las flores y forma ergonómica pasaba completamente desapercibido.

Miré la hora en mi móvil, que había dejado apoyado en la mesa de la cafetería. Mi padre se estaba retrasando más de media hora, aunque posiblemente ya se encontraba allí y estaba asegurándose de que estaba sola.

Evité mirar hacia el lugar en el que sabía que se hallaban Arlan y mi hermano escondidos e intenté mostrarme lo más tranquila posible para que no se preocupasen. Le di un sorbo a mi refresco mientras intentaba calmarme, observando a las personas que se encontraban allí.

Una pareja de mediana edad comía unas hamburguesas junto a su hijo adolescente, quien no dejaba de mirar su móvil. Su padre le riñó con cariño, pero el chico le respondió con una especie de gruñido mientras tecleaba algo en la pantalla del móvil. La madre miró a su marido, emitiendo un suspiro, y este se encogió de hombros.

La escena cotidiana me hizo reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó una voz varonil, provocando que mi risa se cortase de golpe. Giré la cabeza con miedo, insegura de si iba a ser capaz de enfrentarme al hombre que había destrozado mi infancia, pero no fue a él a quien vi. El hombre que estaba sentado frente a mí no era mi padre.

No importaban los años que hubiesen pasado, ni lo pequeña que yo era. Lo hubiese reconocido aunque se hubiese hecho una cirugía facial. Y ahora que la sorpresa inicial había pasado, fui consciente de que tampoco era su voz.

Jamás olvidaría esa voz. Había estado en mis pesadillas durante años como una invitada no

deseada.

—Tú no eres mi padre.

El hombre, de una edad parecida a la que debía tener mi progenitor, esbozó una sonrisa que, si pretendía que fuese amable, consiguió todo lo contrario.

Llevaba puesto un traje barato que le quedaba apretado, que evidenciaba que había engordado desde que se lo compró. Se pasó la mano por su frente para limpiarse el sudor.

Arrastró la silla, moviéndola para alejarla un poco de la mesa, ya que su abultada tripa golpeaba contra ella.

—Soy un amigo de tu padre. Te está esperando cerca de aquí.

—¿Por qué no ha venido él? —pregunté, nerviosa. Aquello no me lo esperaba.

—Se lo he aconsejado yo. Él cree que eres demasiado estúpida para ponerle una trampa, pero yo no estoy tan seguro.

—No es ninguna trampa —aseguré, tratando de mantener mi voz neutra. Escondí mis manos debajo de la mesa, arañando mis muslos desnudos como una forma de intentar tranquilizarme—. Lo único que quiero es que mi padre me entregue las pruebas de quién ha asesinado a mi madre —continué, alzando la barbilla.

El hombre se rio de una manera que me hizo recordar a una hiena hambrienta. Tragué con dificultad la bola que se formó en mi garganta.

—Entrégame el broche —exigió con una mirada de suficiencia.

—¿El broche? —pregunté, con sorpresa fingida. Él lo señaló con uno de sus dedos rechonchos.

Se lo entregué, y cuando sus dedos rozaron los míos intencionadamente, tuve que luchar para no salir corriendo.

Las cosas no iban cómo habíamos planeado, pero no podía rendirme, no cuando estaba tan cerca.

El hombre revisó el broche de una manera exhaustiva, lo que me hizo pensar que él también era policía. Si era algún antiguo amigo de mi padre, no lo conocía. Aunque eso tampoco me resultó extraño, ya que él nunca traía amigos a casa ni nos llevaba a ninguna reunión o fiesta. Mi padre nos había mantenido lejos de sus amistades a Tyrone y a mí porque decía que le avergonzábamos. Solo había llevado a mi madre cuando la ocasión lo requería.

—Vamos, tu padre te está esperando —me apresuró, levantándose—. Deja el bolso encima de la silla con disimulo fingiendo que se te ha olvidado.

Con esa exigencia, no tuve ninguna duda de que se trataba de un policía. Siguiendo sus instrucciones, dejé el bolso, donde se encontraban la pistola y mi móvil. Sin ninguna de esas dos cosas, estaba indefensa. Tal vez era el momento de abortar la misión. Pero no podía hacerlo, no cuando estaba tan cerca.

Además, no estaba desprotegida del todo. Mi hermano y Arlan podían escuchar todo lo que hablábamos. Contuve las ganas de tocarme el recogido del pelo para asegurarme de que el micrófono seguía en su lugar.

A pesar de que había una parte de mí que me gritaba que corriese y me alejase de ese hombre, me obligué a mí misma a levantarme de la silla.

—Ve cerca de mí y sonríe. Como si fuésemos un padre y una hija de compras en el centro comercial.

Asentí a la vez que dibujaba una sonrisa tensa y falsa en mi rostro que dudaba que engañase a nadie, pero que a él debió parecerle suficiente porque asintió.

Bajamos por las escaleras mecánicas hacia la primera planta y evité mirar hacia la tienda

donde se escondían Arlan y Tyrone. No lo hice, no solo para no levantar sospechas, no lo hice porque no quería ver en sus caras la desaprobación. Sobre todo, cuando vieses que no engañaba al hombre para ir por la salida de emergencia.

Aquello era una temeridad. Era completamente consciente de ello, pero no podía arriesgarme. Mi padre podía estar vigilando cerca y salir huyendo cuando descubriese que habían capturado a su amigo. Si había conseguido una vez escapar de la familia Wolf, podía hacerlo dos veces.

Por eso seguí al hombre por la salida principal rezando para que Tyrone y Arlan no realizasen la locura de interceptarnos en medio de la marabunta, corriendo el riesgo de que el hombre escapase, los de seguridad del centro comercial entrasen en acción, y apareciese la policía. Aquello sería un desastre.

Por suerte, era difícil que pasase, ya que el centro comercial estaba hasta los topes y dudaba que pudiesen llegar hasta mí aunque lo intentasen.

Estaba orgullosa de mí misma hasta que llegamos al aparcamiento al aire libre y tuve que montar en el asiento del copiloto de un viejo coche. Cuando escuché el clic de los seguros cerrándose y me quedé atrapada con el amigo de mi padre, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Y el terror me bloqueó la garganta. Los ojos se me nublaron y tuve miedo de desmayarme.

Respiré hondo mientras notaba cómo las pulsaciones de mi corazón se acompasaban. De una manera u otra, hoy terminaba todo. No tenía la pistola, pero encontraría la manera de terminar con él.

Mi padre no volvería a adueñarse de mis pesadillas.

Durante lo que me pareció un trayecto de varias horas, pero debió ser de poco más de una hora, el hombre condujo por las carreteras de Dublín. Lo hicimos en silencio. Uno atronador en el que podía escuchar miles de alarmas en mi mente gritando que buscase la manera de escapar, pero yo no quería escapar.

Abrí la boca un par de veces con intención de decir algo, pero no se me ocurría nada que mejorase el incómodo silencio.

Me di cuenta de que estábamos saliendo de la ciudad de Dublín cuando el hombre giró hacia una carretera secundaria donde apenas había tráfico. No sé por qué me sorprendió cuando se metió por una carretera sin asfaltar bordeada de altos árboles cuyas ramas formaban un dosel natural sobre la carretera.

El hombre aparcó el coche en medio de la nada.

—El resto de camino hay que hacerlo a pie —me informó cuando vio que no salía del coche.

Abrí la puerta y le seguí. El canto de los pájaros nos acompañó mientras cruzábamos un pequeño puente de madera sobre un riachuelo cristalino. No me atrevía a preguntar adónde me llevaba.

Para que mi mente no vagara por las historias de terror que se estaban formando en ella, hice un esfuerzo por centrarme en la naturaleza que me rodeaba.

En una situación normal hubiese disfrutado de los rayos de sol que se filtraban a través de las hojas de los árboles, creando un juego de sombras, y del pájaro que nos observaba desde una rama.

El hombre iba delante de mí, no parecía preocupado de que fuese a escapar, no era como si tuviese adónde ir. Estábamos solos en mitad de la nada. Aunque yo tenía la esperanza de que mi hermano y Arlan estuviesen cerca. Sabía que podían localizarme gracias al micrófono, que llevaba incluido un rastreador.

Estaba siendo temeraria, pero, a diferencia de lo que mi padre creía, no era una estúpida. No

lo había sido de niña y no lo era ahora.

Seguí al hombre por un estrecho sendero que serpenteaba entre altos pastizales. Una pequeña cabaña de madera se presentó ante nosotros.

—¿Está mi padre dentro? —pregunté.

Sin responder, el hombre se dirigió al pequeño porche donde dos viejas sillas de madera lo decoraban. Sacó unas llaves y abrió la puerta, que rugió en protesta.

Me pareció ver que una de las cortinas blancas de una de las ventanas se balanceaba, pero no estaba segura de si alguien la había movido o había sido un golpe de aire de corriente.

Si mi padre estaba asomado por la ventana, no quería que fuese consciente del miedo que aún lograba provocarme.

Entré en la cabaña con la cabeza alta. La puerta se cerró detrás de mí. Me giré para ver al hombre que me había llevado hasta allí cerrar con llave la cerradura.

—¿Dónde está mi padre? —insistí, observando el interior de la cabaña.

Muebles de madera desgastada decoraban el salón. Una chimenea con leños dispuestos frente a ella le daba un aire de calidez, pero era evidente que la cabaña necesitaba un arreglo urgente. La cocina abierta era pequeña y con lo imprescindible. La puerta del baño estaba abierta, y por lo que pude ver, era un aseo sencillo, con ducha, un váter y un pequeño lavabo. La única puerta que estaba cerrada supuse que era la de la habitación.

Iba a dirigirme a abrir la puerta para enfrentarme de una vez por todas a mi progenitor, sacando una valentía que no sabía que tenía, cuando el hombre que me había llevado hasta allí habló.

—Muerto. Falleció cuando los hombres de Farrell Wolf le perseguían y tuvo que saltar de aquel acantilado.

Me giré para mirarlo sin entender sus palabras.

—Él me escribió y tú has dicho...

—Mentí. —Una risa peligrosa apareció en su rostro, rojo por el esfuerzo del pequeño paseo—. Yo escribí esos mensajes.

—¿Cómo...? —Quería preguntarle cómo sabía él la manera despectiva en la que mi padre se refería a mí.

—No trabajamos en la misma comisaria, pero sí solíamos ir a tomar copas al mismo bar. Y tu padre, cuando se emborrachaba, solía hablar de su familia y lo infeliz que lo hacían. No escatimaba en detalles.

Tragué saliva. Había mil preguntas que quería hacerle, pero una era la que me parecía más apremiante.

—Nunca apareció su cuerpo, ¿cómo sabes que está muerto?

El hombre se rio.

—Su cuerpo apareció tres días después, pero Farrell Wolf se aseguró de que esa información no saliese a la luz.

—¿Y por qué no se lo dijo a mi madre?

Aunque mi madre nunca me lo reconoció, sabía que siempre había vivido con el temor de que él apareciese.

—Porque era una manera de mantener a tu madre a raya. De asegurarse de que siempre le sería fiel. Sin ver el cuerpo, ella nunca se sentiría segura del todo. Y su hijo Arlan está utilizando esa información para asegurarse la fidelidad de Tyrone y la tuya.

—¡Eso es mentira! —grité, con mis manos en puños.

Arlan jamás haría algo así. Nunca nos haría eso; no a mi hermano y no a mí. No cuando sabía

lo que nuestros padres nos había hecho, lo que le hizo a nuestra madre.

El hombre soltó una carcajada asquerosa.

—Es enternecedor ver cómo le defiendes. No me podía creer mi suerte cuando el hombre que pago para que espíe en casa de los Wolf me dijo que Arlan estaba muy interesado en ti. Con todas las mujeres hermosas con las que puede estar, no sé qué ve en ti.

Aquel hombre estaba tratando de provocarme, de desestabilizarme para jugar con mi mente. Conocía bien ese juego, ya que mi padre lo había jugado conmigo durante años. No me extrañaba que él fuera amigo de mi padre; ambos eran la misma basura.

—Arlan no sabe que mi padre está muerto. —No importaba lo que me pudiera decir, jamás me creería esa mentira.

—Está saliendo todo tan bien que voy a ser generoso. —El hombre caminó de un lado a otro, pero no se acercó a mí. Aunque, instintivamente, miré a mi alrededor en buscar de una potencial arma por si intentaba atacarme—. No tengo la menor idea de si él maneja esa información —confesó, haciendo un gesto con sus manos—, pero si la maneja, él la utilizaría a su antojo, de la misma manera que hizo su padre.

Crucé mis brazos y alcé mi barbilla, negándome a achantarme ante ese hombre. Me di cuenta de que siquiera me había dicho su nombre.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Esa historia es más larga. Siéntate.

Él señaló una butaca vieja, como todo lo que había allí. Me senté y noté cómo se hundía por mi peso, a pesar de que estaba delgada.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó de manera falsamente amable mientras se dirigía a la nevera.

Negué con la cabeza a la vez él me daba la espalda para abrir la nevera y coger una cerveza fría.

Me planteé saltar por la ventana, pero no iba a llegar muy lejos, Y aunque lo lograra, necesitaba información que solo él podía darme. Necesitaba saber quién había matado a mi madre y por qué. Aunque, en realidad, el quién ya lo sabía.

—Tú mataste a mi madre. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiese controlarlo.

Él se sentó en la butaca frente a mí, provocando un crujido de los muelles debido a su peso. Le dio un largo sorbo a la cerveza.

—No personalmente. Se encargó de ello un drogadicto al que le prometí como pago droga. Una pena que no vaya a cumplir condena, ya que falleció debido a una sobredosis. Supongo que no se esperaba que la cocaína que le entregué estuviera envenenada. —Él reconoció aquello con total impunidad, como si estuviera hablando del tiempo y no de vidas humanas.

—Eres un psicópata —bramé, pero él no se inmutó.

—No menos que Arlan Wolf —pronunció el nombre y apellido con asco y odio—. Pero, a diferencia de mí, él nada en dinero, y todos le respetan. Yo lo único que quiero es nivelar la balanza. —Aquellas palabras estaban llenas de ira reprimida y, en ese instante, me di cuenta de lo mucho que ese hombre odiaba a Arlan. Pero ¿qué tenía que ver mi madre en eso?

—¿Por qué mataste a mi madre?

Él le dio otro sorbo a la cerveza y, después, lanzó la lata vacía contra la pared. Me estremecí y se rio.

—Ella quería marcharse y llevarte contigo. —Eso lo sabía, me lo había dicho Enya—. Se había puesto en contacto con una empresa que ayuda a las personas a escapar de situaciones

complicadas por una buena suma de dinero. Tu madre logró reunirla, y lo tenía todo preparado, pero es una empresa ilegal que estaba siendo investigada por la policía. En concreto, mi departamento. Cuando se vieron atrapados, huyeron, dejando a tu madre tirada. Yo me puse en contacto con ella. Ella me conocía, tu padre nos había presentado en una ocasión.

—Y en vez de ayudarla, mandaste que la matasen.

—Estaba dispuesto a ayudarla, pero no solo por dinero. Le pedí que me consiguiese pruebas suficientes para meter a Arlan Wolf en la cárcel. Se negó. ¡Esa estúpida! —gritó, poniéndose rojo, como si recordar la conversación con mi madre le cabrease.

—No te atrevas a insultar a mi madre —escupí con rabia. Sabía que enfrentarme a un psicópata no era la opción más inteligente, pero aquel hombre era despreciable. Se merecía pasar la vida entre rejas, pero eso no pasaría. Porque él era policía y los policías, como había pasado con mi padre, no iban a la cárcel—. Mi madre era leal a Arlan.

Él soltó una carcajada.

—Lo era, hasta el punto que me amenazó con delatarme a Arlan si no la ayudaba a huir de él. Yo no comprendía por qué le era leal cuando quería huir de él, y ella me lo explicó. Ella se había dado cuenta de que Arlan te deseaba, un deseo enfermizo que te destruiría. Sus palabras, no las mías.

—¿Y qué te importaba a ti si ella te delataba a Arlan? No creo que seas el primer policía que va detrás de los Wolf.

Evidentemente, la policía sospechaba a que se dedicaban los Wolf, pero no era algo que pudiesen demostrar.

—Trabajo para él.

—Un policía corrupto.

—Es una manera de decirlo, sí.

—¿Y por qué querías traicionar a Arlan?

—Empecé trabajando para Farrell y eran todo beneficios. Grandes cantidades de dinero a cambio de poco riesgo, pero cuando Arlan heredó el trono, todo cambió. Él es más ambicioso, más exigente. Ha untado a policías jóvenes con más recursos que yo. Sabía que me iba a sustituir pronto, y Arlan nunca deja cabos sueltos. No podía permitirlo. Por eso contacté con tu madre, aunque no funcionó. Tenía varios ases debajo de la manga, pero iban para largo, y me he quedado sin tiempo.

—¿Por qué? —pregunté con la única intención de que siguiese hablando. Mientras hablaba, no me haría daño.

Él esbozó una sonrisa asquerosa. Feliz de tener un público interesado.

—En los últimos meses, alguien está traicionando a los Wolf, dándole información a policías en mi comisaría de sus negocios ilegales. Información que no es suficiente para atraparles, pero sí para molestarles. Nadie me decía nada porque estaba siendo investigado por la cocaína que robé para entregarle al cocainómano que asesinó a tu madre.

Hablaba con tanta frialdad del asesinato de mi madre que provocó que un escalofrío me recorriese de arriba abajo, pero intente que no se notase. Quería que siguiese hablando, sobre todo, para hacer tiempo. Arlan y Tyrone no podían estar muy lejos, o eso esperaba, ya que no quería saber los planes que ese hombre tenía para mí.

—Arlan se estaba poniendo nervioso y amenazó con matarme si no le daba el nombre del chivato. Así que tuve que hacer preguntas que provocaron que mis compañeros sospechasen de mí. Iba a huir, pero sin dinero no duraría mucho. Unos u otros me encontrarían, y entonces, me acordé de ti. Pero no estaba seguro de si lo que tu madre pensaba era cierto o fruto de su

imaginación. Sin embargo, para mi suerte, resultó ser verdad. Arlan besa el suelo que tú pisas, así me lo hizo saber mi informante.

Un informante que podía ser cualquiera de los empleados de Arlan. Alguien que nos había visto interactuar juntos. Incluso... La vergüenza que pensé que sentiría no llegó. Si alguien me había visto besándome con Arlan, incluso acostándonos, me daba igual, porque no permitiría que nada ensuciase ese acto de amor. No me avergonzaba de lo que teníamos.

—¿Y qué piensas hacer, pedir un rescate por mí? —pregunté, recordando lo que Vadim y Alexei tenían planeado hacer con Adele.

—Lo pensé, pero ese plan fracasaría antes de empezar. —El hombre hizo un ademán con su mano—. Los Wolf tiene enemigos, muchos enemigos. Un grupo de traficantes albanos me van a pagar una gran suma de dinero y proporcionarme una identidad falsa a cambio de entregarte a ellos. Supongo que su intención es usarte para chantajear a Arlan. La verdad es que no he preguntado porque no me importa. —Se encogió de hombros—. Ellos llegarán aquí...

Él no había terminado de hablar cuando se desató el infierno. Alguien partió la puerta en dos. Mi captor se levantó y sacó la pistola de su funda, pero antes de lograr disparar, una bala le golpeó la pierna derecha, provocando que cayese al suelo.

Me levanté y cogí la pistola, amenazándole con ella. Escuchaba ruidos detrás de mí, pero no me importaba. Aquel hombre se merecía que yo le diese el mismo destino que él le había dado a mi madre.

—¡Erin, no! —escuché la voz de Tyrone detrás de mí, pero sonó opacada. La rabia y la ira me consumían. Lo único en lo que podía pensar era en vengarme.

El hombre me miraba, temeroso. Toda la chulería y valentía que había tenido conmigo se evaporó de golpe. Ahora, parecía un niño asustado.

—Por favor, no me mates —suplicó, casi sollozando.

Maldito cobarde. Haría cualquier cosa con tal de sobrevivir. Y aquello hizo que mi ira aumentara.

—¿Por qué tengo que tener yo clemencia si no la tuviste tú con mi madre?

Sentí una mano apoyada en mi hombro y giré la cabeza para ver a Arlan a mi lado.

—Lo necesitamos para interrogarle —me dijo—. ¿No puedes esperar a que lo hagamos y lo matas después? —preguntó Arlan en un tono casual, pero pude ver la rabia que escondían sus palabras.

El hombre palideció aún más.

—Mátame —me pidió, cambiando de opinión—. Mátame antes de que él me torture.

Arlan se rio. Una risa oscura que provocó que el hombre temblase como una hoja.

—Konan —dijo, nombrando al policía, evidenciando que le conocía. Algo que Konan ya me había dicho—, tu muerte no será rápida.

Konan abrió la boca, pero Arlan no tenía ganas de escucharle. En un rápido movimiento, le dio una patada en la cabeza, dejándolo inconsciente para que dejase de hablar.

Yo seguía apuntándolo con mi pistola.

—Erin, no quieres hacerlo —me dijo Tyrone, colocándose a mi otro lado, pero sin intentar quitarme la pistola—. Tú misma lo dijiste, quieres justicia, no venganza.

Giré la cabeza para mirar a mi hermano.

—¿Tú crees, Ty? —cuestioné—. Porque este hombre es policía, como lo era nuestro padre. Su deber es hacer justicia y proteger a los inocentes. Mientras hombres como él estén en posiciones de poder como esa, no habrá justicia. —Apreté mis dedos alrededor del arma sin dejar de apuntar al hombre—. Él mandó matar a mamá a sangre fría. Ni siquiera se arrepiente. Al

contrarió esta orgulloso. —Sentí que la ira corría por mis venas—. Estoy cansada de ver cómo hombres como él y como papá andan por el mundo a sus anchas mientras mujeres buenas como nuestra madre sufren. Él se merece morir, Tyrone. Se merece correr el mismo destino que corrió mamá.

—Y te prometo que lo tendrá —me aseguró mi hermano; su voz estrangulada por la rabia—. Pero ya te has arriesgado demasiado. Vete a casa, Erin.

—No —me negué, sin dejar de sujetar el arma.

Mi hermano fue replicar, pero Arlan le interrumpió.

—¿Es lo que quieres? —me preguntó—. Porque si es lo que quieres, hazlo.

Arlan me estaba dando la oportunidad de elegir. Oí a mi hermano hablar, pero no escuché sus palabras. Ladeé mi cuerpo hacia el hombre tirado en el suelo. Mis dedos se apretaron alrededor del arma y, por un instante, estuve a punto de apretar el gatillo.

Pero, al final, no lo hice. Porque ese hombre se merecía morir, pero yo no era capaz de hacerlo. Tyrone tenía razón, yo buscaba justicia y no venganza. Sin apartar mi mirada del hombre, bajé el arma lentamente.

—Mi chica valiente —me susurró Arlan, que ahora se encontraba a mi lado.

—No soy valiente, Arlan. Si lo fuese, dispararía, y no puedo hacerlo —reconocí, sintiéndome impotente—. Por mucho que quiero, no puedo. —Giré mi cuerpo para mirarlo y darle el arma a Arlan.

—Eres la mujer más valiente que conozco, Erin —me dijo, a la vez que con su mano libre acariciaba mi mejilla con dulzura—. Si no fuese por tu valentía, se habría escapado y nunca habiésemos sabido que el mandó matar a tu madre.

—¿Has escuchado todo? —pregunté, podía escuchar sonidos de pasos detrás de mí. Hombres de Arlan se encontraban allí. Y sentía la presencia de Tyrone, que seguía a mi lado.

—Sí —respondió Arlan.

—Mi padre está muerto.

—Si mi padre encontró el cuerpo y lo ocultó, no me lo dijo, pero lo averiguaré. Te lo juro.

Arlan nunca juraba en vano.

—Erin —me llamó Tyrone y yo ladeé mi cabeza para mirarlo—. Debes irte. Derrey —dijo, señalando a un hombre alto y moreno que estaba de pie en el marco de la puerta—, te llevará a la mansión.

El hombre abrió la puerta e hizo un gesto para que yo me acercase, pero, en cambio, giré mi cuerpo y abracé a Arlan. Este rodeó con un brazo mi cintura, apretándome más a él, y con el otro, acarició mi espalda.

No sé si fue por la tensión, porque en ese momento fui consciente del peligro que había corrido, o porque la adrenalina había descendido, pero terminé echándome a llorar en los brazos de Arlan.

—Ya pasó todo, mi chica valiente —me consoló Arlan.

—No me dejes sola, Arlan —susurré tan bajo que casi ni yo misma pude escucharme.

—Nunca —dijo, a la vez que me cogía en brazos y yo me sujetaba a él con brazos y piernas.

—Encárgate de todo, Tyrone —ordenó.

Escuché a mi hermano hablar, pero no entendí ni una sola de las palabras que dijo, ya que la vista se me nubló y la mente se me llenó de imágenes de mi madre muerta, de mi padre y de mí misma atrapada por los hombres a los que pretendía entregarme el policía.

—Todo ha terminado. Estás a salvo. Nadie volverá a hacerte daño, cariño. Yo siempre estaré a tu lado, Siempre.

Dejé que esas palabras me consolaran mientras cerraba los ojos y me dejaba envolver con el calor del cuerpo de Arlan.

## Capítulo 30

### *Erin*

Apenas recordaba haber llegado a casa, y tampoco que Arlan me llevase a su habitación, en la que nunca había estado hasta ese momento. A duras penas me acordaba de haber insistido en ducharme y poder quitarme el hedor impregnado y que Arlan me dejó una de sus camisetas deportivas. Aunque sí que recordaba haberme tumbado en la cama y que Arlan se quedó a mi lado, abrazándome hasta que sucumbí al cansancio acumulado de los últimos días.

Cuando me desperté, aún no había amanecido. La luz de la luna se filtraba entre las cortinas de la ventana, dando algo de luz a la oscuridad, pero no lo suficiente como para poder ver con claridad. No me atreví a levantarme, ya que todo en aquella estancia era nuevo para mí y no sabía si encontraría el interruptor de la luz antes de caerme.

Inconscientemente, estiré mi brazo para buscar a Arlan, pero el lado izquierdo de la cama estaba vacío. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no estaba sola. Podía escuchar la voz de Arlan. Él estaba sentado en el sofá de dos plazas que se encontraba en una de las esquinas. No podía distinguir el color del sofá por más que lo intentaba.

Su habitación estaba fuera de los límites para la mayoría de los empleados. Solo permitía entrar en ella a la encargada de la limpieza, y según había escuchado, él se aseguraba de que ella no revolviese entre sus cosas. Aquella estancia era su refugio privado, y él me había dejado entrar a mí.

Aquello podía parecer un detalle sin importancia, pero para mí significaba mucho. Un paso más en lo que fuese que teníamos.

—Está bien —su voz susurrante interrumpió mis pensamientos, claramente no quería despertarme—. Vete a dormir. Le diré a Sean que se encargue de eso. —Hubo una pausa, y aunque apenas podía ver a Arlan en la oscuridad, pude ver cómo su cuerpo se tensaba. Escuché un murmullo del otro lado de la línea, y aunque no entendí lo que decía, reconocí la voz. Era mi hermano—. No tengo que darte explicaciones a ti ni a nadie de las decisiones que tomo. —Arlan se quedó en silencio mientras Tyrone le decía algo al otro lado de la línea. Arlan suspiró—. Lo sé. Luego hablamos.—Arlan terminó la llamada y sentí que su mirada se fijaba en mí. Él se levantó del sofá y se acercó hasta la cama con pasos tranquilos.

No sabía si se había dado cuenta de que estaba despierta, ya que apenas podía verme. Me incorporé tranquilamente. Vi que había una lámpara sobre la mesita, así que a tientas busqué el interruptor. Afortunada y sorprendentemente, acerté a la primera y la estancia se iluminó con una luz tenue.

—Estás despierta —me dijo, sentándose en el borde de la cama para inclinarse hacia mí y posar un suave beso en mi frente—. ¿Has podido dormir algo?

—Sí —respondí. Seguramente, más que él. A pesar de que Arlan llevaba un pijama puesto, podía ver por las marcadas ojeras de debajo de sus ojos que apenas había dormido en toda la noche—. ¿Mi hermano está bien?

—Sí, tu hermano está bien. —Arlan dejó su teléfono sobre la mesita de noche—. Todo ha salido bien, Erin. Todo ha terminado.

El aire que estaba conteniendo se escapó de mis labios y sentí que mi cuerpo se relajaba. No debería sentirme aliviada de que ese hombre estuviera muerto. Pero saber que no iba a dañar a

nadie más me tranquilizaba.

—Nunca podré olvidar lo que has hecho por mí en esa cabaña. Gracias, Arlan. —Agarré una de sus manos y me incliné hacia él para darle un beso en los labios. Cuando él arqueó una ceja, añadí: —Gracias por haberme dado la opción de elegir. —Él me hubiera dejado vengarme del asesino de mi padre, algo que Tyrone no estaba dispuesto a hacer.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti, Erin. Ese hombre mandó matar a tu madre. Tenías derecho a matarlo si así lo deseabas —dijo, con la convicción, bañando sus palabras—. Nunca te hubiese negado tu venganza.

—No pude hacerlo, Arlan. —A pesar de que sabía que había tomado la decisión correcta, había una parte de mí que se sentía impotente conmigo misma—. Por mucho que sé que era un ser despreciable que se merecía el destino que ha tenido, no pude terminar con él. Jamás podría habérmelo perdonado a mí misma. —Porque yo no era una asesina; porque, pese a todo, jamás podría terminar con la vida de una persona—. ¿No es patético?

—No, no lo es. Has sido fiel a ti misma y eso está bien. —Arlan tiró de mí para abrazarme y yo me dejé reconfortar por él, apoyando mi mejilla sobre su pecho—. Mi chica valiente —susurró.

—No soy valiente, Arlan. Si lo hubiera sido, lo hubiera matado. Es lo que ha hecho Tyrone. Lo que hubieses hecho tú.

Arlan negó con la cabeza mientras acariciaba mi pelo.

—Tú no eres como nosotros, Erin, y eso es bueno. Hay luz en ti. Tu padre no logró apagarla, tampoco Konan. Tú brillas por encima de la oscuridad; incluso por encima de la mía. —Arlan hizo una pausa y sentí cómo inspiraba profundamente—. Mi mundo no es para personas como tú. No quiero que termine apagando tu esencia, quién eres.

Levanté la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, preocupada.

Él me miraba con intensidad, pero también con una pizca de derrota.

—Tal vez tu madre estaba en lo acertado al querer alejarte de mí.

Por supuesto que él había escuchado a Konan contar los planes de mi madre. Lo que no esperaba era que aquello le hubiese causado dudas.

—Me dijiste que siempre estarías a mi lado y que nada podría separarme de ti. ¿Has cambiado de idea?

—No, nadie puede separarte de mí. Si tu madre te llega a llevar lejos, te hubiese ido a buscar. Siempre iría a por ti si alguien te alejase de mi lado. —No había duda en su voz—. Pero hoy... —Arlan se pasó una mano por el cabello—. Hoy he sentido miedo por primera vez desde que era un niño —reconoció—. Durante casi quince minutos hemos perdido la señal del localizador que llevabas en el micrófono. —Por eso ellos habían tardado tanto en interrumpir en la cabaña. Había pensado que era para dejarme sacarle una confesión, debería haberlo sabido mejor. No me necesitaban para eso—. Pensaba que para cuando te encontrásemos ya estarías muerta. Joder —masculló, y por primera vez desde que lo conocía, vi el temor reflejado en sus ojos.

—Siento haberte preocupado, sé que fui un poco inconsciente. —No me arrepentía, pero preferí guardarme ese pensamiento para mí—. Estoy bien, no me ha pasado nada. Eso es lo único que importa, Arlan. —Esbocé una sonrisa que provocó que él negase con la cabeza.

—Le pedí a un dios en el que no creo que, si todo salía bien, permitiría que te alejases de mí si así lo decidías.

—¿Me estás dando una elección?

Arlan asintió.

—Si es lo que quieres, cumpliré con los deseos de tu madre. Te ayudaré a irte a donde quieras y jamás volverás a saber de mí.

Mi corazón dio un vuelco y una sensación desagradable subió por mi garganta ante la idea de no volver a ver a Arlan.

—Mi madre se equivocaba, Arlan. Puede que pensase que hacía lo mejor para mí, pero no es así. Ella se arriesgó para nada, porque jamás hubiese huido de ti. —¿Por qué escaparía del hombre del que estaba enamorada? Arlan nunca me había dado motivos para huir de él—. No puedo imaginar una vida en la que tú no estés en ella. Quiero estar a tu lado. —Sentí cómo el cuerpo de Arlan se relajaba y sus ojos oscuros brillaron con calidez—. Te amo, Arlan —confesé, armándome de valor para aquellas palabras que durante tantos años había guardado en mi interior. No sentí arrepentimiento ni vergüenza cuando se escaparon de mis labios como había esperado. Todo lo contrario, fue como si me quitara un peso de encima. Me sentí bien, me sentí liberada—. Estoy profundamente enamorada de ti —continué, e hice una pequeña pausa para hacer la pregunta que tantas veces había rondado por mi cabeza y que hasta ese momento no me había atrevido a formular: —¿Tú me amas?

Arlan se quedó en silencio durante unos segundos, como si estuviese meditando sus palabras. Yo no dije nada, esperando una respuesta que, a cada segundo que pasaba, más temía que pudiera romper mi corazón.

—El amor no está hecho para hombres como yo, Erin. En mi mundo, el amor te destruye. —Hizo una pequeña pausa, alzando su mano para jugar con un mechón de mi cabello—. También terminará destruyéndote a ti.

Otra vez volvía a hablar del amor como si fuera una maldición.

—Eso no responde a mi pregunta, Arlan.

Él suspiró.

—Nunca nadie me ha importado como tú lo haces —declaró—. Siempre he querido que seas feliz, que consigas todo lo que te propongas. Te daré todo lo que quieras, Erin —Arlan agarró mi mano y la llevó hasta su corazón, apoyando mi palma sobre él—. Sea lo que sea lo que tengo aquí, es tuyo. Siempre ha sido tuyo.

Aquello era precioso. Era lo que siempre había querido escuchar de él. Sin embargo, ¿por qué no era suficiente? No lo era porque necesitaba más de él. Necesitaba que me declarase su amor.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Arlan?

—Lo último que quiero es que sufras, Erin. Te lo he dicho, el amor no funciona en mi mundo. Pero ahora que te he dado la opción de irte y la has rechazado, no podré dejarte ir. Soy demasiado egoísta para eso.

—El amor está hecho para todo el que quiera amar, Arlan. Funciona también en la mafia. Hay parejas en la mafia que se aman profundamente. Estoy segura de ello.

Sabía que el mundo de Arlan no era fácil, y también sabía que tenían sus propias reglas. Pero yo lo quería y estaba dispuesta a luchar por él.

Arlan me dio una sonrisa triste.

—No quiero que la historia se repita, Erin.

—¿La historia?

Arlan inspiró profundamente. Levantó la sabana de la cama y se metió en ella. Se tumbó y tiro de mí para que me tumbase con él. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él jugaba con un mechón de mi pelo. Aquello parecía distraerlo.

—El matrimonio de mis padres fue por conveniencia, Erin. Eso es algo normal en nuestro

mundo. Las familias se juntan por intereses. Mi madre se enamoró perdidamente de mi padre. Ella era la persona más buena que he conocido en mi vida. No tenía maldad en ni un solo poro de su cuerpo y amaba a mi padre con todo su corazón. El amor más puro que he conocido. Pero ella tenía problemas... Problemas que se fueron agradando con el tiempo. —Arlan hizo una pausa—. Sin embargo, mi padre nunca la quiso. No de la forma en la que ella le quería a él. Pero mi madre nunca perdió la esperanza, ella se aferró al poco cariño que él le daba. Hasta...

—¿Hasta?

—Hasta que mi padre se enamoró de otra mujer.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Ella se suicidó.

Eso era horrible.

—Lo siento mucho, Arlan —dije, incorporándome y sentándome en la cama frente a él. Le di un beso tenue en los labios para reconfortarle.

—No quiero que eso nos pase a nosotros, Erin —confesó, colocando una de sus manos en mi muslo.

—Yo nunca me suicidaría, Arlan. Y aún menos si tenemos niños. Jamás les haría eso a ellos —dije, mirándole con determinación—. Además, tú lo has dicho, su amor no era correspondido. Un amor correspondido hace felices a las dos personas.

—En mi mundo no, Erin. Mi madrastra se enamoró de mi padre, pero este estaba casado. En nuestro mundo las parejas no se separan y ella quería a mi padre solo para ella. Ella conocía a mi madre y sabía que era una mujer débil, con una salud mental inestable, y lo aprovechó. Se hizo amiga de ella y le separó de todas sus amistades. Se convirtió en su mayor confidente, en su única amiga, y cuando más vulnerable estaba mi madre, se aseguró que les pillase a ella y a mi padre manteniendo relaciones. Mi madre se suicidó y ella consiguió lo que quería. —Un chillido ahogado de auténtico pavor se escapó de mis labios. ¿Cómo alguien podía hacer algo tan horrible?—. Mi padre lo descubrió, pero, así todo, se casó con ella porque estaba enamorado. A veces, creo que mi padre se sintió aliviado de que mi madre se hubiera ido. —Los ojos de Arlan brillaron con ira reprimida. Siempre había sabido que la relación entre Farrell y Arlan era distante, ahora entendía la razón—. Cuando a mi madrastra la asesinaron, él se hundió y nunca fue el mismo. Él prácticamente perdió la cabeza, Erin. Nunca fue el hombre que yo conocí cuando era pequeño. Era un muerto en vida.

Todo lo que me había contado era una desgracia. A pesar de que Arlan era muy reservado con su vida, sabía que no había tenido una vida fácil. Él, al igual que yo, tenía demonios internos con los que llevaba luchando desde su más tierna infancia. Una que debería haber sido feliz, pero en la que había tenido que lidiar con problemas que no le correspondían a un niño pequeño.

Comprendía los temores de Arlan. Lo que le pasó a su madre le había marcado, de la misma manera que a mí me había marcado lo de mi padre. Sin embargo, él tenía que entender que nosotros no éramos como sus padres. Nosotros crearíamos nuestra propia historia.

—Tú no eres como tu padre, Arlan —dije aunque comprendía sus temores—. Nosotros vamos a crear nuestra propia historia. No dejes que tus demonios del pasado arruinen tu presente; no dejes que te afecten. El amor puede ser enfermizo, pero también puede ser bonito, Arlan. Solo tienes que darnos una oportunidad.

—¿Y si no funciona?

—Haremos que funcione —dije con seguridad.

—¿Y sino lo logramos y eres desgraciada?

—Entonces me iré, y tú me dejarás irme. —La respuesta era simple. Porque aunque él me

había asegurado que no me dejaría alejarme de él, sabía que lo haría antes de verme destrozada, triste y sin ganas de vivir. Aunque yo tenía la certeza de que lo nuestro funcionaría, siempre sería feliz a su lado—. Si verdaderamente me amas, dejarás que continúe mi camino. No me importan las reglas de tu mundo, encontrarás la manera de que me pueda ir.

—Lo haré —confirmó, con la convicción bañando sus palabras. Él tiró de mi muñeca para tumbarme encima de él—. Si en algún momento mi mundo te sobrepasa, te prometo que tendrás la opción de marcharte. No te voy a mentir, no va a ser fácil. Hay cosas que no dependen solo de mí, y esta es una de ellas. —Sabía que en la mafia, una vez entrabas, irse no era tan sencillo—. Pero te prometo que te dejaré ir. Nunca te retendré a mi lado en contra de tu voluntad, Erin. —Arlan alzó su mano para acariciar mi mejilla—. No lo haría porque te amo. Creo que lo he hecho desde que te vi por primera vez. Joder, mierda, te amo —dijo, como si acabase de darse cuenta de sus palabras—. Da igual lo que mi mente me diga, estoy enamorado de ti.

Me reí, porque así funcionaba el amor. La mente no tenía nada que decir.

—Ese día yo también me enamoré de ti —confesé, sintiendo que mi corazón se derretía ante su declaración de amor—. Pero, a diferencia de ti, me di cuenta en ese mismo instante.

—¿Ah, sí? —preguntó, sus dedos jugando con el elástico de mi ropa interior. Tiró de la tela con suavidad y deslizó el material por mis rodillas.

—Sí, lo he disimulado durante años porque pensaba que tú nunca te fijarías en mí como algo más que la hermana pequeña de tu mejor amigo.

Arlan se rio, yo enarqué una ceja, y él se mordió el labio inferior.

—Créeme, eres muy mala disimulando.

Abrí los ojos como platos.

—¿Lo has sabido siempre?

Él se encogió de hombros.

—Eso ahora no importa.

—Sí que importa —repliqué.

Aunque cuando él comenzó a repartir besos por mi cuello y sentí que introducía un dedo en mi interior, perdí la capacidad de formar cualquier pensamiento coherente. Arlan tenía ese poder en mí y sabía cómo utilizarlo a su favor.

—Lo que importa ahora es demostrarte que no te veo como la hermana pequeña de mi mejor amigo, sino que te veo como la mujer a la que amo.

Y él me lo demostró durante horas.

## Capítulo 31

### *Erin*

—¿Estás seguro de que no nos van a multar? —le pregunté a mi hermano, apretando la urna que contenía las cenizas de mi madre contra mi pecho.

Nos encontrábamos en Inistioge. Concretamente, en un pequeño puente por el que pasaba el río. Mi madre había sido vengada y ya no había ninguna razón por la cual no cumplir su última voluntad para que ella pudiese descansar en paz.

Aunque estaba segura de que ella ya descansaba en paz. Porque, como Arlan había descubierto, mi padre había fallecido cuando se tiró del acantilado. Los hombres de Farrell habían encontrado el cuerpo, pero este había decidido ocultárnoslo. Tanto a nosotros, como a Arlan.

Al principio me había sentido herida y enfadada, pero al final había decidido que no podía guardar rencor a un muerto, y menos a uno que nos había ayudado cuando más lo necesitábamos.

—Nadie va a multarnos, Erin —me aseguró Tyrone—. Te preocupas por las cosas más banales —añadió, esbozando una sonrisa.

Le miré a la cara. Las ojeras debajo de sus ojos habían desaparecido y sus hombros estaban relajados. Ya no había tensión en su cuerpo y parecía feliz.

Había recuperado a mi hermano.

Me encogí de hombros como respuesta a la vez que abría la urna.

—Tenemos que hacerlo juntos —le dije, levantando la urna y acercándola a la barandilla del puente.

Mi hermano colocó sus manos en la urna debajo de las mías y ambos la inclinamos para que cayesen al río.

Contemplé cómo el agua se llevaba las cenizas y la pregunta que llevaba ocho días en mi mente, desde que Arlan y yo habíamos formalizado nuestra relación, desde que Arlan había reconocido que me amaba, salió de mi boca.

—¿Crees que mamá podrá perdonarme por estar con Arlan?

—Mamá se equivocaba al quererte alejarte de él. Ella nunca llegó a entender el mundo de la mafia, y aunque apreciaba a Arlan, ella no le comprendía. —Ladeé la cabeza hacia Tyrone y él tenía su mirada perdida en el río—. Nunca se dio cuenta de que Arlan es como es porque es lo que la familia Wolf necesita —dijo, con el orgullo bañando sus palabras, como cada vez que hablaba de Arlan.

—Mamá no quería que yo perteneciese a este mundo.

Tyrone exhaló un suspiro y desvió la mirada del río para fijarla en mí.

—Ni tú ni yo —reconoció—. Ella intentó que lo dejara, ¿sabes? Incluso sabiendo que una vez dentro no podía salir, lo intentó. —Mi hermanoladeó sus labios en una sonrisa nostálgica. No había rencor en la voz de mi hermano, solo cariño—. Pero, al final, mamá lo único que deseaba por encima de todo es que fuéramos felices. —Tyrone miró hacia el río durante un instante—. Ella estará contenta y en paz viendo que lo hemos conseguido.

Sonreí, porque mi hermano tenía razón. Si nuestra madre había intentado que nos alejáramos de la mafia, era porque creía que era lo mejor para nosotros. Ella no deseaba que estuviera con Arlan porque creía que sería más feliz sin él en mi vida.

Si ella podía ver lo bien que Arlan me trataba, lo feliz que estaba a su lado, cambiaría de opinión.

—A ti no te importa que Arlan y yo estemos juntos —dije, sorprendiendo a mi hermano.

Tyrone y yo no habíamos mantenido esa conversación. Al final, él se había enterado sin necesidad que ninguno de los dos se lo dijésemos. Al igual que Arlan, mi hermano había escuchado la conversación con el policía en la que afirmaba tener una relación con Arlan. Y si Tyrone tenía alguna duda, se despejó al día siguiente cuando nos vio a los dos besándonos en el jardín.

Su expresión había sido tensa, pero él no había dicho nada. Intuía que Arlan y él habían mantenido una conversación sobre ello. Aunque como ninguno de los dos me había dicho nada, no había preguntado.

—Arlan es el mejor hombre que podrías tener como esposo. Un hombre de honor que te protegerá, cuidará, y te dará todo lo que necesites.

El aire que no sabía que estaba conteniendo se escapó de mis labios. Porque, aunque nada de lo que pudiera decirme Tyrone haría que dejase a Arlan, que él se sintiera cómodo con nuestra relación era importante para mí. Era mi hermano, su opinión me importaba.

Aunque mi ceño se arrugó al darme cuenta de una de las palabras que acababa de emplear.

—¿Esposo? —repetí—. Arlan y yo no hemos hablado de boda.

Tyrone se encogió de hombros.

—Lo hará. Arlan te está dando tiempo a que te acostumbres a tu vida con él.

—¿Y si no quiero casarme? ¿Y si él no quiere casarse?

Oficialmente, solo llevábamos una semana, era pronto para eso. Además, no era con mi hermano con quien tenía que hablar ese tema.

—¿Crees que yo le hubiese dado mi bendición si no me hubiese asegurado que iba a casarse contigo? —preguntó, pareciendo indignado. Abrí la boca para recriminarle que le hubiese exigido eso a Arlan, pero él me acalló con un gesto de la mano—. Nadie de la familia Wolf te va a respetar si no estás casada con Arlan. Y yo no voy a permitir que eso suceda. Aunque no es necesario que intervenga, Arlan nunca lo permitiría. Él te va a convertir en su esposa.

En algunas cosas mi hermano estaba anclado en el siglo pasado, pero sabía que no le faltaba razón.

Aunque no era un tema del que quería seguir hablando con él. Y ya lo trataríamos Arlan y yo cuando ambos decidiésemos. Pero la idea de casarme con Arlan en un futuro sonaba tentadora.

En mi mente se dibujaron imágenes mías vestida de blanco, con un ramo de flores en la mano, y supe que era lo que deseaba. Deseaba tener a Arlan de todas las maneras. En la legalidad y la ilegalidad.

Sin embargo, no ahora. Todavía llevábamos muy poco tiempo y yo era demasiado joven.

Me incliné y le di un beso en la mejilla a Tyrone.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Siempre, Erin. Siempre

Tyrone se marchó en su coche de regreso a Dublín, pero yo me quedé con Arlan, que había nos acompañado, pero se había quedado en una cafetería tomando un café para darnos la intimidad que necesitábamos para despedir a mi madre como se merecía.

—¿Tienes que regresar pronto a Dublín? —le pregunté, mientras paseábamos por las calles del pueblo que había visto crecer a mi madre, cogidos de la mano.

—Me he tomado el día libre.

—¿Puedes hacer eso?

Se quedó quieto y tiró de mi mano para que me parase con él. Rodeó mi cintura y puso su rostro frente al mío.

—Soy el jefe, puedo hacer lo que quiera —respondió con una sonrisa de suficiencia.

—No sabía que eras de esos jefes que delegaba —bromeé, haciendo una mueca.

—Y no los soy —reconoció, y su rostro adquirió una expresión seria—. No se me da bien delegar, pero hoy me necesitabas, y siempre voy a estar cuando me necesitas.

El se había ofrecido a acompañarnos sin yo tener que pedírselo. Como siempre, él había sabido leerme a la perfección. Después de tirar las cenizas de mi madre al río, una sensación de paz se había adueñado de mí, pero minutos más tarde, una de pérdida había aparecido como un tsunami. Porque aunque pensaba que estaba asimilando la muerte de mi madre, al ver lo que quedaba de ella flotando en el agua del río, algo se había roto en mi interior.

Sabía que, con el tiempo, se recompondría, porque la vida seguía. Pero siempre me quedaría un vacío, uno que no podría llenar.

Arlan arrugó el ceño cuando vio la tristeza en mis ojos.

—Estoy bien, solo... —No lograba que las palabras saliesen de mi boca, y por suerte, no hizo falta. Arlan unió sus labios a los míos y me besó, provocando que olvidase cualquier pensamiento triste.

—Mientras os esperaba he visto un restaurante en el que podemos comer algo —me propuso, rompiendo el beso y agarrándome de la mano para seguir andando.

—Hace buena tarde. ¿Y si compramos algo de comida para llevar y la comemos en un parque? —Señalé un establecimiento a nuestra derecha donde había un cartel gigante que ponía que hacían comida para llevar.

—Claro. —Aunque aceptó, sabía que no le hacía mucha gracia. Mi novio era bastante *snob*. Le gustaba comer bien y, a poder ser, en un buen restaurante, donde le sirviesen. Pero él hacía muchas concesiones por mí.

Cogimos un par de sándwiches y nos dirigimos a un parque cercano. Buscamos una zona alejada, donde un banco solitario se convirtió en el lugar perfecto para comer.

Estaba dándole un mordisco al pan cuando mi móvil vibró en mi bolso, que descansaba encima del muslo de Arlan. Le hice un gesto con la mano y Arlan abrió el bolso para cogerme el móvil. Se quedó mirando la pantalla mientras el teléfono seguía vibrando.

—¿Por qué te llama Enya? —preguntó con una voz tranquila pero fría, que reconocí como su voz de enfado cuando no quería mostrarlo.

La llamada se cortó y él lo metió en el bolso sin pasármelo.

—Nos conocimos en la mansión cuando ella estuvo allí. Hablamos de vez en cuando.

No le di más datos porque no quería traicionar la confianza de Enya. No habíamos vuelto a vernos desde la última vez, pero nos habíamos enviado mensajes de vez en cuando. Aunque, en los últimos días, todos los acontecimientos me habían mantenido ocupada y no le había respondido al último mensaje. Imaginaba que por esa razón había decidido llamarme.

—No quiero que mantengas ningún tipo de relación con ella. —Una vena palpitante en su sien evidenciaba su ira apenas contenida. Pero podía ver que no estaba dirigida a mí, sino a su hermana.

Quería contarle que había quedado en un par de ocasiones con Enya y que ella me había ayudado, pero no era el momento para hacerlo, no cuando él parecía a punto de explotar.

—Eso es algo que tengo que decidir yo, no tú —respondí con voz firme. Él fue a replicar, sin embargo, hablé antes de que él pudiera hacerlo—. ¿Por qué la odias?

—La odio porque ella es igual que su madre.

—¿Qué ha hecho para que pienses eso?

Arlan bufó.

—No hace falta que haya hecho nada, lo lleva en la sangre. Lo veo en su mirada, la misma que la de su madre. Y no voy a permitir que te dañe.

Suspiré hondo. Quería gritarle que lo que decía no tenía sentido, pero entonces, miré sus ojos oscuros y vi el dolor reflejado en ellos. El dolor que la madre de Enya con sus acciones le había infligido.

Era absurdo culpar a Enya de los errores de su madre. Era como decir que Tyrone sería un maltratador porque mi padre lo había sido.

Pero, en esos momentos, Arlan no me escucharía. Y quería que dolor desapareciese de sus ojos. Quería verlo feliz.

Deseaba para Arlan lo que yo tenía: una relación de hermanos unida y bonita. Enya estaba dispuesta a intentarlo, ella misma me lo confesó en una de nuestras conversaciones. Sin embargo, por parte de Arlan, eso era algo que llevaría tiempo, porque había muchas heridas que sanar.

—Creo que me voy a matricular en la escuela de música Gothum de Dublín —dije, cambiando descaradamente de tema. Le había dado vueltas los últimos días y había decidido que no quería perder un año en trabajos que no me llenarían. Y tampoco necesitaba un año para pensar, porque no había nada que pensar, la música era mi pasión—. Te devolveré el dinero que me prestes, claro —añadí.

Debí elegir un tema adecuado, porque mis palabras lograron distraer a Arlan.

—No tienes que devolverme nada, Erin. Soy tu novio. Lo mío es tuyo. —Arlan inspiró profundamente, podía ver en su rostro que había algo que le preocupaba. Él sacó un papel del bolsillo de su pantalón—. Llevo días pensando en cuándo dártelo. No sé si es el mejor momento, pero quiero que lo leas —dijo, entregándome el papel.

Desdoblé el papel para darme cuenta de que se trataba de una carta. En concreto, de la escuela de Ohio. Era idéntica a la que había recibido semanas atrás, pero esta era una carta de aceptación. Estaba admitida.

—No lo entiendo —balbuceé, confundida—. No me aceptaron y ahora me aceptan. ¿Por qué han cambiado de opinión? —Aquello no tenía mucho sentido. En la carta no me daban ningún tipo de explicación al respecto—. ¿Por qué has abierto la carta?

—Te aceptaron desde el principio, Erin. —Arlan señaló la fecha en la que se había escrito la carta, que yo no había leído—. Esta fue la carta que enviaron. La que tú recibiste era una falsificación que yo mandé hacer.

—¿Por qué hiciste algo así?!

¿Por qué Arlan me haría eso? Arlan me quería, él mismo me lo había dicho una y otra vez. ¿Por qué mentirme de esa manera?

—No quería que te fueses a Ohio —reconoció—. Joder, sé que no tenía ningún sentido —masculló, pasándose la mano por el pelo—. Hasta minutos antes de leer esa carta había querido que te aceptasen. Sabía que era tu sueño y quería que lo cumplieses, pero regresaste del internado y todo cambió. De repente, dejé de verte como una niña. Del día a la mañana te habías convertido en una mujer preciosa. Siempre has sido guapa, pero, de repente, era como si no pudiese dejar de mirarte. Así todo, no era una razón para retenerte cerca, pero cuando llegaste borracha y me pediste que me tumbase contigo a ver unas estrellas inexistentes, en ese momento, supe que no podía dejar que te fueses tan lejos.

—¿Cómo has sido capaz, Arlan?! —exploté, la carta arrugándose entre mis dedos. Ahora comprendía por qué Rachel nunca me habló. Ella debería estar al tanto de la mentira y no era capaz de mirarme a los ojos—. Podrías haber hablado conmigo, contado cómo te sentías.

—¿Y qué te iba a decir? Ni siquiera yo mismo sabía cómo me sentía hacia ti, Erin.

—Cualquier cosa, cualquier cosa antes de hacer algo así. —Moví la carta con furia delante de su rostro—. Me hubiera quedado, Arlan. Si me lo hubieras pedido, me hubiera quedado sin dudarlo ni durante un instante.

Durante unos largos minutos, Arlan no pronunció ni una sola palabra.

—La fecha de matriculación sigue abierta. Estás a tiempo de aceptar y estudiar allí.

—¿Quieres que me marche a Ohio? ¿Qué me aleje de ti?

—Por supuesto que no, pero quiero que seas feliz. Dos de mis hombres irán contigo para protegerte y asegurarse de que estás bien. Ahora que eres mi novia y no pienso ocultarlo, mis enemigos pueden querer usarte para hacerme daño. —En eso tenía razón, ya lo habían intentado cuando nuestro noviazgo no era oficial. Y había sido culpa de uno de los jardineros que llevaba poco tiempo trabajando para los Wolf. Él era el que le había pasado la información a Konan. A Arlan no le había costado más de dos horas encontrar al culpable—. Iré a verte cuando pueda, y tú vendrás en vacaciones. Hablaremos por teléfono y...

—No voy a ir —dije, cortándole—. La escuela de Ohio no era mi sueño. Quería ir porque era la manera de alejarme de ti. Pensaba que jamás podría tenerte de la manera en la que deseaba y no quería quedarme en Dublín viendo cómo salías con otra mujer. Cómo te casabas o tenías hijos con una mujer que no fuese yo.

—Tú eres la única con quien quiero tener todas esas cosas. —Arlan estiró la mano para acariciar mi mejilla—. ¿Estás segura de que no quieres ir?

Esa era la forma de Arlan de pedirme disculpas. Me estaba dando la opción de ir a la escuela de Ohio. Una opción que debería haber tenido desde el primer momento, pero que nunca había deseado realmente.

Porque no mentía al decirle que el principal motivo por el que me había presentado a esa beca era para alejarme de él. Ahora que sabía que mi amor era correspondido, lo único que deseaba era quedarme a su lado.

Como respuesta a su pregunta, rompí la carta.

—Pero no creas que vas a salir indemne de esto. Lo que hiciste estuvo mal.

—¿Y cómo vas a castigarme, mi chica valiente? —preguntó, con una voz cargada de deseo.

—Cuando regresemos a casa te lo demostraré.

—Eso no va a pasar —dijo, a la vez que se levantaba y agarraba de mi muñeca para tirar de ella y levantarme.

—¿Por qué?

—Ni de puta coña voy a esperar las casi dos horas de camino que hay desde aquí a la mansión. He visto un hotel cerca del restaurante al que quería llevarte. Podemos pasar la noche aquí y regresar a la ciudad mañana a la mañana. ¿Qué te parece? —me preguntó mientras me levantaba, cogiéndome en brazos.

—Me parece bien, pero bájame, puedo andar.

—Puedes, pero vamos más rápido así —dijo a la vez que comenzaba a andar a pasos rápidos conmigo en brazos.

Me agarré fuerte a él, escondiendo mi cabeza en su hombro, muerta de la vergüenza. Debimos pasar cerca de un grupo de adolescentes que gritaron y silbaron a nuestro paso, pero eso no hizo que Arlan me dejase en el suelo.

Menos de diez minutos después estábamos en la habitación de un pequeño hotel. Era una habitación sencilla, pero, a decir verdad, apenas me fijé en ella. Porque en lo único que pude pensar durante la noche que pasamos en la habitación era la suerte que tenía de tener a ese hombre maravilloso solo para mí.

Un hombre que me hizo alcanzar el paraíso con sus caricias. Pero, sobre todo, que me amó con todo el amor que tenía en su corazón. Ese amor que, sin él saberlo, tenía reservado para mí.

Porque él era mío y yo era suya, y así sería el resto de nuestras vidas.

## Epílogo

### *4 meses después...*

#### *Arlan*

Erin estaba preciosa, sentada en el piano, tocando la melodía que había compuesto para la ocasión. El salón de actos de la escuela de música donde se celebraba la fiesta de Navidad estaba hasta los topes con los familiares de los alumnos que se encontraban allí.

Yo estaba en primera fila y Tyrone se encontraba a mi lado. Él estaba algo molesto conmigo porque aún no le había pedido matrimonio a su hermana. Pensaba hacerlo esa misma noche, en la intimidad de nuestra habitación, pero no le había dicho nada porque era algo que solo nos concernía a Erin y a mí.

Había esperado unos meses, no porque tuviese alguna duda de mis sentimientos o de los de ella, sino porque sabía que Erin quería un noviazgo probablemente más largo del que íbamos a tener, pero yo no podía esperar más para convertirla en mi esposa.

Mi tío llevaba presionándome desde el instante en el que se enteró de mi relación con Erin. Ella no era la esposa que él deseaba para mí, ya que Erin no aportaba ningún beneficio para la familia. No se había atrevido a decírmelo directamente porque sabía que le cortaría el cuello. Sin embargo, sabía que si no oficializaba mi relación pronto, él trataría de presionarme con ofertas de matrimonio disfrazadas de alianzas.

Erin acabó de tocar y el salón estalló en aplausos. Todos los presentes se habían quedado maravillados con la actuación de mi novia. Ella se levantó del banco del piano y sonrió a los presentes. Sus mejillas enrojecidas por la vergüenza. Ella no llevaba bien ser el centro de atención.

—Imaginó que vas a quedarte hasta que esto termine —me dijo Tyrone cuando Erin desapareció detrás del escenario y un alumno salió con un violín en sus manos.

—Sí.

—Entonces, yo me marchó.

No podía culparle, ya que yo haría lo mismo si pudiese. Erin ya no iba a actuar más y no es que el resto de sus compañeros tocasen mal sus instrumentos, simplemente me importaba una mierda. Pero le había prometido a Erin que me quedaría hasta el final. Además, quería ser yo quien la llevase de regreso a casa.

—Dile a Erin que me ha surgido un tema de trabajo —me pidió Tyrone mientras se levantaba.

—No se lo va a creer —susurré, ya que el chico había comenzado a tocar.

Tyrone me hizo un gesto con su mano.

—Dile que el sábado le llevo a escalar para compensarle.

Asentí como respuesta. Aunque me hubiese gustado ser yo quien la llevase a escalar, sabía que Erin necesitaba pasar tiempo a solas con su hermano. Escalar era algo de ellos y yo lo respetaba.

Cuando todas las actuaciones acabaron, esperé a Erin en el pasillo con un ramo de tulipanes amarillos; sus favoritos. Si meses antes alguien me hubiera dicho que hubiera ido hasta una

floristería para comprar un ramo de flores, me hubiera reído en su cara. Bueno, en realidad, había enviado a Niall por mí, pero lo que contaba era la intención, ¿no?

Observé a los alumnos que salieron de los cuartos que usaban como camerinos, pero no había rastro de ella. Me apoyé en la pared mientras la esperaba.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mis pantalones. Lo saqué para ver que era un mensaje de Glenn.

Esperaba que fuesen buenas noticias. Aunque en los últimos meses, desde que Lorcán, el inspector de policía joven que tenía en nómina, por fin había conseguido el traslado a la comisaría donde recibían chivatazos sobre mis negocios, unido a que nos habíamos asociado a Mikhail y sus contactos nos ayudaron, no había vuelto a tener problemas. Pero eso no significaba que no siguiese buscando al culpable.

Abrí el mensaje y al leerlo no pude evitar que la ira se apoderase de mí. Una ira peligrosa que podía arrasarlo con todo a mi alrededor. Glenn había descubierto quién era el culpable, él tenía pruebas suficientes, y no solo eso, lo había capturado para mí. No me daba el nombre, pero me citaba para esa misma noche en su submundo, como él lo llamaba, para que cumpliera mi parte del trato y le entregase las pruebas y el nombre del hombre que mató a su madre.

Todo mi cuerpo me gritaba que fuese cuanto antes. Hasta el último átomo de mi cuerpo clamaba venganza. Iba a destrozar al traidor. Pero, entonces, vi a Erin salir de una de las habitaciones. Ella iba hablando con una compañera. Su rostro era la propia definición de felicidad. Y entonces, toda mi ira se disipó.

Glenn tendría que esperar una noche más para poder tramar su venganza. Porque, esa noche, todo mi tiempo era para Erin.

Ella se despidió de su compañera y se dirigió hacia mí.

—¿Ese ramo es para mí?

—¿Para quién sino? —respondí, entregándoselo. Ella inspiró el aroma de las flores—. Hoy has estado fantástica.

—Gracias, estaba muy nerviosa.

—No se te ha notado. El público ha enloquecido con tu actuación. En la que más han aplaudido.

—¿No les habrás amenazado para que lo hagan, verdad? —preguntó en broma, aunque me miraba con la duda reflejada en sus preciosos ojos azules.

—No, mi chica valiente. Por suerte para ellos, han sabido valorar tu actuación.

—Por Dios, eres imposible —dijo con una sonrisa.

—Y, así todo, me amas.

—Lo hago, ¿y tú a mí? —me preguntó. En los últimos cuatro meses le había dicho ciento de veces que lo hacía, pero a ella se le seguía iluminando la cara cada vez que se lo decía.

—Con toda la oscuridad de mi corazón.

Ella sonrió y me dio un tenue beso en los labios.

—Vamos a casa. Quiero que celebremos mi éxito en privado.

Le cogí la mano para llevarla hacia el aparcamiento. Mientras íbamos, toqué con la mano la caja en cuyo interior se encontraba el anillo de diamantes que le había comprado y llevaba escondida en el bolsillo del pantalón. Ella era mía, pero esa noche lo haríamos oficial. Erin se convertiría en mi prometida, y yo era un jodido cabrón con suerte.

Instagram:

Lexi\_thurman03